

DE TU MENTE AL TODO (DMT)

Cuaderno de bitácora de un psiconauta

K. TRABINI

El contenido de este PDF es gratuito, y su distribución está permitida por su autor.

Los derechos están reservados. No está permitida su impresión orientada a la venta, aunque sí puedes imprimirlo para tu uso personal.

Si quieres adquirir una copia física de este libro, puedes hacerlo a través de 'Amazon' en el siguiente enlace:

<https://www.amazon.es/dp/1798955180>

o bien, en 'La Casa del Libro':

<https://www.casadellibro.com/libro-dmt---de-tu-mente-al-todo/9788413317359/9867312>

GRACIAS POR COMPARTIR ESTA OBRA

Copyright © 2019 K. Trabini

All rights reserved.

ISBN: 9781798955185

A mis padres. Gracias por aceptar mis decisiones.

CONTENIDOS

1. BIENVENIDO / página 1
2. DE PREGUNTAS Y RESPUESTAS / página 5
3. DE ILUMINADOS Y PROFETAS / página 10
 4. LA LLAMADA / página 14
 5. EL BUEN CHAMÁN / página 17
 6. CHAMANISMO Y DMT / página 25
 7. LA PASTILLA ROJA / página 31
 8. EL PRIMER VELO / página 34
9. MI PRIMERA EXTRACCIÓN / página 42
10. VAPORES MÁGICOS / página 46
11. HOY VUELVO A NACER / página 50
12. UN MAYOR NIVEL DE PERCEPCIÓN / página 54
 13. TODO VIBRA / página 57
 14. ARTE Y CREACIÓN / página 60
 15. “NO VENGAS ASÍ” / página 67
 16. DUALIDAD / página 72
 17. INFINITO / página 77
 18. CARA A CARA / página 82
19. EL VIAJE DE LAS MIL CARAS / página 89
20. LOS MUNDOS PROBABLES / página 94
21. TÚ CREAS TU MUNDO / página 100
 22. LOS SERES / página 105
 23. FANTASMAS / página 109
24. NATURALEZA SAGRADA / página 115
 25. EL GATO / página 122
 26. MUNDO ONÍRICO / página 130
 27. POR QUÉ SOÑAMOS / página 135
 28. ¿ESTOY MUERTO? / página 140
 29. CARCASA / página 146

30. LA FLOR HUMANA / página 150
31. LAS MUERTES DE WANZA / página 154
32. EL TODO / página 157
33. HERMETISMO / página 160
34. ¿HAY ALGUIEN AHÍ? / página 166
35. ESTÁ EN TI / página 173
36. RELIGIÓN / página 177
37. PECADO E INFIERNO / página 181
38. EL EFECTO REBOTE / página 185
39. TOCAR FONDO / página 190
40. LIMBO / página 196
41. LA EVOLUCIÓN DE LA CONSCIENCIA / página 206
42. GÉNESIS / página 209
43. EGO VS AUTOESTIMA / página 215
44. EL AMOR / página 220
45. LA FÓRMULA DE DIOS / página 224
46. BESAR CON EL ALMA / página 228
47. LIBERTAD / página 234
48. COMUNIÓN / página 239
49. MADRE / página 245
50. FELICIDAD / página 249
51. UN AMIGO DE UN AMIGO / página 256
52. EL ÚLTIMO VIAJE / página 261
53. ADIÓS, AMIGO / página 266

1 BIENVENIDO

A ti, seas quien seas, gracias por empezar a leer.

Debo advertirte de que no soy escritor, y hasta hace poco tiempo, jamás me planteé la posibilidad de escribir un libro. Sin embargo, los últimos acontecimientos de mi vida me obligan a encontrarme aquí ahora mismo, dispuesto a abrirme de lleno ante ti, para contarte todo lo que creo haber descubierto. Sólo con el paso de las páginas comprenderás la enorme trascendencia que todo esto tiene para mí. Trataré de paliar mi falta de experiencia como escritor eligiendo detenidamente las palabras adecuadas.

De algún modo, siempre he sentido que el mundo para el que me habían educado estaba formado por piezas que no terminaban de encajar, y que estas piezas rara vez eran suficientes para poder mostrarme un resultado global. Aceptaba los dogmas establecidos sin cuestionarme nada, pues daba por sentada mi incapacidad para ver más allá. Yo sólo soy un ser humano, un mono evolucionado que nada puede saber de la vida. Así, aunque sabía estar viviendo en un mundo plagado de mentiras, lo acataba al pensar que yo nunca estaría capacitado para conocer otra realidad. Es posible que tú hayas sentido lo mismo alguna vez.

Una voz dentro de mí me decía que no todo era tan sencillo, y que había algo más. Siempre he tenido la sensación de ser algo diferente, pero miraba a mi alrededor y nadie parecía sentir lo mismo. Ya desde pequeño, notaba que los demás se desenvolvían en sus vidas con mayor naturalidad que yo, y ello a veces me obligaba a tener que fingir para parecer normal. Pero siempre he tenido la sensación de que había algo *anormal* dentro de mí; como si todos los demás fuesen de mentira, y sólo yo fuese real. Así, pasaron los años; y como la mayoría de las personas, me hice mayor sin hacerme preguntas sobre mí mismo; pero con la certeza cada vez mayor de

estar interpretando un papel.

Puede que tú seas como yo, una persona que nunca ha concedido especial importancia a la religión, o al mundo de lo espiritual. Te aseguro que eso da igual, todo puede cambiar de manera repentina. Personalmente, siempre he otorgado absoluta credibilidad a la ciencia, y a nada más. Aquello que no pudiese ser demostrado empíricamente, para mí no existía. Como todo el mundo, lo único que buscaba era ser feliz; pero siempre buscaba la felicidad en el mundo que había a mi alrededor, en aquello que pudiera percibir con mis cinco sentidos. Todo lo demás sólo eran cuentos a los que no concedía importancia.

Durante toda mi vida, he estado concentrado en lograr los diferentes objetivos que se esperaban de mí, como estudiar una carrera o encontrar un buen trabajo. Por eso, mientras se cumplían aquellos objetivos, yo vivía alegremente en mi realidad. Sin embargo, cuando tu felicidad depende de factores que escapan a tu control, eso significa que no tienes completamente las riendas de tu vida; y llegó un día en que aquel equilibrio se acabó rompiendo.

El trabajo que antes me encantaba, con el paso de los años y la continua repetición de tareas, había dejado de gustarme. Pronto me di cuenta de que, a pesar de tener un empleo estable, éste no me llevaba a ningún tipo de progreso; y en el tiempo libre que me quedaba, estaba demasiado cansado o desanimado para hacer nada productivo o que mereciese la pena. Mi vida consistía en trabajar, y descansar para trabajar. Cada día realizaba las mismas tareas. Entraba a la oficina antes del amanecer, y salía cuando estaba anocheciendo. Pero ¿qué opción tenía si necesitaba el dinero? Veía cómo me estaba haciendo mayor metido en un bucle que no me llevaba a ningún sitio, y debía conformarme con los ratos de descanso que tenía cada tarde al llegar a casa. Eso era todo. Ésa sería mi vida para siempre. Trabajaría cada día sin un significado especial, y mi tiempo sería una repetición robótica de tareas carentes de sentido. Había aceptado el conformismo como forma de vida. Pero aquello no me hacía feliz.

Pasada la treintena, empecé a sentirme mal. Cada vez me costaba más ir a trabajar, las tareas cada vez me resultaban más pesadas, tenía enormes cambios de humor, y me volví huraño a la hora de salir a la calle. Durante quince años, me había dedicado a hacer música, pero aquello había dejado de llenarme mucho tiempo atrás. De hecho, ni siquiera me gustaba lo que yo mismo había hecho durante tantos años. Había mucha gente que me rechazaba, y yo había adoptado aquel rechazo como propio. No me gustaba a mí mismo. Era desagradable con los demás, y continuamente hacía cosas que después no podía revertir. Empecé a ser consciente de que no era feliz, y tampoco hacía felices a los demás; y no veía de qué manera podía cambiarlo.

Me hacía mayor, y me agobiaba pensar en cómo el tiempo se agotaba rápidamente mientras yo seguía atrapado en aquel modo de vida. Estaba triste. Sufría de insomnio por las noches, y de hipersomnia por el día; iba dando cabezadas malhumorado de un lugar a otro, pero cuando llegaba la noche, no dejaba de dar vueltas a la cabeza.

Mi depresión radicaba en que sentía que todo lo bueno de la vida ya había pasado para mí. Todo lo que me esperaba en adelante sería rutina, mucho trabajo, y un paulatino envejecimiento. Tuve que empezar a medicarme. Primero fueron los ansiolíticos para dormir, y más adelante empecé a tomar antidepresivos. Aquello me ayudó a estabilizarme, pero no tardé en darme cuenta de que sólo servía para mantenerme narcotizado; para que pudiese seguir con mi vida y con mi trabajo sin dar demasiadas vueltas a la cabeza. Para mí, cada día era de un enorme desgasto psicológico. Mi vida era algo que yo debería estar disfrutando por derecho propio; y en aquel momento, no lo estaba haciendo. Si lo había hecho todo bien, ¿por qué había llegado a aquella situación?

Algo estaba fallando en mi modo de enfocar la vida. Mientras siguiese persiguiendo los mismos objetivos, éstos me acabarían llevando a los mismos resultados. Pero ¿qué podría cambiar las cosas? Estaría dispuesto a hacer lo que fuese necesario por encontrar un poco de luz y volver a enfocar mi vida en algo que le diese sentido.

Este libro es el resultado final de un proceso que comenzó justo en aquellos momentos, hace hoy unos tres años. Voy a hablarte de todo lo que ha pasado desde entonces; y te advierto que no será fácil que me creas. Lo único que puedo hacer para agradecerte el tiempo que vas a dedicarme, es ofrecerte mi absoluta sinceridad. Éste será un viaje que haremos juntos; un cuaderno de bitácora honesto acerca de una nueva realidad que apareció por entonces en mi vida, y que lo cambió todo.

Hace tiempo que nació en mí el impulso de escribirte estas palabras, y ha llegado el momento de hacerlo realidad; pues la verdad es que creo haber descubierto algo importante para mí, y puede que algún día lo sea también para ti.

Éste no será un libro fácil. Deberás afrontarlo con la mente en blanco, tratando de olvidar todo lo que has aprendido hasta ahora. Mis ideas no son complejas, pero sí que son difíciles de asimilar. Debes saber que todas mis reflexiones brotan de mis propias experiencias, y no de lo que he escuchado o leído. Me encuentro ante la enorme dificultad de poner palabras a experiencias difícilmente explicables, y sólo la experimentación directa podría suponer la diferencia entre quien realmente me comprende y quien trata de hacerlo. Por el contrario, aquellos que hayan llegado a ver las mismas cosas que yo, sabrán perfectamente de lo que les estoy hablando.

El mayor problema con el que me encuentro es que difícilmente crearás la mayoría de las cosas que quiero contarte; es algo que puedo comprobar en mi día a día, cuando veo las reacciones del resto de las personas con las que he hablado sobre esto. Es una sensación que me ha hecho plantearme abandonar en más de una ocasión; pero ahora comprendo que aquello que he descubierto no es para todos, sino para unos pocos. Yo mismo dudo constantemente si no me estaré equivocando, pero entonces, siempre me acaba ocurriendo algo inesperado que vuelve a hacerme creer que estoy en el camino correcto.

Mis palabras sólo pueden llegar a aquellas personas dispuestas a superar el filtro de los prejuicios. Por supuesto, habrá quien me rechace, porque estas palabras significan romper con ideas que tienen profundamente arraigadas. No a todo el mundo le gusta que le digan que aquello en lo que ha basado toda su vida, aquello en lo que creen firmemente, está basado en un montón de creencias erróneas; y estas personas reaccionan negativamente cuando alguien trata de convencerles de lo contrario a lo que siempre han creído. Eso fue justo lo que a mí me pasó, hasta que tuve que rendirme a la evidencia. Por eso, entiendo y respeto a quienes jamás creerán lo que voy a escribir en este libro. Sus creencias fluyen por surcos demasiado profundos, y no seré yo quien trate de destruirlos.

Por último. Este libro no depende de quién soy yo, así como tampoco depende de quién eres tú. Pretendo que estas palabras sean una conexión directa desde mi mente a la tuya. Ésta es una relación que no depende de nuestros géneros, nacionalidades, edades, o religiones; es una conexión mental, para la que todo lo demás nos sobra. Te hablaré de realidades que van mucho más allá, y que están muy por encima de nuestras propias creencias.

No trataré de que me creas, porque eso es imposible. Pero quizás te anime a buscar la verdad por ti mismo.

“El lenguaje de la verdad debe ser simple y sin artificios.”
(Séneca, *Verdad*)

2 DE PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Como te he dicho, la historia que quiero contarte comenzó hace tres años. Una noche cualquiera, salí a cenar con mis amigos de toda la vida. Es un grupo realmente heterogéneo, y todos nos dedicamos a ocupaciones muy diferentes. Tenemos mucha confianza, así que les conté que últimamente las cosas no iban bien en mi vida; y que llevaba un tiempo teniendo que medicarme para descansar. Estuvimos debatiendo acerca de cómo la sociedad ha aprendido a narcotizarse para aguantar su día a día, ya sea a través del café, el alcohol, el tabaco, las drogas, o los medicamentos. Finalmente, todo es exactamente lo mismo; bálsamos para tratar de que nuestras vidas sean más llevaderas.

Estoy convencido de que la vida no debería de ser así. Algo no estamos haciendo bien cuando en nuestra sociedad las enfermedades más comunes son aquellas relacionadas con la ansiedad y la depresión; y cuando muchos de nosotros necesitamos tomar medicamentos para poder descansar mínimamente bien. ¿Por qué no logramos ser felices, si en realidad lo tenemos todo para serlo?

Aquella conversación nos llevó a hablar de Juan, un viejo amigo común de la época de la universidad, de quien yo hacía mucho que no sabía nada. Uno de mis amigos dijo que Juan “se había hecho chamán”, y la mayoría de los que le conocemos, nos reímos a carcajadas tras el comentario. Pero mi amigo insistió en que algunos conocidos nuestros habían ido ya a verle varias veces; y por lo visto, todos parecían hablar muy bien de él. Fuese lo que fuese lo que se traía entre manos, parecía tener cierto efecto sobre la gente. Aquello despertó mi interés, y decidí llamar a Juan al día siguiente.

Para mí, el chamanismo era poco más que una práctica ancestral perteneciente a antiguas culturas ya desaparecidas, y cuyas enseñanzas habrían caído en el olvido hace ya siglos. No tenía ni idea de que hoy en día

siguiesen existiendo chamanes; quizás sí en lugares muy remotos. Pero lo que hubiese de real en aquellas experiencias era algo que nunca me había planteado, y en lo que tampoco creía demasiado.

Sin embargo, si al visitar a Juan, todo hubiera sucedido como yo esperaba, ahora mismo no me encontraría escribiendo estas líneas. Al contrario, lo que me esperaba tras las puertas de su casa iba a coger mis creencias como en un puño, y lanzarlas tan lejos que éstas nunca volverían. Fue tal el impacto, que alguna vez he llegado a creer que estar aquí ante ti es lo más importante que he hecho en mi vida.

Nunca pensamos en serio que hayamos venido a esta vida a cumplir una misión, porque ésta es una idea demasiado romántica, más propia de un cuento de hadas. Sin embargo, hoy sé que esa sensación existe de verdad. Y cuando aparece, resulta imposible ignorarla.

El día que me propusieron por primera vez ir a ver a un chamán, aquello supuso la oportunidad de comenzar una aventura que podría llevarme a un mayor conocimiento sobre mí mismo, y sobre el mundo que me rodea. Es así como lo veía. La simple esperanza de que hubiese algo de verdad detrás de todo aquello, me obligaba a seguir adelante. Si quedaba una puerta cerrada, estaba obligado a abrirla.

Pasado el tiempo, supe qué era lo siguiente que tenía que hacer. Siempre me ha gustado escribir, y encontré en estas experiencias la motivación perfecta para comenzar un pequeño diario en el cual anotar las reflexiones a las que llegase tras aquellos *viajes*. Meses después, estas experiencias y reflexiones adoptaron forma y coherencia entre sí; y acabaron dando lugar al libro que ahora mismo estamos comenzando juntos.

Es mi obligación avisarte de que todo cuanto voy a contarte son experiencias y razonamientos cuyo detonante inicial fue el consumo de una planta. Esto levantará la suspicacia de la mayoría, y soy consciente de que afecta a mi credibilidad. Por eso, creo que lo más justo es ser sincero contigo desde el principio; y si crees que este libro no es para tí, éste es un buen momento para dejarlo.

Por supuesto, no es mi intención que hagas lo mismo que yo. La planta de la que voy a hablarte es enormemente poderosa. No pretendo animarte a consumir algo que yo no sé cómo te va a sentar a ti. Sé que, a donde yo he llegado, también puedes llegar tú; pero también he tenido experiencias que no recomendaría a nadie.

Hay quien afirma que se puede acceder a estos mismos estados mentales sin necesidad de consumir nada, a través de técnicas avanzadas de meditación. Les creo, porque sé que es algo que está dentro del Ser humano; sin embargo, yo debo remitirme a mi experiencia personal, y a ofrecértela con sinceridad.

No te mentiré. No sé mucho sobre chamanismo, etnobotánica, o la química que sucede dentro de nosotros cuando consumimos determinadas plantas y hongos. No soy un erudito de nada, sino una persona normal como tú.

Lo que quiero explicarte es el mundo que se abrió ante mí después de mi primera experiencia con uno de estos enteógenos. Aquella puerta que se abrió iba mucho más allá de lo que hubiera podido imaginarme. Voy a hablarte, en realidad, de la propia vida en toda su magnitud; y del modo en que ha cambiado mi forma de entenderla.

De alguna manera, quiero que hagamos filosofía juntos. Mi verdadera intención es que comprendas cómo, sin influencia de otras personas, todos nosotros somos capaces de acercarnos a la verdad sobre nosotros mismos. No necesitamos a nadie más.

Desde que esta posibilidad apareció en mi vida, yo mismo no he dejado de cambiar, viéndome una y otra vez obligado a replantearme conceptos que antes pensaba que tenía claros. Mi intención es tratar de reflejar ese cambio en las próximas páginas, de manera que puedas entender perfectamente cómo ha sucedido todo, y por qué es tan importante para mí.

Respeto y comprendo perfectamente que existen personas que no quieren dar el paso a tener una de estas experiencias *extracorporales*; bien sea por prejuicios, por escepticismo, o bien sea por miedo a lo que no se conoce. Precisamente para ellos es esta obra; en la cual me presto como cobaya humana para brindaros mis experiencias y mi propia evolución personal.

Merece la pena mencionar que, a diferencia de los psicotrópicos que podríamos encontrar en un laboratorio, estas sustancias chamánicas son completamente naturales. Llevan con nosotros toda nuestra vida, y existen por doquier en nuestro planeta desde millones de años antes de nuestra aparición. El uso de estas plantas *sagradas* es algo que ha acompañado al Ser humano desde siempre, y quién sabe si muchas de nuestras creencias actuales provienen de las experiencias de aquellos primeros chamanes, quienes fueron los primeros líderes espirituales que conocemos.

Estas sustancias siguen hoy con nosotros, como no podría ser de otra manera. Esto es algo que yo no sabía, pero que ahora veo lógico. De hecho, no comprendo cómo he podido vivir tantos años ajeno a esta realidad. Estas plantas y hongos nos siguen proporcionando la oportunidad de vivir las mismas experiencias que aquellos primeros chamanes tuvieron hace milenios; y ver las mismas cosas que ellos vieron cuando aún no existían las religiones ni las creencias en los dioses.

Al principio, tenía enormes dudas. Era muy prudente a la hora de juzgar cuánto habría de real detrás de las experiencias chamánicas, y también tenía

dudas sobre si estas sustancias tendrían algún efecto sobre mí, escéptico convencido. Pero no tardé mucho en darme cuenta de que aquello era diferente de cualquier otra cosa que hubiera conocido antes. Aquello no era lo que yo esperaba; ni lo que nadie podría esperar.

La credibilidad que cada uno otorgue a las experiencias chamánicas es una decisión personal. Yo no puedo afirmar ni desmentir nada, pues nada sé en realidad. Tampoco puedo demostrar las cosas que yo mismo veo. Lo único que puedo hacer es hablarte con sinceridad de mi experiencia personal; y asegurarte que, en todo este proceso, siento que yo sólo soy un afortunado espectador. Creo que estoy viviendo un proceso que todo el mundo debería experimentar alguna vez en la vida; y es algo por lo que estoy profundamente agradecido.

Desafortunadamente, sólo tengo un montón de palabras para llegar a ti, y éstas son insuficientes para describir todo lo que estoy viviendo. Nadie puede hacerte comprender la verdadera sensación de experimentar algo que antes pensabas que era imposible. Es algo que sólo puedes desvelar por ti mismo, una emoción que nadie te puede transmitir. Comprender una nueva realidad es algo que no puedo hacer yo por ti. Lo que sí puedo hacer es decirte que existe, y que está ahí esperando a que la descubras.

Soy totalmente consciente de que mis reflexiones pueden estar equivocadas. De hecho, cuanto más conozco, más me doy cuenta de mi absoluta ignorancia acerca de la verdad sobre nuestra existencia. Apenas dispongo de breves fogonazos de lucidez, que resultan absolutamente insuficientes para conocer la realidad en toda su magnitud.

Dicen que la verdadera sabiduría parte del reconocimiento de la propia ignorancia; y para ser honesto contigo, primero debo serlo también conmigo mismo. Yo no sé nada; es la premisa desde la que debemos partir.

Con estas páginas trato de que todo el mundo pueda juzgar por sí mismo si hay coherencia o no en mis pensamientos. De esta manera, podrás comprender por qué, llegado a este punto, ya no hay marcha atrás en mi forma de entender la vida. Para mí, todo ha cambiado para siempre; y yo he cambiado para siempre.

Como puedes imaginar, no todo el mundo está de acuerdo con las decisiones que he tomado últimamente. Hay personas que no dan credibilidad a mi nueva manera de entender el mundo; y a medida que experimento, me encuentro en una perspectiva respecto a la vida cada vez más alejada de gran parte de mi entorno. Sin embargo, esto no me ha hecho alejarme de las personas a las que quiero, sino acercarme más a ellas ante la comprensión de lo diferentes que somos. Lo único que importa es el respeto mutuo.

A estas alturas, cabe preguntarse quién es el loco: si yo, por creer en las cosas que experimento; o todos aquellos que creen en algo que no pueden experimentar.

“El conocimiento de la alegría llega a nosotros. Y ante ella, hijo mío, la tristeza huirá hacia aquellos que pueden todavía experimentarla.”
(Hermes Trismegisto; *Sobre el renacimiento y la regla del silencio*)

3 DE ILUMINADOS Y PROFETAS

A lo largo de la historia, ha habido personas que parecían tener la capacidad de entender una realidad diferente, y que trataban de difundir sus conocimientos a los demás. Pero todo lo que nos queda de ellos es una comprensión superficial de sus palabras, pues nosotros no hemos experimentado las mismas cosas de las que ellos nos hablaban. A estas personas se las considera iluminadas o profetas, porque eran capaces de ver más allá; y algunas de ellas dieron lugar a nuestras actuales religiones.

Yo siempre me he resistido a pensar que existan personas especiales, ni elegidos directos de los dioses capaces de llegar a niveles de conocimiento a los que nadie más podría llegar. Creo que, de existir tales estados de lucidez, éstos deben de ser accesibles para todas las personas; e incluso para todos los seres. Quizás aquellos místicos y profetas no se sentían diferentes de los demás, y sea justo esto lo que querían decirnos.

De hecho, ¿Qué sentido tendrían las palabras de un iluminado si nosotros mismos no pudiésemos experimentar su verdad? ¿Por qué afanarse en explicar algo que nadie más puede ver ni comprender? Algunas de estas personas dieron sus vidas por difundir aquello que creían saber, y esto es porque estaban absolutamente convencidas de haber descubierto una verdad que podría cambiar el mundo. Pero pasan los siglos, y nada ha cambiado. Seguimos sin dar crédito a aquellos que nos dicen haber visto algo más allá, algo superior a nosotros, y que no pertenece al mundo de lo físico; algo que no se puede demostrar, pero que lo cambia todo.

Por otro lado, a pesar de ser escépticos, aceptamos a ciegas una religión sólo por el lugar o la familia en la que hayamos nacido. Creemos en la religión que nos ha tocado, pero no lo hacemos literalmente; porque, en el fondo, pensamos que es un cuento. Hoy en día, lo más común es pertenecer a un rezo, sin considerarse “practicante”. ¿Eso tiene sentido?

Así, nuestras creencias religiosas actuales se basan en antiguas doctrinas cuyos significados se han perdido, dictadas por personas que jamás han experimentado aquello de lo que hablan, e impuestas a los niños de manera coercitiva. Es normal que muy pocas personas lleguen a la edad adulta creyendo en la existencia de ningún dios o espiritualidad.

La evolución de las instituciones religiosas a lo largo de la historia nos impide creer de una manera objetiva en los dioses y doctrinas que promulgan, incluso aunque en sus raíces hubiese algo de verdad. Las instituciones religiosas no son diferentes de cualquier otra institución humana, y están llenas de corrupción e intereses. Por eso, no puedes creer ciegamente en la palabra de personas que han perdido su autoridad moral sobre ti. Ése es el principal motivo de que hoy vivamos ajenos a lo espiritual, cegados por nuestra vida en sociedad, y de espaldas a cualquier posibilidad de experimentar algún día algo parecido a lo divino. Hemos aprendido a vivir ajenos a nuestro origen, y consideramos la espiritualidad como algo prescindible. Sin embargo, es inevitable que existan personas que se hagan preguntas sobre sí mismas, la vida y el mundo; y que no encuentran respuestas satisfactorias en la sociedad en la que viven, ni en lo que dictan las religiones.

Éste será un libro muy difícil, tanto para quien lo escribe como para quien lo lee; pues viene a romper con una serie de postulados que todos tenemos arraigados muy profundamente. Así, asumiré el riesgo de que me acabes tomando por un loco; siempre lo prefiero a que me tomes por un mentiroso.

Estoy convencido de que no sólo somos capaces de responder a las grandes preguntas de la Humanidad y del Universo; sino que encontrar estas respuestas forma parte de nuestra propia naturaleza, es nuestro cometido. Los filósofos anteriores a nosotros nos ayudan a poner palabras y tratar de comprender algo que, en el fondo, estamos llamados a descubrir por nosotros mismos, en el máximo sentido de la expresión.

Para mí, no tendría sentido vivir si no existiese la verdadera posibilidad de conocerse a uno mismo. Es el verdadero reto de la vida, ¿cuál otro si no? Independientemente de si creemos en sus palabras o no, estoy convencido de que los grandes profetas y filósofos de la Humanidad -elige al que quieras- nos hablaban todos ellos de una misma experiencia, que podríamos calificar como única o suprema. Si esta experiencia es real, forzosamente es la misma para todos, y todos podemos llegar a ella.

Todas las diferencias entre las religiones son formas, mentiras, detalles para separar a la población en lugar de para unirla. Es en eso en lo que nos mienten. Cualquier religión que no implique a todos los seres es exclusiva y absurda. Da igual la religión a la que reces, porque todos estamos en el

mismo barco. La verdad, sea cual sea, es la misma para todos. Creo que, en el fondo, todos perseguimos una misma experiencia, y ésta no puede depender de nuestra cultura, ni de la religión que nos tocó en una especie de sorteo. Si existe una verdad, tiene que estar en otra parte. Dios y religión son conceptos muy diferentes en nuestro tiempo.

Si queremos alcanzar la verdad, debemos situarnos en un punto equidistante, global y objetivo. Tenemos que preguntarnos si realmente estos personajes eran especiales, elegidos de los dioses -cosa que ningún verdadero profeta diría de sí mismo-; o si eran personas normales que, en un momento determinado de sus vidas, vieron algo que les cambió para siempre. Quizás, aquello que vieron les impulsó a tratar de comunicarlo a los demás, porque pensaron que de verdad era lo mejor para el mundo. Quizás, aquello que vieron tenía tanta fuerza, que desde ese momento todo lo demás les daba igual. Tal vez por eso, personajes tan diferentes como Sócrates, Jesús, o Juana de Arco, preferían perder la vida a negar lo que habían experimentado.

Yo apenas sé nada de esa Verdad -con mayúsculas-, pero he empezado a intuir que existe. Con el paso del tiempo, y después de conocer a mucha gente, me he dado cuenta de que da igual el camino que elijamos: Cuando buscamos la verdad con total honestidad, ésta nos acaba llegando. Y cuando lo hace, no es como si la descubriésemos nosotros, sino como si fuese ella la que nos atrajese hacia sí. Es como la luz que atrae a los mosquitos, y actúa con la única energía de nuestro deseo honesto de conocerla.

Los personajes que dieron lugar a nuestras religiones actuales no se consideraban a sí mismos como iluminados, sino que instaban a los demás a buscar esa luz dentro de sí. Pensaban que realmente esa luz existía en cada uno de nosotros. Ellos creían haber encontrado una verdad universal, y pensaban que su deber era difundirla; dejar semillas para que otros pudieran llegar a esa misma verdad. Si no fuese así, y si no creyesen realmente en lo que decían, estas enseñanzas no tendrían ningún sentido.

Tener una verdadera experiencia espiritual es algo que la mayoría de las personas pensamos que jamás nos sucederá en la vida. Por eso, cuando se me planteó la posibilidad de ir a ver a un chamán, nació en mí la sensación de que, si no atravesaba aquella puerta, no habría hecho todo lo posible por poner respuestas a mis preguntas. Yo no sabía nada acerca de los estados alterados de consciencia; pero sí que sabía que, si éstos eran reales, serían los mismos para todas las personas, dando igual sus orígenes, culturas, o épocas de nacimiento. Era mi obligación, al menos, intentarlo. Al fin y al cabo, hablamos de una práctica milenaria de enorme importancia en los orígenes de nuestra especie, y que nos ha acompañado siempre. Sería mi modo de hacer arqueología, y de asomarme *in situ* a los primeros pasos de nuestra historia. Conocer el chamanismo era conocer los orígenes del Ser

humano, y cada vez estaba más convencido de ello.

Es importante mantener los pies sobre la tierra. Yo sólo soy un explorador más, una mota de polvo perdida en un universo de conocimientos imposibles para mí. Lo que yo veo, sólo lo veo yo; y sólo me sirve a mí. No puedo demostrar absolutamente nada, porque todo sucede en mi interior. Pero estoy aquí para hacerte dudar si todo lo que voy a contarte puede tener algo de real.

Tener una experiencia chamánica es una decisión muy personal. Cada uno debe buscar las respuestas donde a él le parezca apropiado. En eso debería consistir la vida. Todo el mundo debería poder vivir como quiera, y tomar sus propias decisiones sin el juicio de los demás. Así es como debería de ser siempre, aunque sé que no todo el mundo me comprenderá. De cualquier manera, debo asumir el riesgo.

No pretendo que creas ciegamente mis palabras, y me sigas como un borrego; yo no soy un pastor. Yo podría estar equivocado, y éstas podrían ser las palabras de un loco que se cree sus propias locuras. Debes ser prudente, como yo lo he sido. No debes aceptar nada definitivamente hasta que lo hayas experimentado por ti mismo; e incluso en esas circunstancias, debes dudar de tus propias percepciones. Yo he visto cosas que antes pensaba que eran imposibles, y ahora he cambiado mis creencias. Pero no puedo asegurarte que éstas sean ciertas.

Lo que sí puedo asegurarte es que antes yo era como tú; y que, si un día ves las mismas cosas que yo, tú tampoco volverás a ser el mismo.

Piensa bien en qué crees, y en por qué lo haces.

“Este tipo de verdad no se aprende, hijo mío; se recuerda.”
(Hermes Trismegisto, *Sobre el renacimiento y la regla del silencio*)

4 LA LLAMADA

Durante muchos años tuve lo que la sociedad actual califica como *un buen empleo*. Es algo bien visto de cara a la galería; pero la realidad es que trabajaba en una oficina, sentado en una silla, haciendo durante horas tareas repetitivas que no me llevaban a ninguna parte, salvo a ganar algo de dinero. Así, estuve repitiendo las mismas automatizaciones durante diez años. De este modo, toda mi vida parecía haber alcanzado la estabilidad, y todo mi círculo de amistades pensaba que me iba muy bien. Lo que yo tenía era exactamente lo que todo el mundo quería.

Ya desde bastante joven, había cumplido las expectativas depositadas por mis padres sobre mí: estudiar una carrera, y encontrar un trabajo estable. Pero no tardé en darme cuenta de que mi vida se había convertido en un bucle en el que todos los años sucedían las mismas cosas, mientras yo me hacía cada vez más viejo.

Cuando llevaba unos años en aquella situación, empecé a darle vueltas a la cabeza. Mi vida no parecía llevar a otro sitio salvo a la repetición de unas rutinas hasta el día de mi jubilación o de mi muerte. Veía cómo se escapan los mejores años de mi vida mientras estaba en esa oficina, pero lo aceptaba, porque ésa era la misma realidad para todas las personas. Para mí, no existía otra opción. Entendía que no puede ser de otra manera, y cumplía con mi cometido. Era una silenciosa tuerca en una cadena de montaje; y las tuercas no tienen derecho a pararse para pensar sobre sí mismas. Las tuercas sólo sirven para dar vueltas sobre sí mismas.

Se supone que aquella estabilidad me debería hacer feliz. Pero sentía que nada en mi vida avanzaba. Como no tengo capital, me veía obligado a cambiar mi tiempo por dinero; y así poder pagar mi techo y mis facturas.

Toda mi energía estaba dedicada a esa labor de ganar dinero, y cuando llegaba a casa, apenas servía para hacer algo de cenar, y quedarme embobado delante de la tele viendo algún partido de fútbol o baloncesto.

A veces, estaba sentado en la oficina, aburrido de números, y miraba a la ventana deseando estar ahí afuera, simplemente tomando el sol. Tampoco era mucho pedir, sólo ansiaba algo de libertad. Había llegado un punto en el que no sabía si era libre o no lo era; si realmente hacía lo que yo quería, o si esas decisiones estaban fuera de mi control. Generalmente, nadie se lo pregunta, y aceptamos la vida que nos ha tocado. Además, según decían quienes me rodeaban, tenía que dar gracias por tener mi trabajo. Para todo el que me conoce, siempre he dado la imagen de un hombre afortunado; y había incluso quien me envidiaba por mi buena posición.

Llegué a sentirme atrapado y estancado en mi vida. No veía una solución a medio plazo, y esta situación me generaba ansiedad. Cada semana, se hacían más largos los minutos en la oficina, repitiendo aquellos numeritos una y otra vez como un robot. Me estaba volviendo loco, me pedían más y más rendimiento; y me resultaba imposible dejar aquellos problemas al llegar a casa. Siempre estaba mal, de mal humor; insoportable para nadie. Creo que, si nada hubiera cambiado, habría acabado siendo un viejo loco, amargado y solitario.

Lo más difícil de aquella situación era mirar a mi alrededor y ver que el resto de las personas vivían felices cumpliendo sus rutinas, mientras que yo era incapaz. Era algo que me hacía sentir muy solo, y que me hacía creer que el problema era culpa mía. Me empecé a sentir diferente, atrapado en un mundo que me era ajeno.

Nunca he sido una persona victimista ni autocompasiva; y sí que trato de razonar objetivamente qué me sucede cuando me siento mal. Me di cuenta de que mi sentimiento de represión se debía a mi incapacidad para desarrollarme de la manera que la sociedad me había enseñado. Incluso siguiendo los pasos que me habían dictado, sentía con evidencia que algo dentro de mí estaba estancado, y se estaba pudriendo. No sentía un progreso dentro de mí al realizar mi vida. Durante mucho tiempo, sentía esa frustración, porque ni siquiera tenía claro cuáles eran los objetivos que debía cumplir. A veces sentía que mi vida no me estaba llevando a ninguna parte, simplemente porque no sabía hacia dónde la debía guiar.

Por todo esto que te estoy contando, se fue generando dentro de mí el caldo de cultivo perfecto para lo que iba a suceder después. Siempre he sentido que dentro de mí existía algo que nadie veía, y hubiera hecho cualquier cosa por conocer la verdad sobre mi naturaleza. Una vez comprendido que mi vida se iba a limitar a repetir una y otra vez el mismo bucle, supe que no había nada que perder; salvo el tiempo que ya me

estaban arrebatando. Cuanto menos valoraba lo que tenía, más seguro estaba de querer agitar el árbol, y ver qué sorpresas me aguardaban. La vida no podía ser tan insustancial como me habían intentado inculcar. Cuando llegué a tocar fondo, con la mente turbada por los antidepresivos, y con ganas reales de no volver a levantarme de la cama; fue entonces cuando decidí que ya todo me daba igual. Necesitaba encontrar algo real, y que le diera un verdadero sentido a mi vida.

Resulta poético pensar que, llegado un momento de nuestra vida, recibimos una *llamada* que lo cambia todo. Puede suceder como consecuencia de un accidente, una enfermedad, una depresión, perder a un ser querido... o simplemente porque tu naturaleza así lo ha querido. Es una llamada evidente, y quizás no la comprendamos al principio; pero una vez que nos llega, no nos permite seguir adelante con nuestra vida como si no pasara nada. En ocasiones, nos cuesta creer que esta llamada nos esté pasando de verdad; pero aun así, es real, pues si le hacemos caso, tiene un efecto definitivo sobre nosotros. Te lo digo por experiencia.

Hace tiempo que germinó dentro de mí la semilla de algún tipo de cambio. Era como si hubiese estado atrayendo ese momento durante toda mi vida, y especialmente en los últimos años. Había llegado el momento de responder a mi llamada, porque por fin tenía voluntad de conocer la verdad sobre mí mismo. Daba igual si ello significaba aceptar que todo mi mundo era una mentira, o si tenía que romper con las creencias que siempre me habían guiado. Sentía que ya no tenía nada que perder. Ya no tenía miedo, y sí que lo tenía todo por conocer. Finalmente, estaba preparado para cruzar el umbral y ver qué había al otro lado de la puerta. Eso es justo lo que tú y yo vamos a hacer juntos a partir de ahora.

“La inteligencia soberana no me ha revelado nada más de lo que está escrito; sabiendo que yo podría, por mí mismo, comprender y entender lo que quisiera, y entender todas las cosas.”
(Hermes Trismegisto; *Poimandres*)

5 EL BUEN CHAMÁN

Nunca he sido una persona dubitativa. Creo que lo que se hace debe ir siempre en consonancia con lo que se piensa. De nada sirve tener propósitos si no se llevan a cabo; un proyecto en mente sólo es un montón de palabras.

Llevaba toda la vida haciéndome preguntas sobre mí mismo y sobre el mundo. Por primera vez, ahora me encontraba ante la determinación de buscar las respuestas. Ya no me conformaba con estudiar las palabras de otras personas, e imaginar que las comprendía. Leer filosofía me había enriquecido en muchos aspectos, pero no había logrado rellenar ese vacío que me obsesionaba. Por fin, existía la oportunidad de asomarme más allá por mí mismo -fuese lo que fuese aquello-, y no iba a dejarla pasar.

Hoy siento que todo este proceso no ha sido casual. Todos nos preguntamos alguna vez si hay dentro de nosotros algo más aparte de nuestra naturaleza humana. Podemos afrontar esta duda con tibieza; o bien podemos asumir la decisión de ir en busca de la verdad, cueste lo que cueste, y por encima de cualquier prejuicio o creencia. Por todo esto, decidí llamar a Juan.

Llevaba años sin hablar con él. Cuando le llamé, Juan se alegró de escucharme; aunque no parecía sorprendido. Daba igual el tiempo que hubiese pasado, porque teníamos una enorme confianza entre nosotros. Nada más comenzar a conversar, me dio a entender que, tarde o temprano, esperaba mi llamada. Él me conocía bien, y sabía que yo me acabaría enterando en cualquier momento de a qué se estaba dedicando. Los dos habíamos sido siempre mentes inquietas, así que mi llamada se daría necesariamente. Era como si estuviese escrito. Él no quiso anticiparse y llamarme a mí, porque era yo quien debía acudir a él. Era así como debía suceder.

Todo me pareció muy misterioso, y estaba deseando llegar a su casa para ver de qué se trataba. Aunque yo era el mismo de siempre, mi viejo amigo sí que sonaba cambiado. En comparación con la persona nerviosa a la que yo conocí años atrás, el *nuevo* Juan parecía muy calmado, e incluso hablaba en uno o dos tonos más bajos. Recuerdo que llegué a preguntarme si no estaría interpretando un papel, pero él parecía muy seguro de sí mismo. Y cuanto más rara me parecía la situación, más me atraía. Me dijo que fuese a verle a la noche siguiente.

Juan vive en una pequeña casa de campo a las afueras de la ciudad, justo cuando comienzan los montes. La contaminación lumínica apenas llega hasta allí, y el cielo estaba muy estrellado. Su perro salió a saludarme, mientras mi amigo tardaba en salir. Cuando nos vimos, nos dimos un fuerte abrazo. Físicamente, Juan también parecía algo cambiado; su ropa era diferente, con un pantalón ancho, y una camisa cómoda y con motivos coloridos y florales. Además, llevaba un extraño amuleto de madera colgado en el pecho, el cual me explicó que le habían regalado. Tenía un aspecto curiosamente *hippie*, que no pegaba nada con el antiguo Juan; y era extraño verle así. Pero había algo más; quizás su amabilidad o su afabilidad parecía también diferentes. Aquella persona vibraba en una onda muy diferente a quien yo conocía. Y lo cierto es que resultaba agradable.

El salón era acogedor, con iluminación suave. Había dos sofás entorno a una mesa baja sobre la que había un cenicero, algunos artilugios para fumar, vasos, y una botella de agua fría. El techo era rústico, atravesado por varios troncos de madera. A la ambientación se sumaban algunas figuras de Buda y animales, un atrapasueños, y un par de ristas de banderas de plegaria, como las que podríamos ver en una postal de Bután. Un palosanto acababa de arder, e impregnaba con su olor la estancia.

Tras ponernos al día sobre nuestras vidas, Juan decidió ir al grano. Estaba claro que no era la primera vez que lo hacía. Me preguntó qué sabía yo de los alucinógenos, y qué experiencia tenía con ellos. Le respondí la verdad: que no tenía mucha idea. Yo apenas había probado los hongos en alguna ocasión, y siempre con motivos lúdicos. No veía mayor trascendencia en ello.

Me explicó que lo que él hacía nada tenía que ver con las drogas al uso. Había gente que, erróneamente, acudía a él porque les gustaba experimentar con diferentes sustancias, y buscaban algo nuevo; una experiencia más fuerte. Pero el verdadero chamanismo no tiene nada que ver con eso tampoco. Me dijo que estas personas corren el riesgo de bajar la guardia pensando que ya lo han visto todo, y creyendo que no se pueden ver sorprendidas. En estas ocasiones, la experiencia les puede pegar un buen susto; pues el chamanismo ancestral no tiene nada que ver con las drogas

como hoy las entendemos. Es mejor afrontar esta experiencia desde cero, y sin haber creado en tu mente expectativas anteriores. Y, sobre todo, es fundamental hacerlo con total respeto. Seguramente, él sólo quería asegurarse de que ése no sería mi caso; pero escuchar aquello me puso en alerta. Me sentía ciertamente intimidado.

Ahondando en el mundo chamánico, me preguntó si yo sabía lo que era la ayahuasca. Casualmente, acababan de emitir un reportaje en televisión en el que una periodista viajaba al Amazonas para experimentar con esta *poción*. Lo poco que yo sabía sobre la ayahuasca, era que consistía en una infusión producto de una mezcla de plantas, la cual han utilizado los chamanes en todo el mundo -especialmente en América- desde hace miles de años. Quizás por culpa del propio reportaje, yo no había concedido demasiada credibilidad a aquellos chamanes. Aquel reportaje ni siquiera había logrado llamar mi atención. Más adelante, comprendí que es realmente complicado que un periodista, sin información ni preparación mental previa, pueda realmente afrontar una experiencia como la de la ayahuasca y sacar su máximo rendimiento. Aquella periodista no tenía la capacidad de comprender lo que acababa de vivir, y mucho menos de expresarla a los demás. Es necesario sentir una llamada interior, una verdadera motivación para hacerlo; no vale con querer grabar un reportaje para ganar dinero o telespectadores.

El motivo de que Juan me preguntase por la ayahuasca es que lo que él hacía tenía mucho que ver con esta infusión, aunque no era exactamente lo mismo. Juan había aprendido a extraer de las plantas una molécula que es el principio activo de la propia ayahuasca. Esta molécula es la dimetiltriptamina -o DMT-.

Al principio, la primera vez que escuché este nombre, no tenía por qué sonarme muy diferentes de otros que ya conocía, como la ketamina o el MDA. Por este motivo, mi primer prejuicio, emitido de manera instantánea, fue negativo. Probablemente, pensé, yo no acabaría probando aquello. Nunca me había llevado demasiado bien con las drogas; pero ya que había llegado hasta allí, escucharía la historia de mi amigo hasta el final.

Juan me contó que, meses atrás, durante un viaje en su caravana, había conocido, por casualidad, a un holandés que se encontraba de tránsito por nuestro país. Tras hacer buenas migas con él, este hombre le enseñó a extraer la mítica sustancia, partiendo de las raíces adecuadas, y con sólo unos sencillos pasos. Juan me explicó cómo podía extraer esta molécula de la raíz de un árbol muy común en Sudamérica, la *mimosa hostilis*, aunque más adelante comprobé que esta molécula se encuentra presente en otros muchos árboles y plantas de todo el planeta. No resultaba difícil encontrar sus raíces por internet, ya molidas y listas para trabajar con ellas. De hecho,

pronto me di cuenta de que existe un enorme culto entorno a esta sustancia y sus experiencias.

Todo lo que Juan me contaba me parecía muy extraño y místico; sobre todo, lo de aquel personaje holandés, que iba por el mundo enseñando a hacer aquello, y sin beneficio aparente. Según Juan, aquella no había sido una casualidad realmente, sino que todo se había sincronizado para suceder de aquella manera.

En aquel momento, yo aún no comprendía que me enfrentaba a situaciones que pueden hacer cambiar tu forma de entender la vida, incluyendo todas tus creencias, y tus objetivos más importantes.

Conforme Juan me hablaba, me di cuenta de la enorme diferencia que suponía para mí escuchar las palabras “ayahuasca” y “dimetiltriptamina”. Si bien, la primera me sonaba a chamanismo ancestral y magia; la segunda, que no deja de ser una descripción química, me sonaba a laboratorios de narcóticos, y a drogas de diseño. Qué curiosos son los prejuicios. Y, como ves, yo no empecé este camino totalmente libre de ellos.

Pregunté a Juan qué diferencias había, entonces, entre tomar ayahuasca, y consumir directamente aquella molécula de la DMT. La explicación que me dio es necesaria para que comprendas de qué te estoy hablando.

La ayahuasca es, en realidad, una infusión resultante de la mezcla de varias plantas diferentes; y hay muchos modos de cocinarla. Algunas de estas plantas son ricas en DMT, pero no nos serviría de nada consumirlas por separado. Esto se debe a que nuestro cuerpo reacciona al detectar esta sustancia, y la convierte en inocua gracias a una reacción química. Sin embargo, existen otras plantas que se anticipan a dicha reacción, neutralizando la respuesta de nuestro cuerpo, y permitiendo que la DMT fluya por nuestro organismo libremente durante horas.

Sin embargo, existe un modo alternativo de consumir esta molécula. Si logramos extraer la DMT de la planta, y la fumamos en lugar de ingerirla, nuestro cuerpo tardará unos minutos en reaccionar, y podremos tener una experiencia muy corta pero muy intensa. Ésta parece una mejor opción, sobre todo para aquellos que son primerizos. Y así me lo hizo saber Juan.

La DMT es el alucinógeno más potente que existe, por lo que una mala experiencia con ayahuasca puede ser realmente aterradora. Si algo se tuerce durante la experiencia, estar atrapado *dentro* durante horas puede ser un auténtico infierno.

Al consumir la molécula en forma humo, también puedes tener una mala experiencia, pero ésta no durará lo suficiente como para causarte un trauma.

Aunque le pregunté qué cosas se veían para que causasen tanto impacto en la gente, Juan no quiso contarme más. No quería interferir en mis primeras experiencias, sino que descubriese por mí mismo “lo que la planta quisiera enseñarme”. No debemos tratar de que los demás vean las mismas cosas que nosotros, me dijo. Cada persona es un mundo; y como tal, tiene su propia evolución. Cualquier inferencia exterior no me ayudaría para nada; debía afrontar la experiencia con la mente totalmente en blanco y sin expectativas.

Le seguí preguntando por la dimetiltriptamina, ya que era evidente que su consumo no es algo que debamos tomar a la ligera. Entonces, dijo una frase que me marcó: “No te engañes. Esto no tiene nada que ver con lo que te hayan contado. No es un opiáceo, ni tampoco es como el LSD, ni como los hongos. Un viaje de DMT no es como tomar drogas mientras das un paseo por el campo. Debes ser muy consciente de lo que estás haciendo.”

Me explicó más cosas importantes de saber. Como es lógico, debemos tener mucho cuidado con factores como nuestro estado mental, o el estado de nuestro cuerpo. También debemos ser muy cuidadosos con las dosis, pues una diferencia de unos pocos miligramos podrían enviarnos a un lugar al que no queremos ir. Los sustos son relativamente habituales, y casi siempre se producen por los mismos motivos. Sin embargo, estos *bad trips* - o malos viajes- nunca son mortales, y al final acabamos hablando de ellos igual de positivamente que del resto.

Pero, entonces, ¿qué es la DMT? ¿es una droga, y tiene que ir al saco de las drogas? ¿o es una herramienta que nos ofrece la naturaleza por algún motivo?

Hay drogas tan potentes que te enganchan desde la primera vez que la tomas, como sucede con la heroína. Sin embargo, la dimetiltriptamina no es adictiva. Esto es algo que te puedo asegurar de primera mano. La sustancia no crea una dependencia fisiológica, y tampoco corremos el riesgo de habituarnos a su consumo, como nos sucede con el tabaco o el alcohol, por ejemplo. En esto, la DMT es también muy diferente de las drogas.

Más bien, parece suceder al contrario: cada consumo de DMT requiere una mentalización previa. Debes ser tú quien toma la decisión de manera activa cada vez que quieres tener una experiencia. Con esto, quiero decir que su consumo no es un automatismo como el que realiza un adicto al tabaco cada vez que se enciende un cigarro. Consumir DMT no es algo que queramos evitar y no podemos; sino algo para lo que debemos mentalizarnos, ya que nuestro propio cuerpo se resiste a ello. Es algo que siempre te pone nervioso al principio, porque sabes que te estás enfrentando a lo desconocido. Cada vez debes tomar la decisión activa y consciente de emprender un breve pero intenso viaje que no sabes a dónde

te va a llevar.

Juan me dijo que es habitual vivir una *época de enamoramiento* con la sustancia al principio de conocerla. Es normal que el sujeto quiera ver más y más las primeras veces; pero después, necesita un tiempo para pensar en todo lo que ha visto. Al final, los intervalos entre viajes son cada vez mayores, porque el individuo ya ha visto lo que tenía que ver, y porque necesita ese tiempo para recapacitar. Para Juan, la dificultad ahora radicaba en saber aplicar a su vida todo lo que creía haber aprendido.

Le pregunté cuánto dinero me costaría, en caso de querer tener una experiencia con la DMT. Podía imaginarme que, por su exclusividad, aquello sería bastante caro. Por eso, me sorprendió cuando me dijo que él no cobraba nada por hacerlo, y que no era ése su objetivo. Me explicó que él considera a la molécula como un regalo de la Naturaleza; un regalo que es para todos, y que se debe compartir. Según él, cualquiera que conoce el verdadero significado de esta sustancia acaba sintiéndose tan afortunado, que el único modo que le queda de agradecerlo es compartiéndolo con los demás.

Debemos desconfiar de aquellos que se hacen llamar chamanes, y abren la puerta de su casa a cualquiera que les ofrezca dinero a cambio de una experiencia. Alguien que trabaja por dinero, tiene su voluntad orientada hacia sí mismo; y eso quiere decir que no está realmente interesado por tu evolución. Toda la experiencia debe ir en una misma sintonía; desde los intereses del sujeto, a los del propio chamán.

Al rato de estar en casa de Juan, apareció otro amigo suyo, al que yo conocía de vista. Minutos después, cuando hablábamos con mayor confianza, me contó que él mismo “se había iniciado” meses atrás con la DMT. Consumir aquella planta le había ayudado a abordar su vida de manera diferente, y a abandonar algunos malos hábitos o modos de pensar. Ahora hablaba de aquella sustancia con adoración, tanto que me llamó la atención; porque aquel tipo no parecía ningún tonto.

Me dijo que Juan era un “buen chamán”, y que le estaba muy agradecido. Curiosamente, su modo de hablar me recordó al del propio Juan, por lo bajo de su tono. Sólo yo parecía estar en discordancia con ellos, con un tono más agudo y nervioso. Era algo palpable.

Juan reaccionó rápidamente al escuchar el calificativo de “chamán”. No le gusta que le llamen así, ni se considera a sí mismo como tal. Este concepto es exótico y atractivo; y vivimos en una sociedad en la que utilizamos cualquier etiqueta para alimentar el ego de las personas. Juan parece estar bastante alejado de este modo de entender la vida. En todo caso, puntualizó, se considera a sí mismo un mero catalizador; un facilitador que une al humano y a la planta. Juan procura que las personas lleguen a

unos determinados estados, pero siempre por sí mismas, intercediendo lo menos posible. Él simplemente les acerca una herramienta útil, y les explica el mejor modo de manejarla. En realidad, según Juan, él no hace absolutamente nada; sólo acerca a las personas a ese proceso natural, y lo hace porque quiere. El resto, simplemente sucede.

Ahora que ha pasado tiempo desde entonces, te diré algo que he aprendido, y que creo que debes tener en cuenta: casi todo el mundo que se llama “chamán” a sí mismo, poco o nada tiene que ver con el verdadero chamanismo, y sí con la intención de hacer negocio con sus supuestas habilidades y dones. No te engañes; no te estoy hablando de ese tipo de “chamanes”. Nosotros no tenemos nada que ver con eso. Aquí, nadie tiene un don especial, ni sabemos manejar energías de ningún tipo a nuestro antojo. Sólo somos exploradores, y ayudamos a otros exploradores.

Me preparé para volver a casa. En aquella primera cita sólo hablamos; a pesar de lo cual, salí de allí con más preguntas de las que tenía un par de horas antes. Me dijo que pensase en ello, y que le avisase cuando estuviese seguro para tratar de tener mi primera experiencia con la molécula. Necesitaba tiempo para estudiar tranquilamente qué era aquello de la dimetilriptamina; y tomar la decisión definitiva sobre si probarla, o si seguir con mi vida como siempre. Pero, en realidad, aquella decisión estaba ya tomada. Por algún motivo, ya sabía que me encontraba en el camino correcto. Me encontraba en la antesala de la mayor aventura de mi vida.

Quedé con Juan en llamarle a la semana siguiente. Me dio algunos consejos, y me recomendó prácticas que sigue la gente para facilitar sus experiencias.

Lógicamente, todo aquello que es bueno para el cuerpo y la mente, lo es también para realizar estos viajes. Por tanto, es conveniente realizar ejercicio, llevar una alimentación sana, e intentar dejar los problemas a un lado en el momento de realizar la experiencia. Cuerpo y mente deben estar en condiciones óptimas para que nuestra energía fluya correctamente, y todo vaya lo mejor posible. Es curioso pensar que, si queremos tener viajes psicotrópicos que nos sean productivos, debemos aprender a cuidarnos a largo plazo; siendo una característica muy positiva de estas sustancias el hecho de que nos incitan a cuidarnos. Por lo general, las drogas suelen hacer justo lo contrario: nos hacen daño para que necesitemos su efecto balsámico, y así nos mantienen enganchados a ellas.

No sabemos cuál es el verdadero poder de nuestra mente. Sin embargo, sí que sabemos que nuestro cuerpo es la única herramienta que tenemos para conocer la verdad sobre el mundo y sobre nosotros mismos. Si existe una verdad por conocer, nuestro cerebro es la herramienta perfecta para

llegar a ella. El modo en que cada uno lo utilice es siempre respetable; y yo creo estar haciéndolo correctamente, y según su propósito inicial.

Nuestro cuerpo y nuestra mente son nuestro templo para el autoconocimiento. Mi cuerpo es el único instrumento que tengo para llegar a mí mismo; por tanto, como esa tarea es sagrada, debo cuidarlo como si él también lo fuera.

Dentro de este templo, mi estado mental son los cimientos. Por eso, durante todo este tiempo, empezó a ser fundamental aprender a cuidar tanto mi organismo como mi salud mental, pues éstos no sólo eran importantes para el bienestar de mi vida, sino que resultan fundamentales en mi objetivo de llegar a la verdad sobre mí mismo y sobre el mundo.

*“Aquellos que están en la Gnosis, no agradan a la muchedumbre; y ésta no les
agrada.”*

(Hermes Trismegisto, *“Sobre el pensamiento y la sensación”*)

6 CHAMANISMO Y DMT

Estar planteándome tener una experiencia con aquella planta despertó en mí un especial interés por la figura de los chamanes. Hasta hace muy poco, yo nunca me había planteado cuál era su rol en la historia del Ser humano. Sin embargo, existe mucha más información sobre el chamanismo de lo que me hubiera imaginado antes; y he podido ver que hoy sigue habiendo chamanes prácticamente en todos los rincones del mundo. Siempre han estado, y siempre estarán. Es más, a poco que ahondemos en nuestra historia, podremos comprobar que el chamán es una figura sin la cual no seríamos capaces de explicar los primeros pasos de nuestra civilización. Permíteme que, durante este capítulo juegue con la poesía y la leyenda que me he encontrado entorno a esta figura.

Chamán significa “el que sabe, el que conoce”. En la prehistoria, se creía que al chamán lo ponían los dioses en la tierra para guiar a su pueblo. Eran protectores de su gente, tanto ante lo desconocido, como ante los otros humanos. Aquellas comunidades sentían ser parte de la Naturaleza de un modo que hoy nosotros no podemos comprender. Se consideraban hijos de la tierra, pero pensaban que había algo más: un mundo espiritual.

El chamán era el nexo entre los humanos y aquel mundo espiritual; alguien con la capacidad “de moverse entre dos mundos”. De él se dice que “camina entre dos reinos”; y que tiene la capacidad “de descomponerse y volver a componerse”, y “de morir y volver a nacer”.

El chamán es pionero en lo espiritual, y en la idea del concepto de dios o los dioses. Sus experiencias fueron las primeras que hicieron creer a los humanos estar ante algo holístico y sagrado. Pero, a diferencia de lo que sucede dentro de cualquier religión, el chamán no aprende lo que sabe de los demás; sino que basa su fe en sus propias experiencias y percepciones. Y, a diferencia de las religiones, el chamán era alguien que enseñaba a los

demás la cosas que había visto por sí mismo; y no las que le habían enseñado, o las que había leído en algún libro.

Cuenta la leyenda de la ayahuasca, que fueron los espíritus de las propias plantas quienes guiaron a los primeros chamanes para encontrar aquella mezcla perfecta que les conectase con ellos. Quizás ni siquiera fuese necesario. Es probable que aquellas comunidades experimentasen con todo lo que fuesen encontrando a su paso, y realizando combinaciones de todo tipo. Una vez que dieron con la tecla exacta, quizás pensaron que no había sido una casualidad; o quizás fueron estas propias experiencias las que les convencieron de ello.

Hay una realidad subyacente a todo esto a la que nadie parece dar importancia. Estas plantas y hongos utilizadas en el chamanismo llevan en nuestro planeta milenios, quizás millones de años antes que nosotros. Es como si siempre nos hubieran estado esperando; como si la experiencia chamánica fuese en realidad una combinación mágica entre dos especies en la que ambas partes son necesarias. Es una simbiosis que parece provenir de un diseño inteligente previo y subyacente a la propia Naturaleza. Así que, podemos pensar de esta manera, o dar por sentado que sólo es una cuestión de azar.

Supongamos que es la Naturaleza quien combina a las diferentes especies para lograr una evolución global. En realidad, eso es lo que parece suceder, aunque pensamos que lo hace de manera involuntaria y azarosa. Pero imaginemos que existe algún tipo de voluntad intrínseca a la Naturaleza. En ese caso, la evolución sería un hecho deliberado, y hoy en día, la Naturaleza seguiría emitiendo señales para que continúe esta evolución. De entre todos los seres de nuestro planeta, los humanos somos los primeros en ser capaces de entender estas señales; y de entre los humanos, fueron los chamanes los primeros en percibirlos. Quizás hoy llevamos siglos sin escucharlas, pero ello puede deberse simplemente a que estamos demasiado ocupados por nuestras vidas, y a que hemos dejado de prestarles atención. Todos nosotros, salvo unos pocos.

Dediqué aquella semana a informarme acerca de la dimetiltriptamina. No me costó encontrar abundante información acerca de su naturaleza, así como de sus efectos. Con poco que supe sobre ella, me di cuenta de que no tiene nada que ver con el enorme abanico de drogas de las que podemos disponer hoy en día, sean éstas legales o no. De cualquier manera, te animo a que, antes de tomar la decisión de probar algo que no conoces, hagas como yo, y te informes en profundidad de qué es lo que tienes entre manos.

La DMT se encuentra en toda la naturaleza debido a su sencillez molecular; esto quiere decir que casi todos los organismos con cierto nivel

de complejidad disponen de las enzimas necesarias para sintetizarla. Por eso, su aparición por todos lados es una cuestión de simple estadística. Su composición molecular es, por ejemplo, muy cercana a la del triptófano, un aminoácido esencial en nuestra alimentación.

Se han encontrado trazas de esta molécula en la orina de personas adultas, por lo que está extendida la creencia de que nuestro propio organismo la puede producir en determinados momentos de nuestra vida. Es una herramienta invisible, un agente fantasma que actúa sin dejar rastro. Así, cualquier día puede aparecer, hacerte ver algo que nadie ve, y dejarte la sensación de estar perdiendo la cabeza, ya que no puedes demostrar lo que te ha ocurrido.

El primero en describir a la dimetilriptamina como un alucinógeno creado por nuestro organismo de manera endógena, fue el doctor Rick Strassman, en el documental *DMT: La Molécula del Espíritu* (2000). Esto supone una enorme diferencia respecto a cualquier otra sustancia con la que queramos compararla -cualquier droga-.

La DMT actúa en nuestro cuerpo como un neurotransmisor, que es algo muy parecido a una hormona; con la diferencia de que las hormonas pueden actuar en todo el cuerpo, mientras que los neurotransmisores tienen una actuación local, quedando su ámbito de actuación en el propio cerebro. Esto es, la dimetilriptamina funciona estimulando nuevas conexiones entre las neuronas, y llevando información entre las mismas. Incluso puede que ayude a la regeneración de éstas.

La naturaleza ha tardado milenios en crear una especie con la capacidad de consumir voluntariamente estas plantas y razonar acerca de estas experiencias. Pero lo cierto es que apenas podemos comprender por qué existe realmente esta molécula, y cuál es su objetivo último. Sabemos que en la Naturaleza todo sucede por algún motivo; y probablemente, lo que la DMT hace con nosotros no es ninguna excepción.

Resulta especialmente curioso en qué momentos concretos de nuestra vida aparece la DMT de manera endógena. Para empezar, está presente durante los primeros años de vida, cuando nuestro cerebro se está formando. Esto parece tener sentido, teniendo en cuenta lo anteriormente expuesto. De ser esto cierto, podríamos afirmar que los niños ven definitivamente el mundo de manera diferente a los adultos. Está en nuestra naturaleza que, durante esos primeros años, tengamos un más elevado grado de percepción de nuestro entorno; y puede que ésa sea la labor de la dimetilriptamina.

Se sospecha que nuestro cerebro podría liberar pequeñas cantidades de dimetilriptamina una vez que nos hemos quedado dormidos. De esta manera es como se generarían las proyecciones que tenemos durante nuestros sueños. Esto también parece tener sentido; más si tenemos en

cuenta que, mientras dormimos, estamos realmente teniendo experiencias mentales que se proyectan fuera de nuestro cuerpo y de nuestro mundo. Desafortunadamente, no tenemos la capacidad de recordar nuestros sueños con la claridad suficiente como para darnos cuenta de lo importantes que éstos son para nosotros.

Además, esta molécula aparece en el cuerpo en situaciones de estrés; al igual que sucede con algunas hormonas. Estas situaciones pueden ser, por ejemplo, haber sufrido un accidente, o encontramos en una experiencia cercana a la muerte. Esto explicaría por qué sufrimos alucinaciones durante esos instantes críticos. No debemos olvidar que, siempre que se produce una alucinación, ésta viene provocada por un motivo químico. Y quizás por ello la DMT adquiere especial importancia en estas situaciones.

Quizás no hay mucho demostrado al respecto, pero hay quien opina que prácticas como la meditación o el yoga tratan de llegar a un estado alterado de consciencia que suele asociarse con la activación de la glándula pineal; la cual también se relaciona a menudo con las experiencias en DMT. Tal vez, se podrían explicar los estados de máxima lucidez que obtienen los expertos en estas prácticas, gracias a la generación endógena de dimetiltryptamina por parte de nuestro organismo en el momento cumbre de la actividad. No sería del todo ilógico que tuviésemos esta capacidad. En esta ocasión, la DMT aparecería gracias a una práctica voluntaria y voluntariosa.

Sin embargo, yo nunca he conseguido llegar a tal estado de lucidez de manera endógena y autosuficiente. Hasta hace muy poco, yo no era una persona especialmente paciente, y no creía en absoluto en las increíbles cualidades que tenemos. No creía en las técnicas de meditación, en el yoga, en los mantras, o en los rezos; y tampoco creía en el chamanismo.

Rick Strassman encontró, a su vez, moléculas de DMT en la glándula pineal de las ratas, por lo que podemos imaginar que éste es el lugar del que brota también en el caso de los humanos. Sin embargo, sabemos muy poco de la glándula pineal.

Ésta tiene el tamaño de un guisante, y es fácilmente localizable en el centro exacto de nuestro cerebro, rodeada por nuestra masa encefálica, aunque sin formar parte de ella. Está conectada directamente con nuestras retinas, por lo que recibe luz directa, y nos sirve para regular nuestro organismo según los ciclos de luz.

Por su localización, la glándula pineal ha llamado la atención de todas las culturas, desde la edad antigua hasta la actualidad. A ella se le atribuyen algunos de los estados místicos espontáneos que recoge nuestra historia. Para los egipcios y griegos -entre otros-, era a través de la glándula pineal como el alma entraba en nuestro cuerpo; un auténtico portal entre dos mundos. Así, siempre hemos intuido que nuestro cerebro generaba un

compuesto que nos permite tener experiencias místicas; pero hasta ahora, no podíamos comprobarlo a través de la ciencia. Quién sabe si gracias a la dimetiltriptamina, ahora podremos encontrar un punto de unión entre ciencia y espiritualidad. Que esto pueda o no acabar siendo una certeza, depende del empeño que pongamos en demostrarlo.

Además, leyendo una entrevista, me enteré de que el doctor Rick Strassman descubrió una coincidencia bastante improbable entre los mundos de la filosofía budista y la ciencia. Por un lado, el *Libro Tibetano de los Muertos* nos habla de que el alma entra en el feto justo a los 49 días de vida, algo que probablemente hayas escuchado antes. Esto podría sonar arbitrario, una cifra elegida al azar, y sin fundamento. Sin embargo, lo curioso de todo esto es que es justo a los 49 días cuando la glándula pineal es visible por primera vez en el feto; y esto es algo que los antiguos tibetanos no podían saber. Y, ya que está demostrado que la glándula pineal es capaz de segregar la DMT, esto nos ofrece un nuevo motivo para entender esta sustancia en su contexto *espiritual*.

Pero ¿por qué motivo generaríamos endógenamente compuestos alucinógenos? Imagino que debe ser realmente complicado encontrar una respuesta, ya que ésta escapa a nuestra comprensión; y sospecho que se acerca más a la filosofía que a la propia ciencia. Sin embargo, podemos imaginar que conocer aquello que nosotros somos, tiene mucho que ver con las funciones de esta glándula. Así, del mismo modo que necesitamos alimentos y hormonas para el crecimiento de nuestro cuerpo; igualmente los necesitamos para el crecimiento de nuestra mente -o quién sabe si nuestra propia alma-. Ya he mencionado el calificativo de “molécula espiritual”, o incluso hay quien la llama “molécula de la realidad”. Del mismo modo, a mi amigo Juan le gusta decir que no se trata de un alucinógeno, sino de un “desalucinógeno”.

Para terminar de introducirte qué es la DMT, me queda por contarte lo más extraño de todo.

Se piensa que nuestro cerebro libera una gran cantidad de la molécula en el momento exacto de nuestra muerte. Esto explicaría los estados de lucidez o las alucinaciones que parecen alcanzar las personas justo antes de espirar. Para mí, el hecho de que la produzcamos en un momento tan importante de nuestra existencia puede ser una de las claves para comprender por qué existe la dimetiltriptamina, y cuál es su relevancia en nuestra vida.

Podemos imaginar que, cuando esta molécula tiene un origen endógeno, ésta metabolizará con nuestro organismo de una manera más directa y natural que si la consumimos de una planta; del mismo modo que no metabolizamos la leche de una vaca de la misma manera que la de nuestra madre. Es posible que, cuando nuestro organismo detecta que va a

morir, produzca una cantidad de la sustancia tal que permita al individuo acceder a un estado de máxima consciencia, que es el que precede a su muerte. Éste sería un estado de lucidez que no somos capaces de emular, ni siquiera mediante el consumo de DMT de manera exógena. Es un estado que puede hacernos creer que el tiempo se ha detenido; y que nos permite ver pasar toda nuestra vida ante nuestros ojos, como si ésta fuese una historia donde todo tiene sentido, un principio, y un final. Todo se detiene cuando tu mente trabaja en su máximo potencial. Es un momento de comprensión que va mucho más allá de las palabras; y que no requiere de tiempo para ser interiorizada.

Por qué sucede esto es algo que probablemente no comprenderemos hasta el día de nuestro propio fallecimiento. El hecho de que esta misma sustancia exista en la Naturaleza por doquier es una invitación evidente a que nos asomemos a aquello que somos realmente.

Si creemos a algunas personas que dicen haber tenido experiencias cercanas a la muerte y haber vuelto a sus cuerpos, resulta que éstas parecen acceder a un estado en el que no necesitan de sus ojos ni sus oídos para saber lo que sucede en su entorno. Todos hemos visto en televisión algún caso de un paciente que ha perdido la vida, y flota por el hospital escuchando las conversaciones de los médicos o los familiares, para después recuperar la consciencia. Pero más allá de analizar individualmente cada caso, lo que tenemos que plantearnos es por qué sucede esto; qué hace esta sustancia en el interior de nuestro organismo, y cuál es su propósito. Si estas experiencias aparecen de manera natural una y otra vez, probablemente es porque están ahí para que aprendamos algo de ellas. Si bien nuestro cuerpo genera la molécula cuando él lo decide, la naturaleza nos otorga la oportunidad de acudir a estas experiencias de manera voluntaria. Y, una vez más, creo que esto no puede ser casual.

Además, estoy convencido de que forma parte de nuestro cometido.

“La palabra de Dios se elevó desde los elementos inferiores hasta la pura creación de la naturaleza.”
(Hermes Trismegisto, *Poimandres*)

7 LA PASTILLA ROJA

Imagino que conoces la famosa película *Matrix*. Aunque la vi por primera vez hace muchos años, nunca me había planteado que tras su argumento pudiese encontrarse una parábola filosófica como la que posteriormente comprendí. Ni siquiera puedo decirte si ésa era la intención inicial de sus creadores.

Según el argumento de esta película, los seres humanos están secuestrados por una raza alienígena, aunque son ajenos a esta realidad. Los humanos viven dormidos y conectados a unas máquinas, mientras que imaginan sus vidas en un gigantesco sueño colectivo generado de manera informática. Estos alienígenas mantienen a las personas dormidas, almacenadas en unas gigantescas naves, mientras las cultivan como plantas para aprovecharse de su energía.

Los protagonistas de la película son un grupo de personas que encuentran el modo de despertar de este sueño inducido, y forman una resistencia. Su objetivo es hacer despertar al mundo, para que todos se den cuenta de que viven, en realidad, esclavizados.

Hay un protagonista principal, al que dan la oportunidad de elegir entre dos pastillas. Una, la roja, le hará despertar y ver la realidad, tal y como es. La pastilla azul le permitirá olvidarlo todo y seguir durmiendo; viviendo su vida como hasta ese momento.

El protagonista elige tomar la pastilla roja, aun sabiendo que ya no habrá marcha atrás. Desde el momento en que ve la realidad por primera vez, queda impregnado por ella para siempre; porque una vez que se conoce la verdad, ésta es imposible de olvidar.

La consciencia es algo que no puede volver atrás, ya que no consiste en recordar u olvidar cosas. La consciencia es una impronta que vamos generando en nosotros mismos, un camino que se recorre en una única

dirección. Aunque a veces duerme, nunca retrocede.

Quizás, el proceso de despertar del protagonista había comenzado mucho antes. Pero es el hecho de traspasar el velo de la realidad lo que le confiere un antes y un después en su modo de concebir el mundo. Dar este paso es lo que supone la verdadera *iniciación*. Y he aquí el paralelismo con lo que yo mismo estaba a punto de vivir.

Una vez que has conseguido traspasar el velo de lo que pensabas que era la realidad, la fe que se crea en lo que acabas de conocer, no resulta la meta de tus experiencias, sino el punto de partida hacia un nuevo modo de aprendizaje que sólo tú puedes inferirte a ti mismo. Desde que comienza el proceso, te conviertes en tu propio maestro a través de tus experiencias.

Llegados a este punto, seguro que entiendes por qué te hablo de la película 'Matrix'. En aquel momento exacto de mi vida, antes de volver a ver a Juan, debía tomar exactamente la misma decisión que el protagonista. Aquellos a quienes había escuchado hablar de las experiencias con la planta de la DMT, lo hacían con devoción; y los cambios que se habían dado en sus vidas, habían sido reales y para bien. ¿Acaso eran todos ellos unos mentirosos? ¿Qué había de real en sus experiencias? Sólo cuando lo viese con mis ojos, podría responder a la pregunta. Por eso estamos aquí tú y yo.

Aquello que me esperaba, no correspondía con lo que me habían enseñado desde pequeño, y no todo el mundo está igual de abierto a aceptar algo así. Por ello, las personas que llevan toda su vida enraizando unas determinadas creencias, tienen mayor dificultad para abrirse a nuevas realidades. No es mi intención forzar a nadie para que vea lo mismo que yo veo. Estas personas tenderán a ver mis experiencias como algo negativo, peligroso, e incluso blasfemo. Aunque sepan que es posible conocer otra realidad, prefieren tomar el camino de no querer saber más; y aceptan sus vidas como siempre lo han hecho. Pero aquella no iba a ser mi decisión.

Estoy convencido de que todas las personas tenemos dentro de nosotros una capacidad de despertar, que se activa cuando llega a nuestra vida un suceso inesperado; o cuando aparece la persona que vendrá a despertarnos. Todos estamos en la misma senda, aunque la mayoría no lo sabe; y a veces, necesitamos un pequeño empujón para darnos cuenta. Lo importante no es desde dónde partamos cada uno, sino que llegaremos todos a un mismo destino.

Una vez que comienzas este camino, sientes que por primera vez eres líder de tus propios actos. Conoces dentro de ti una fuerza enorme, y te resulta inexplicable no haberte dado cuenta antes. Tus experiencias son tu único campo de aprendizaje. Fuera de ti, están los demás; las palabras y sus intentos para describir la realidad. Comprendes que, por naturaleza, nada pueden enseñarte que no puedas aprender por ti mismo. No hay jerarquías,

ni gurúes; sólo autoconocimiento.

Hoy en día parece estar mal visto pensar las cosas por uno mismo y separarte de las doctrinas del resto; es extraño y poco corriente. No necesito una planta para ver que la sociedad a la que pertenezco está profundamente equivocada; perseverando en paradigmas irreales que permiten y justifican el abuso sistemático de unos sobre otros. Convivo con muchas realidades que no comprendo; y no logro empatizar con los comportamientos de muchos de los de mi especie. No es ése el mundo al que siento pertenecer; y éste es el pensamiento primigenio que llevó a mi *despertar*.

Puede que algún día, al igual que sucedía a los antiguos chamanes, yo mismo acabe sintiendo que realmente pertenezco más al mundo de lo espiritual que a este físico. Es algo que intuyo y que siento dentro de mí. Creo que la vida está para disfrutarla; pero, además, está para que aprendamos lo que somos, y nos preparemos para morir.

El de nuestra muerte es el único momento del que tenemos absoluta certeza; por ello, no resulta estúpido pensar que nuestra vida no sea más que una preparación para recibir este nuevo estado. Además, la Naturaleza tendría también su papel, proveyéndonos de las herramientas necesarias. De tal modo, y si hemos completado nuestro cometido, cuando llegue nuestra hora estaremos listos para irnos en paz; y entonces, todo el camino habrá merecido la pena.

Llegado aquel momento de mi vida, tenía que decidir entre tomar la pastilla azul y seguir durmiendo; o bien, tomar la pastilla roja y despertar. En mi caso, ya no había lugar para la duda. Tenía una fuerte sensación dentro de mí, que me decía que no había llegado hasta allí para detenerme en ese momento. Era lo que debía hacer.

Ha pasado bastante tiempo desde entonces, y sigo creyendo que tomé la decisión correcta. Aquella posibilidad iba a abrir en mi vida una ventana a la esperanza, que hubiese resultado imposible de creer en el mundo en el que antes vivía. Por fin, tengo la seguridad de que mi vida siempre tuvo un propósito, y estoy deseando ver lo que el futuro me depara.

Dame esa pastilla roja.

“Da tu primer paso con fe. Da igual que no veas toda la escalera completa; sólo da tu primer paso.”

(Martin Luther King, discurso ‘*I have a dream*’)

8 EL PRIMER VELO

Por fin, había llegado el gran día. Seguí todos los pasos que me recomendó Juan; de manera que, al llegar a su casa aquella noche, mi cuerpo y mi mente se encontraban en condiciones óptimas para mi primera experiencia con la planta.

Cuando llegué a su casa, me encontraba ciertamente nervioso. Al igual que la vez anterior, el salón me pareció acogedor; y toda la ambientación parecía preparada para estimular mi experiencia. La luz era tenue, y sonaba música para meditar. Después de romper el hielo, Juan me pidió que me sentase cómodo en uno de los sofás. Me explicó que, en aquellas ocasiones, le gustaba comenzar poniendo una pipa con muy poquita cantidad de DMT, de manera que normalmente no daba lugar a ninguna experiencia *con visiones*. Aquello ayudaba a que el cuerpo se habituase a la sustancia, y a que la persona en cuestión lograra relajarse. A este paso lo llama *quitamiedos*.

Colocó la sustancia en una pipa de agua hecha de cristal, de las que se utilizan para fumar marihuana. El humo nunca me ha gustado demasiado, y estas bongas siempre me han hecho toser mucho. Pensé que quizás éste podría ser el primer problema al que me enfrentase.

Estaba realmente nervioso antes de comenzar. La primera calada fue torpe, y apenas entró humo en mis pulmones. No fue agradable al paladar, sobre todo por mi falta de pericia. Cuando se fue de mi boca el mal sabor del humo, pude saborear por primera vez aquella sustancia. El sabor me resultaba extrañamente familiar, aunque lejano en la memoria. Lo hubiese descrito como orgánico y añejo al mismo tiempo. Segundos después, pude percibir cómo mi vista se agudizaba levemente. Era un efecto sumamente extraño; los colores se volvieron más vívidos, y las formas de mi entorno se agudizaron. Todo parecía estar más ordenado, como si cada cosa que había en la habitación obedeciese a una ley geométrica invisible; y las figuras más

sencillas, como un cenicero redondo, o las banderas triangulares, me llamaban especialmente la atención. Al fijar mi vista en estos objetos, algo parecía moverse por sus superficies; una especie de energía semitransparente. Era como si mi atención se focalizase en las formas y colores más básicos; y entonces, éstos cobrasen cierta *vida*.

Me sentía muy despierto. Podía escuchar un zumbido parecido al de la energía estática; aunque no estaba seguro de si éste procedía del exterior o del interior de mi cabeza. Era muy extraño; como si algo físico y palpable se hubiese activado dentro de mí, y como si mi cerebro, en lugar de estar formado por millones de neuronas, trabajase a golpe de correas y poleas. Había mucho movimiento ahí adentro.

Mi amigo me miraba sentado a un par de metros de mí. Estaba tranquilo. Él sabía que no había ocurrido nada de momento. Estaba acostumbrado a situaciones así.

Minutos después, di por terminada la experiencia, y le conté las cosas que había sentido. Para mí había pasado un buen rato, pero en realidad, no habrían sido más de dos o tres minutos. Más adelante, comprobé que los viajes son más largos cuando tenemos la capacidad de concentrarnos o de meditar; pero en aquel momento, mi mente estaba a mil revoluciones. Era consciente de todo, pero durante algunos instantes me había encontrado ligeramente desorientado.

Cuando pasó el tiempo adecuado, nos preparamos para un segundo intento. Repetimos el procedimiento; pero de nuevo, en el momento de fumar, me sentía tremendamente agitado. Fumé el humo con dificultad, y me recliné en el sofá deseando que sucediese algo mientras sentía que el corazón se me salía del pecho.

Volvieron a aparecer los mismos leves efectos visuales de antes. Los troncos de madera del techo parecían respirar, mientras que eran recorridos por una bonita energía de tonos azulados. Todo se movía de manera armoniosa y agradable; como si un viento invisible meciese a cientos de figuras que parecían haber aparecido de la nada. Pero aquello era todo, y no había muchos más sitios donde mirar.

Al bajar la mirada, me encontré con los ojos de mi amigo. Esta vez sí que parecía desconcertado al ver que yo seguía allí sin más. Algo parecía estar bloqueando la experiencia; aunque hoy sigo pensando que se debía a mi nerviosismo, y lo mal que se me daba fumar en esas pipas.

Me sentía decepcionado, y también sentía que le había fallado a mi amigo. No sabía qué decir. Pensamos que quizás aquel no sería el día adecuado. Mi *iniciación* parecía haber quedado a mitad de camino aquella noche. En ocasiones, me dijo, el cuerpo se niega a aceptar la sustancia, por

mucho que insistamos nosotros. Si fumas una o dos veces, y no te hace efecto, entonces quizás es mejor esperar a otro día; porque claramente, el problema no está siendo la sustancia. No debemos forzar la situación si ésta no aparece de manera natural. Por ese motivo, decidimos dejar de intentarlo, y pasamos el resto de la velada conversando.

Me sentía desilusionado. Yo necesitaba saber si todo aquello era real, si de verdad era tan trascendente. Pero ahora me daba cuenta de que nada iba a ser tan fácil. Aquello se encontraba muy lejos de ser una experiencia que me cambiase la vida. Además, lo peor es que sentía que era yo quien había fallado.

Ya casi nos estábamos despidiendo. Juan reconoció sentirse incómodo por cómo se había dado todo. Yo estaba listo para volver a casa. Había pasado un buen rato, y ahora me encontraba tranquilo. Era tarde, y mi cuerpo me pedía descansar después de haber pasado toda aquella excitación. Entonces, quizás sintiendo aquel cambio de energía, Juan me propuso hacer un tercer y último intento. Me pareció buena idea.

Esta vez, me pidió que me quitase los zapatos; y que, en lugar de estar sentado, me tumbase en el sofá. Puse los pies en alto, y me coloqué lo más cómodo que pude, tumbado boca arriba, y con las palmas de las manos en contacto con la tela del sofá. Instantes después, aquel contacto sería mi única conexión con la realidad física.

Juan me pidió que, en esta ocasión, cerrase los ojos y me dejase llevar; era un error tratar de explicar con palabras lo que en esos momentos pudiera vivir. Intentar hablar sólo perjudicaría la experiencia.

En aquella tercera ocasión, cerré los ojos e inhalé el humo con suavidad, sin preocuparme por si quedaba más o menos de la sustancia; o si lo estaba haciendo bien o no. Juan sostenía la pipa, y él sabría cuándo retirarla. Simplemente, inhalé sin pensar en nada. De cualquier manera, ya no esperaba que sucediese nada anormal.

Pero en el momento en el que el humo salió por mi boca, supe que ahora todo sería diferente. Al abrir los ojos, vi que el propio humo parecía diferente, y se elevaba denso, haciendo una danza que me resultaba artificial. Podía sentir perfectamente que estaba a punto de suceder algo, y aquella era una sensación de enorme vértigo.

Instantáneamente, volvió a aparecer aquel zumbido en mi cabeza; pero ahora lo hizo con mucha más fuerza. Era un sonido envolvente, como si hubiese metido la cabeza en una colmena de abejas; o parecido al de la carga de datos informáticos. Estaba por todas partes.

Cinco o diez segundos después, sentí un breve escalofrío en la espalda, y comenzó el *despegue*. La sensación de vértigo era ahora tan fuerte, que me agarré con las manos al sofá, pensando que iba a salir disparado contra el techo. Puede que diese un pequeño grito en ese momento. Pero nada pudo

atarme, y el sofá se vino conmigo agarrado en mis manos. Atravesé el techo de la casa, y en pocos segundos estaba tan arriba, que sentía que nuestro planeta se perdía, lejano y pequeño como un grano de arena en la playa.

Segundos después la experiencia dio un salto; y aunque en ningún momento olvidé dónde me encontraba, de pronto me vi flotando en una gigantesca oscuridad. No era la oscuridad propia de cuando uno cierra los ojos; era más oscura y más vacía. Era la nada.

Entonces, ocurrieron un par de flases blancos, y tuve un par de saltos más que no recuerdo. Todo esto pasaba en muy pocos segundos.

Era la primera vez que estudiaba la naturaleza de estas experiencias, y ya pude comprobar que durante los viajes con DMT, sufrimos numerosos saltos de una experiencia a otra; lo cual dificulta muchísimo a la hora de retener lo que estamos viendo. Cada nueva experiencia se sobrepone a la anterior, y parece la más real y definitiva; aunque nunca lo es. Todos estos saltos se van sobreponiendo, hasta que finalmente vuelves a tu cuerpo.

Flotando en ningún lugar, podía ver una serie de mallas semitransparentes de colores que se movían suavemente, como lo hacen las bandadas de pájaros en el cielo. Aquello no dejaba de cambiar, creando bonitas figuras. Éstas siempre eran formas geométricas tridimensionales relativamente sencillas. Después, aquella figura se abrió como una flor, multiplicándose de manera fractal. De pronto, me encontraba ante una experiencia visual de enorme complejidad, que se multiplicaba al unísono desde diferentes puntos. Todo esto, acompañado de un agudo pitido.

Era como mirar un mundo vivo a través de un caleidoscopio; pero todo con un nivel de definición difícil de imaginar. Allí podía ver infinitas más cosas de las que puedo ver con los ojos abiertos. Estaba procesando mucha más información simultánea que la que perciben mi vista en cualquier momento; aquello era un campo de visión muchísimo mayor. Es difícil de describir.

Las líneas que formaban aquellas estructuras eran increíblemente finas, pero muy palpables. Era como si todo aquello tuviese una forma física real, y un aspecto parecido al de la plastilina de colores. Y lo más extraño de todo era que yo no veía todo aquello desde un tercer lugar; sino que sentía todo aquello como parte de mí, como si todo aquello fuera yo mismo. Era un sentimiento de plena descomposición, como si yo mismo me estuviese deshaciendo en millones de partículas, y éstas se divirtiesen generando aquella multitud de preciosas formas. Me sentía liberado del peso de mi cuerpo, en un estado de absoluta libertad. Y lo más raro es que no me sentía extraño allí, era como si lo hubiera estado haciendo desde siempre. Era como si yo fuese aquello.

No pude reprimir una carcajada. Escuché mi risa increíblemente lejana, y extrañamente grave. Fui consciente de que me encontraba en un estado

muy alterado de mi consciencia. No era capaz, ni mucho menos, de manejar mi cuerpo con normalidad. Me encontraba literalmente lejos de este mundo; podía sentirlo fácilmente. No podía creerme que aquello estuviese sucediendo. No tenía miedo. Era una sensación de auténtico gozo.

Aunque todo esto sucedió en pocos instantes, mi sensación temporal era muy diferente. Allí donde yo estaba, no parecía haber un espacio y un tiempo de la manera que hay aquí; sino que todo parecía construirse a la vez. De nuevo, me viene la imagen del tiempo expandiéndose como si fuese plastilina. Materia y tiempo se detenían a mi aparente voluntad; pero era mucho más bonito verlo todo fluir. Era como estar en mitad de un lienzo tridimensional, formando parte de una obra que se autorreproducía.

Lo que sucedió después es difícil de explicar. Hubo un salto realmente grande, y de algún modo sentía que era *de arriba hacia abajo*. Ahora no flotaba, sino que tenía presencia física, y me encontraba de pie en algún lugar. A mi alrededor, todo lo que podía ver era una neblina y bastante luz. Era como andar por las nubes, sólo que el suelo era de una piedra parecida al mármol; y las nubes, de colores en tonos crema.

Estando allí de pie, noté una presencia detrás de mí. No tuve que girarme para verla. Fue una imagen arquetípica. Era una mujer morena, con el pelo largo y rizado; y estaba vestida con una falda larga y una camiseta blanca de tirantes. Era de complexión delgada, y tenía sus brazos fuertes abiertos hacia mí y hacia delante, como invitándome a continuar adelante, donde había mucha luz.

Su comportamiento era esencialmente maternal, e imagino que ello me evocó a las innumerables ocasiones en las que he escuchado a alguien hablar abiertamente de la “madre tierra” o de la “madre naturaleza”. Éstos son conceptos realmente bonitos en los que pensar, pero en los que es muy difícil creer. No pensamos que la Naturaleza realmente nos vea como sus hijos, porque no creemos que ella tenga consciencia.

Pero eso fue lo que sentí. Era como si la propia Naturaleza se hubiese materializado en aquel ser. Y seguramente, había adoptado aquella forma porque así era como yo me la hubiese imaginado.

Se produjeron nuevos saltos. Ahora flotaba sobre una superficie lisa de color verde, que era atravesada por una línea de color azul. Apenas había otras formas. Esta línea serpenteaba, dando la sensación de que era yo quien me movía sobrevolándola. Aquella serpiente no tenía cabeza, ni principio ni fin; pero no se me escapaba el hecho de que me encontraba ante una nueva imagen arquetípica: la serpiente.

Aumentó la calidad de mi percepción. Era algo parecido a los videojuegos cuyos escenarios se van cargando poco a poco. Ahora que podía ver con mayor *resolución*, aparecían nuevas formas en aquel enorme escenario.

A medida que aquella serpiente azul avanzaba, todo cuanto iba tocando se iba llenando de vida, y pequeños *caleidoscopios fractales* fructificaban a su paso. Eran como flores o mándalas de colores que brotaban a su paso.

Al igual que sucedió antes, cuando quise darme cuenta, la vida lo había devorado todo, y volvía a encontrarme ante una visión increíblemente compleja. Pero en esta ocasión, en lugar de seguir viendo figuras geométricas, éstas habían empezado a adoptar formas mucho más conocidas para mí. Me encontraba rodeado de plantas; aunque no eran del todo reales, sino como sencillos dibujos a acuarela.

En el siguiente salto, me encontraba volando sobre una frondosa selva llena de vida y de color. Aunque mi cuerpo siguiese en casa de Juan, casi podía respirar el aire de aquel lugar, fresco y limpio. Era una imagen repleta de luz y de color.

Aterrícé suavemente en mitad del camino, como si fuese un enorme pájaro. De pronto, me encontraba físicamente de pie sobre aquella misma selva. En aquellos momentos, yo no recordaba ni quién era ni qué hacía allí. Estaba absolutamente desconcertado. Ante mí se encontraba una gigantesca puerta de piedra. Pero esta piedra se encontraba llena de vida en su superficie. Como si fueran talladas en la piedra, numerosas serpientes sin cabeza recorrían la visión, impregnando todo de vida con su impronta. Yo me encontraba de pie en una selva, y tenía ante mí otra selva plasmada en aquella puerta, como en miniatura. Un mundo dentro de otro mundo de manera fractal, y yo entre ambos.

Aquella puerta parecía llevar allí milenios y pesar toneladas. Era tan recia que yo jamás hubiera sido capaz de moverla. Aquella experiencia no dejaba de sorprenderme, y el zumbido en la cabeza era cada vez más agudo. Por debajo de la puerta y por sus lados irradiaba una luz blanca que cada vez se hacía más fuerte. Aquella luz parecía querer devorar la puerta hasta llegar donde yo me encontraba. Al final, se hizo tan intensa que, de pronto, ya no veía la puerta ni nada, salvo luz blanca.

En ese momento fue cuando desapareció el pitido, y todo terminó de manera repentina. Simplemente, me quedé flotando en silencio en aquella luz blanca. Era una sensación de libertad y enorme gozo. Ya había vuelto en mí, pero los ecos de la experiencia resultaban aun placenteros.

La experiencia se había alargado ya varios minutos, y yo estaba ya plenamente consciente. Al ver toda aquella luz blanca, volví en mí; y me dispuse a protestar, pues pensaba que era Juan quien había encendido la luz del salón e interrumpido la experiencia. Realmente, no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba *allí*. Sin embargo, al abrir los ojos, toda aquella luz desapareció, y volví a encontrarme en aquel salón tenue. Me quedé boquiabierto, porque la luz que yo veía parecía increíblemente real. Miré a

Juan, que me devolvía la mirada sonriendo; pero fui incapaz de articular palabra, y volví a recostarme.

Disfruté de aquellos instantes antes de volver a incorporarme. Me costó volver a adaptarme a la luz del salón, del mismo modo que si hubiera estado mirando al Sol. Había acumulado mucha cantidad de la sustancia, y me había golpeado toda ella de golpe. Ahora me costaba volver a adaptarme a mi cuerpo y al mundo; todo parecía densificarse y ralentizarse muchísimo. Volví a intentar hablar, pero no me salían las palabras, sino más bien un sonido gutural como 'ouuggmmm', casi imperceptible. Esta vez, mi amigo me sonreía abiertamente.

Me sentía increíblemente descansado, aunque mi cuerpo estaba hecho un trapo. Minutos después, tenía absoluta claridad mental, como si me acabase de despertar tras un sueño reparador. Tenía unas ganas enormes de contarle a todo el mundo lo que me acababa de pasar. Estaba desconcertado; ahora necesitaba tiempo para poner en orden todas aquellas experiencias, y para tratar de no olvidarlas.

Aquello había sido tan real... No parecían alucinaciones pasajeras e inconexas; todo aquello parecía haber seguido un guion. Aquellas experiencias eran complejas y estructuradas; y en ellas, todo parecía tener sentido. Pero lo que no dejaba de preguntarme era si todo aquello lo había creado mi mente; o si realmente, aquella proyección había llegado a mí desde fuera de alguna manera. ¿De verdad tengo tanta capacidad de creación que puedo construir un mundo en el cual perderme y olvidarme de mí mismo?

Imagino que lo más sorprendente de mi primera experiencia con DMT fue la fuerte sensación de estar viviendo algo que era real. Aquella sensación era exactamente la misma que experimento cada mañana al saber que vuelvo a estar despierto. Era como despertar de la vida y ver lo que hay en el siguiente nivel de realidad.

Más adelante leí que Platón ya acuñó una palabra, la *anamnesis*, para denominar a las situaciones en las que nos encontramos ante la verdad, y sabemos reconocerla. Además, Platón incidía en que no era un nuevo conocimiento para nosotros, sino un reconocimiento de algo que ya se conocía; algo que conocíamos incluso antes de la vida.

Yo no tenía modo de demostrarlo; pero desde aquella noche, esta sensación se iba a quedar en mi cabeza para siempre. La verdad, cuando se reconoce, es imposible de olvidar.

También resulta llamativo que aquel primer viaje terminase justo ante la imagen arquetípica de una puerta. Lo que había al otro lado tenía tantas ganas de fundirse conmigo que la acabó devorando sin problemas. Aquella fuerza parecía estar allí esperándome desde tiempo pretérito; y sólo acababa

de atisbarla. En aquel momento, el tiempo se detuvo, y aquella luz me devolvió a mi realidad. Todo había sido increíblemente suave y natural. Demasiado para ser real. Pero aquello no era una película, aquello me estaba pasando de verdad.

Me despedí de Juan con un abrazo. Siempre le estaré agradecido por abrirme las puertas de su casa aquella noche. Yo aún no lo sabía, pero toda mi vida iba a empezar a cambiar desde ese momento. Aquello sólo había sido el comienzo.

La puerta que había visto al final de mi viaje representaba muchas cosas. Por un lado, era una puerta de salida; una salida de mí mismo, el abandono de mi personalidad, mis creencias, y mi mundo. Y, por otro lado, era una puerta de entrada a una realidad desconocida, inesperada, mágica e infinita. De pronto, he sabido que nuestra realidad alberga secretos que nunca hubiera imaginado. He desvelado un mundo donde existe la esperanza real de descubrir cosas acerca de mí mismo y de mi existencia.

Una vez que lo experimenté por primera vez, dejé de tener dudas o miedos al respecto. Aquello era lo que yo siempre había buscado, y superaba todas mis expectativas. Me encontraba ante un terreno desconocido y por explorar, lleno de experiencias y revelaciones que nadie más me podía contar. No podía quedarme a mitad de camino. Jamás hubiera pensado que me podría conocer a mí mismo del modo que ahora podría empezar a hacerlo. Sin duda, aquella era una oferta que no podía rechazar.

*“La sabiduría ideal está en el silencio, y la semilla es el verdadero bien.”
(Hermes Trismegisto; Sobre el renacimiento y la regla del silencio)*

9 MI PRIMERA EXTRACCIÓN

A la hora de tener una experiencia con enteógenos, son muchos los factores que pueden influir en el resultado final. Por ejemplo, cuando para tener una de estas experiencias, necesitamos visitar a otra persona, nuestra visita no siempre se dará en el momento más adecuado para nosotros, sino cuando la otra persona pueda recibirnos. Nuestro cuerpo y nuestra mente podrían no encontrarse en las condiciones óptimas para nuestro viaje.

Por ese motivo, si realmente yo quería sacar el máximo rendimiento a este nuevo mundo que acababa de descubrir, lo que debía hacer era aprender a obtener mi propia DMT. Así, la podría experimentar en la intimidad de mi hogar, justo en los momentos en los que me encontrase en mejores condiciones para hacerlo. Por todo esto, el motivo de mi tercera visita a Juan era que me enseñase a extraer mi propia DMT para no tener que depender de él en el futuro.

Cuando llegué aquella tarde a su casa, se encontraba con un bote de cristal lleno con una sustancia viscosa muy oscura, a la que daba vueltas con una cuchara. Aquello era la raíz de la planta junto a zumo de limón exprimido. El resto de los pasos a seguir no eran mucho más difíciles, y ninguno suponía como resultado un aditivo químico a la sustancia, que era lo que a mí me preocupaba. No consiste en crear algo nuevo, sino en extraer de manera limpia lo que a nosotros nos interesa. El resultado final es un polvo cristalino que es, en esencia, la propia molécula. Sin añadidos, ni sustancias dañinas para el cuerpo; si acaso, algún pequeño residuo que se haya colado de la planta.

Me sorprendió lo fácil que parecía el procedimiento de extracción. Los utensilios necesarios tampoco son difíciles de encontrar, y el resto de las materias se compran en cualquier supermercado. Todo es increíblemente sencillo y natural. No es necesario tener un laboratorio, ni conocimientos

sobre química; sino que es la propia raíz de la planta la que parece estar deseando soltar la sustancia con solo un empujoncito que le demos. Según los pasos que me dio Juan, no debía tener problemas para estar probando mi propia *poción mágica* veinticuatro horas después.

En este libro no puedo describir los pasos a seguir en la extracción de dimetiltriptamina. No sólo es porque podría ser ilegal hacerlo; sino porque se trata de una herramienta muy potente, y también puede ser muy peligrosa. Sería por mi parte una imprudencia contarle a cualquiera cómo obtener algo que, mal empleado, puede darte un susto bastante importante. Ésta es una enorme responsabilidad, pues las experiencias en DMT pueden cambiar la vida de las personas para siempre. Hay quienes podrían no estar preparados para aceptar esta nueva realidad; y sólo el atisbo de ver otra verdad podría perjudicarles, consiguiendo lo contrario a lo que se pretende.

Seguramente, en tu ciudad puedes encontrar a alguien que venda esta sustancia; aunque es muy poco común. Yo no te recomiendo hacer algo así. No es mi trabajo juzgar a quienes cocinan la molécula para venderla a cambio de dinero sin miramientos acerca de la persona que la está comprando, pero lo que sí puedo asegurarte es que el verdadero chamanismo no consiste en eso. Yo te recomiendo que, si alguna vez te lanzas a hacerlo, lo hagas siempre con alguien de tu confianza.

Yo siempre estaré agradecido a Juan por confiar en mí. Él me conoce bien, y sabe cuáles son mis intenciones. Sabe que no me haré daño a mí mismo, ni me volveré loco ahora que dispongo de esta increíble poción. Soy una persona pragmática, y todo lo hago por un motivo. Por eso mismo no pondría en riesgo mi salud. Al contrario, creo que lo que estoy haciendo es bueno para mí. Miro a esta sustancia con devoción y respeto. Es la herramienta para llegar a mí mismo que he esperado durante toda mi vida; un regalo de la naturaleza que ahora llega a mis manos. Y de mis manos irá a quien deba llegar.

Al día siguiente, compré todo lo que necesitaba para empezar. Seguí todos los pasos con sumo cuidado. Aunque el procedimiento es sencillo, cualquier error puede llevarse al traste todo el trabajo. Es normal meter la pata en alguno de los pasos, y que la calidad de la extracción se te vaya al traste.

Al ser la primera vez que lo hacía, no obtuve un producto con la misma pureza que mi amigo suele obtener. Esto se puede medir por el color del resultado final. Cuando la sustancia es muy pura, es de color blanco hueso; mientras que se va oscureciendo hacia tonos anaranjados conforme aumenta la proporción de residuos provenientes de la planta. De cualquier manera, estas impurezas nunca suponen un problema para el consumo, así como para la salud. Incluso conozco a quien le gusta cierta *impureza* de la

planta, ya que se genera así una mayor cantidad de humo.

Pasado un día, de nuevo sentí cierta familiaridad cuando me acerqué a la nariz el resultado final para olerlo. Una vez más, sentí como si lo conociese, y llevase años sin percibir aquel olor; tanto que no logro ubicarlo en mi memoria. Es un olor agrio, aunque no es desagradable; y tiene cierto toque añejo. Juan bromeaba diciendo que huele “como a casa de persona mayor”, lo cual me hace gracia, ya que yo pienso igual. Imagino que es por la sugestión, pero el simple hecho de percibir ese olor me impone cierto respeto, y me hace recordar que me encuentro ante algo ancestral.

Ahora que disponía de mi propia sustancia, se abría la posibilidad de continuar en casa con mi plan de autoconocimiento. Era una situación en sí excitante. Además, desde ese preciso instante, yo mismo me convertí en alguien que abre las puertas de su casa para que otras personas puedan experimentar este regalo de la naturaleza. Por eso, ya no sólo dispondría de mis propias experiencias; sino de las de aquellas personas que, por su propia iniciativa, viniesen a casa, y quisieran compartirlas conmigo. No es algo que haga por dinero, jamás cobraría por hacerlo; sino porque siento que lo que estoy haciendo es realmente bueno para los demás. Ahora soy yo quien asume esa responsabilidad, y es algo que resulta generalmente gratificante.

Yo no soy un chamán, y ahora entiendo que Juan tampoco se considere como tal. La única forma correcta de afrontar esta actividad, es hacerlo con humildad y consciencia de nuestro verdadero papel en el mundo.

Yo no sé nada. Sólo soy un *psiconauta* más; alguien que explora las profundidades de su propia mente, en busca de respuestas, y que cree haber encontrado algo que no esperaba ver. Ahora, viajo al interior de mí mismo, y trato de poner palabras a las cosas que veo. Ni siquiera tengo la sensación de provocar estas experiencias; sino de ser un mero observador objetivo de algo que realmente está ahí. Siento realmente que es la Naturaleza quien quiere enseñarme algo a través de la planta; y creo que ahí es donde reside la verdadera magia del chamanismo. En sólo una experiencia, ya tenía la sensación de que todo aquello podría ser real.

En muy poco tiempo, tuve la sensación de haber avanzado mucho más que en todos los años anteriores. Me sentía libre, liberado de mis anteriores pensamientos; y tenía la mente en blanco y preparada para aceptar todo lo que estaba por venir. Tenía -y tengo- plena confianza en todo este proceso. La Naturaleza sabe perfectamente lo que quiere mostrarme. Yo sólo estoy siguiendo su plan.

“Si Él ha creado todo, es para que puedas verlo a través de todas las cosas.”
(Hermes Trismegisto, *La Inteligencia a Hermes*)

10 VAPORES MÁGICOS

Estaba deseando probar mi propia sustancia. Meses atrás no hubiera podido adivinar en qué momento de mi vida me iba a encontrar ahora. Todo fluía en el camino correcto. Tenía en casa lo más parecido a la magia que nunca podría conocer, y las expectativas eran maravillosas. De pronto, tenía algo en lo que depositar mis esperanzas.

Antes de hablarte de mi primer viaje en casa, quiero especificarte algunos detalles acerca de cómo realizo mis experiencias. Aquel día iba a descubrir algo de suma importancia, y que supuso un cambio en el modo en que empezaría a hacer mis viajes desde aquel momento.

Dejé la bandeja con mi producto metida en el congelador para que cristalizase. Al día siguiente, al llegar del trabajo, el resultado se encontraba en perfectas condiciones. Al fondo de la bandeja podía ver claramente una costra de cristal, la cual tendría que raspar horas después. Estaba feliz. Me lo había propuesto, y lo había llevado a cabo.

Me di una ducha, me puse cómodo, y puse algo de música de fondo. Por último, prendí un palosanto que había comprado días atrás.

Mi intención era hacer esta primera experiencia en la terraza. Para ello, uní dos pequeños sofás que allí tenía, creando un acogedor cubículo cuadrado, el cual llené de cojines y mantas. Desde aquella tarde, aquel sería mi “nido de despegue” para recorrer el Cosmos. La perspectiva no podía gustarme más.

En casa de Juan, habíamos utilizado una de sus pipas de cristal. Esto había supuesto un impedimento para mí. Siempre he sido el típico que se mareaba y se tenía que tumbar cuando fumaba con mis amigos siendo más joven. No es algo de lo que disfrutase realmente. Cuando he fumado, lo he

hecho más como actividad social que por verdadero placer. Por eso, nunca he sido fumador de manera habitual. De hecho, el humo es lo único que me echaba para atrás de estas experiencias.

Para evitar fumar en casa, hace muchos años me compré un vaporizador. Generalmente, éstos son unos aparatos que se fabrican pensando en los consumidores de hierba que quieren evitar el humo. No sospechaba por entonces el uso que estaba a punto de darle.

Hay algunas especificaciones técnicas que debo explicarte. Cuando utilizamos un vaporizador, la sustancia nunca está en contacto directo con el fuego, y no se quema. El vaporizador que yo compré es el más popular que existe, un *Volcano*. Para utilizarlo, debes colocar la sustancia en un pequeño recipiente. Cuando está listo, el aparato emite un aire caliente que atraviesa la sustancia, separando las moléculas que nos interesan. Éstas quedan atrapadas en una bolsa en forma de vapor. Desde ese momento, podremos vapear directamente de la bolsa al ritmo que queramos.

Sin embargo, no a todo el mundo le gustan los vaporizadores. Esto se debe a que, al tener un sabor tan suave, no tenemos la sensación de estar fumando; y hay personas a las que les encanta inhalar el humo, y responder con enormes bocanadas. Como casi todo, depende de cómo cada uno prefiera disfrutar de las cosas.

Aquella tarde ya lo tenía todo dispuesto para tener mi primera experiencia en mi terraza. Tenía mi sustancia en un pequeño cuenco que había comprado para la ocasión. Al tomarla en mis manos, tuve una ocurrencia: Antes de preparar la pipa, comprobaría si la molécula funcionaba igualmente en mi antiguo vaporizador. No sabía cómo no se me había ocurrido antes. Fui corriendo a buscarlo, y no tuve problemas en ponerlo en funcionamiento.

Lo preparé todo con mimo. La máquina empezó a calentarse, y un minuto después, un extraño dulzor agrio llegaba a la punta de mi nariz. Algo se estaba *cociendo*, desde luego. Cuando todo estuvo listo, apreté el botón, y la máquina empezó a generar una gran cantidad de vapor denso y opaco. Aquello era muy buena señal. La densidad de aquel vapor era prometedora, al tiempo que imponía cierto respeto. Pensé que mi viejo *Volcano* parecía diseñado para hacer justo aquella función, ya que parecía trabajar mejor incluso que con la hierba de toda la vida.

Cuando la bolsa terminó de llenarse, me disponía a salir a la terraza con ella en la mano, y sentarme en mi nido de despegue. Era lo que tenía proyectado. Pero aún no había alcanzado la puerta, cuando me pudo la curiosidad, y decidí dar una primera calada a la bolsa para probar el sabor de aquel vapor. Era fresco y agradable al inspirarlo, y a diferencia de lo que ocurría con el humo, pude llevarlo hasta el fondo de mis pulmones sin

problema. Sin embargo, aquella aparente suavidad desapareció instantes después de expulsar el vapor. Toda mi mente estalló en un estruendo, casi un terremoto. Todo se agitaba enormemente, como si un gigante estuviese utilizando mi casa como coctelera. Me vi envuelto en una vibración tan brutal que tuve miedo de caer de bruces, por lo que me dejé caer para atrás sobre el sofá. Aquel estruendo era, además, también auditivo.

Pasaron unos segundos. Al abrir los ojos, todo mi entorno era diferente. Se me escapó una carcajada, que me sonó extrañamente hueca y lejana. No podía creerlo. Estaba en mi salón, pero éste no era el mismo. Las paredes cambiaban de color en rápidos flases, los ornamentos aparecían y desaparecían, y la puerta se abría y se cerraba indistintamente. Parecía estar viendo diferentes mundos o dimensiones al mismo tiempo, como si mi salón existiese en mil lugares diferentes, y yo los pudiese ver todos a la vez. Literalmente, mi entorno parecía un escenario que se generaba una y otra vez de manera aleatoria. Era como si atravesase muchos mundos similares al mismo tiempo.

Me eché las manos a la cara; y al cerrar los ojos, el mundo desapareció con increíble facilidad. Sentía una mezcla de felicidad y vértigo, al ver cómo caía libremente hacia dentro de mí mismo. El mundo parecía alejarse de mí, al tiempo que caía en las profundidades de mi mente. Y en aquellas profundidades donde no había nada más que yo, me sentí en mi naturaleza, más que si me encontrase en el vientre de mi madre. Aquella sensación era lo que yo era realmente. Nada parecía real, salvo yo mismo. Era la primera vez que lo experimentaba con tal fuerza, pero no sería la última. Ni siquiera volví a dar otra calada a la bolsa, que se quedaría casi por completo sin consumir. No me hizo falta. De hecho, ni siquiera recordaba que hubiese alguna bolsa.

Al salir del viaje, mantuve los ojos cerrados mientras disfrutaba del efecto placebo de la sustancia sobre mi organismo. Aquello había sido increíblemente intenso y personal. Durante varios minutos, simplemente desaparecí de este mundo. El estado en que me encontraba era difícil de describir con palabras; era una mezcla de quietud, seguridad y plena consciencia.

No me esperaba nada de aquello. Me sentía saciado, y mi cuerpo parecía una roca inamovible, por lo que me quedé tumbado en el sofá, meditando hasta quedarme dormido. Aplazaría mi primer viaje en la terraza para el día siguiente. Aquella inesperada experiencia me había dejado en fuera de juego. Había sido corta, pero muy rica y palpable.

Una vez que descubrí que podía consumir la molécula con mi vaporizador, tuve claro que era así como quería hacerlo en adelante. No podía estar más feliz con este nuevo descubrimiento. Todo parecía cuadrar. Aquellas eran mis primeras incursiones en lo que la planta quisiera

contarme; pero ya por entonces, intuía que ésta venía a cambiarme la vida para siempre. Desde aquella primera ocasión, perdí el miedo a vapear la planta, y mis últimos prejuicios tuvieron que apartarse para no ser atropellados por mis fervientes ganas de conocer más.

“El hombre religioso pasará por loco, el impío por sabio, los furiosos por valientes, y los peores por los mejores.”
(Hermes Trismegisto, *Poimandres*)

11 HOY VUELVO A NACER

Al día siguiente, ya había anochecido cuando logré relajarme del trabajo. En la oficina, las horas habían pasado lentamente. Hacía mi trabajo mecánicamente, mientras fantaseaba como un tonto ante el nuevo mundo que se abría delante de mí. Estaba de buen humor y animado. Las tensiones y los malos rollos de la oficina me resbalaban como nunca lo habían hecho antes. Todo me daba igual, porque tenía la sensación de haber descubierto algo mucho más trascendente que la presentación de unos impuestos, o la contabilización de las nóminas. Empezaba a darme cuenta de que había cosas mucho más importantes para mí.

Al llegar a casa, lo dispuse todo para hacer por fin mi primer viaje en la terraza. Me puse cómodo en el nido de despegue, tumbado mirando hacia el cielo, y con los pies en alto. A pesar de vivir en ciudad, el cielo se encontraba relativamente estrellado. Aunque no era muy tarde, la noche era ya cerrada. Relajé mi cuerpo, puse algo de música, y esperé al momento adecuado para comenzar, mientras hacía unos leves ejercicios de meditación y control de mi respiración. El momento propicio es aquel en el que logro mantener mi mente alejada de sus problemas y pensamientos; al tiempo que mi cuerpo está cómodo, y no requiere de mi atención para nada.

Consumí el vapor sin romper el ritmo de mi respiración. En esos momentos me resultaba imposible no ponerme nervioso, y sentía los latidos del corazón en la punta de mis dedos. Una vez que el vapor llegó a mis pulmones, lo mantuve dentro unos segundos, con la esperanza de que mis alveolos se impregnasen aún más de la sustancia. Un frío artificial recorrió entonces mis venas; y supe que la experiencia acababa de comenzar.

Me encontraba mirando a las estrellas, deseoso de disfrutar del viaje, sin expectativas sobre lo que pudiera suceder. Al terminar la segunda calada, no necesité más. Volvió a aparecer el zumbido dentro de mi cabeza, de manera

tan notable como siempre. Durante esos instantes de despegue, casi puedo sentir el rechinar de mis dientes de puro vértigo.

Tenía puesta la mirada en la estrella que más brillaba, en dirección al Sur. O quizás sería un planeta. La noche estaba calmada; pero en ese momento, todo pareció entrar en un extraordinario estado de quietud y silencio. El tiempo pareció detenerse, y todo cuanto existía desapareció, a excepción de aquella estrella y yo mismo. Ambos parecíamos conectados a través de un gigantesco tubo, fuera del cual no existía absolutamente nada. Me dejé llevar, mientras sentía que caía libremente hacia aquella estrella.

De pronto, la experiencia dio un salto, y me encontraba flotando allí en la lejanía ante aquella estrella y muchas otras. Sabía que estaba tumbado en mi terraza, podía escuchar mi respiración tranquila, allá a lo lejos; pero todo cuanto veía a mi alrededor era oscuridad y las numerosas estrellas que habían aparecido por todos lados.

Cuando quise darme cuenta, la fiesta había comenzado. El cielo ya no era negro, sino que había adoptado una gama de tonos entre el violeta y el rosa -una visión que volvería a ocurrirme en el futuro-. Todo mi entorno se había vuelto increíblemente psicodélico. Había tantas estrellas que no era capaz de distinguir cuáles de ellas eran reales, y cuáles las estaba generando mi mente. Al estar cerca de ellas, eran extrañamente redondas, como los lunares de un vestido; o como la representación de un mapa estelar para niños. Las había de diferentes intensidades y colores; blancas, amarillas, verdes, azules...

Todo aquello estaba lleno de vida. Mientras que aquellas estrellas permanecían estáticas, otras luces danzaban de un lado a otro, dejando bonitas estelas. Todas las estrellas parecían conectadas, y reaccionaban las unas a los movimientos de las otras. Me encontraba ante un baile mágico, y tenía la sensación de estar recibiendo una fabulosa bienvenida. No podía ver de qué modo, pero allí había muchísima vida, y muchísima consciencia. El Universo se había abierto ante mis ojos para mostrarse tal como es: lleno de magia y de vida. Aquel no era un baile sin sentido, sino que parecía movido por cierta inteligencia. Y aquella inteligencia era consciente de que yo la estaba observando. Me sentí agradecido de estar presenciando aquel increíble espectáculo cósmico.

Después, tuve un rato de desconexión del que no recuerdo nada. La salida del viaje fue muy progresiva. Estaba extasiado, tenía la boca dormida, y disfrutaba pasando la lengua por los dientes. Volvía a mi cuerpo muy lentamente, y ello me daba tiempo para analizarlo todo. La mayor parte de las estrellas fueron desapareciendo, al tiempo que todo mi entorno volvía a la oscuridad anterior. Sentí pena al volver a ver nuestro cielo, ahogado por la contaminación lumínica, y escaso de estrellas. En esta ocasión, había aguantado toda la experiencia con los ojos abiertos, y aquello parecía haberle otorgado un grado más de realismo.

Mi visión se estabilizó. Volvía a ser yo, y volvía a estar aquí. Estaba muy relajado, con las piernas estiradas. Notaba un ligero hormigueo por todo el cuerpo, mientras mis pulmones se llenaban y se vaciaban plácidamente. Mi sensación de felicidad era enorme, mientras daba vueltas a la cabeza acerca de lo real que había parecido todo. ¿Qué me estaba pasando? ¿Qué soy yo y qué es este mundo? ¿Dónde acababa de estar?

Me disponía ya a incorporarme y entrar en casa para hacerme la cena. Entonces, ocurrió algo increíble que probablemente no te creerás.

Como te dije, mi terraza está orientada hacia el sur. Desde allí puedo ver el mar, a pesar de encontrarme a cierta altura. A la derecha hay una colina con numerosas arboledas, cuyo sonido me encanta en los días de viento. Estaba disfrutando de todo aquello, y ya hacía varios minutos que no tenía visiones. Pensaba en lo maravilloso de la situación, y no dejaba de preguntarme si todo aquello había sido real. Entonces, justo en ese momento, una enorme bola de fuego atravesó el cielo, partiéndolo por la mitad, e iluminándolo todo durante varios segundos. Después, se perdió detrás de la colina, dejando un enorme rastro tras de sí. Por un instante, aguanté la respiración pensando que aquel bólido iba a impactar realmente contra el suelo. Aquello había sido realmente enorme.

No podía creerme aquella casualidad, que hubiese ocurrido justo en aquel momento. ¿En serio sólo había sido cuestión de suerte? Aquella fue la primera vez que sentí que de verdad pasaba algo raro. Había sido la primera vez que sentía que salía de mi cuerpo, y justo cuando acababa de volver de mi experiencia cósmica, aquella bola de fuego aparecía en el mundo real para poner la guinda. Tenía una sensación de enorme desconcierto. Mi lado más coherente me aseguraba que sólo había sido algo casual, pero parte de mí empezaba a alertarse de que aquella sincronicidad no había sido un simple golpe de suerte.

No tardé en comprobar que otras personas habían visto lo mismo que yo. No había sido cosa de mi mente; aquello había sucedido de verdad. Obviamente, no estoy tan loco como para pensar que aquello había sucedido debido a mí, no tengo ese poder. Pero, de alguna manera, yo mismo me había sincronizado para encontrarme justo en aquel momento, mirando al cielo mientras me hacía docenas de preguntas trascendentales. ¿Qué probabilidades había de que todo sucediese de aquella manera? ¿Y quién había provocado que aquello sucediese justo en ese orden, salvo yo mismo?

Después de aquel baile cósmico, sentía que había atravesado un nuevo velo en mi camino. Cada vez intuyo de manera más natural que, detrás de estas experiencias, hay algo más; algo que no podemos explicar, ni mucho

menos demostrar. Aquello no eran simples alucinaciones. Cuando comencé con toda esta historia, no tenía ni idea de la profundidad a la que estaba saltando. Por primera vez, sentía que estaba tocando teclas que no me esperaba encontrar.

Da igual que lo de aquella bola de fuego sólo fuese una casualidad. La vida es un fluir infinito de acontecimientos donde cada uno entiende las señales que quiere. Cómo interpretemos estas señales es lo que delimita la forma de vivir de cada uno. Aquella se acabaría convirtiendo en mi propia *Estrella de Belén*, ya que apareció en el momento exacto en el que sentía que una parte de mí acababa de nacer. Yo aún no era consciente de lo importante que aquel día acabaría siendo para mí. Aquella casualidad fue una bienvenida que me invitó a pensar, de nuevo, que me encontraba en el camino adecuado.

Algo dentro de mí se había encendido, y nunca volvería a apagarse. Aquel fuego iba a devorar a la persona que yo había sido hasta entonces, con sus miedos, sus deseos y sus creencias. Y con ese mismo fuego se iba a empezar a forjar un nuevo ser. Por primera vez, comprendí que mi verdadera naturaleza residía dentro de mí mismo; y que, para ver de verdad, no necesitaba utilizar los ojos. Mi mente es tan compleja como el propio Universo, y no hay secretos en el Universo a los que no pueda llegar a través de mi mente. Todo lo que existe está a mi alcance, porque todo lo que existe y yo somos lo mismo.

De algún modo, aquella noche me sentía como si hubiese vuelto a nacer. En verdad lo sentía así. Estaba abriendo los ojos ante un nuevo mundo, del mismo modo que lo hace un recién nacido. Una vez más, tenía motivos para dar gracias, y me sentía en enorme sintonía con todo lo que me estaba pasando. Sentía que muchas cosas iban a cambiar en mi vida, y ahora sé que no me equivocaba.

“He salido de mí mismo, y he vestido un cuerpo inmortal; y no soy el mismo, he nacido en inteligencia.”
(Hermes Trismegisto, *Sobre el renacimiento y la regla del silencio*)

12 UN MAYOR NIVEL DE PERCEPCIÓN

Tal como Juan predijo, en los meses posteriores viví una época de enamoramiento con la sustancia. No es que quisiera viajar a todas horas, pero empecé a acostumbrarme a reservar cada noche un rato para no tener que hacer nada, y poder dedicármelo a mí. Me acostumbré a pasar esas horas conmigo mismo, con o sin la molécula. Necesitaba seguir investigando, y aquellos fueron días que cambiaron radicalmente mi forma de entender el mundo. Las otras personas, o los libros, señalan el camino; pero las experiencias que podemos tener son el propio camino. La tipología de éstas es tan enorme, que simplemente resulta ridículo tratar de etiquetarlas; al otro lado de la mente está el mismísimo infinito.

Cada persona es un mundo, y tiene su propio abanico infinito de posibilidades. Sería una locura tratar de generalizar con estas experiencias. Todos somos diferentes, y cada uno tiene un camino por recorrer. Mis experiencias sólo tienen validez para mí; aunque es posible que éstas vengan a decirnos lo mismo a cada uno de nosotros.

Seguí haciendo mis *viajes* en la terraza. Gracias a la facilidad que me daba mi *Volcano* para consumir el vapor al ritmo que quisiese, las experiencias solían ser suaves y agradables, y pronto me permitieron detectar algunos patrones que parecían repetirse. Después de cada experiencia, me fui acostumbrando a disfrutar de casi una hora en un estado de meditación profunda. Entonces, mi respiración es tranquila, y mi mente está plenamente lúcida.

En este estado, soy capaz de abordar mis problemas desde una perspectiva diferente. Lo más característico es que, durante esos momentos, no veo mis preocupaciones como tal; sino como hechos objetivos que le están sucediendo a alguien que no soy yo. Es una sensación extraña. Conforme me voy dando cuenta de que soy *algo extraño*, voy sintiendo un

mayor desapego por las preocupaciones de mi persona; como si éstas no tuviesen importancia real para mí. Es algo que me hace parecer indolente ante los demás, pero que no puedo controlar.

¿Qué más me da si no le caigo bien a tal o cual persona? ¿Qué más me da si nunca tendré esa casa de mis sueños, ni una cuenta bancaria con muchas cifras? ¿Qué más da si no tengo dinero para poder viajar, cuando acabo de experimentar que mi universo y yo somos una misma cosa? Cada uno tiene la vida que le ha tocado; y si es injusto, es porque nosotros lo hemos ideado así. Pero hoy, yo me siento infinitamente afortunado, y eso ha dejado de depender de las circunstancias que me hayan podido tocar. Ahora comprendo que todo lo que necesito está dentro de mí mismo, y que eso nadie lo puede alterar. Literalmente, tengo un universo por explorar dentro de mí, y ya no me preocupan las tonterías que me preocupaban antes. Ahora lo veo todo como un juego. Yo soy mi propio universo, y siento que aquí ya sólo puede entrar aquel al que yo invite.

Aquella sensación de los primeros días resulta muy difícil de describir. En cada experiencia, me iba dando cuenta de que lo que yo hacía, era un modo de *hackear* mi cerebro. Sin embargo, lo realmente inesperado, era lo que me había encontrado al otro lado de ese *hackeo*. Era como si, realmente, hubiese aprendido a salir del sistema, para descubrir que al otro lado existían infinitas cosas inesperadas. Me sentía como un personaje de un antiguo videojuego en dos dimensiones, que por un rato hubiese podido salir por el monitor y pasear por nuestro mundo físico.

La planta me hace sentir que la Naturaleza y yo estamos formados por un mismo sistema operativo, con un mismo lenguaje de programación; y que mi propio cerebro es una herramienta suficiente y perfecta para desglosar dicho programa. Además, esta sensación es realmente fuerte cuando te encuentras con patrones que se repiten durante tus experiencias, una y otra vez; mensajes que llegan tíbiamente al principio, pero que se van haciendo más fuertes y claros. Yo, como humano, sólo soy un simple testigo de lo que sucede. Y este libro es mi torpe intento de transmitírtelo.

Uno de los factores más comunes durante mis experiencias, y que es común prácticamente entre todas las personas con las que lo he hablado, es el evidente aumento de la percepción cuando se ha consumido la planta. Es como si, durante esos momentos, mi cerebro reconstruyese lo que mi propio ojo no es capaz de ver, pero de forma muy efectiva y exacta. De esta manera, quedan expuestas a mi vista un montón de geometrías en el entorno que yo jamás había percibido antes. Tengo la sensación de que, si fuese capaz de controlar aquello, ni siquiera necesitaría los ojos para ver.

Este estado se produce generalmente cuando estoy entrando o saliendo de un viaje suave. Ya me sucedió el primer día en casa de Juan. Mire a

donde mire, veo todo con una mayor claridad. Mi mente parece anticiparse a todo, y es un estado que proviene del sentimiento de estar fundido con mi entorno. El que veo, es el mismo mundo de siempre, pero lo comprendo todo mejor. Es como si pudiese fijar mi atención en todo mi entorno al mismo tiempo, y saber cómo funciona todo con la exactitud de un reloj suizo. Todo interconectado, e increíblemente bello al mismo tiempo.

Quizás sólo era una cuestión de prestar atención, pero ahora todo me parece más *inteligente e interconectado*. Llevo toda la vida distraído, y sin ver el mundo que me rodea tal como es. Estoy seguro de que es lo que nos pasa a todos.

Todavía durante el *viaje*, comprendo que nada es arbitrario; en nuestro mundo, todo tiene sentido. Vivimos en la mayor obra de arte imaginable, y tenemos la suerte de tener la capacidad de valorarla. Somos unos privilegiados, tanto que no tiene sentido vivir afligiéndose. Ahora veo una mayor belleza en la naturaleza que me rodea, por el mero hecho de que lo comprendo todo mejor.

Cuando sopla el viento, los árboles parecen emitir música y bailar al mismo ritmo. Observo desde mi terraza, y en ese momento comprendo que ni el mayor de los genios sería capaz de crear una obra de arte más bella que aquello que nos otorga nuestro mundo de manera natural. Tengo la belleza ante mis ojos, y yo mismo soy parte de ella. El mundo es perfecto; y por naturaleza, yo también lo soy. ¿Cómo es posible que lo hayamos olvidado? No tenemos ni idea de lo importantes que somos. Empezaba a comprenderlo. No era una alucinación, sólo era cuestión de aprender a mirar.

No tengo duda acerca de que estos aumentos de percepción no son alucinaciones, sino explosiones sensoriales que permiten la mejor visualización de una realidad que ya existe. Si no, lo lógico sería que cada experiencia diese lugar a percepciones diferentes. Después, cuando la sustancia ha sido eliminada de mi organismo, ya no soy capaz de olvidar lo que acabo de sentir; y empiezo a ser consciente de que vivo completamente limitado, y de que tengo capacidad para ver mucho más de lo que normalmente vemos cualquiera de nosotros. No lo sabemos, pero vivimos con tapaojos naturales que nos ocultan la mayor parte de la realidad; quizás, porque así es como tiene que ser.

“En algún lado, algo espera a ser conocido.”
(Carl Sagan, creador de *Cosmos*)

13 TODO VIBRA

Una tarde, tuve una experiencia muy curiosa. Como ya me había sucedido en otras ocasiones, en lugar de tener visiones al vapear y cerrar los ojos, me vi envuelto por un vacío absoluto. Lo único que podía percibir era el ruido de siempre, la vibración aguda que lo inunda todo. En aquel vacío, el tiempo parecía también estar detenido. Estar envuelto por la vibración me permitía poder concentrarme en ella y alargar aquella línea de sonido como si fuera un chicle. Enseguida, y para mi sorpresa, vi que podía observar sus diferentes ritmos y tonos. Aunque es posible que sólo me encontrase ante una alucinación auditiva que se burlaba de mí, aquello realmente parecía ser un sonido con un significado; como si fuese algún tipo de idioma imposible de reproducir con la boca.

Al detenerme en aquel zumbido, pude ver que sus tonos no eran para nada aleatorios, sino que la línea de sonido parecía estar formada por pequeñas cadenas de tonos que se repetían una y otra vez.

Cuando estos ruidos son realmente fuertes, suelen acompañarlas visiones muy palpables. A veces, siento como si estas visiones fuesen creaciones que surgen de esta propia vibración, como si de un ejercicio de sinestesia se tratase; y como si las alucinaciones auditivas y visuales formasen parte de una misma experiencia. A veces me pregunto si ese zumbido viene de alguna parte realmente, y si mi cerebro actúa como una radio receptora. Quizás todo sea producto de una mecánica natural, y seamos capaces de procesar una información que reside en alguna parte inimaginable para nosotros.

Desde el primer momento en que me paré a escuchar con atención este zumbido, pude comprobar fácilmente que no se trataba de un simple ruido blanco constante, sino que parecía tener cierto sentido. Los tonos que los forman se repiten una y otra vez; y aunque dentro de mi cabeza son fácilmente identificables, me resultan imposibles de reproducir con la boca. Cuando lo intento, sólo se me escapan extraños sonidos guturales y algunos

chasquidos con la lengua, como si fuese un lenguaje reptiliano, o el idioma de un ser que no necesitase utilizar el aire cuando se expresa.

Esta vibración, parecida al sonido de un campo de cigarras, aparece siempre al expulsar el vapor, como si activase un aparato reproductor dentro de mi cabeza; y es tan fuerte que logra pulverizarme. Primero aparecen las visiones, en forma de mallas o planos que bailan entre sí, y que me atraen hacia ellos. Siento cómo me desintegro y me convierto en un granito más, perdido en un océano infinito de información. No es tan sencillo como decir que son visiones; estoy convencido de que aquello es algo más. Cuando quiero darme cuenta, me veo trasladado de una experiencia a otra a tal velocidad que no me da tiempo a pararme a pensar qué está pasando, ni a retenerlas mínimamente en mi memoria. Éstos son los viajes más comunes.

De pronto, todo se detiene de golpe, y me veo parado en cualquier lugar en absoluto silencio. El zumbido desaparece de manera tan instantánea como había aparecido segundos antes. Parece que todo se ha estabilizado. Entonces, me veo en un mundo diferente, en el que soy otro ser, y en el que tengo mis propios recuerdos. Es curioso, pero mi pasado allí se genera de manera instantánea, al igual que mi presente. No soy la persona que ahora te escribe, ni siquiera me recuerdo. Estoy seguro de estar en el mundo adecuado, y de ser un ser que no soy yo. Toda vida anterior llega a mí como un sueño borroso, e incluso mi propia vida real aparece en ese carrusel como una simple opción más.

Entonces, de nuevo me veo lanzado a otro lugar, y luego a otro, y a otro... y todo sucede de manera natural y espontánea, apareciendo y desapareciendo estos mundos a la velocidad que mi mente desea. Es una auténtica locura imposible de retener, del mismo modo que no logramos retener nuestros sueños. De hecho, la mayoría de estos estados ni siquiera se desarrollan en lugares físicos proyectados; son sensaciones, percepciones, modos de sentir, universos inexplicables, mundos de un único ser, modos de vida e inteligencia dentro de un infinito de posibilidades que no podemos comprender... pero todos ellos los podemos experimentar. Y lo mejor de todo es que nunca sé a cuál de esos lugares voy a ir cuando comienzo cada experiencia.

He escuchado muchas teorías acerca de esta vibración. ¿Y si obedece a algo que realmente está ahí? Hay quienes piensan que ésta aparece porque realmente nosotros estamos accediendo a un nivel diferente de la realidad, donde existe una vibración más elevada que siempre está ahí, pero que no podemos ver normalmente. Es una teoría que podría implicar la existencia de infinitos mundos superpuestos, los cuales sólo se diferencian entre sí por su frecuencia de vibración. Nuestro cerebro podría ser una herramienta

para atravesarlos de manera transversal.

También hay quienes piensan que esta vibración es una información real que nos llega desde fuera; una información que está por todos lados, en el éter, o incluso en nuestro propio ADN. Es lo que algunos conocen como “registro akáshico”, un campo de información infinito que recoge todo cuanto ha existido, existe o existirá, y que no precisa de ubicación física para existir -al igual, por ejemplo, que nuestros pensamientos-.

Yo no sé en qué modo se almacenarían las consciencias, o los hechos sucedidos en nuestro universo -y otros universos-; pero intuyo que esto sí que sucede de alguna manera. Creo que nada de lo que sucede acaba siendo borrado por el tiempo; todo permanece y está siempre presente. Sólo nosotros, humanos que vivimos sumidos a una línea temporal, somos incapaces de escapar de ésta para ver la realidad en su globalidad.

Reales o no, las experiencias extracorporales siempre suponen un aprendizaje para el individuo, algo que no podría haber vivido de ninguna otra manera. Además, salta a la vista que éstas acaban ocupando un lugar importante en su vida. Así, lo que importa de nuestras experiencias no es el hecho de si las visiones que tenemos son reales o no, sino el efecto que éstas tienen sobre nosotros a largo plazo.

“... y experimentó un extraño pitido inaudible, que da acceso a un fenómeno lingüístico tipo glosolalia.”

(Terence McKenna, *Alucinaciones reales*)

14 ARTE Y CREACIÓN

Recuerdo poco de mi abuelo paterno, Juan, porque falleció cuando yo aún era muy pequeño. A mediados del siglo XX, se convirtió en un refutado pintor de oleos. Durante su infancia, un desafortunado accidente le dejó sin visión en un ojo, pero él supo adaptarse y convertir el problema en una virtud. Desarrolló un don para pintar, y ello le confirió cierta popularidad.

Cuando íbamos a su casa, mi padre siempre me acompañaba a la planta de arriba, donde se encontraba el estudio de pintura. Allí había un silencio sepulcral, y un agradable olor a flores y pintura. Era como si el propio aire te acariciase al entrar allí. Aun siendo tan pequeño, me maravillaba ver lo que mi abuelo era capaz de hacer con sus manos, ya fuesen aquellos cuadros, como otros artilugios de madera, ya que era buen carpintero.

La última vez que fui a la antigua casa de mis abuelos fue hace relativamente poco, justo antes de que se vendiese. Acompañaba a mi padre, quien se encargaba del mantenimiento. La casa llevaba años deshabitada, pero conservaba muchos de los muebles y ornamentos de aquella época.

Nada más entrar, nos detuvimos en un enorme cuadro, el favorito de mi padre. Consistía en un autorretrato de mi abuelo, el cual pintó en su momento de mayor plenitud. Aquella había sido su obra maestra, si es que cada artista tiene la suya propia. Mirando aquel cuadro, podías sentir su mirada, como si ésta pudiese atravesar las dimensiones y el tiempo.

No sé por qué motivo, mirando aquel cuadro, mi padre me dijo algo que, a su vez, le había dicho mi abuelo a él: cuando mi abuelo pintaba y se dejaba llevar durante horas, lo hacía porque así se sentía “cerca de Dios”. Era extraño escuchar a mi padre, que es una de las personas menos seculares que conozco, hablando abiertamente de Dios en aquellos términos.

Tal vez, aquello no tuviera la mayor importancia, pero yo llevaba tiempo empezando a ver señales en todos lados, y estaba seguro de que aquella frase acababa de brotar por algún motivo. Desde entonces, me encontré con que la expresión “estar cerca de Dios” era algo realmente habitual entre los artistas, especialmente entre los autores clásicos, ya fueran músicos o pintores. Pero, ¿qué querían decirnos todas estas personas al afirmar que, al crear sus obras, se encontraban “cerca de Dios”?

Cualquiera podría pensar que una afirmación como ésta es una exageración, pero suponiendo que realmente exista un sentimiento como éste al crear una obra, ¿de qué manera se manifiesta, y por qué?

Poco tiempo después de aquello, cuando ya había comenzado a experimentar con la planta, hice un *viaje* en mi habitación que viene muy a cuento comentarte ahora. Aquella tarde había estado trabajando con mi ordenador portátil sentado en la cama, y tenía varios papeles por allí desplegados. Por ese motivo, realizaría la experiencia mirando a la mándala, sentado en posición de meditar.

Apenas noté el despegue, quizás por lo aletargado que me sentía al llevar todo el día esforzando la mente. Sin embargo, sí que escuchaba el zumbido a mi alrededor. Me despisté, y miré a la pantalla del ordenador, que se había encendido al moverme yo. Entonces, noté algo raro, un cambio repentino; y, cuando levanté la mirada, ya no me encontraba en mi mundo.

Todo cuanto conservaba de mi universo era mi colchón, que parecía moverse ligeramente, ya que estábamos flotando. Me encontraba en una especie de jungla psicodélica, de árboles rojos y morados cuyas enormes ramas llegaban al agua desde una enorme altura. Había mucho vida allí; insectos del tamaño de mi puño, y aves parecidas a tucanes que me miraban con enormes ojos negros. Todo se quedó parado en un estado de enorme quietud, y casi podía escuchar el ruido de aquella selva. Era tan real, que incluso podía moverme por el colchón y asomarme al agua. Empecé a reír a carcajadas de puro gozo. Me eché hacia atrás, tumbado en la cama mirando hacia el techo, y pude ver la noche de aquel mundo psicodélico. Qué maravilla era poder disfrutar de todo aquello; daba igual si fuese real, o una simple creación de mi mente. Yo lo había disfrutado igualmente. Crear para disfrutar de la creación. ¿Acaso el mundo podría ser algo tan sencillo de entender?

El mundo en que vivimos parece comportarse como un complejo y gigantesco algoritmo vibracional que da como resultado el universo material que nosotros podemos percibir; y quién sabe qué otras cosas. Poco podemos demostrar o comprender sobre esta realidad, o los motivos que la mueven, pero lo que sí que podemos observar es que vivimos en un universo que se expande hacia el infinito, y donde no paran de surgir y

crecer nuevos mundos, mientras otros desaparecen. Es una continua obra de creación que nunca cesa. Sin duda, algo en nuestro universo lo mueve para llevar a cabo esa obra de crear y destruir sin parar. Sin duda, existe una fuerza creadora, o un “Creador”, sea éste consciente de sí mismo o no. Es por eso que, cuando utilice esta palabra durante el capítulo, espero que entiendas que no aludo al dios de ninguna religión.

El Cosmos se comporta, por tanto, como una infinita energía creadora, de la que nosotros somos producto, o parte. Nosotros no sólo somos partes creadoras dentro de esa Obra, sino que también somos quienes tenemos la capacidad de disfrutarla. Por eso, cuando creamos, seamos artistas o no, lo que estamos haciendo es imitar a la fuerza que nos creó a nosotros. Cada uno de nosotros es una participación dentro de una fuerza creadora mayor, una mente creadora infinita.

Cabría hacerse la pregunta de por qué crea un artista. Aunque hay algunos que nos responderían que lo hacen para ganarse la vida, lo cierto es que un verdadero artista te respondería que lo hace porque está en su naturaleza crear, y porque también lo está el amar su obra. Así, finalmente, lo que impulsa a un artista a crear no es otra cosa que el amor, más allá que el mero hecho de disfrutar. Por tanto, extrapolando esto a nuestro mundo, no sólo estamos aquí para disfrutar nuestro mundo; sino también para amarlo, y para amarnos unos a otros dentro de esta Obra.

También, resulta curioso que la palabra “Obra” la utilicemos para designar lo que podemos ver en un teatro: algo que no es real; un baile de máscaras donde existe una realidad que supera a la de los personajes.

Si nosotros, seres finitos y limitados, somos capaces de valorar la belleza de una obra, ¿de qué seríamos capaces si nuestra inteligencia fuese infinita?

Imaginemos que nuestro mundo es una creación de esa inteligencia infinita, y que nosotros somos parte de esa obra. En realidad, si la materia y el universo son el lienzo, la vida, las experiencias, y el amor serían la obra; porque en todo ello hay belleza. Pero entonces, ¿qué hace un pintor cuando comete un error y pinta un trazo discordante? Simplemente, borra el error, y sigue con su pintura; porque lo que él ama, es su obra, y no la pincelada.

Nuestro mundo no es perfecto, y está lleno de notas discordantes que rompen el equilibrio. Nosotros, los humanos, con todo lo que tenemos de bueno, hemos trastocado la vida en nuestro planeta de tal manera que estamos apuntando a nuestra cabeza con nuestra propia pistola. Y lo peor es que todo esto parece formar parte de un plan que nadie puede detener. Como puedes ver, no viene ningún Creador del cielo a cambiar la situación, ni a salvar a la Humanidad. Porque en las reglas del universo ya está escrito que, cuando desaparece un mundo, aparece uno nuevo; y cuando una especie desaparece, otra vendrá a sustituirla.

No hay diferencia entre aquello que compone el Cosmos y lo que te compone a ti. Todos somos polvo de estrellas, extrañas unidades de conciencia que viven experiencias, y luego parecen desaparecer para siempre. Si existe algún tipo de dios, está implícito en todo lo que existe, forma parte también de ese polvo de estrellas, y está también dentro de nosotros. Esa misma inteligencia que hace que la vida exista, está dentro de mí, y de ti. Por eso, si quieres que se produzca un milagro y venga un dios a salvar el mundo, tú debes ser ese dios. Dios debe actuar a través de ti; es el único modo que tiene de hacerlo. Lo demás está todo programado, como en un videojuego. Por eso, ese libre albedrío del que todos disponemos, y nuestra capacidad para crear cosas desde la nada, son lo que realmente nos une a nuestro “creador”, pues nos hace desarrollar su misma naturaleza; es el propio mundo lo que se construye a través de ese libre albedrío nuestro. Y por eso, cuando creamos, y más cuando lo hacemos con belleza y amor, nos sentimos tan bien; nos sentimos naturalmente bien.

A mí ya no me preocupa el Ser humano desde un punto de vista dramático. Más bien, me da pena ver lo que hacemos al mundo, y lo que nos hacemos entre nosotros. No tenemos suficiente fuerza como para detener los designios y diseños de esa mente infinita y creadora de todo; y creo que, en el fondo, todos formamos parte de ella, y todos volvemos a ella tarde o temprano. Es una pena que no tengamos la capacidad de ser conscientes de esa doble naturaleza, y que demos por sentado que ni siquiera existe.

Últimamente, ha cambiado un poco mi mentalidad. Creo que el mero hecho de que estemos aquí se debe a que nuestra evolución -la de la conciencia- debe continuar después de nosotros. Es posible que si esa evolución no fructifica, nos acabemos extinguiendo; pero lo más común en la naturaleza es que finalmente acabe sucediendo algo que nos obligue a madurar, y a dar el siguiente paso en términos de conciencia. No sé qué será, pero algo acabará sucediendo. Si antes no sucede una evolución real, el apocalipsis llegará, y será sólo culpa de los humanos; y después de la destrucción, la Obra volverá a crearse, más bella que antes. Es una realidad. O nos convertimos en parte de la Naturaleza, o será nuestra propia naturaleza la que nos destruirá para que la vida siga adelante.

Música y vibración

Dentro de los diferentes modos de arte, probablemente sea la música aquel que tiene una mayor capacidad para llegar a nosotros, e incluso afectar a nuestros sentimientos. Hay algo en la naturaleza vibracional de la música, en el modo en que se construyen las melodías, que parece hablar por sí mismo; cuando nos encontramos ante la música, ésta parece poder

expresarse sin necesidad de palabras.

En los ritos de innumerables culturas y religiones, se utiliza la música para hacer entrar a las personas en una especie de sintonía común. Hay antiguas tribus que incluso tratan de acceder al plano espiritual a través de estos ritmos y bailes. Definitivamente, hay algo en la música y su vibración que tiene la capacidad de afectar en nosotros, y el Ser humano lo ha sabido desde siempre.

Suelo utilizar música para todas mis experiencias, del mismo modo que prendo un palosanto para estimular mi olfato, o miro al centro de una mandala para fijar mi visión en un punto. La música es el modo que tengo de manipular mi sentido del oído para mantenerlo a raya y sin distracciones. Durante todo este tiempo, he creado una lista de reproducción con una veintena de canciones que ya reconozco instantáneamente, y que me recuerdan y transportan a docenas de experiencias anteriores.

La tarde de la que quiero hablarte, preparé la experiencia en mi habitación, como tantas otras veces. Haría mi *viaje* tumbado en la cama, mirando hacia arriba. Puse mi lista de canciones para meditar, en la que hay diferentes estilos, pero todos ellos con algo común. Me da igual hacerlo con cantos de monjes budistas, música sacra cristiana, hindú, árabe, nórdica, o clásica... En cualquiera de ellas encuentro un lugar para mí, y un inmejorable acompañante para mis experiencias.

El caso es que, aquella tarde, al soltar el vapor, no noté cómo abandonaba mi cuerpo y me iba a otros mundos; sino, más bien, me quedé dentro de mi cuerpo, mientras lo que se fue fuera de mí sólo era mi consciencia. En otras palabras, me quedé metido en mi cuerpo, sin tener ni idea de dónde estaba. Pero eso no era todo. Yo tenía cierta consciencia, tenía consciencia de mí mismo; simplemente, no recordaba aquel mundo, ni pertenecer a él -en el capítulo 22 vuelvo a mencionar por encima esta experiencia-.

Estaba en un mundo que sentía ajeno al mío. Porque lo más extraño, es que yo sentía pertenecer a un mundo concreto, que no era aquel. Yo sentía tener mi propio planeta, con sus propios habitantes y costumbres. Y no tenía ni idea de por qué había ido a parar a aquel habitáculo. La habitación me era extraña, y no reconocía los elementos que la componían. En todo caso, podía reconocer los colores, las geometrías... pero no sabía para qué serviría nada de todo aquello.

Sin embargo, sí que había algo que me era muy familiar: el sonido, la música. Sonaba de fondo una extraña música, que no era exactamente como yo la recordaba, pero que me hacía sentir como si estuviese en mi propio mundo. Aquellos acordes me sonaban ciertamente tristes, como si contaran una historia por sí mismos.

Me di cuenta de que aquellos seres, los que habitaban en aquel planeta, tenían un modo de hacer música muy parecido al de mi mundo. Pensé que quizás esto era porque sólo existen siete notas musicales posibles, y porque los ritmos de percusión no dejan de ser operaciones binarias en el tiempo, que no tienen otro modo de realizarse. Me pregunté en ese instante si la música podría ser, realmente, algo con un significado universal. Aquella situación me recordaba a las ocasiones en las que he visto o leído acerca del uso de la música con las plantas o los animales, y me di cuenta de que todo, a nuestro modo, somos capaces de percibir esas vibraciones; y en cierto modo, de descomponerlas hasta llegar a su significado final; con su correspondiente efecto sobre nosotros.

Me encontraba en un mundo ajeno al mío, pero tenía la capacidad de comprender la música que ellos hacían. Era capaz de diferenciar una melodía triste de una alegre, y todo esto se debía simplemente al modo en que estaban ordenadas aquellas notas, tempos, y ritmos. No necesitaba que nadie me lo explicase para entenderla, porque era algo que estaba dentro de mí.

Por entonces, yo no me había planteado nunca la naturaleza vibracional de nuestro mundo, el hecho de que todo esté en constante vibración, o que nosotros mismos no somos más que nuestros átomos mientras se agitan. Todavía no hubiese encontrado relación entre estas ideas, pero aquella fue la primera vez que empecé a darme cuenta de que, quizás, sí que existe algún modo universal de comunicarnos, un lenguaje que se cumple en cualquier lugar o tiempo, y que no depende de nuestra cultura ni de lo que hayamos aprendido en vida.

Pero, ¿por qué le doy vueltas a esto? ¿por qué considero que puede ser tan importante?

Yo lo descubrí con esta parábola a través de la música y un *viaje* con la planta, pero creo que sus implicaciones van más allá. En el universo, todo obedece a unas mismas leyes, unas mismas matemáticas, porque todo es básicamente lo mismo. Y, dentro de estas vibraciones que lo componen todo, existen patrones que forzosamente se repetirán en todas partes, y que en todos los lugares significan lo mismo. Pero ¿y si todos esos patrones vibracionales, más allá de la música, presentes en todo el Cosmos, tienen un significado? ¿y si cada cadena de tonos, o simplemente números, tiene un significado propio que los seres somos capaces de descomponer de manera automática e inconsciente? ¿tendría que ver con el modo en que procesamos conceptos universales como la belleza, la alegría, la tristeza, o el amor?

No sólo formamos parte de un mismo Cosmos con todo lo que existe, sino que cierta inteligencia vislumbra tras el orden de este Cosmos; y, en cierto modo, entiendo que mi cerebro, mi capacidad para percibir y razonar,

me sitúa como una unidad de consciencia en mitad de todo, que es capaz en mayor o menor medida de leer dentro de esos códigos ocultos.

Todos nosotros tenemos esa increíble capacidad de leer dentro del sistema operativo de nuestro mundo, pero estamos demasiado cegados en nuestras vidas como para despertar a esta realidad. Cada vez que experimentaba la mediación con la planta, y cada vez que hoy lo sigo haciendo -con o sin planta-, he sido más consciente de que es este código al cual puedo acceder, ya que es incluso palpable en mi mente en forma de vibración.

Lo que hay al otro lado de ese código es algo que sólo tú puedes ver por ti mismo; y todo este libro sólo es mi caso personal, mi ejemplo personal. De hecho, verás que en ningún momento afirmo que la planta es el único modo de acceder a este *software de la Naturaleza*, pero lo que sí estoy en condiciones de afirmar, es que este estado es real, y absolutamente inesperado hasta que lo ves en primera persona.

Si no quieres llegar tan lejos como yo en tu búsqueda personal, ni experimentar con sustancias con las que crees que no debes, quizás la música -junto a la meditación- sea una buena puerta a la que llamar.

“La música es una revelación mayor que toda la sabiduría y toda la filosofía.”
(Ludwig van Beethoven)

15 “NO VENGAS ASÍ”

Te contaré ahora algo que me pasó durante aquella época, y que vino a mostrarme por qué no debía forzar la situación, y sí ser paciente con el momento que estaba viviendo. Una tarde salí bastante estresado del trabajo; se había convertido en algo habitual. Llegué a casa muy alterado. Me senté en la terraza para relajarme, pero mi pensamiento no paraba de dar vueltas a lo mismo. Había tenido un problema personal con un compañero, y era consciente de que no había sabido manejar la situación correctamente. No me importaba mucho lo que los demás pensasen de mí, pero sí que me desconcertaba el hecho de no ser capaz de controlarme en aquellos momentos, ni siquiera ahora que creía haber cambiado un poco. Me sentía realmente mal.

Antes, en momentos como éste, solía fumar marihuana o beberme unas cervezas, mientras trataba de distraerme viendo algo en la tele. Minutos después, me había alejado de mis problemas, y todo parecía más soportable. Si nos narcotizamos, ya sea con drogas ilegales o con medicamentos, podemos hacer que nuestros problemas se vayan a dormir. Esto no soluciona nada, ni nos ayuda a mejorar nosotros; pero al menos, es un recurso del que siempre disponemos para hacer uso de él durante un tiempo.

Yo ya estaba cansado de eso, quizás porque había visto más allá. No quería tener que anesthesiarme para poder seguir repitiendo el mismo bucle. Consumir tu tiempo entre trabajo y narcóticos es el peor modo que tienes de desperdiciar tu vida.

Aquella tarde, estaba enfadado y me sentía impotente. Ya llevaba semanas dando vueltas a la cabeza, buscando una solución a mi vida; pero era completamente imposible encontrar una salida. Estaba agobiado; y aunque eso no justifica nada, discutía fuertemente con cualquiera por el

mínimo motivo. No sé por qué pensé que, en aquellas condiciones, sería buena idea sentarme en la terraza, y vapear un poco de la planta.

Aún quedaban una o dos horas de sol, y el cielo estaba azul. Todo mi entorno lucía colorido e iluminado. Sólo mi estado de ánimo parecía desentonar. Pero pronto, yo también me fundiría con aquel mundo mágico, y mis problemas desaparecerían. Al menos, eso pensaba.

Expulsé el vapor, y sentí un decaimiento inmediato. Mis fuerzas me abandonaron. Estaba inmóvil, atrapado en el sofá de la terraza, como si me hubieran atado las manos. Me sentía congelado, y mis venas parecían estar recorridas por hielo. Aquello era bastante anormal, y nunca me había pasado antes. Me preocupé al instante. No podía moverme, ni siquiera para taparme con la manta; de cualquier manera, hubiera sido en vano, ya que aquel frío salía desde dentro de mí hacia afuera. Aquellos segundos se me hicieron eternos.

La planta me estaba dando mi primer susto, y aquello me estaba pasando por encima. Era mucho peor de lo que había imaginado, realmente terrorífico. Quería escapar de aquel estado, pero era incapaz. No podía creer que me estuviese ocurriendo aquello, y me preguntaba cómo había sido tan estúpido como para llegar a aquella situación.

A los diez o quince segundos, hubo un estruendo increíblemente sonoro. Era como si los dioses agitasen una titánica plancha de metal en el cielo, o como si separasen del cielo una gigantesca capa pegada con pegamento. Aquel ruido dejó un zumbido brutal, insoportable, muchísimo más fuerte que cualquiera de los viajes anteriores.

En tres o cuatro flases bien marcados, el cielo azul desapareció. No es que se hubiese tornado negro; sino que allí ya no había nada. Era como si un ser de otra dimensión se lo hubiese tragado en tres o cuatro bocados, no dejando nada allí salvo un agujero negro. No era un negro de noche, sino de oscuridad infinita, como si todo mi mundo estuviese cubierto por una cúpula. Además, todo había quedado en absoluto silencio, salvo por el eco de aquel estruendo que lo había paralizado todo.

A escasos metros de mi terraza, en los jardines de la comunidad, había una palmera a la que nunca había prestado especial atención. La cúpula de esta palmera quedaba a unos dos metros por encima de donde yo estaba. En aquel momento de pánico, mis ojos se fijaron en ella; sus hojas parecían mucho más angulosas, y sus colores vivos se habían tornado oscuros y téticos. Entonces, en un único instante, la palmera se inclinó hacia mí con increíble plasticidad, hasta quedar a pocos centímetros de mi cara; para después, volver a quedar congelada.

Aquello ya no era una palmera. Aquel ser era todo de color negro, y sus ramas llenas de hojas eran ahora algo más parecido a una docena de

extremidades. La palmera estaba completamente abierta, con todos aquellos horribles brazos deformes y negros inclinados hacia mí. Podía notar su hostilidad.

Como te digo, la imagen había quedado congelada. Todo había sucedido en un salto, y se había detenido justo en el momento en el que aquel árbol casi había bajado a mi altura. Giré la cabeza a la derecha, y vi que otra de las plantas exteriores había *trepado* por la terraza, se había levantado del suelo como si de una cobra se tratase, y había quedado congelada a medio metro de la otra puerta de entrada; la que daba a la habitación, donde estaba. Recuerdo que pensé que, si Alba pudiese ver lo que yo estaba viendo en aquel momento, probablemente se iría corriendo de la casa.

La imagen permaneció congelada durante un minuto aproximadamente, tiempo suficiente para poder calmarme y disfrutar de aquel increíble entorno que había creado ¿mi imaginación?

Cuando recobré la movilidad, me eché hacia atrás. Ya no estaba asustado, y poco a poco, había desaparecido el frío. Pude empezar a respirar con normalidad, y la visión se normalizó. El cielo volvía a ser azul, y la palmera estaba en su lugar. Sin embargo, mi visión no era aún ni de lejos normal. Todo mi entorno tenía los contornos suavizados, los colores parecían más básicos; y como me había sucedido otras veces, yo mismo parecía formar parte de una obra de arte en acuarela o acrílico. La salida de la experiencia iba a ser muy progresiva; y éstos son los momentos donde realmente disfruto, siendo una vez más *ultraconsciente* de la belleza del mundo en el que vivo.

Por fin, me pude parar a razonar en lo que había ocurrido. Lo más fácil era pensar que, al estar en un estado de ansiedad, yo mismo había provocado o atraído aquella experiencia negativa. Y aquella experiencia, como tantas otras veces, había dejado un enorme poso de realidad. Aquella palmera, o el ser que la encarnaba, me había transmitido un mensaje claro. Si tuviese que elegir unas palabras, éstas habrían sido: —¡No vengas así! ¡Aquí no vengas así! No es para eso-.

Yo había malinterpretado el uso de la DMT, tratándola como si fuese un bálsamo más para soportar mi vida; como la marihuana, o un ansiolítico que te recetan para calmarte. En cierto modo, quizás le había faltado el respeto a la planta. Esta planta es sagrada, y tiene un carácter mucho más profundo. No sirve para calmar mis ánimos un día de mal humor; eso es algo que debo aprender a solucionar por mí mismo.

Por primera vez, la planta me acababa de mostrar su enorme poder también por las malas.

Todo volvió a la calma. Me arrojé con la manta, y los efectos visuales fueron desapareciendo a medida que la vibración se iba haciendo más suave. No podía creer que, de pronto, me sintiese tan bien. Minutos atrás, acababa de tener una experiencia aterradora. Pero ahora me sentía ampliamente feliz. Sea positiva o negativa la experiencia, siempre son instantes de placer cuando has visto algo que no es de aquí, y vuelves a tu cuerpo consciente de que existe algo más allá que este mundo en el que vives.

Al terminar todo, mi cuerpo se encontraba perfecto, mucho mejor que antes de empezar la experiencia. Todo el mundo ha tenido algún mal viaje, así que era algo que me podía ocurrir tarde o temprano. Sin embargo, éste *bad trip* no había sucedido por el abuso de la sustancia; sino que lo había provocado mi propio estado de ánimo. En adelante, pude comprobar que, en la mayoría de los casos, los malos viajes no tienen que ver con aquello que consumimos, sino con lo que ya anida dentro de nosotros. La planta sólo es un activador; la experiencia soy yo mismo. Es algo que no olvidaría.

Ahora que entiendo la vida como un camino hacia el autoconocimiento, empiezo a ver mi cuerpo de una manera diferente. Antes, éste era un instrumento para relacionarme con los demás y con el mundo; pero ahora es otra cosa. La potencia que tiene mi mente como herramienta es algo que jamás hubiese esperado de no haber sido testigo de ello. Debía cuidarme de jugar con otros niveles de realidad cuando me encontrase en un estado de agitación como el de aquel día. Consumir enteógenos no es ningún juego, y no debe hacerse en cualquier condición física o mental.

Es lógico pensar que estas experiencias nos ayudan a vernos a nosotros mismos. Quizás, aquel viaje oscuro representaba lo que había dentro de mí aquella tarde. No debía mirar a otro lado, porque era evidente que existía algún problema. Hacía tiempo que tenía miedo de saber que algo dentro de mí se estaba pudriendo, y no hacía nada para solucionarlo. Pero la planta me había dado un toque de atención. No podía ignorar una señal tan evidente; aquel viaje había significado algo real.

La DMT no es un instrumento para avanzar tranquilamente y disfrutar del camino; lo que hace es enseñarte la realidad de tu vida, por cruda que ésta sea. Juan suele decir siempre que “la DMT no te enseña lo que quieres ver, sino lo que tienes que ver”. Siempre te expones a ver algo que puede no gustarte. Siento que he tomado decisiones incorrectas, y que tenía valores equivocados. Pero ahora, por fin, estaba despierto; aunque doliese, había despertado.

En lugar de dejarme decaer, tenía que empezar a aplicar a mi vida todo lo que estaba descubriendo. Alcanzar estados alterados de consciencia había

sido relativamente fácil; lo difícil sería aprender de las experiencias y saber aplicarlas. Aunque está lleno de zonas oscuras, cada vez veo mejor el camino.

“Caminar hacia quien eres conlleva abandonar a quien crees ser.”
(Allan Watts, *Nueve meditaciones*)

16 DUALIDAD

Durante algunos meses, se estabilizaron las cosas en la empresa, y todas las partes parecían haber acordado una tregua para sacar las tareas adelante. Yo seguía haciendo mi trabajo robótico, mientras mi mente deseaba llegar a casa y seguir con mis exploraciones. En los años anteriores, yo siempre había aprovechado mi tiempo en la oficina para escuchar programas de radio sobre ocultismo o filosofía, y sentir que no estaba perdiendo completamente el tiempo; pero ahora devoraba aquellos mismos programas de manera diferente, con la avidez de quien sabe estar comprendiendo aquello de lo que le están hablando. Mientras ingresaba datos contables sin parar, tomaba notas en papel sobre nuevos filósofos y pensamientos que iba conociendo; y, sin darme cuenta, iba creando el lenguaje adecuado para poder, ahora, llevarte a ti mis propias experiencias y creencias.

A lo largo de aquel primer año con la planta, realicé innumerables viajes, cientos, todos muy distintos entre sí. Casi siempre, los hacía en la terraza, tumbado en mi *nido de despegue*. Los sonidos de la calle, y el aire limpio golpeando en mi cara, me ayudaban a relajarme y a dejarme llevar por aquellos infinitos mundos probables.

La sensación de frío volvió en más de una ocasión; y si no la prevengo, me sigue pasando. Me acostumbré a arroparme bien antes de cada experiencia para que no me sucediese. Es importantísima la premisa de que debemos dejar nuestro cuerpo en unas condiciones óptimas, ya que lo vamos a abandonar por unos minutos, y no debe requerir de nuestra atención para no distraernos.

Estas experiencias son increíblemente variadas en sus formas. Cuando miro mis viajes en perspectiva, me imagino a mí mismo en mitad de un océano infinito de información interconectada, donde todo está al alcance

de todos. Dentro de este océano, yo sólo soy un dato más, insignificante; pero, al mismo tiempo, tengo la capacidad de moverme por todo él de manera instantánea, como un bit de información que pudiese aparecer instantáneamente en cualquier rincón del mundo. Al mismo tiempo, soy una gota, y soy todo el océano.

Desde donde estoy, no existe el tiempo, ni la vida, ni la muerte. Todo se puede experimentar una y otra vez. Todas las experiencias posibles están allí. Quien yo soy sólo es una experiencia más, insignificante; y lo cierto es que no me importa.

Me he acostumbrado a salir de mi cuerpo, tanto que me he dado cuenta de que aquello que yo soy no tiene nada que ver con él. Mi cuerpo está atrapado en un ínfimo planeta en cualquier parte y en cualquier tiempo; donde lo real y lo irreal se funden. Pero yo soy una conciencia, un instante único e infinito que no necesita del transcurrir del tiempo para existir. Me siento lejos de mi mundo; pero al mismo tiempo, estoy en mi estado natural, en mi fuente. Mi vida sólo es un chispazo, un intervalo dentro de mi realidad superior. No quiero volver a mi cuerpo, nadie podría convencerme de hacerlo. Pero es algo que forzosamente acaba ocurriendo siempre.

En una ocasión, tuve un viaje bastante diferente a lo habitual; al cual he querido dedicar este capítulo. Como te he contado, aunque los comienzos son increíblemente vertiginosos, las salidas de los viajes pueden alargarse durante varios minutos. Estos instantes son los que mejor puedo recordar cuando todo ha terminado.

Aquella tarde, el viaje había sido bastante fuerte. Estaba sentado en la terraza, como otras veces; pero mi mirada, en lugar de centrarse en las vistas o el cielo, estaba fijada en la pared de granito. Al volver en mí, recordé qué hacía allí sentado mirando al muro: quería hacer una experiencia mirando hacia una superficie regular, como aquella pared, y ver qué era capaz de proyectar mi mente.

Las pequeñas piedrecitas adquirieron un enorme colorido. Gracias a la propia textura de la pared, las visiones parecían estimularse; y ésa era la intención inicial. Estas visiones fueron las habituales, de formas coloridas, bonitas y artísticas; y muy parecidas a las de aquella puerta que vi la primera vez en casa de Juan. Los motivos de los dibujos eran parecidos a los de templos mayas o aztecas, con colores básicos, y los contornos de las figuras en negro.

La salida de la experiencia fue muy progresiva. Yo no quería que terminase, y trataba de mantenerme concentrado para alargar la experiencia. En un momento dado, noté que podía ver al mismo tiempo aquellas representaciones psicodélicas, así como la realidad física tal como la puede ver cualquiera. Me di cuenta de que podía alternar ambas visiones, casi a mi

antojo. Era cuestión de fijar mi mirada o dejar de hacerlo, para que apareciese uno u otro mundo.

Pero entonces, noté que aquello no sólo afectaba a mi visión. Allí pasaba algo más. La bolsa de vapor aún estaba por la mitad, así que volví a vapear, centrándome en esta sensación de estar en mitad de dos realidades distintas. ¿Qué era aquello que estaba sintiendo?

Al expulsar el vapor, la sensación era ya evidente. Dentro de mí se encontraban cara a cara dos realidades de mi naturaleza totalmente opuestas; dos extremos tan lejanos en grado, que parecían provenir de seres diferentes.

Lo sabía, y siempre lo había sabido. Ese otro ser siempre había estado ahí observando; y era eso lo que llevaba tiempo sintiendo. Ahora, por primera vez, podía sentirlo sin la necesidad de abandonar mi consciencia. Era, literalmente, como si este otro ser se estuviese asomando a través de mis ojos del mismo modo que nosotros nos asomamos a la mirilla de la puerta de nuestra casa; de manera voluntaria y desarraigada; y mientras, mi consciencia humana se echaba a un lado, testigo de lo que estaba sucediendo.

Fue la primera vez que experimentaba, sin lugar a duda, la existencia de ese *otro yo*. Realmente podía sentirlo. Existe un *yo observador* subyacente a todo lo que sucede; y por primera vez, se presentaba ante mí al tiempo que permitía a mi *yo humano* ser testigo de todo con suficiente claridad como para recordarlo. Como tantas veces, no podía creerme lo que me estaba pasando.

La experiencia duró varios minutos. Podía sentir mis dos naturalezas presentes y conectadas a través de mi mente. ¿Me encontraba en presencia de mi ser superior, mi ángel de la guarda, mi alma...? ¿Cuál era el término correcto para aquello? Creo que esto depende de cada individuo, y de las palabras que esté acostumbrado a utilizar. Al final, es una única realidad, la misma para todos; y existe de verdad.

En la presencia de este otro Ser, me sentía cuidado y protegido; y sentía, sin duda, que estaba justo donde tenía que estar. Él parecía asentir dentro de mí, como dándome a entender que llevaba toda la vida esperándome; llevaba toda mi vida haciéndome señales para que me diese cuenta de que estaba ahí.

Después de aquella tarde, pensé que todas mis experiencias con la planta tienen, en realidad, esta misma naturaleza. Quizás todas las cosas que veo no son aleatorias ni simples alucinaciones; sino que estas experiencias vienen orquestadas desde ese otro yo más elevado. Quizás todo forma parte de un mismo proceso evolutivo en el cuál yo soy mi propio guía, desde otros niveles de mi existencia. Y ese otro yo, no sólo soy yo, sino que él es

también la planta, y el propio mundo. Ese otro yo superior creo que también eres tú. O quizás sólo sean invenciones, engaños de mi mente para darme esperanzas. Quizás esté solo en este mundo, desamparado y sin sentido. Pero no es eso lo que siento; y lo puedo sentir tan fuerte... Cuando estoy en trance, sé que estoy más apegado a esa otra naturaleza que a la persona que escribe estas líneas ahora mismo. Cuando no estoy en mi cuerpo, soy Conciencia, soy Cosmos, soy Creación, soy el Universo. Todos lo somos, pero nadie lo sabe. Siento una voluntad infinita que me dice que debo vivir tranquilo y disfrutar, porque nada puede hacerme daño.

Mi vida humana nada me importa al otro lado; me resulta insignificante. Es extraño, pero me siento reconfortado de saber que no soy quien siempre creí ser. Comprendo que nada de lo que me suceda en mi experiencia humana me puede afectar realmente. Yo soy infinito; nadie ni nada puede cambiarlo. Es cierto que mi cuerpo una vez nació; pero aquello que yo soy, existe desde siempre. Simplemente, lo había olvidado; pero poco a poco, voy dándome cuenta de que ésa es la verdad.

Pero si somos seres infinitos; ¿Por qué nos hacemos esto? ¿Por qué vivimos sufriendo? Me niego a pensar que forma parte de nuestra naturaleza. Lo que sucede es que no tenemos ni idea de que tenemos la capacidad para cambiarlo. Somos materia y somos espíritu; somos imperfectos y perfectos al mismo tiempo. Buscamos la perfección en un mundo imperfecto, y lo hacemos durante toda la vida, porque tenemos el recuerdo de nuestra perfección antes de nacer. Nosotros ya somos perfectos, pero no lo sabemos. Imagino que es necesario que sea así, porque para poder disfrutar de algo muy bueno, primero tenemos que vernos privados de ello. Puede que el día de nuestra muerte descubramos que, al fin y al cabo, nuestra existencia no era tan triste y limitada; y que, después de la vida, nos esperaba algo mucho mejor.

¿Cuál sería, entonces, el papel de la planta? Es posible que ni siquiera tengamos que esperar a que llegue ese momento, el de nuestra muerte, para saber qué hay en ese otro lado infinito. Puede que lo más importante de nuestra vida consista, precisamente, en desvelar esta realidad; pues ser consciente de ella, nos ayudará a ser felices. Quizás por ello, la Naturaleza grita y nos arroja estas sustancias para que nos demos cuenta.

Hace siglos que la olvidamos, pero creo estar descubriendo una realidad que siempre ha estado ahí, y que es terriblemente importante para nosotros. Si no la he visto antes, era porque mis prejuicios me alejaban de dar un verdadero paso adelante. Pero ahora he cambiado, y puedo sentirlo con facilidad. Sé que me encuentro ante la verdad.

Lo mejor de todo es que yo no tengo un don. Lo que me ha pasado a mí, le puede pasar a cualquiera.

“En la unidad mental no existe la dualidad.”
(Alejandro Jodorowsky)

17 INFINITO

Merece la pena comentar una sensación muy común entre psiconautas, y que me ha llamado la atención prácticamente desde mi primera experiencia. Esta sensación consiste en que, en un determinado momento, somos capaces de ver toda nuestra vida como un libro en el que todos los capítulos están conectados. De pronto, comprendes que nada te ha sucedido nunca por azar; y que todos los acontecimientos de tu vida están necesariamente conectados. Es un instante donde todo se cuadra y adquiere sentido. Por primera vez, tienes la capacidad de entender tu vida como un único hecho; y este hecho tiene valor y sentido por sí mismo.

A veces, al salir de la experiencia, tengo la sensación de ser el personaje de un cuento, y que mi vida no es una concatenación azarosa de sucesos, sino que está escrita de manera deliberada por alguien que existe en un nivel de realidad superior al mío. Así, si toda mi vida es el sueño o la invención de una mente superior a la mía, es normal que en ocasiones ocurran cosas que parezcan obedecer más a la magia que a la lógica que cabría esperar. Y también sería lógico que el único modo que yo tuviese de llegar a esa mente creadora, fuese precisamente a través de mi propia mente.

En este capítulo, no te hablaré de un *viaje* que me haya sucedido a mí mismo; sino a otra persona. Antes, debo hablarte de mis nuevos amigos.

Coincidiendo con mis primeras experiencias con la planta, Juan creó un grupo con amigos psiconautas, donde hemos coincidido algunos de los que nos hemos iniciado en su casa; así como otras muchas personas a las que hemos conocido posteriormente por internet, y que nos cuentan sus experiencias desde varios lugares del mundo. Es una bonita comunidad que no ha dejado de crecer, y dentro de la cual podemos hablar de cualquier tema sin temor a ser juzgados. Nos llamamos a nosotros mismos “La

Tribu”.

Uno de estos nuevos amigos a los que conocí, hoy hace ya algunos años, se llama Daniel. Tengo mucha confianza con él, y una noche me llamó para contarme su último viaje. Durante el mismo, Daniel pudo ver el transcurrir de su vida como si de una película se tratase, incluso -dijo- con las famosas bandas negras en las partes superior e inferior. Se vio a sí mismo en su infancia, en diferentes escenarios; y luego, se vio viajando con su actual pareja, o en el hogar, cuidando de los caballos de su madre. Él acudía a todo ello como un espectador en tercera persona; esto es algo habitual con la planta.

Todo se desarrollaba con normalidad, hasta que llegó un momento en que su vida terminó, y alguien se la entregó precisamente en forma de película. Ésta quedaría ya registrada para siempre, aunque no le explicaron dónde. Mi amigo preguntó si aquello era todo, si su vida era algo tan sencillo con principio y final, y si ahí era donde acababa su existencia para siempre. Pero le explicaron que una cosa muy diferente era su vida humana, de lo que era su verdadera existencia. Aunque ya hubiese desaparecido como miembro de nuestra especie, él seguía estando allí, entre experiencias, en un universo de quietud intemporal, que es lo que representa su verdadera naturaleza. Su experiencia vital sólo había supuesto un pequeño intervalo. La vida era la anomalía; y la no vida, la verdadera realidad.

Le entendí, porque yo también he tenido sensaciones muy parecidas. Después, hablamos durante casi una hora, llegando a conclusiones muy parecidas -como casi siempre me pasa con él-. Es un sentimiento irrepetible cuando por fin sabes que esta vida es ridículamente pequeña en comparación con tu existencia. Este pensamiento se va haciendo cada vez mayor en tu mente, conforme lo vas experimentando una y otra vez. Es posible que, una vez interiorizada esta idea, ello te ayude a tomar mejores decisiones en tu vida, gracias a tu nueva perspectiva; y a la repentina pérdida del miedo.

La sensación de que todo se cuadra tiene implicaciones que te hacen comprender el mundo como algo más allá que una sucesión aleatoria de acontecimientos. Es la sensación de que todo en el Universo sucede siguiendo un orden determinado. Todo parece medido por unas leyes inteligentes, y no por un devenir simplemente caótico y aleatorio.

Después de cada experiencia, tengo la certeza de estar haciendo lo correcto. Estoy dejando de creer en la suerte, y me dejo llevar por la idea de que, si sigo los pasos adecuados, hay una fuerza superior que va a cuidar de mí y me va a guiar hacia mis objetivos. Es como si, de pronto, estuviese naciendo dentro de mí algo parecido a la fe; pero no una fe basada en creencias aprendidas, sino en lo que me dice mi propio instinto. Es una fe

que está fundamentada en mis propias experiencias y sensaciones, y no en las palabras de ningún otro.

Siempre he pensado que el mundo era imperfecto e injusto. Creo que todas las personas lo aceptamos así, porque damos por hecho que no podemos cambiarlo. “Así es la vida” es lo que solemos decirnos. Pero en realidad, la mayoría de nuestros males provienen de las decisiones egoístas que tomamos tanto nosotros como los demás. El mundo en que vivimos era perfecto para nosotros; sólo nosotros lo hemos convertido en lo que es ahora.

Vivimos en un planeta que es perfecto para la vida, y que nos otorga suficientes recursos para desarrollarnos. Ni siquiera necesitamos la tecnología para alcanzar nuestro verdadero objetivo como seres. Nuestro mundo es perfecto; y todas sus imperfecciones e injusticias sólo existen en nuestro plano humano. Nosotros las hemos creado, y sólo nosotros tenemos la capacidad de revertirlas. Pero pensamos que somos incapaces, porque, en realidad, no tenemos ni la más remota idea de lo que realmente somos.

Ahora sé que esa posibilidad existe. Todas las personas pueden asomarse y conocer a su verdadero Ser; y cuando esto sucede, es una obiedad saber que llevabas toda la vida esperando a ese momento. Éste es un descubrimiento que necesariamente cambia a las personas; y que, si todos estuviesen abiertos a aceptarlo, cambiaría también el mundo. Pero nadie cree que esto pueda suceder, porque la mayoría nunca lo han experimentado. Y es la creencia negativa del cambio la que lo imposibilita; son los prejuicios el peor de nuestros lastres. Creo que, si todas las personas pudiesen ver las cosas que mis amigos y yo vemos, el mundo se vería forzosamente beneficiado, ya que las personas perderían progresivamente los miedos relativos a sus propias existencias. Acabarían los miedos, las desconfianzas, la codicia, las ganas de tener más que el resto... y la vida pasaría a ser un increíble baile común donde todos tenemos motivos para festejar, ya que todos somos uno.

Vivimos equivocados, confundiendo el sueño con la realidad, y el juego con el jugador. El mundo no sucede sin más, sino que se dibuja desde cada conciencia. Todos nosotros somos creadores del mundo. El mundo es así porque nosotros lo hacemos así; pero a largo plazo es perfecto. Las imperfecciones sólo son apreciaciones temporales que se borrarán en la inmensidad del tiempo. El hecho de que algo nos afecte negativamente, o sea injusto para nuestra persona, no tiene ninguna trascendencia en un universo infinito que siempre se encuentra equilibrado. Todas las injusticias son relativas. Por eso, si un día descubres que tú eres el Universo, forzosamente estarás siempre en equilibrio. El infinito es perfecto; lo finito

es imperfecto.

Nosotros vivimos vidas finitas y creemos ser finitos; por eso, creemos ser imperfectos, y actuamos como tal. Sólo descubrir que somos infinitos nos llevaría a cambiar el mundo. Si descubres parte de esa perfección dentro de tí, pierdes el miedo a equivocarte; dejas de desconfiar en ti mismo y en los demás. Sabes que, hagas lo que hagas, estará bien. Ser infinito significa ser uno con el mundo; y si eres uno con el mundo, nada te pueden arrebatar, y nada necesitas.

Lo imperfecto está siempre relacionado con la identificación con lo finito. Somos imperfectos porque tenemos miedo de ser finitos, de desaparecer un día. Y, al tener miedo de ser finitos, arremetemos contra los demás; tratando de hacer más longevo y feliz nuestro finito a costa del suyo.

Al pensar que somos finitos, olvidamos que todos hemos venido a disfrutar de esta realidad en comunión, como si fuésemos un único Ser. “Amar a los demás como a nosotros mismos” es algo que sólo podemos hacer cuando nos reconocemos a nosotros mismos como parte de ese Ser infinito.

Yo aún me encuentro en una fase muy verde de mi maduración, apenas he empezado a ver los primeros brotes de luz. Sin embargo, no necesito muchas más pruebas para saber de lo que hablo. Después de haber empezado a conocerme mejor a mí mismo, esto ha repercutido muchísimo en mis relaciones personales con mis amigos y familiares. Mi nueva perspectiva me va situando poco a poco en una posición en la que, cada vez más, me siento responsable de la felicidad de mis seres queridos. No puedo convencerles de seguir mis pasos, y ni siquiera entienden la mitad de las cosas que les digo. Pero todo lo que antes salía de sus bocas y me molestaba, ahora ha dejado de afectarme. Además, no reaccionar contra las opiniones de los otros, es un buen primer paso para que ellos te escuchen a ti.

Tengo relativas esperanzas en que algún día todos los seres humanos habrán descubierto esta luz dentro de sí mismos. Creo que ha habido muchos personajes que han intentado cambiar el mundo, y han chocado de bruces con la realidad. Quizás el mundo no quiera ser cambiado, ni tenga ganas de despertar. No puedes salvar el mundo si el mundo no te pide que lo salves. Quizás todos los esfuerzos sean una pérdida de tiempo, salvo aquellos orientados hacia nosotros mismos.

Mi buen amigo, sé que es posible que no me creas, igual que la mayoría de las personas a las que he intentado convencer. Pero esta puerta existe, y sólo depende de ti si quieres traspasarla o no. A mí me ha cambiado la vida, porque hasta hace unos años, yo nunca supe lo que era la fe; sin embargo, ahora es la fe en mí mismo la que guía mis pasos. Da igual lo que hagan o

piensen los demás; si algún día quieres saber qué hay al otro lado de la realidad, es seguro que podrás hacerlo. La vida siempre te brinda esa oportunidad.

Así es como tiene que ser, y como nuestra Naturaleza quiere que sea. Yo no puedo demostrarte nada, ni hacer que tú lo veas: pero te aseguro que todo lo que te cuento lo he podido comprobar personalmente. Y no una vez, ni dos veces... sino todas las que he necesitado hasta convencerme.

*“Ningún ser creado puede ser anterior a todos los demás, sino únicamente el
Increado.”*

*(Hermes Trismegisto, *Hermes Trismegisto a Asclepios, sabiduría*)*

18 CARA A CARA

Habían pasado unas dos semanas desde aquella experiencia en la que había sentido cómo me desdoblaba dentro de mí en dos extremos distintos de mi naturaleza, y cómo ese otro yo podía, literalmente, mirar desde dentro de mí y a través de mis ojos.

No será la primera vez, ni la última, que hayas escuchado hablar del dualismo del ser. Especialmente, los autores griegos clásicos hablaban de esa doble naturaleza, material y espiritual, que tenemos todos los seres. No pretendo aburrirte en estas páginas con referencias filosóficas a Platón o a Sócrates, a las que cualquiera puede acudir. Sin embargo, es curioso pensar cómo mis propias experiencias con la planta han podido acabar llevándome a buscar respuestas en la filosofía; y que por ello, haya acabado estudiando un montón de reflexiones provenientes de personas que vivieron miles de años antes que yo; pero que ya pensaban en las mismas cosas.

Por un lado, sentía que estaba mi *yo humano*; aquel que se mira en el espejo y proyecta un pensamiento. Mi *yo humano* es con quien yo siempre me he identificado, y la única parte de mí que siempre he creído que era real. Por otro lado, estaba mi *yo espiritual*; aunque éste sólo es un término arbitrario que utilizo para nombrarlo. Podría llamarlo también mi *yo inmutable, infinito*, o mi *verdadero Ser*. Da igual el nombre que le busquemos, porque la realidad es algo que no se puede definir. Es así como lo siento.

Una de aquellas tardes en las que empezaba a darme cuenta de esta realidad dual, iba a tener una experiencia relacionada con este tema, que sería increíblemente visual; y una de las más palpables y reales que he tenido nunca.

Aquella tarde me senté en la cama para hacer una meditación. Es una práctica a la que me he acostumbrado enormemente. Me siento sobre la almohada o me pongo de rodillas, y hago un ejercicio de respiraciones que me ayuda a abstraerme de mi pensamiento, relajar mi cuerpo y mi mente, y conectar conmigo mismo. Las primeras veces hay que tener mucha paciencia; pero cuando te acostumbras, el efecto es casi inmediato. Hoy en día, jamás trato de hacer una experiencia con la planta, sin antes detenerme en mi pequeño ritual de meditación y respiraciones.

Compré unas mándalas hindúes bastante grandes y bonitas. Éstas son unos enormes pañuelos de tela, cuyos dibujos están formados por series de círculos concéntricos, de diferentes colores, y dentro de los cuales existen diferentes formas y figuras. En el centro siempre suele haber un círculo, el cual se dice que representa el centro de nuestra propia consciencia. Sea verdad o no, focalizar mi atención en el centro de estas mándalas me ayuda a no distraerme, y facilita mucho los *despegues*. Después de mucho experimentar, no me cabe duda de que hay una evidente relación entre la práctica de la meditación y las experiencias chamánicas. Saber combinar ambos campos puede llevarnos a resultados increíbles.

Cuando me sentía suficientemente relajado, decidí tener una experiencia suave. No puse mucha cantidad de la sustancia; sólo quería que la planta me ayudase a seguir con mi meditación. Sin embargo, al expulsar la nube de vapor, éste era tremendamente denso.

No sentí un despegue vertiginoso, aunque sí que apareció el clásico zumbido de siempre. Ni siquiera me dio tiempo a dejar de fijarme en aquella nube, cuando tras un salto, me pareció ver que ésta adoptaba una curiosa forma, parecida a una pompa de cristal o de jabón, que flotaba sobre mi cama.

Tras otro salto, aquella pompa había adoptado forma humanoide; y aquel cristal voluble parecía haberse endurecido. La figura era ahora más sólida y consistente, aunque seguía siendo transparente. En dos o tres segundos, aquel ser estaba sentado de la misma forma que yo, en la cabeza de la cama, cara a cara ante mí. Apenas tenía unos finos rasgos en la cara, casi imperceptibles. Sólo se podían distinguir sus contornos. Pero no era eso lo más raro; aquella figura no estaba congelada, como ocurría con otras visiones. Aquello estaba *animado*, y parecía ser consciente de mí. Es más, aquello estaba mirándome; yo lo sabía, aunque no podía ver ojos algunos.

Aquel ser había aparecido allí porque yo le había llamado; o quizás, yo estaba allí porque él me había llamado a mí. Aquella visión me sobresaltó un poco. Podía verlo como podría verte a ti si ahora mismo te tuviese delante. Si hubiese estirado mi brazo, creo que hubiera llegado a tocarle. No hay palabras con las que pueda explicarte hasta qué punto aquello no parecía

una alucinación.

Como tantas otras veces, no podía creerme que aquello me estuviese sucediendo. Tan real era que, por absurdo que parezca, pasados unos quince segundos, levanté mi mano derecha a modo de saludo. No sabía si cabría esperar una respuesta por su parte. Me encontraba en terreno desconocido. Entonces, aquella figura hizo exactamente lo mismo que yo, levantando también su mano derecha -no a modo de espejo, quiero decir-. De hecho, aquel ser había levantado su mano con cierto retardo respecto a la mía; no había sido un acto reflejo, sino que parecía meditado.

Me llamó mucho la atención, y me emocioné un poco. Aquel ser se estaba comunicando conmigo. Estaba allí sentado frente a mí, y yo no sentía ningún miedo.

Repetí la operación. Volví a levantar mi mano derecha. Entonces, como si hubiese comprendido mis intenciones, aquel ser esperó unos segundos antes de volver a levantar su mano derecha. Aquello había sido un gesto deliberado. Aquel ser parecía tener una consciencia independiente de la mía, y tomar sus propias decisiones como si no lo estuviese creando yo mismo. De hecho, me pareció ver cómo inclinaba la cabeza, no sé si de manera simpática o paternalista. Aquella aparición era tan real que hubiese dado mucho miedo, si no fuese porque me sentía extrañamente embriagado por él.

Hasta aquel día, jamás había visto durante un viaje a un ser con apariencia física tan evidente como me estaba ocurriendo en ese momento. Había escuchado muchas historias de mis amigos, en los que se habían cruzado con diferentes tipos de seres; pero pensaba que, por algún motivo, mis experiencias estaban destinadas a ser de otra naturaleza. Ahora, por primera vez, comprendía de verdad por qué mis amigos afirmaban una y otra vez que “esos seres que vemos durante los viajes existen de verdad”. Estando delante de él, me preguntaba si aquel ser había brotado de mí; o si, como yo sentía, era yo quien había brotado de él.

Lo que ocurrió desde ese momento es realmente complicado de describir. Imagino que mi propia mente le dio una forma muy gráfica a todo aquello para que yo mismo lo comprendiese. Por tanto, aunque es probable que no sucediese exactamente de esta manera, es así como yo lo recuerdo:

El centro de la cabeza de este ser empezó a iluminarse, allí donde debería de estar su cerebro. Pero no era un cerebro lo que yo veía, sino algo más parecido a un nudo formado por innumerables líneas o cables con luz propia, que cambiaban de color lentamente, encendiéndose y apagándose en suaves latidos. Aquel ser, en su interior, parecía bullir de energía; y esta energía fue poco a poco siendo más visible en todo su cuerpo. Del centro de aquella masa de energías dentro de su cabeza, brotó un haz de luz

morada, que vino a entrar directamente en mi cabeza por el centro de mi frente. Era algo parecido a un puntero láser. Casi podía sentir su calor, si no lo hice realmente.

Con un movimiento en la forma del arco de su brazo, el ser desplegó un enorme panel transparente entre nosotros. Era algo parecido a un holograma que hiciese las funciones de una pizarra transparente. Aunque para aquel ser, el holograma tenía presencia física, ya que podía tocarlo con sus dedos. En sólo un par de movimientos, hubo una enorme explosión de mallas de energías de colores dentro de aquel holograma; y estas mallas desprendían, a su vez, nuevos haces de luz que salían disparados en todas direcciones.

Aquella intensidad fue en aumento, y las mallas y partículas de colores empezaron a volar formando un torbellino. Los dedos de aquel ser, en contacto con el holograma, empezaron a descomponerse, y a formar parte de aquel creciente tornado de partículas. Yo mismo estaba conectado a todo aquello. Ya no había una luz que entrase a través de mi frente; sino que yo mismo me había descompuesto en aquellas mallas de energía. Cuando quise darme cuenta, me había acabado fundiendo con aquel ser, y estaba flotando por mi habitación a un metro por encima de la cama.

No sé cómo sucedió todo. Minutos después, abrí los ojos. Estaba tumbado en la cama. Me sentía descansado, y seguramente había pasado un buen rato. A mi lado estaba la bolsa del vaporizador vacía; y sólo aquello me hizo cerciorarme de que, efectivamente, acababa de tener un viaje con la planta. Qué real había sido todo, qué nivel tan extraordinario de realismo había tenido todo. Había sido un viaje increíblemente extraño.

¿Realmente aquel ser había sido proyectado por mi cerebro? ¿Cómo podía haber sido tan real? Aquel viaje me hizo plantearme una pregunta sobre el propio hecho de “proyectar” nuestras experiencias. En ningún momento tuve la sensación de estar creando todo aquello, sino asistiendo a un contacto con un ser que realmente existía. Entonces, quizás debemos reconsiderar que, cuando proyectamos uno de nuestros viajes, tal vez no lo estemos creando en ese momento, sino simplemente plasmando algo que realmente existe; del mismo modo que un aparato de cine no crea una película, sino que proyecta una que ya existe previamente.

Pero, aparte de en qué plano de realidad existía, ¿qué había querido decirme aquel ser? Quizás todo lo que aquello significaba, era que realmente existe un ser que no es mi *yo humano*, y que siempre está guiando mis experiencias. Quizás, este ser había decidido presentarse ante mí con un aspecto físico; pero éste era un aspecto arquetípico que otras muchas personas han visto en sus experiencias. ¿Por qué sucede esto? ¿Es una cuestión de simple sugestión?

Con el paso de los días, fui profundizando en lo que había podido significar esta experiencia, y acabé volviendo una vez más a las teorías clásicas acerca de nuestra naturaleza dual.

Quizás, aquella experiencia quería decirme que no sólo estoy compuesto por dos naturalezas que son grados opuestos entre sí (materia y espíritu); sino que, gracias a la interacción entre estas dos partes, es como puede suceder la vida. Al tiempo que se fundían los dos extremos de mi Ser, se producía una explosión de energía que salía disparada en todas las direcciones, y que iluminaba todo en miles de colores distintos. Al final de la experiencia, yo era ese océano de colores e información; sin existir ya diferencia entre las dos naturalezas de mi Ser, ni entre yo y el resto del mundo. Un Ser, de cuya fusión en millones de partículas, surgen mundos y consciencias, ignorantes todos ellos de su origen. Aquel océano era el *yo disgregado* en millones de partículas, todas ellas con parte de naturaleza en la materia, y parte de naturaleza en el espíritu.

He comprendido que los dos extremos de mi Ser llevan toda la vida preparando este camino para acercarse; y que la aparición de la planta en este momento de mi vida no es casual, sino producto de una obra que lleva años orquestándose. Cuando existe voluntad real, ambas partes trabajan para converger entre ellas, y es algo que siento con enorme fuerza. Mi vida está guiada desde un nivel de complejidad incomprensible para mí, aunque crea ser yo quien manejo los hilos de mi destino. A largo plazo, es una evolución que siempre va en la misma dirección; la de unificar las dos partes y llegar al verdadero reconocimiento de mí mismo.

Además, es posible que no sólo existan estos dos extremos de mi Ser, sino un infinito abanico de posibilidades que se mueven entre esos dos extremos. Puede que sea una cuestión de grado, de vibración.

Nuestro plano de realidad está delimitado por aquello que podemos percibir; pero esto no quiere decir que nuestro plano represente a toda la realidad. Puede que exista el modo de saltar de un plano a otro, recorriendo las diferentes manifestaciones de nosotros mismos, y encontrándonos por el camino con diferentes seres; aunque ello no nos permita traer pruebas de ningún tipo. Y como no tenemos modo de demostrarlo, siempre estaremos en la duda de si lo que hemos experimentado era real o no.

Al fin y al cabo, ¿qué es real y qué no lo es? Esto es algo a lo que, por definición, no podemos responder. Para saber qué es la realidad, deberíamos poder salir de ella y observarla desde fuera; pero esto es imposible. Así que, ¿qué más nos da esta pregunta si nunca sabremos responderla?

Lo único que sé que existe de verdad, soy yo mismo. Y ni siquiera soy

capaz de describirme. Para mí es real aquello que me hace sentir; aquello que llega a mí en forma de experiencia, y acaba formando parte de mi consciencia.

Para finalizar este capítulo, quiero ahondar un poco más en el hecho de que todos los seres tengan naturaleza material y espiritual. Después de lo que te he contado, he llegado a la conclusión de que esta dualidad está presente en todo lo que existe, incluso en las formas más básicas de materia que podamos imaginarnos.

Desde que existe el mundo, la materia evoluciona creando seres cada vez más complejos, y más conscientes de sí mismos. Todo esto sucede gracias a unas leyes que parecen haber sido diseñadas de manera inteligente. La materia es idiota e inerte; ni siquiera existe, ya que es sólo un espejismo de nuestros sentidos. La existencia de la materia es absurda sin la existencia previa de una energía que la crea y le da vida.

Hay quienes piensan que la existencia de la vida es una cuestión de azar, mientras que otros piensan que realmente existe una energía inteligente a la que podríamos llamar “espíritu en la materia”, o incluso “Dios”. Difícilmente podemos estar seguros de cualquiera de estas creencias si no tenemos la oportunidad de experimentar la verdad por nosotros mismos.

Estoy convencido de que no nos encontramos en el culmen de nuestra evolución. Pero nuestro próximo paso adelante es algo que depende de nuestra voluntad, y de nuestra capacidad para despertar en la realidad. Aún tenemos que lograr dejar de pensar que somos la materia, y darnos cuenta de que ésta sólo es un vehículo. Lo que nosotros somos, es otra cosa. Somos la vida en la materia, la energía que la anima. Somos algo que, por definición, trasciende a la materia. Y esto es algo que el Ser humano actual ni siquiera se plantea, porque sólo lleva a pensamientos de locura; pero es algo sobre lo que hay que pensar.

Creemos ser conscientes, y pensamos que “somos la materia descubriendo a la materia”. Es una frase hecha, un axioma filosófico que se escucha mucho. Sin embargo, ésta es una idea que se queda bastante corta para describir la realidad. La verdadera expansión de nuestra consciencia se dará cuando nos demos cuenta de que no sólo somos materia, sino que somos mucho más.

No somos la materia descubriendo a la materia. Somos el espíritu descubriendo al espíritu, mientras hacemos uso de la materia.

K. TRABINI

“Para conocer la verdad, hay que ejercer el quietismo.”
(Ramón del Valle-Inclán)

19 EL VIAJE DE LAS MIL CARAS

Es posible que te hayas fijado en que, en las representaciones artísticas de algunas religiones -como el cristianismo o el hinduismo-, suelen dibujarse las palmas de las manos de los santos, profetas, o semidioses, orientadas hacia arriba o hacia abajo. Esto es algo a lo que jamás había concedido ninguna importancia, y cuyo fundamento se me sigue escapando. Sin embargo, ello no iba a ser un obstáculo para mi siguiente experimento.

Uno de aquellos días, escuchando en la radio un programa sobre arte, me enteré de que la posición de las manos en estas representaciones no es arbitraria, y sí que tiene un significado. En el programa, le daban diferentes interpretaciones, pero hubo una que me llamó la atención: cuando sus palmas están hacia arriba, esto quería decir que el sujeto estaba en disposición de *recibir*; mientras que las palmas hacia abajo querían decir que la persona estaba en disposición de *ofrecer*. Estos actos hacen referencia a la conexión del individuo con el mundo no tangible -o espiritual-. Por eso, estas obras suelen representar a la persona en momentos de rezo, meditación, o iluminación; y entendido de esta manera, la posición de las manos haría referencia al flujo de información que se da entre lo material y lo inmaterial. Por tanto, éste parece ser el motivo de que haya personas que rezan o meditan con las manos en esta posición.

No sé hasta qué punto habrá algo de verdad en estas teorías, o si se trata de algo simplemente sugestivo; pero sé que todo aquello que nos ayude a prestar una mayor atención a lo que estamos haciendo, acaba siendo positivo para nuestras experiencias. Si te fijas en quienes practican el yoga, ellos también ponen sus manos hacia arriba, uniendo los dedos índice y pulgar, para cerrar algo así como un circuito energético. Si, por otro lado, nos fijamos en cómo reza un cristiano, lo hace uniendo las manos con los dedos hacia arriba, como si igualmente los estuviese utilizando de *antenas*. - Conforme lo escribo, me doy cuenta de lo absurdo que todo esto suena.-

Sea sugestión o algo realmente físico, yo mismo me he acostumbrado a poner siempre las palmas de mis manos hacia arriba cuando realizo mis *viajes* con la planta. No lo hago porque piense que realmente así voy a captar una mayor información, o porque me vaya a ayudar a tener una experiencia más profunda; sino más bien como muestra de respeto y agradecimiento a aquello que me espera al otro lado.

Es ahora cuando debo hablarte por primera vez de Alba, mi novia. Empecé a salir con ella poco antes de conocer a la planta. Ella siempre ha tenido plena confianza en mí, y en las cosas que hago; y, aunque nunca ha mostrado un especial interés por el mundo del chamanismo, jamás ha supuesto un impedimento a la hora de tomar mis propias decisiones. Al contrario, ella me apoya en todo lo que hago.

Una de aquellas primeras tardes experimentando con la planta, propuse a Alba que llevásemos a cabo una pequeña prueba. Le pedí que se sentase delante de mí con las palmas hacia abajo. Yo pondría mis manos con las palmas hacia arriba, en contacto directo con las suyas. Mi intención era vapear la planta estando en esa posición, mirando a mi pareja directamente a los ojos, y ver qué sucedía. A decir verdad, tenía pocas esperanzas en aquella prueba. No tenía ni idea de lo que pasaría, pero estaba a las puertas de una de las mejores experiencias de mi vida.

Al soltar el vapor, apareció el zumbido, como siempre. Fue repentino, más de lo habitual. Hacía tiempo que aquella vibración cada vez aparecía de una manera más instantánea y sutil: y permanecía en un segundo plano casi inaudible mientras que las experiencias se sucedían. No sé si se debe a que aprendí a controlarlo poco a poco, pero el hecho de escuchar aquella vibración se fue convirtiendo cada vez más en un acto voluntario.

De una forma increíblemente limpia -una visión nada borrosa, quiero decir-, la cara de Alba empezó a vibrar de manera vertical, a tal velocidad que lo que yo veía era un nuevo rostro -del mismo modo que una rueda, al girar, no parece la misma-. Se formaron tres diferentes filas de ojos, y lo que tenía ante mí no parecía un ser humano. Era como mirarla a través de un viejo televisor roto, donde la imagen se duplica en varias líneas horizontales. Cuando la imagen se estabilizó, Alba tenía exactamente seis ojos. Sin embargo, no era una figura monstruosa en absoluto; por algún motivo, me evocaba a algún tipo de deidad oriental. Una evidente aura parecía emanar de su cabeza. Desde la parte superior de su cráneo, salía un rayo de luz blanca en dirección al techo. Aquello parecía algún tipo de antena natural.

No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Alba realmente parecía un ser de otro mundo. Y había algo más... era palpable en ella una sensación de divinidad difícil de describir. Todo esto sucedía en apenas diez o quince segundos, y Alba me miraba divertida viendo mis caras de sorpresa.

Cuando quise darme cuenta, su cara volvió a ser la de una mujer. Pero la mujer que tenía ante mí no era Alba; aquella era otra chica. Me sonreía, y su belleza era extraordinaria. Antes de que pudiese reaccionar, un tercer rostro de mujer vino a sustituir al anterior; y luego otro, y otro, y otro... En apenas unos instantes, un carrusel de diferentes chicas apareció en el rostro de Alba, dando saltos instantáneos de una a otra a cada segundo.

La experiencia era tan estable, que me dio tiempo a explicarle a Alba lo que estaba sucediendo mientras aquellos rostros no dejaban de sucederse; todo esto sin despegar nuestras manos. Cada vez que ella gesticulaba, lo hacían todas esas mujeres; es decir, la que estuviese en su rostro en ese momento. Por eso, le pedí que no dejase de sonreír en ningún momento; pues cuando se preocupaba, también lo hacían aquellos rostros.

Incluso pude empezar a nombrarle cada una de aquellas caras que aparecían a gran velocidad -una por segundo aproximadamente-. La mayoría eran exóticas, tanto que a veces costaba saber sus procedencias. Todas eran increíblemente diferentes entre sí, y parecían venir desde diferentes rincones del mundo. Nombré caras asiáticas, caucásicas, africanas, indígenas... incluso vi a una mujer con una bonita piel roja que jamás había visto antes. Me pregunté si alguna vez habría existido en una época pretérita.

Aquello era una auténtica locura. Tocaba aquellas caras con mis manos, y ello otorgaba aún más credibilidad a la experiencia. Me encontraba literalmente boquiabierto, mientras disfrutaba del espectáculo más bello que hubiese visto nunca.

Comprendí que el rostro de Alba no es más que una entre infinitas probabilidades; sólo es un detalle más sin importancia. Quizás existan infinitos universos paralelos en los que existen versiones de ella con infinitas caras diferentes. Quién sabe si todas esas chicas existen de verdad. O quién sabe si, como dijo ella, aquellos rostros pertenecían a sus vidas pasadas.

Pasados unos dos minutos, los rostros dejaron de sucederse, y la imagen volvió a estabilizarse. Pero aquella cara seguía sin ser la suya. Donde debía estar ya la cara de Alba, había alguien de origen asiático a quien no había visto nunca. Seguía siendo un rostro muy bonito, pero no era el de mi novia. Habían pasado varios minutos ya, y empecé a preocuparme. Pensaba que me había quedado atrapado en aquella experiencia, ¿Acaso tendría que acostumbrarme a aquella nueva cara? ¿O sería aquella la cara original de mi pareja, sólo que yo acababa de olvidarla? Algo parecía haber fallado, o haberse *roto*. Aquello no era normal.

Yo le hablaba, y ella me respondía. Le dije lo que me pasaba. Yo sabía que era ella porque escuchaba su voz, y porque yo no había perdido la consciencia en ningún momento. Nos dio tiempo de sobra a hablar sobre lo

que estaba pasando. Era el *viaje* más interactivo que había tenido nunca.

El rostro de aquella chica oriental se fue fundiendo en el rostro de Alba hasta desaparecer. Esta fusión fue tan progresiva, que incluso cuando ya volvía a ser Alba, yo seguía viendo rasgos de la otra chica en su rostro. Era la experiencia visual más fuerte que había tenido nunca. Sólo había dos opciones: o lo que estaba viendo era una proyección real que venía de otro sitio; o mi mente tiene una capacidad de creación en vivo tan potente que me puede engañar como a un niño cada vez que quiera.

Aquella experiencia hizo saltar todas mis alarmas acerca de si aquello que creo ver a través de mis ojos es lo mismo que ven los demás; o si vivo atrapado en una ilusión que dura toda la vida, y que es generada por mi propio cerebro. Me di cuenta definitivamente de que estamos absolutamente expuestos a lo que nuestro cerebro quiera mostrarnos de la realidad, y que lo que vemos en nuestro día a día no tiene por qué ser lo único real. Todos tenemos una percepción diferente del mundo, aunque creamos experimentar lo mismo. De un momento a otro, tu cerebro podría cambiar los rostros de todos tus conocidos, y tendrías la sensación de haberte teletransportado a un mundo paralelo al que no perteneces.

Somos seres mentales. Por eso, el universo que percibimos es mental, y puede cambiar mil veces en un solo instante delante de nuestras narices. Yo nunca había sido tan consciente de ello. Todo lo que vemos es una creación de nuestra mente. Si mi mente quisiera, yo podría haber visto aquel otro rostro en la cara de mi chica desde el principio de conocerla, y jamás sabría lo que me estaba pasando. Sólo pude detectar el cambio porque podía compararla con la Alba que ya conozco. Ésta es una sensación ampliamente desconcertante. El mundo que vemos es increíblemente subjetivo. ¿Acaso todos esos planos coexisten? Tenía esa sensación, un multiverso que no es sobrenatural, sino físico, y que se puede atravesar como si fuera plástico fundido. Nuestra mente es una herramienta tan poderosa y avanzada que no tenemos ni idea de cómo utilizarla.

Tener aquella experiencia me dio mucho que pensar, por el modo en que se iban sucediendo las imágenes delante de mí. Más que algo mágico o espiritual, aquello parecía un procedimiento procedural informático. Y no era la primera vez que tenía esa misma sensación.

Hay un axioma muy actual que dice que el cerebro humano es el órgano más complejo que se conoce en la naturaleza, y se le compara en complejidad con el propio Universo. Es como si cada persona llevase un pequeño universo dentro del cráneo. Sin embargo, da la sensación de que no le sacamos el máximo rendimiento. Salvo cuando soñamos, es muy raro que una persona tenga la capacidad de crear un mundo que parezca tan real que pueda confundir a la consciencia.

Lo que quiero decir es que, durante aquella experiencia, mi mente tenía la facultad de crear diferentes rostros y entornos, del mismo modo que si éstos hubiesen sido creados a través de la materia. Eran las mismas reglas, los mismos parámetros. Todo lo que puede hacer el Universo está dentro de mi mente, porque ambos tenemos la misma naturaleza. Todo lo que puede hacer la materia, puede ser imaginado por una mente. El Ser humano no es perfecto, pero tiene una herramienta perfecta para conocerse a sí mismo y al mundo, y es el propio Universo quien se la ha otorgado.

De cualquier modo, el Universo parece comportarse como un organismo que está vivo y es consciente; pues, hasta donde nosotros conocemos, sólo la consciencia es capaz de crear consciencia. Además, el tiempo parece avanzar con un propósito, el mismo que nosotros vemos reflejado en la evolución. Nuestra vida es el reflejo de la voluntad intrínseca a la materia, expresada en el paso del tiempo. Y, ya que somos partículas activas de nuestro Cosmos, tenemos sus mismas propiedades. Por eso, somos capaces de acceder a su sistema operativo con naturalidad; y así, podemos operar a nuestro antojo, dando este proceso lugar a las proyecciones de nuestra mente de las que nosotros, humanos, somos los últimos testigos.

“Algunos teósofos han sospechado la majestuosa grandeza del ciclo cósmico, del que nuestro mundo y nuestra raza no son más que fugaces incidentes.”
(H.P. Lovecraft, *Los mitos de Cthulhu*)

20 LOS MUNDOS PROBABLES

Había pasado año y medio desde mi primera visita a casa de Juan. Sentía como si hubiese traspasado un nuevo velo, adquiriendo un nuevo grado de comprensión acerca de mi realidad. Más allá de buscar una explicación espiritual, afrontaba mis viajes tratando de analizar qué es lo que veía, y qué estaba pasando ahí adentro de mi cabeza.

El zumbido seguía apareciendo, por supuesto. Me acabé acostumbrando, e incluso me gusta, porque cuando suena fuerte, siempre anticipa cosas buenas. Dejé de plantearme si éstas son ondas que vienen del exterior de mi cabeza a través del éter, del interior a través del ADN, o si mi cerebro actúa como una radio. Quizás, nada de todo eso sea necesario. La verdad, sea cual sea, está en mí; y la Naturaleza me ha otorgado la capacidad de llegar a ella a través de mi propia mente. Ese sonido parece brotar de dentro de mí; pero no puedo aventurarme a decirte una teoría, porque no tengo ni idea de lo que es. Sólo sé que es algo tan palpable como si fuese físico; es algo real.

Me acostumbré a hacer casi todas mis experiencias tumbado en mi habitación, mirando hacia las diferentes mándalas que me iba comprando. Las experiencias con mándala resultan increíblemente coloridas, quizás debido al estímulo visual de estos bonitos dibujos. Literalmente, puedo ver como el centro de la mándala se ilumina como si fuese una bombilla, al tiempo que el zumbido lo inunda y descompone todo; para que, finalmente, toda la materia de mi alrededor se funda y dé lugar a un nuevo mundo. Un nuevo mundo para mí cada vez que salgo de mi cuerpo.

Los viajes que más me gustan son aquellos que me llevan a universos físicos como el nuestro, con cielos de colores psicodélicos, montañas de extrañas formas, estructuras artificiales, y plantas que no existen -pero que

no dejan de ser plantas-. En esos viajes no pierdo la consciencia de mí mismo, y me maravillo de lo que mi mente es capaz de crear sin que yo tenga que esforzarme. Es tan rápido y maravilloso, y tienen tanto nivel de detalle estos mundos, que a veces se me escapa algún grito o alguna carcajada ruidosa de puro gozo.

A veces sucede que, cuando termina este rápido carrusel, me quedo dos o tres minutos atrapado en un mundo que no es el mío. Pero he aprendido que es cuestión de minutos acabar volviendo, y en lugar de asustarme, disfruto de aquel entorno. Además, como siempre estoy escuchando la vibración, y como tengo muy tranquilos el corazón y la respiración, sé que allí donde está mi cuerpo, todo va bien.

Al rato, vuelvo a mi cuerpo, y me siento plácido y descansado. Entonces, ¿tengo que convencerme de que todo ha sido una invención de mi mente, y de que nada de aquello era real? Sé que no es así, y que simplemente vivimos en una de esas infinitas posibilidades que realmente existen. Todas ellas existen por igual, aunque nosotros sólo podamos ver la que nos ha tocado vivir.

A modo de ejemplo, te contaré una de esas experiencias en las que me suelo ver perdido en un mundo cualquiera, y en un tiempo cualquiera. Ésta, en concreto, fue muy visual y bonita; e incluso tuvo algún momento gracioso.

Acababa de llegar de nuevo el invierno, y hacía todas mis experiencias en la habitación, para evitar el frío de la terraza. Así, aquella tarde lo dispuse todo para hacerlo tumbado boca arriba en la cama, y mirando a la mándala; como siempre. A mi izquierda tenía la puerta corredera que daba a la propia terraza. La dejé abierta para que entrase el aire y los sonidos de la calle.

Como siempre, no tenía ni idea de a dónde me transportaría la planta. Segundos después de la segunda calada, todo mi entorno empezó a cambiar bruscamente. Las paredes y el techo cambiaban de color y textura, y de nuevo tenía la sensación de estar atravesando miles de mundos que coexisten solapados, y que están al alcance de cualquiera. Yo simplemente saltaba de probabilidad en probabilidad.

Quedé parado en una habitación que me era ajena. Las paredes eran de color crema, y parecían estar acolchadas como las del aislamiento de un manicomio. Donde debía estar la mándala que utilizo para mis viajes, no había nada, salvo una ventana hacia un enorme vacío.

Una vez más, no llegué a perder la consciencia de mí mismo en ningún momento. Giré la cabeza hacia la terraza, y lo que había ahí afuera era completamente diferente de mi mundo. El cielo era de color amarillo verdoso, surcado por luces blancas que lo atravesaban a enorme velocidad,

dejando un rastro tras de sí como el de los aviones, aunque con una elíptica más marcada. Donde suele haber una colina, había una circunferencia perfecta de construcción evidentemente artificial. Y en su cumbre, había una especie de antena gigante en forma de seta. El suelo de mi propia terraza no era el mismo, y las baldosas parecían haber adquirido vida, como si una fina capa de agua o energía lo recubriese por completo, y ésta fuese agitada por el viento.

Era consciente de estar en un mundo que no era el mío, pero no me puse nervioso. Me centré en disfrutar del viaje. Aquel era el mundo más psicodélico que me había encontrado hasta el momento. Mirase a donde mirase, encontraba colores vívidos y espectaculares formas redondas. Era un mundo idílico y aparentemente perfecto, como estar metido en un cuento para niños. Y era tan real, que pude incorporarme de la cama y caminar por él. Toqué las paredes acolchadas, y me parecieron terriblemente reales. Eso me pareció increíble: acababa de descubrir que mis alucinaciones no sólo afectan a la visión, sino también al tacto. Podía moverme sin dificultad por aquel mundo, y tocarlo a mi antojo. Realmente, toda mi percepción parecía querer engañarme y hacerme pensar que estaba allí de verdad.

Después de unos minutos observando mi entorno, volví a echarme en la cama. Sentía que lo más profundo del viaje ya había pasado. Miraba hacia la mándala, cuando noté un movimiento a mi izquierda, donde está la puerta de la terraza. Entonces, los vi: cinco o seis pequeñas cabezas me observaban desde el exterior, asomándose por encima del muro de mi terraza. Eran auténticas bolas de pelo morado, todas ellas iguales, con menores tamaños que el de un gato. Sus rostros simpáticos no correspondían a ningún animal que yo conociese, y parecían albergar cierta inteligencia.

Aquellos seres me miraban intrigados, con los ojos muy abiertos. Estaban muy pegados unos a otros, y parecían sacados de una película de fantasía. Tenían cierta gracia. Su actitud me recordaba a la de los suricatos que he visto alguna vez en la televisión, cuando todos ellos se ponen en pie y fijan su mirada en algo. Quise verlos de cerca, pero aquellos seres desaparecieron, aparentemente en reacción a mi movimiento.

¿De verdad se habían asustado? Aquellos seres se comportaban como si fuese la primera vez que veían a un ser humano. Parecían haber llegado allí al escucharme, y me observaban cautos y curiosos. Ellos no eran extraños allí donde yo estaba; el extraño era yo.

Una vez que volví a estar “solo”, fue cuando reparé en mí mismo. Hasta ese momento, no se me había ocurrido hacerlo, pero levanté un brazo y fijé mi mirada en él. Y aquello sí que fue increíble. En lugar de mi piel humana, mi brazo entero era amarillo, con innumerables manchas

negras. Era una piel extraña, y no parecía la de un mamífero; más bien parecía la de un reptil o un anfibio. No podía creer lo que estaba viendo. ¡Estaba dentro de un cuerpo que no era el mío!

Mis manos también me eran completamente ajenas, con dedos delgados y angulados. No te diré que fuese algo bonito. Estaba dentro de un cuerpo no humano, aunque mi consciencia era la misma. Me di cuenta de que aquello que yo soy no tienen nada que ver con el cuerpo en el que me encuentro, ni con mi apariencia física; y me preguntaba si sería posible que mi consciencia pudiese transferirse de manera instantánea a un cuerpo y un mundo que no eran el mío.

No pude resistir la tentación de ir a buscar un espejo, pero no estaba preparado para lo que iba a encontrarme. Lo que había en el reflejo era un extraño híbrido. Mi piel no era ya amarilla, pero estaba igualmente recorrida por aquellas manchas negras, que se movían a través de mis brazos y mi torso. La cabeza parecía mal encajada, como la de un muñeco roto al que le han puesto la cabeza de otro. Además, no parecía moverse en consonancia con el resto del cuerpo, como las cabezas de los dibujos animados *South Park*. Aunque aquel ser se me parecía, no era exactamente yo. Toda mi cara estaba llena de manchas naranjas, y parecía mucho más viejo de lo que soy; antinaturalmente anciano. Aquel ser hubiera sido un auténtico horror a los ojos de cualquiera de nosotros.

No me asusté, ni mucho menos. Es más; cuando me acostumbré a aquella imagen, me pareció incluso graciosa, y me puse a contonearme como una marioneta de madera delante del espejo, de manera que hacía la imagen aún más bizarra. Era muy curioso ver aquello. Jamás había sentido tal desarraigo con mi cuerpo; estaba totalmente seguro de que aquello no era yo. Recuerdo que llegué a decir en voz alta ¡qué feo soy, qué feo soy!, y reírme como un loco.

Después, aquellas características físicas fueron desapareciendo, y se fueron fundiendo con mi cuerpo humano. Pero aquella sensación de que *no soy mi cuerpo*, que ya había nacido tiempo atrás, acababa de crecer enormemente -y lo seguiría haciendo en el futuro-.

Otro mundo probable

Antes de cerrar este capítulo, merece la pena mencionar otra de las experiencias que tuve por uno de estos mundos que aparecen sin más, segundos después de expulsar el vapor.

Aquella tarde realicé mi experiencia sentado en una silla de oficina en el salón de casa, con los pies en alto apoyados sobre el sofá. Delante de mí puse una mándala blanca y negra que acababa de comprar, y que estaba deseando probar.

Más que vertiginoso, aquel despegue fue instantáneo. Me encontraba en una habitación oscura, donde el único foco de luz provenía de una puerta. Ésta se encontraba a un par de pisos de altura, y se podía llegar a ella gracias a una extraña y psicodélica escalera. Toda la visión se desarrollaba en blanco y negro.

Al llegar a aquella puerta y traspasarla, quedé maravillado con lo que vi. Una enorme ciudad con un estilo vintage futurista apareció ante mí. Las personas caminaban por unas calles limpias y sofisticadas, mientras que unos pequeños vehículos ovalados surcaban los cielos moviéndose con agilidad entre los elevados edificios. Realmente, apenas recuerdo un par de frases de todo aquello.

Al otro lado de la puerta, me esperaban dos seres habitantes de aquel lugar. Aquellos seres eran poco más que sombras bidimensionales, como dibujos de un comic. Yo era algo absolutamente extraño allí.

Los dos seres que me esperaban eran una madre y su pequeña hija. Ambas estaban cogidas de la mano. Al aparecer yo, la pequeña tendió su otra mano, y me la ofreció.

Paseé junto a aquellos dos seres por las calles de su mundo. Algunos de los seres que nos cruzábamos me miraban con curiosidad; pero a nadie parecía extrañarle realmente mi presencia. En aquel mundo todos parecían saber lo que es un humano.

Mientras paseábamos, la madre me explicaba algunas de las cosas que veíamos, y el modo en que se comportaban en aquel mundo. A su vez, la pequeña me hacía constantes preguntas sobre mí y sobre mi mundo.

Al final de aquel paseo, volvimos a la puerta. Yo sabía que debía volver a mi mundo; aunque en aquel momento no era del todo consciente de mi personalidad. La pequeña preguntaba a su madre por qué yo no podía quedarme allí, pero aquello quedó sin respuesta. Caí suavemente, como una pluma, hasta volver al lugar inicial. Para entonces, toda la vibración envolvía mi cabeza, y me sentía aún muy *dentro*.

Abrí los ojos, y la mándala seguía teniendo una enorme vida. Yo estaba fascinado por el mundo que acababa de ver, y miraba aquella mándala con devoción, como si se tratase de un portal dimensional.

Entonces, en lugar de terminar la experiencia, sucedió algo más. Los círculos concéntricos de la mándala empezaron a moverse, creando una serie de dieciséis ojos que formaban un enorme círculo, y que me miraban atentos. Cada uno de ellos era del tamaño de la palma de mi mano. No necesitaban hablar para comunicarse conmigo; me sentí realmente observado por alguien *allí al otro lado*. La imagen era tan real, que resultaba

perturbador. Y en aquella ocasión, sí que llegué a hablar en voz alta, haciéndole preguntas como “¿eres real? ¿de verdad hay alguien ahí?”

Evidentemente, no hubo respuesta. Pero desde aquel día, cada vez que pasaba por aquella mándala, miraba intrigado hacia la pared, preguntándome si aquel ente seguiría observándome desde un lugar imposible. Tengo una fuerte sensación de que nuestra realidad no es más real que cualquiera de la que me encuentro durante mis experiencias. Estamos capados, nos hemos limitado a nosotros mismos; pero esas otras realidades están, en realidad, solapadas con la nuestra, y a nuestro total alcance. No tenemos ni idea de la realidad que nos rodea, pero yo estoy decidido a explorarla hasta el último rincón que pueda.

“Un Buddha iluminado tiene la libertad del universo; puede conocer y experimentar por sí mismo todo lo que existe.”
(Tradición budista)

21 TÚ CREAS TU MUNDO

Durante mis *viajes*, es habitual que me vea a mí mismo trasladado a mundos los cuales soy incapaz de ubicar. Eso es común entre psiconautas. De hecho, sería más adecuado llamarlos *estados* que mundos o lugares, pues muchos de estos universos ni siquiera tienen forma física. Es algo imposible de describir. Me siento increíblemente cerca e increíblemente lejos de casa al mismo tiempo. Lo que yo soy en el fondo no pertenece a ninguno de esos mundos. Siento que soy una mente capaz de viajar entre universos con la misma facilidad con la que una persona cambia de un pensamiento a otro.

Pero ahora, quiero contarte una experiencia que es notablemente diferente a las que normalmente suelo tener; y que resulta excepcional debido a que son ya otras dos personas las que han venido por casa, y han podido experimentar exactamente lo mismo.

Este viaje lo realicé tumbado en la cama, mirando a la *mándala*. Como siempre, los primeros efectos visuales acompañaban al zumbido inicial. Estaba absorto mirando cómo unos elefantes de la *mándala* parecían empezar a andar, haciendo un tren y dando vueltas en círculo. Cuando volví en mí, miré a mi alrededor, y no tenía ni idea de dónde estaba.

Estaba en mi habitación. Nada había diferente, ningún efecto visual ni alucinación alguna. Pero no reconocía mi entorno, ni sabía qué hacía allí. De hecho, no recordaba quién era yo mismo, mi persona; aunque sí que sentía seguir siendo yo. No te diré que fue un momento agradable ni tranquilizador. Sentía que pasaba algo raro, y no me gustaba.

Miré a una estantería roja bastante sencilla que tengo a un lado de la cama. No sabía para qué servía aquello, ni lo que eran las cosas de colores que había sobre ella -algunos libros y gorras-. Sí que me llamó la atención su color, así como su forma rectangular simple. Aquellas formas geométricas tan sencillas me atraían mucho, y me hacían sentir cerca de casa. Pero aquel,

definitivamente, no era mi mundo.

Aquello duró un par de minutos. Después, como siempre, recobré progresivamente mi consciencia, al tiempo que volvía a percibir mis funciones corporales, así como mi pensamiento hablado. Vivir aquella experiencia me iba a dar que pensar, pues realmente tuve la sensación de que hubiese otro ser mirando a través de mí, y no reconociendo mi mundo. Era mi experiencia de siempre, pero al revés; ahora era un ser de otro mundo quien no reconocía el mío a través de mis ojos, y se sorprendía por formas a las que nosotros estamos totalmente acostumbrados.

Conforme suceden estas experiencias, cada vez es mayor la sensación de desarraigo con mi cuerpo. Entro y salgo de él cada pocos días, y sólo me siento en mi naturaleza cuando estoy liberado de él. Ahora, incluso experimento que otra consciencia puede hacer uso de mi cuerpo a través de la mente, mientras que yo soy testigo silencioso de lo que ocurre.

Mi cuerpo es como el coche que siempre he conducido, y con el que me he mimetizado. Cuando he visto a otra persona conducirlo, aunque fuese durante unos instantes, me he dado cuenta -una vez más- de que, ni de lejos, mi verdadero ser tiene nada que ver con mi cuerpo. Yo soy invisible, veo y siento a través del cuerpo, pero no soy parte de él; y salir y entrar del mismo es algo tan natural como dormir y soñar. Es una cuestión de romper con los prejuicios y dar el paso para volver al origen.

Días después de aquella experiencia, organicé una pequeña reunión en mi casa. Vinieron algunos de mis amigos psiconautas del grupo que juntó Juan hace ya más de un año. En un mundo escéptico y prejuicioso, resulta reconfortante encontrar un círculo de personas capaces de comprenderte y empatizar con tus experiencias; y más si es porque ellos están viviendo lo mismo. Nuestras mentes locas, y nuestras ganas por conocer la verdad, combinan a la perfección con nuestro afán por compartir nuestras experiencias, y con el constante intercambio de fuentes en referencia a autores filosóficos, documentales, o cualquier otro tipo de información. Sin estos buenos amigos, mi propia evolución me estaría resultando mucho más difícil y solitaria.

Estoy agradecido a Juan por haber provocado que aparezcan estas nuevas amistades en mi vida. Siento que todos aprendemos al mismo tiempo, siempre atentos a lo que dice el otro; y con la infinita confianza de saber que ninguno está tratando de engañar al resto, o de que nadie juzgará nuestras palabras, digamos lo que digamos.

La mayoría de quienes vinieron aquella tarde a mi casa nunca había probado a consumir la molécula en forma de vapor, y algunos tenían ganas de hacerlo por primera vez. Preparé algunas pequeñas cargas, y las primeras

bolsas las consumimos entre todos, pasándolas de mano en mano. No era la primera vez que experimentaba algo así con unos amigos. Se formó un ambiente muy agradable entre nosotros, una sintonía o vibración común fácilmente palpable. Realmente, te sientes unido a esas otras personas cuando esto sucede.

Uno de los que estaba en casa aquella tarde era Daniel. Como te dije, en muy poco tiempo hemos forjado una enorme amistad. Ambos nos *iniciamos* al mismo tiempo, y estamos compartiendo una evolución muy paralela.

Daniel era quien más tiempo llevaba diciéndome que quería probar el vaporizador, así que me pidió que le preparase una carga para él en solitario. Yo se la prepararía encantado; nada me gusta más que compartir algo tan maravilloso como estas experiencias. El resto de los presentes aguardaría silenciosamente mientras Daniel hacía su *viaje*. No era la primera vez que lo hacíamos.

Aunque antes habíamos estado probando un poco, Daniel decía que aquel vapor no le hacía efecto. Por eso, preparé una carga bastante generosa; quizás demasiado para alguien que no estaba acostumbrado a aquel vapor. Le dije que no teníamos prisa, y que consumiese lentamente la sustancia, dejando que su cuerpo se adaptara poco a poco. Pero Daniel hizo todo lo contrario, y dio una fuerte calada hasta el fondo de sus pulmones, incluso apretando la bolsa con las manos. Inspiró con tanta fuerza como si llevara dos minutos debajo del agua sin poder respirar, y acabase de salir a la superficie. Cuando vi todo ese vapor denso saliendo de su boca, supe la que se le venía encima. Debí advertirle antes.

Tras echar aquella inmensa nube de vapor, cerró los ojos y se dejó caer hacia atrás en el sofá. No era la primera vez que Daniel hacía un viaje, pero me podía imaginar que ahí, adentro de su cabeza, estaban pasando muchas cosas y muy rápidamente en aquel momento.

Abrió los ojos lentamente, y miró a su alrededor. Se quedó boquiabierto. Nos miraba como si fuera la primera vez que nos veía en su vida. Dijo algo así como “No sé nada. No sé quiénes sois...”, justo en el momento en que miraba hacia su pareja. Después, me miró a mí, me señaló con el dedo y me sonrió. También dijo algo así como “eres tú...”, pero luego volvió a cerrar los ojos, y se echó hacia atrás de nuevo dejándose llevar.

Los que estábamos más acostumbrados a la planta, no nos preocupábamos demasiado; las caras de Daniel eran incluso divertidas. Pero noté la mirada de Janina, su novia, y comprendí que aquello no le podía estar gustando. Ella parecía querer decirme “¿Dónde está mi novio? Tráemelo de vuelta ya.” Yo le devolví la mirada, tratando de transmitirle tranquilidad, pero creo que estaba bastante enfadada conmigo. Sin embargo, he pasado por esa experiencia docenas de veces, y sé que es cuestión de minutos volver, e incluso sentirse mejor que antes.

Quizás porque estábamos deseando que Daniel volviese en sí, la experiencia pareció durar muchos minutos. Al rato, volvió a abrir los ojos. Volvía a estar boquiabierto, y yo ya no sabía a dónde mirar para no reírme. Miró a su alrededor y dijo “ahora lo entiendo, ahora lo entiendo todo perfectamente”, al tiempo que asentía tranquilamente con la cabeza. Su cara aún no era la de entender mucho, a decir verdad; y seguía mirando a su alrededor, aparentemente sorprendido por cada persona y objeto que veía. Nos sonreía a todos, y ponía cara de sorpresa y alegría, como si fuese la primera vez que veía la luz del día tras años de confinamiento.

De un instante a otro, Daniel volvió en sí, y por fin nos reconocía a todos. Todavía no era capaz de expresar lo que acababa de sucederle; y menos aún cuando tenía allí a varios amigos tan pendientes de él. En ese momento, la mente trata de buscar palabras para expresar a los demás lo que acaba de experimentar, pero resulta realmente complicado hacerlo. Hay veces que incluso hay que esperar al día siguiente. Además, de pronto, a Daniel se le veía cansado, y muy somnoliento.

Pasaron varias horas después de la reunión, y ya estaba Daniel en su casa cuando me llamó para contarme su experiencia. Hasta el día que escribo estas palabras, hemos hablado varias veces sobre el tema.

Al abrir los ojos en el salón, vio que todo su mundo había desaparecido. Donde estábamos sus amigos, él sólo veía contornos, energías. Por eso, había preguntado quiénes éramos. Después, el universo que nosotros conocemos empezó a formarse a su alrededor, construyéndose desde donde nosotros estábamos hacia afuera; en tiempo y espacio. Es un concepto difícil de comprender, pero que yo también he experimentado. Por eso, le creo y le entiendo. Es, literalmente, como si nosotros mismos en nuestro momento presente fuésemos el propio Big-Bang, y todo cuanto existe comenzase a expandirse desde este punto exacto, hacia adelante y hacia atrás. Un reseteo multidimensional del que podemos ser testigos.

Todo a su alrededor empezó a construirse, apareciendo progresivamente las paredes, las personas, los objetos, el idioma, el pensamiento, sus recuerdos... Era, literalmente, como estar metido en un simulador de realidad virtual donde todo se va cargando poco a poco. Vio cómo aparecían las paredes del salón y cambiaban de colores; cómo los cuadros y las mesas aparecían de la nada; cómo aquellas energías ahora eran personas. Partiendo de una absoluta oscuridad, se había construido de aquella manera el mundo a su alrededor. Sin salida mística del viaje ni espiritualidad; el mundo simplemente había aparecido ante sus ojos, pedazo a pedazo. Ahora, después de haber visto todo aquello, volvía a estar con nosotros; y tenía que aceptar que éste era el mundo real. Era normal que pusiera aquella cara tan cómica mientras procesaba toda esa información.

Escuchar a Daniel me animó mucho, porque aquella experiencia era clavada a algunas más que me costaba muchísimo expresar. Nuestro mundo bien podría ser una simulación; bien podría ser un simple sueño. Es posible que nada de lo que nos rodea sea real, y esto es algo que podemos experimentar. Mientras que toda la experiencia cambia a nuestro alrededor, lo único real parecemos ser nosotros mismos.

Siento que somos mentes cuya naturaleza es la de crear mundos y experimentarlos; y que vivimos dentro de una mente de infinita magnitud, la cual tiene nuestra misma naturaleza creadora. Da igual si estos mundos son reales o no; como da igual si lo son nuestros sueños. Lo que cuenta es la experiencia en sí, lo que percibe nuestro Ser, lo que nutre nuestra alma...

Entiendo que todo lo que te estoy contando es muy difícil de creer, más cuando uno lleva toda su vida aferrado a su mundo; y cuando uno jamás ha abierto los ojos y ha visto algo que no estaba allí. Es difícil de creer si, además, para llegar allí, hemos tenido que utilizar a una planta y saltarnos algunos prejuicios. En este punto del libro, quiero incidir en que no trato de convencerte de nada, sino sólo de contarte mis experiencias y las de mis amigos. Hay personas que no quieren saber que el mundo en el que creen vivir no significa absolutamente nada; y pueden disgustarse al leer lo que estoy diciendo, así como lo que te voy a seguir contando.

Por supuesto, todo el mundo tiene derecho a conocer la realidad de la manera que quiera. Pero, me creas o no, tras unos años entrando y saliendo de mi cuerpo, realmente he empezado a creer que la realidad en la que vivimos es un pequeño reflejo de algo mucho más grande; y mucho más real. Creo que, tarde o temprano, todo el mundo acaba viéndolo en algún momento de su vida; o ya en el momento de su muerte. Te aseguro, amigo mío, que no te haría perder el tiempo si no creyese fielmente en lo que te estoy diciendo.

“Lo que tú crees, eso mismo tú creas.”
(El Kybalión)

22 LOS SERES

Uno de los debates más apasionantes entorno a las experiencias psicotrópicas es el relativo a la aparición y contacto con otros seres. Estas supuestas entidades pueden adoptar cualquier forma imaginable, y su naturaleza es uno de los mayores temas de controversia entre mis amigos psiconautas. Yo mismo afirmaba que estos seres tenían que ser forzosamente creaciones de nuestra mente; y eran mis propios compañeros los que una y otra vez se enfadaban conmigo y me decían que, si pensaba eso, era porque aún no los había visto con mis propios ojos.

La primera vez que realmente me vi frente a frente con uno de estos seres, tuve una sensación extrañísima, y necesito explicártela. Esta sensación está, en realidad, detrás de todas las experiencias; y consiste en la percepción de que aquello que estoy viendo es real, y tiene existencia por sí mismo. Es el sentimiento de que, aunque yo lo estoy proyectando, yo no lo estoy creando; aquello existe de verdad. Si es mi mente quien crea esos mundos, resulta una fantástica ilusionista. Son creaciones en directo llenas de magia, y de seres con un comportamiento aparentemente autónomo. Mi mente es capaz de crear mundos para mí, con tanto nivel de detalle que nada tienen que envidiar al que ahora mismo ven mis ojos. Y cuando vuelvo aquí, como rebotado de todos estos otros mundos, ¿quién puede asegurarme que lo que estoy viviendo ahora es real y no otra creación mental?

Pero hay algo que hace que estas situaciones sean aún más extrañas, un factor que agudiza la sensación de que lo que estás viendo es algo real, y que me dejó descolocado la primera vez que me ocurrió. Tardé mucho en que me pasase algo así. Al principio, me inclinaba a pensar que estos seres eran producto de la imaginación; pero mis amigos con más experiencia que yo estaban convencidos de que allí había algo más. Con el tiempo, tuve que rendirme a la evidencia de que, efectivamente, el comportamiento de

aquellos seres durante alguna de mis experiencias parecía mucho más complejo que el que cabría esperar de una mera alucinación visual.

Te relataré una de estas experiencias para que me comprendas. Esta situación apenas duró unos segundos, pero visualmente fue muy clara; nada de un vago espejismo nebuloso.

Me encontraba en la terraza de casa, bastante cómodo y expectante por ver qué me enseñaba la planta aquella tarde. Apenas solté la primera bocanada de vapor, ya pude notar que el *viaje* había despegado rápidamente. Nunca parece depender de la cantidad de la sustancia; sino de mi grado de concentración en ese instante concreto. Y esta vez todo iba a las mil maravillas.

Después del primer *salto*, me encontré en un lugar oscuro; pero no era un oscuro de vacío, sino que aquello sí que parecía un lugar físico que se encontraba en penumbras. Podría compararlo con un gigantesco hangar o almacén, en el que estuviesen todas las luces apagadas.

Todo ocurría a gran velocidad. Delante de mí, a unos veinte metros, vi a dos seres de enorme estatura, y complexión muy delgada. Uno de ellos estaba sentado y el otro, en pie. Ambos se encontraban erguidos sobre algo que se asemejaba a una caja cuadrada, la cual manipulaban. Aunque estos seres tenían presencia física, no eran del todo opacos; sino que sus pieles eran transparentes, y permitían ver en su interior ciertas energías o colores en movimiento. Sus piernas y brazos eran alargados y finos; y ambos serían mucho más altos que yo. Es una imagen icónica que he vuelto a ver otras veces, especialmente en el cine; con la diferencia de que aquello no era una película.

Al aparecer yo allí de manera espontánea, uno de ellos levantó la cabeza enseguida en mi dirección, y realmente pareció sorprendido de verme. Sin duda, me estaba observando. Entonces, dijo algo a su compañero, que giró igualmente su cabeza hacia mí, al tiempo que parecía asentir. La situación no era exactamente como yo esperaba que se desarrollase.

Más que desconcertados por mi aparición, aquellos seres parecían preocupados por aquello que portaba en mi mano. En aquel momento, yo había perdido la consciencia acerca de quien era yo, o de haber estado vapeando en mi terraza instantes atrás. Tuve que bajar mi propia mirada para ver qué estaban mirando aquellos seres. Entonces, vi en mi mano la bolsa del vaporizador, y empecé a atar cabos. Aquellos seres parecían conscientes de quién o qué era yo, y probablemente no era el primer ser humano con el que se encontraban. Pero lo que realmente les llamaba la atención era lo que yo llevaba en mi mano; antes incluso de que yo mismo fuese consciente de ello.

No me dio tiempo a pensar nada más, y salí disparado de allí hacia otra

experiencia. Tuvo que pasar bastante rato para volver en mí, y razonar sobre lo que acababa de suceder. Pocas veces había tenido una sensación tan evidente de encontrarme ante seres que eran reales, y que me habían visto de verdad. Aquello tenía que significar algo.

Resulta increíblemente extraño que, durante estas experiencias, veamos seres cuyo comportamiento es autónomo respecto a nuestra propia consciencia. Aun cuando estos seres fuesen creados por mi mente. ¿Cómo era posible que pudiesen tener un comportamiento tan independiente del mío? ¿Tan poderosa es mi mente, que puede generar otras inteligencias autónomas de mi consciencia, y hacer que éstas actúen de manera tan independiente de mi voluntad? Aquellos seres incluso parecían haberse percatado de algunas cosas antes que yo, como de la existencia de mi bolsa de vapor. ¿De qué manera puede mi cerebro gastarme una broma de tal magnitud? ¿Acaso tiene esto alguna lógica?

Es la lógica la que me dice que aquellos seres eran creaciones de mi mente; pero mi experiencia me decía que aquellos seres eran reales. ¿A qué voz debo hacer caso?

Independientemente de las respuestas que queramos dar, hay un detalle en esta experiencia que no debe pasarnos por alto, y es el hecho de que una mente es capaz de crear, de manera simultánea, varias consciencias. Nunca hubiera imaginado que se pudiera dar con tan enorme facilidad, pero es así: dentro de una mente pueden existir diferentes consciencias. Una mente no deja de ser un potentísimo computador, y son las consciencias que alberga las que le dan aspecto de ser vivo. Pero, en el momento en el que tu mente abandona tu consciencia, o cuando alberga una consciencia que no es la tuya, te das cuenta de que aquello que tú eres, en realidad, se acerca más a esa mente fuente original, que a los personajes a los que da vida.

Resulta obvio pensar que, si dentro de mi mente limitada, soy capaz de crear diferentes consciencias que no se solapan entre ellas; entonces, una mente infinita sería capaz de crear infinitas consciencias sin que éstas sean capaces de darse cuenta de que todas ellas vienen de una fuente común. Esta experiencia parece ser compatible con la teoría extendida -original en la filosofía hermética- de que el mundo es la creación de una mente infinita, dentro de la cual vivimos todos.

Por otro lado, esto me da que pensar que, en cualquier momento, nuestro cerebro podría albergar una consciencia que no es la nuestra, llevándonos a actuar de una manera diferente a como lo haríamos nosotros. Este tipo de experiencias me ayuda a comprender qué son realmente las enajenaciones mentales transitorias, o quién sabe si incluso las llamadas *posesiones*. Entiendo que éstas pueden suceder con la facilidad con la que

apretamos un interruptor. Da bastante miedo, pues todos conocemos casos en los que esto ha sucedido con trágicas consecuencias. Sin embargo, creo que la dimetilriptamina puede ayudarnos a comprender estas situaciones, aunque no las provoca.

Ahora lo veo con mayor claridad. Yo mismo, mi persona, soy una creación mía, una creación de mi mente. Durante mi experiencia, yo no era la persona que estaba allí embobada mirando a aquellos seres, ya que ni siquiera me acordaba de mí mismo. Y tampoco era yo aquellos seres, ya que podía mirarlos desde lejos, desde el absoluto desapego

Yo era el observador de todo, objetivo e inmutable; pero también era la experiencia en sí. Nada podía suceder si no estaba yo allí para proyectarlo; y esto sucede incluso cuando olvido quién soy yo mismo. Ahora sigo siendo igual, una mente creadora e infinita, incluso cuando estoy cegado por mis percepciones y mi mundo. Entiendo que vivo en un espejismo donde lo único real que existe soy yo mismo, porque ese testigo último es lo único que nunca cambia. Es posible que alguna vez hayas sentido algo parecido.

“La realidad está equivocada. Los sueños son reales.”
(Tupac Shakur)

23 FANTASMAS

Conforme interiorizo cada vez más la idea de que la realidad es algo parecido a una creación multidimensional y mental, mucho más allá de la forma física que percibimos, soy más consciente de que el velo que separa los diferentes universos que existen no es más que una fina capa que podemos aprender a traspasar. Estamos a muy corta distancia de esos otros mundos, con sus propias características y seres.

Permíteme que describa esta realidad como una mente, ya que es la única palabra que puedo utilizar para hacer mención a lo que yo mismo percibo en determinados estados de mi consciencia. Cuando no estás en ningún mundo, ni en ningún cuerpo; cuando estás más allá de todo pensamiento. Entonces, allí donde estás solo tú; sabes que ese lugar es real. Es lo único real, y es el comienzo de todo. Esa realidad se me presenta como una inmensa mente o conciencia, ajena al tiempo o a los devenires de la vida; una mente inmóvil que observa detrás de cada uno de nosotros.

Dentro de una mente infinita, todos esos seres están a igual distancia los unos de los otros -a ninguna distancia, pues todos son consciencias que viven en la misma Mente-. Por tanto, cuando se dan determinadas condiciones, es nuestra propia mente la que puede proyectar la aparición de estos seres que se encuentran en otras dimensiones fuera de nuestro tiempo y espacio. Esto no quiere decir que estos seres sean menos reales que lo que nosotros mismos creemos ser, ya que ellos, como nosotros, no son más que una probabilidad ínfima dentro de una existencia infinita.

Estos episodios supuestamente alucinatorios pueden suceder tras la ingesta de enteógenos, como siempre ha hecho el ser humano; o bien pueden ocurrir de manera espontánea. Cuando esto ocurre de manera inesperada, el individuo puede darse un gran susto; y dependiendo de

factores como su cultura o su personalidad, interpretará aquello que está viendo como un fantasma, un ángel, un ser de luz, o un extraterrestre. Sin embargo, tengo la sensación de que la experiencia es la misma en el fondo para todos. Probablemente, dentro de esta persona se esté produciendo algún tipo de reacción química de carácter endógeno, que es lo que provoca la visión.

Para este capítulo, quiero centrarme en este último caso, en el que las personas podemos tener alucinaciones sin haber consumido nada previamente. ¿Por qué motivos sucedería esto? El caso más evidente del que cualquiera de nosotros hayamos podido escuchar hablar, es el de las apariciones; ya sea de seres de otro mundo, ya sea de personas fallecidas a las que conocíamos. Todos hemos escuchado algún caso relativamente cercano.

En nuestro mundo actual, poca gente admite abiertamente creer en fantasmas. Sin embargo, en el seno de casi todas las familias podemos encontrar alguna historia que no se puede explicar, y que tiene que ver con algún ser querido fallecido. Estas historias suponen nuestro más antiguo y personal lazo de unión con la posibilidad de que haya otra existencia. Son estos casos cercanos los que, de una forma más directa, pueden llevarnos a tener cierta esperanza de que exista algo más después de la vida.

Pero no debemos centrarnos en el debate sobre si estas experiencias son reales o no, pues no podemos saber qué es la realidad. Más bien, a mí me importa pensar por qué se dan estas situaciones, porque tienen que tener algún sentido. Yo mismo he visto seres que no estaban allí, y ahora sé que mi cerebro es capaz de procesar esa información mientras que yo sólo puedo observar. Nuestro cuerpo es capaz de crear dimetiltryptamina, por lo que sé que estas visiones pueden suceder a cualquier otra persona, aunque ella no sepa lo que le está pasando. Para que esto te suceda, no necesitas haber tomado nada antes.

En todas las familias existen historias difíciles de explicar o de creer, en las que se ha aparecido algún familiar fallecido, o se ha recibido algún tipo de señal *del otro lado*. Yo mismo tuve una experiencia durante un sueño, hace muchos años, en el que vino una buena amiga a despedirse de mí. Ella había fallecido semanas atrás, y yo lo llevaba bastante mal esos días. En el sueño, yo me encontraba triste, apoyado contra una pared con mi espalda y la planta del pie. Entonces, ella aparecía ante mí, y me decía que todo estaba bien, que no debía preocuparme por nada. Después, me dio un cálido beso en la frente, de modo paternalista, que yo nunca olvidaré. Fue uno de los sueños más lúcidos de toda mi vida -y curiosamente, ella se llamaba Lucía-. Desde aquella noche, siempre he tenido la duda de si soñé aquello porque era lo mejor para mí; o si había realmente algo de ella en aquel sueño.

Sin embargo, la historia en la que quiero detenerme en este capítulo, no me sucedió a mí; sino a mi padre; y no le sucedió durante un sueño, sino en completo estado de vigilia.

Hace algunos años, su hermana falleció tras una rápida enfermedad. Aquello supuso un gran golpe para él, porque los dos tenían un enorme vínculo. Llegamos a preocuparnos, porque veíamos que, pasadas unas semanas, a mi padre le costaba recuperarse.

Sin embargo, un buen día todo cambió de repente. Una noche fui a hacerle una visita, y le encontré muy animado. Mi hermana y mi madre parecían divertidas con la situación, pero no quisieron contarme nada, y me dijeron que le preguntase yo directamente. Después, se me acercó mi padre, y me dijo que me iba a contar algo que no me iba a creer.

Mi madre había salido aquella tarde, y mi padre se encontraba echado en la cama. Había empezado a leer algo; pero ahora simplemente estaba meditando, mirando al vacío sin más. Aunque era la hora de la siesta, mi padre recalcó que no estaba dormido.

La puerta de la habitación estaba abierta. No había nadie más en casa, pero mi padre se dio cuenta de que alguien se había asomado a la habitación desde el pasillo. Cuando levantó la mirada, no lo podía creer. Su hermana había aparecido allí como si fuera algo normal, andando. No flotaba en el aire, ni era medio transparente o emitía luz propia, como los fantasmas que todos hemos visto en las películas. No. Ella parecía estar allí en carne y hueso, y se había asomado a la habitación como lo haría cualquier otra persona. ¿Por qué las alucinaciones tienen esta naturaleza tan inteligente? ¿Por qué todo parece tan real?

Mi padre pudo preguntarle sorprendido qué hacía allí, y dónde había estado todo este tiempo. Dónde se encontraba. Mi tía apenas le respondió que se encontraba muy bien, pero que no podía contarle dónde se hallaba. Simplemente, no tenía modo de hacerlo. “No te lo puedo explicar”. Más bien, fue ella quien le preguntó a él qué tal le iba todo, y cómo estábamos los demás. Aquello debió de ser terriblemente extraño, sobre todo por la naturalidad con la que mi tía parecía tomárselo todo. Ella parecía estar haciendo algo normal al haber aparecido delante de mi padre.

Después de decirle alguna otra cosa, ella siguió caminando por el pasillo en dirección a la cocina, como si nada. Y luego, desapareció para siempre.

Mi padre se levantó y fue a llamar a mi madre para contárselo. Desde ese momento, su carácter cambió para mejor, y toda la depresión motivada por la pérdida de su hermana pareció diluirse de golpe. Aquella experiencia, fuese real o no, había servido para animarle de verdad. Da igual la explicación que queramos darle; lo que importaba era el resultado final, y yo podía ver que era muy positivo. Hasta entonces, mi padre no era una

persona sospechosa de creer en fantasmas, pero algo cambió dentro de él desde aquel día.

No creo que haya mucha diferencia entre este tipo de experiencias y las que se pueden vivir con los enteógenos. ¿Cuál es la naturaleza de las cosas que se ven? Es posible incluso que, durante aquellos momentos de estrés emocional, sucediese en el interior de mi padre la reacción química para que aquella situación se reprodujese. De lo único que estoy seguro, es de que él no me mentiría en un tema como éste.

En realidad, es probable que la respuesta sea mucho más sencilla de lo que creemos. En nuestro Cosmos, todo forma parte absolutamente de lo mismo. Todo es una gigantesca vibración, interconectada de manera invisible para nosotros. Todos formamos parte de la misma Mente, y de su mismo sueño. Nada aparece, ni desaparece; y el paso del tiempo es un espejismo para nosotros, ya que éste se puede recorrer en ambos sentidos. Nada existe, ni deja de existir. Nada vive y nada muere. Todas las dicotomías son diferentes aspectos de una misma realidad. Todo lo imaginable existe, y todo está fundido formando parte de una misma cosa.

Pensamos que estamos limitados por lo que perciben nuestros sentidos; pero este mundo es una ínfima parte de lo que realmente somos, y de lo que podemos llegar a crear. Un buen día, podemos percibir algo más allá de esos cinco sentidos; y entonces, todas nuestras creencias se acaban tambaleando forzosamente.

Creemos saberlo todo, pero es nuestra propia naturaleza la que constantemente nos da lecciones que apenas llegamos a comprender sobre nosotros mismos. Podemos encontrar innumerables explicaciones sobre cómo funciona nuestro cerebro, o cómo afecta un neurotransmisor a nuestras neuronas. Todo es cuantificable científicamente. Para eso sirve la ciencia: para explicarnos cómo suceden las cosas. Pero no es nada de eso lo que me importa. Lo que yo necesito comprender es lo que hay detrás: qué es lo que motiva a la materia para comportarse del modo que nos describe la ciencia.

Más adelante, durante una reunión de psiconautas, vino por primera vez un chico llamado Mauro. Él jamás había tenido una experiencia con la planta, y todos los que nos encontrábamos en el salón aquella tarde, esperábamos expectantes para ver el efecto que tenía la molécula sobre nuestro nuevo amigo. Sin embargo, nadie esperaba lo que sucedió.

Después de comenzar su experiencia con la cabeza entre las manos - después supe que ése era su extraño modo de meditar-, Mauro dirigió la mirada a una de las esquinas del salón, y empezó a afirmar con la cabeza, como si alguien le estuviese hablando. Empezaron a brotar lágrimas de sus

ojos, incluso casi llegando a sollozar. El amigo que le había llevado allí, le abrazaba y le consolaba, mientras que Mauro se echó de forma horizontal sobre el sofá. Para entonces, todos los presentes estábamos consternados por ver aquello, y algunos incluso nos salimos a la terraza para respetar su intimidad.

Cuando todo terminó, Mauro nos explicó que, nada más comenzar la experiencia, se vio atravesando innumerables puertas, una detrás de otras, a enorme velocidad. De buenas a primeras, traspasó una última puerta, tras la que había aparecido allí de pie su abuelo, fallecido poco tiempo atrás, y de quien no había podido despedirse. Mauro llegó a decir en voz alta algo así como “perdona, no te había visto”, pero ninguno de los presentes supimos en ese momento a qué se refería. La imagen, según Mauro, era tan real como la de cualquiera de los que estábamos allí. No nos dijo qué fue lo que le contó su abuelo, y nosotros tampoco quisimos presionarle más. Pero aquello que yo estaba viendo allí, era real; y aquellos sentimientos aflorados eran también reales. No sé si aquello fue o no una mera alucinación, pero el efecto que tuvo sobre nuestro amigo sí que fue real.

Ahora que ha pasado tiempo desde aquella experiencia, tengo una muy buena amistad con Mauro, quien no volvió a consumir la planta, pero que no ha dejado de darnos las gracias por lo que sucedió en aquel momento. Lo que él vio era justo lo que necesitaba, aun cuando puede que ni siquiera fuese consciente de ello.

Quiero saber por qué una planta me permite ver a seres que no están ahí; y por qué mi amigo puede ver a esos mismos seres cuando hace esas mismas experiencias en su casa. Quiero saber por qué nuestro cerebro proyecta seres que parecen tener consciencia propia y hablarnos de una manera tan críptica que ni nosotros mismos lo comprendemos. Necesito comprender por qué hay plantas con la capacidad de sacarme de mi cuerpo, de mi consciencia, y hasta de mi mundo; no me interesa la química, ni las conexiones neuronales que sufro en ese momento, sino el propósito que lo subyace a todo. Por qué tengo la sensación de que la Naturaleza me está hablando. Quiero saber por qué sucede eso.

Desafortunadamente, mucho me temo que estas experiencias siempre nos dejarán muchas más preguntas que respuestas, y que no estamos capacitados para comprenderlas. De cualquier manera, es de agradecer a nuestra naturaleza que nos ofrezca estos fogonazos casi sobrenaturales. Gracias a ellos, tenemos experiencias que, más allá de si son reales o no, nos abren una ventana a la esperanza.

Es posible que, finalmente, no estemos solos en este mundo, y que no seamos los seres más evolucionados y conscientes que conoceremos.

Estamos a mitad de camino de algo mucho más grande; nuestra vida es ese camino. Cuando levantes la mirada de la gravilla, y mires al horizonte, sabrás de lo que te estoy hablando.

“La vida es, en realidad, la muerte en el mundo; mientras que la muerte da lugar a la verdadera vida.”
(Eurípides)

24 NATURALEZA SAGRADA

Todo tenemos en nuestra retina la clásica imagen del chamán del paleolítico, danzando entorno a un fuego, mientras es invadido por el espíritu de algún animal. Le vemos gesticular como un poseído, agitarse de manera poco natural para un humano; y por lo general, pensamos que ese hombre está loco. Quién me iba a decir a mí que aquello era algo que quizás algún día yo mismo podría experimentar.

En ocasiones, las experiencias con DMT pueden dar lugar a situaciones realmente cómicas; especialmente cuando tenemos cerca de nosotros a otras personas con las que interactuar. Debido a que la variabilidad de los *viajes* es prácticamente infinita, literalmente nos podemos encontrar con cualquier situación imaginable. Y es una de estas extrañas situaciones la que viví una tarde, estando acompañado por mi pareja, Alba.

Me tumbé en la cama para hacer una experiencia, mientras que mi novia estaba en otra habitación. Yo estaba tumbado boca arriba, mirando a una mándala nueva, de colores especialmente vivos. Desde que expulsé el vapor, toda la mándala empezó a dar vueltas y vueltas de manera concéntrica, y yo sentía que me elevaba de la cama e iba a caer absorbido por aquella fuerza. Me sentía liberado, y era muy agradable.

Entonces, sucedió algo increíblemente extraño. Fue una conexión instantánea, como un flash indescriptible. De alguna manera, mi consciencia desapareció para fundirse con otra de un ser que distaba muchísimo de ser yo. A diferencia de otras ocasiones, aquel no era un ser superior dotado de capacidades filosóficas que enseñarme; sino todo lo contrario, aquello irradiaba una enorme y potente fuerza animal.

Aquella fuerza era muy palpable en la boca de mi estómago, y empezó a abrirse camino hacia arriba por mi garganta. De pronto, proferí un indescriptible alarido agudo, parecido al que emitiría alguna extraña especie

de pavo gigante. Posteriormente, sería incapaz de repetir aquello de manera voluntaria; aquel sonido *no era humano*.

Al escuchar aquel alarido saliendo de mi boca, empecé a reír a carcajadas, al tiempo que me dejaba llevar, y otros alaridos iguales no dejaban de salir. Estaba absolutamente fuera de control, como si me hubiese poseído una gigantesca ave exótica que no existe en nuestro mundo.

Alertada por los alaridos, Alba entró en la habitación y me encontró llorando de risa mientras deliraba dentro de aquel pavo gigante. Para entonces, ya estaban ladrando todos los perros de los vecinos, que se habían vuelto locos. Aquello me hacía aún más gracia, pero en lugar de carcajadas, lo que me salían eran nuevos alaridos. El pavo no paraba de comunicarse, y estaba fuera de control. Tal era la situación, que Alba acabó echándose sobre mí, y tapándome la boca con una almohada, porque era el único modo de silenciar a lo que acabamos bautizando como “la Gurrípollo”. Aquel fue el mayor delirio de mi vida, y también el más divertido.

Aquella situación no volvió a ocurrir, aunque sí que he tenido percepciones muy parecidas al verme piel de reptil, o tener ciertos impulsos de andar a cuatro patas o sacar la lengua como un lagarto... Son estos reflejos, relativamente habituales dentro de las experiencias, los que me han ayudado a comprender la naturaleza de aquellos viajes que hacían los antiguos chamanes, quienes se dejaban llevar completamente, y se fundían con aquellos animales durante varias horas a ojos de los demás.

Es complicado comprender por qué sucede esto. Podríamos imaginar que, en nuestro ADN, arrastramos la información genética de cuando fuimos reptiles o aves; y que, de alguna manera, conectamos con esa información gracias a la planta. Esto nos ayuda a ser conscientes de que nuestro pasado animal sigue en nosotros; y de que nuestra verdadera esencia es la de formar parte de una Naturaleza mayor. Fueron éstas las primeras experiencias en las que un Ser humano fue consciente de su Unidad con el mundo, y probablemente, por eso se consideraba a la Naturaleza, el Cosmos o Dios como una misma cosa.

Al vivir en sociedad, metidos en nuestras ciudades de cemento, podemos engañarnos y creer que estamos separados de la Naturaleza; que no pertenecemos a ella. La hemos convertido en nuestro objeto de estudio y fuente de recursos. Creemos que el mundo de los minerales, las plantas, y los animales, está separado del nuestro. Pero esto es sólo porque hemos olvidado el enorme vínculo que tenemos con ellos. Ninguna especie puede evolucionar sin las demás; todos formamos parte de un mismo proceso evolutivo. Y esto no es una conjetura, sino una realidad que cualquiera puede ver. Entonces, ¿por qué nos comportamos como si la Naturaleza nos

fuese ajena?

Miramos arrogantes a nuestro alrededor porque pensamos haber dominado el mundo; cuando, en realidad, deberíamos estar agradecidos por la vida a nuestra Madre Tierra. Hemos olvidado que dañar al medio ambiente es lo mismo que dañarnos a nosotros mismos; que no hay separación real entre cualquier modo de vida y nosotros. Todo cuanto nos importa es aquello que nos afecta personalmente; y vemos justificados nuestros actos egoístas, porque es lo que hace todo el mundo. Pero nuestra civilización no siempre se ha comportado así. En otro tiempo, nos considerábamos hijos de la Pachamama, la Madre Tierra, y leíamos en las plantas y animales las señales que los dioses nos enviaban. Para los antiguos pueblos, existían plantas y animales sagrados, porque se consideraba que ayudaban a las personas a acceder a algún estado de divinidad. Pero ¿forma todo esto parte del folclore, o tenemos motivos reales para pensar que puedan existir plantas sagradas?

Para poder responder, primero debemos plantearnos qué consideramos como sagrado o divino. Para considerar algo como sagrado, ese algo tiene que ser superior a mí. Para poder hablar de divinidad, ésta debe suponer una inteligencia -o una conciencia, o una voluntad- que supera mi comprensión, y que no puedo terminar de entender, aun sabiendo que está ahí. Por tanto, para aceptar que una planta es sagrada, primero tengo que aceptar que ésta ha sido diseñada por una mente anterior y superior a la mía; y que ha sido puesta ahí de manera deliberada para que acabe llegando a mí.

Llegados a este punto, sólo hay dos caminos que podamos escoger: pensar que todo es un gigantesco proceso aleatorio donde afortunadamente se darán estas situaciones; o creer que realmente existe una dirección clara detrás de la evolución, y que se expresa a través de la materia y las formas de vida; como si la Naturaleza tuviese propia voluntad.

Incluso una fusión de ambas teorías tampoco parece algo imposible; y que sea una inteligencia superior la que crea un mundo donde forzosamente se darán tantas combinaciones en la materia, que al final, la conciencia acabará surgiendo tarde o temprano; y más adelante, conociéndose a sí misma, como en el caso de los humanos.

Evidentemente, yo siempre voy a tratar de explicar las cosas de manera que pueda traer la razón a mi terreno; siempre trato de justificar con palabras lo que antes he podido experimentar. Por tanto, yo siempre trataré de responder a estas preguntas partiendo de la premisa de que realmente existe tal inteligencia, pues la he podido experimentar muchas veces. No por ello, tú debes creer a ciegas lo que te digo; ya que yo mismo no estoy al cien por cien seguro de qué es lo que estoy experimentando. Esto sólo son

un montón de palabras que torpemente se acercan a la realidad.

Sabemos que miles de años antes de que el primer animal caminase sobre la tierra, la superficie del planeta ya estaba cubierta por millones de plantas que segregaban sustancias para alterar las consciencias. No existían seres conscientes -o eso creemos-, pero ya existían los alucinógenos. Mucho antes de que existiese el primer ser humano, ya estaban allí todas aquellas *herramientas*.

Nuestra simbiosis con las plantas -y con toda la Naturaleza- es algo necesario, y no existiríamos de otro modo. Sin embargo, seguimos viendo a estas plantas como algo ajeno a nosotros; algo que recolectar y consumir. Pero ¿Y si nosotros y esas plantas somos una misma cosa? ¿Y si nuestra Naturaleza se comporta realmente como un organismo consciente que evoluciona en el tiempo? ¿Tiene sentido pensar en una voluntad detrás de la evolución, o es más lógico pensar en el azar? Tal vez, la evolución sea un proceso conjunto, y estas plantas son el modo a través del cuál nos habla nuestra propia Naturaleza. O tal vez sea el modo de hablarnos a nosotros mismos desde un plano más elevado y ancestral de nuestra existencia ¿Y si es el modo en que la propia Naturaleza nos empuja a evolucionar? En tal caso, no sería una exageración llamar sagradas a estas plantas, hongos, y animales.

Yo podría engañarme al pensar que, gracias a mis conocimientos, la Naturaleza ya no es un secreto para mí. Pero, un buen día, aparece una planta en mi vida, y gracias a ella aprendo cosas que nadie me podría haber enseñado jamás. Tengo experiencias y conocimientos que no podría haber sacado de un libro; y que resultarían imposibles de expresar en palabras para que otra persona las comprendiese. Aunque lo intentase, le estaría mintiendo y llevando por un camino incorrecto. ¿Cómo expresar a otro lo que has sentido dentro de ti mismo, si no existen palabras para hacerlo? Lo que la planta me enseña es algo entre ella y yo; y sólo ella y yo podemos comprenderlo. Me hace sentir especial y mágico; y me encuentro de pronto como un niño ávido por asistir a la escuela. Quiero ver, y quiero aprender más.

Me he dado cuenta de que hay partes importantes de mi aprendizaje que nadie me puede enseñar, porque solamente están dentro de mí. El único modo en que he podido darme cuenta de que existen otros modos de conocimiento, ha sido a través de la planta. Estoy seguro de que hay otros métodos de despertar, pero éste ha sido el mío. Es posible que la planta me mienta, igual que pueden mentirme las personas; pero las personas son egoístas y tienen motivos para mentir, mientras que la Naturaleza parece mostrarse sincera cuando se me presenta, y no tiene motivos para ser egoísta. La Naturaleza, a través de la planta, no parece tener otro objetivo salvo aquello que es bueno para mí. Y esto es porque la Naturaleza también soy yo mismo; sólo que yo lo olvidé al nacer. Por eso, es normal que

sintamos que ella es nuestra madre, aunque nos suene a cuento de fantasía.

Si bien no puedo demostrarte que exista una voluntad en que todo este proceso evolutivo se esté llevando a cabo; sí que estoy convencido de que hay inteligencia en el modo en que se relacionan la materia, las especies, y los diferentes modos de vida, para llegar a esta evolución común. Todo está en permanente conexión. Cuando consumo la planta, ella me hace sentir que ambos somos lo mismo. La planta me eleva a niveles de realidad que normalmente soy incapaz de percibir; una explosión de sensaciones y conocimientos de la que sólo soy un afortunado testigo, y que sólo sucede gracias a mi simbiosis con ella. Es la propia Naturaleza quien me habla a través de las funciones más inimaginables de mi cerebro.

Por más vueltas que le doy, todo esto sólo tiene sentido si existe una voluntad de que, tarde o temprano, la planta y yo nos acabásemos encontrando. Esto es algo que forzosamente iba a suceder, dadas las circunstancias. Parece existir cierta premeditación, tanto en la creación de la planta, como en la propia aparición del Ser humano. Todo nuestro planeta parece ser un gigantesco campo de cultivo; no sólo para la vida, sino para el florecimiento de la consciencia, y el autoconocimiento por parte de ésta. Este proceso no comenzó con el humano; ni siquiera con la vida en nuestro planeta. Es un proceso universal, implícito a la materia, que existe por doquier, y que nos lleva *de vuelta a casa*.

Cuando comencé a escribir este libro, apenas sabía quién era el etnobotánico Terence McKenna. Después de empezar a leerle, me sentí enormemente identificado con las cosas que contaba, especialmente cuando tuvo sus primeras experiencias chamánicas en la Amazonia -en el libro "Alucinaciones Reales"- . Es un escritor al que la comunidad etnobotánica venera por todo lo que avanzó en el conocimiento acerca de los enteógenos naturales. Te hablo de McKenna, porque suya es una teoría que merece la pena mencionar ahora. Me pareció curioso verla por escrito después de yo mismo haberla pensado tiempo atrás.

Esta teoría plantea la posibilidad de que nuestro origen se deba a algunos grupos de simios que, durante milenios, se dedicaron a consumir enteógenos naturales, como algunos hongos que aparecían a los pies de los árboles en los que vivían. Probablemente, no tenían otra cosa mejor que hacer, y estaban rodeados por estas sustancias.

Estos enteógenos, además de hacerles sentir embriagados -por lo cual, les atraían-, les transportaban a estados alterados de consciencia que después eran incapaces de olvidar, y que les impulsaban a pensar en lo que acababan de ver. Es como si la Naturaleza se valiese del deseo de estos monos por sentir placer, para suministrarles al mismo tiempo una herramienta que acabaría siendo muy útil. Es posible que, tras miles de años

repetiendo la operación, aquella práctica acabase cambiando a los monos. Según la teoría de McKenna, pudo ser éste el origen natural que llevó al desarrollo de nuestra inteligencia, y a la evolución de nuestro nivel de consciencia. Como poco, es una teoría con cierto grado de coherencia.

Existe una serie de plantas y hongos que ayuda a expandir la consciencia de los seres, y ésta se encuentra por toda la naturaleza. Esto no puede ser casual. Es como si en nuestro planeta hubiesen estado creciendo llaves durante milenios; y un buen día, ese mismo planeta crease los cerrojos que vinieron a abrir esas llaves. Sería absurdo pensar que llaves y cerrojos no fueron creados por una misma inteligencia, y que cualquier puerta abierta sólo es producto de la casualidad.

Desde mis primeras experiencias con la planta, soy incapaz de ignorar el carácter sagrado de esta sustancia. Es algo que tienes que sentir para entenderlo de verdad; y que, en mi caso, sucedió desde el momento en el que simplemente pude oler la DMT por primera vez. Miro a la bolsa llena de vapor, e imagino a esos millones de moléculas que llevan ahí toda su existencia esperando a interactuar conmigo, y viajar juntos a ese gran *otro lado*. Siento que toda mi vida ha sido la preparación para llegar a ese momento. Es mi destino. Es imposible no sentirme agradecido, ni venerar a la inteligencia que reside tras toda esta gran experiencia; la misma inteligencia que reside tras de mí. Sé que está ahí por algo, y trataré de comprenderlo, aunque tenga que dedicarle el resto de mi vida. Ése es mi verdadero amor por el conocimiento; mi Filosofía.

Es posible que pienses que me estoy equivocando porque crees que sólo estoy jugando con alucinógenos. Quizás no te falte razón, y eso es algo por lo que nunca discuto con nadie. Pero lo que he visto, y la lógica, me hacen pensar que no es así; que hay algo más, y que yo formo parte de ese plan. Cualquiera que haya tenido estas experiencias, sabe de lo que estoy hablando.

Antes de cerrar este pequeño capítulo sobre las plantas sagradas, quiero incidir en que no sólo aparecen en las leyendas relacionadas con los antiguos chamanes, o con religiones exóticas y lejanas. Tenemos referencias a estas plantas sagradas dentro de cualquier religión, incluyendo al cristianismo; aunque éstas aparezcan en los textos sagrados de una manera más sutil. Después de mucho pensarlo, he llegado a la conclusión de que esto tampoco puede ser casual; y que quizás merezca un estudio más adelante.

Por ejemplo, sabemos que Moisés recibió un mensaje de Dios cuando se encontraba “bajo una zarza ardiendo” -o una acacia, según la traducción-. Adán comió el fruto prohibido de un Árbol llamado que le otorgaba conocimientos. Jesús hablaba con su Padre “debajo de un olivo”. Incluso el propio Buda se iluminó “bajo una higuera”. Es más, tanto en el budismo,

en el hinduismo, como en el Antiguo Egipto, se venera a la flor de loto azul, especialmente rica en DMT. Juana de Arco recibió su iluminación cuando paseaba bajos los árboles de los jardines de su padre, y como éste hay innumerables casos históricos que merecerían un libro aparte. Si queremos ir más allá, incluso comprobaremos que las apariciones marianas, como la famosa de los niños de Fátima, siempre se suceden sobre un árbol. Mientras dedicásemos tiempo a ello, podríamos encontrar infinitas referencias a experiencias divinas relacionadas con plantas y árboles a lo largo de toda la geografía del planeta, y en cualquier momento de nuestra historia, de las religiones, o del folclore. Es como si el Ser humano supiese que, de alguna manera, lo divino reside en estas plantas. Sólo nuestra sociedad actual, profundamente ignorante de sí misma, parece haber olvidado ese instinto.

Hoy en día, siguen existiendo árboles que se consideran sagrados - incluso en mi país los hay-. Existen historias y leyendas acerca de árboles cercanos a alguna población, en cuyas cercanías afirman algunos testigos haber visto algo que no debía estar allí; ya sea la virgen, los ángeles, duendes, o los extraterrestres. Son personas que se echan una siesta a la sombra de un sauce o una acacia, y despiertan acompañados de una aparición, o directamente en otro mundo. Quizás haya situaciones en las que esto puede suceder de manera natural, y esto es algo que debe hacernos pensar en por qué sucede.

Todos estos árboles que he nombrado son capaces de sintetizar la molécula de la dimetiltriptamina, y probablemente también son capaces de expulsarla a través de sus hojas. ¿Acaso no tiene sentido que nos suceda vernos transportados a otro lugar cuando nos dormimos bajo las hojas de uno de estos árboles, que por el motivo que sea, esté expulsando la sustancia justo en ese momento? ¿O acaso podemos afirmar que esto es imposible que suceda?

Me puedo imaginar que para esas personas debe resultar terriblemente difícil volver a casa y contar a sus vecinos lo que les acaba de suceder. Sin embargo, no dejo de pensar que estos sucesos no son más que señales para que aprendamos a abrir los ojos; fregonazos de la Naturaleza, que reclama nuestra atención.

Estoy convencido de que, una vez que respondemos a su llamada, nuestro despertar se convierte en un proceso natural que para nosotros sólo puede ser bueno.

“La naturaleza nos habla. No es una metáfora.”
(Terrence McKenna, *Alucinaciones reales*)

25 EL GATO

En el Antiguo Egipto, los gatos eran considerados como animales sagrados -como el de la diosa Bastet, deidad a quien ella misma se representa como un gato-. Muchas veces, se enterraba a los pequeños felinos, también momificados, junto a sus humanos. Además, fueron los egipcios los primeros en convivir con sus mascotas dentro del hogar. Esto lo sabemos, por ejemplo, gracias al griego Heródoto, y el II libro de sus *Historias*.

Los gatos eran símbolos de la alegría y el amor, así como de protección. A mí siempre me ha parecido arbitraria la elección de un animal para considerarlo sagrado, ya sea la vaca, el gato, o los saltamontes. Creo que, de existir la divinidad, todos los seres la llevamos dentro por igual. Sin embargo, debo reconocer que algunos animales parecen tener ciertos instintos o capacidades de percepción difícilmente explicables, y si los egipcios eligieron a los gatos, algo diferente debieron ver en ellos.

Antes de que todo mi proceso comenzase, una buena amiga me contó que su gato acababa de morir hacía pocas semanas. Éste tenía ya muchísimos años, y enfermó. El veterinario les ofreció la vacuna letal, y acabar con el sufrimiento del felino allí mismo, en la clínica. Pero mi amiga se negó a ello, ya que quería que su gato pudiese morir en el hogar, como hacen algunas personas cuando ya están desahuciadas.

Mi amiga me contó cómo fueron los últimos momentos con su compañero felino, y me explicó de qué manera tan tranquila y natural su gato había dado el paso *al otro lado*, mientras ella lo acunaba en sus brazos. Me explicó la extraña sensación que había tenido de estar sufriendo ella más que su mascota, y el modo en el que era el propio gato quien supo transmitirle tranquilidad, mirándola directamente a los ojos, con gesto calmado. Era como si, detrás de su mirada inteligente, el pequeño animal

supiera cuál era el tránsito que le esperaba, y se sintiese satisfecho por el papel cumplido durante tantos años. Al menos, ésas fueron las palabras de mi amiga, que estaba contenta de no haber dejado a su amigo felino en el veterinario para morir solo. Mariana, que así se llama mi amiga, me dijo que ahora comprendía realmente cual era el papel de los gatos en nuestra vida; y que probablemente, ellos eran conscientes de esa labor.

No sólo podemos recibir lecciones de quienes creemos más inteligentes que nosotros. También los animales tienen mucho que enseñarnos; y las plantas, ni te digo. Toda la vida, en su enorme magnificencia, resulta una lección continua para nosotros.

Al poco tiempo de empezar a vivir con Alba, ella me propuso que tuviésemos un gato. A mí me parecía buena idea. Mi madre nunca me dejó tener animales en casa, por más que yo había insistido; y quizás sería el comienzo de algo bonito. Sin embargo, no fue algo precipitado; y durante aquellos primeros meses, esperábamos pacientes a que fuese el propio gato quien apareciese en nuestras vidas.

Así, finalmente ocurrió. Un buen día, Alba salió a cenar con sus amigos, cuando se encontró un pequeño gato en la carretera al que iban a atropellar. El animal se acercó a ella buscando protección, y ella se enamoró enseguida. Me telefoneó para preguntarme si me parecía bien, y yo accedí encantado. Al día siguiente, conocí a nuestro nuevo compañero de piso. Le llamamos Emilio.

Desde entonces, no he dejado de alegrarme. Nunca había experimentado una amistad tan real con un ser que no fuese de mi especie. Aún hoy, me maravilla pensar que esto es algo que pueda ocurrir de verdad. Hay determinados sentimientos y comportamientos que yo siempre había reservado para las relaciones interhumanas; y es increíble que, sin necesidad de intermediar palabras, Emilio y yo conectásemos tan bien desde el principio. Tengo la enorme sensación de que ambos comprendemos a la perfección nuestra relación. Además, todo el mundo que viene a casa, acaba diciendo de él que es un gato “especial”.

La gran lección que iba a empezar a recibir desde el día en que llegó Emilio, era que todos los seres somos exactamente iguales; y las relaciones de amistad y amor que se pueden establecer entre nosotros supera cualquier barrera, siempre que existan dos conciencias mínimamente evolucionadas que interactúan. Da igual que hablemos de especies diferentes; ahora comprendo que el amor es algo universal, no exclusivo de los humanos, y que no hacen falta palabras para comprenderlo.

Te lo explicaré de una forma aún más sencilla.

Cuando dos consciencias interactúan en el plano físico, la relación que se da entre ellas sólo puede ser de dos maneras: atracción o rechazo; gustarse o disgustarse. Después, habrá mil modos de calificar y etiquetar esta relación; pero todo se basa, finalmente, en amar a los demás, o sentir algún tipo de rechazo por ellos. Esto es universal, porque no puede ser de otra manera, ni tampoco más sencillo.

Y el hecho de que el amor sea universal, tiene unas enormes consecuencias.

Cabe decir que, en los años siguientes a aparecer Emilio, Alba y yo seguimos rescatando gatos. A algunos les encontramos hogar, mientras que otros dos más se quedaron a vivir con nosotros: Tous y Piojo. Es fantástica la vida y el ambiente que le dan a nuestro hogar; y, sobre todo, lo que más me gusta es observar cómo mis tres felinos se quieren y se cuidan entre ellos. Levantar la mirada y encontrarles dándose calor, o limpiándose los unos a los otros, me hace sentir que hay mucho amor en mi hogar, y me reconforta. Me gusta creer que somos los artífices de ese amor.

La simple presencia de mis gatos me tranquiliza. Cualquier momento de tensión se alivia simplemente con estar con ellos un rato, acariciarles, y notar sus ronroneos. Además, nos ayudan a que nos sintamos parte de algo más grande que cuando sólo convivíamos ella y yo. El nivel de conexión que tengo con ellos es algo que antes no me hubiese creído. Me alegro de que hayan llegado justo en este momento de mi vida. Es perfecto.

Y ahora que te he presentado a los nuevos miembros de mi pequeña familia, paso a contarte el episodio que realmente importa en este capítulo.

Uno se acostumbra a ver cosas bastante raras durante las experiencias con DMT. Sin embargo, estas rarezas resultan excepcionales cuando, simultáneamente, en el mundo físico ocurre algo extraño o poco probable. Entonces, siempre te haces la pregunta de si aquello que acaba de suceder era real, o si sólo estaba en tu mente. En caso de haber sucedido de verdad, ello te hace preguntarte si el suceso en concreto ha tenido alguna relación con la experiencia que tú estabas teniendo. Debido a la evidente magia que uno siente durante estas experiencias, ésta es una duda que siempre puede llegar a empujar más que el razonamiento coherente de que todo ha sido una simple casualidad.

El primer ejemplo que te conté fue aquella noche en la que vi una bola de fuego atravesando el cielo justo durante mi experiencia. Aquello debió ser algo puntual, pero estas situaciones se han vuelto a dar una y otra vez. Aunque no suelo hablar de ellas en público, porque sé que nadie me creerá, merece la pena que te cuente ahora una de esas casualidades que me han sucedido últimamente, precisamente en relación con mis gatos.

Dentro de estas situaciones extrañas que podemos vivir, especialmente curiosas son aquellas en las que aparecen como protagonistas los animales. Es lógico pensar que, si la Naturaleza tiene la capacidad de hablarnos a través de las plantas, también lo hará a través del comportamiento de los animales. Sólo debemos aprender a buscar cuáles son esos mensajes, y estar muy atentos al momento en que puedan darse. Son pequeños detalles, guiños casi imperceptibles; pero como ahora podrás comprobar, no están vacíos de significado. Todo depende, por supuesto, de la interpretación que queramos darles.

Aquella noche en concreto de la que quiero hablarte, tras salir de la ducha, me puse cómodo para hacer un pequeño viaje sentado en el sofá del salón. Era una madrugada entre semana, y reinaba un silencio sepulcral en el barrio. Estaba todo a oscuras, y yo tenía los ojos cerrados.

Como otras veces, despegué y atravesé diferentes capas; algunas con apariencia de mundos físicos, y otras más difíciles de describir. Cada vez que iba de uno a otro de estos mundos, creía haber despertado y llegado a la realidad definitiva; pero entonces, se producía otro salto, y acababa en un nuevo lugar.

Por fin, todo pareció estabilizarse. La vibración estaba por todos lados, zumbando dentro de mi cabeza. Era envolvente y palpable, había mucha actividad ahí arriba.

Todo estaba a oscuras cuando fui recobrando la consciencia de este mundo. Una línea horizontal era todo cuanto rompía aquella oscuridad; era como si me encontrase en una habitación en la que sólo entra un poco de luz a través de una persiana entreabierta. Lo que había al otro lado era mi mundo físico, aquel en el que vivo. Pero dentro de aquella habitación, me sentía cálido y seguro, y podía observarlo todo desde un punto en el que me sentía inafectable. No estaba agobiado, ni tenía miedo; me sentía en mi estado natural. Sabía que, tarde o temprano, tendría que volver a aquel mundo que ahora observaba desde lejos; pero aun no era necesario, y mi cuerpo podía esperar allá a lo lejos mientras tanto. De momento, quería seguir disfrutando de la experiencia; del desapego, la libertad...

Habían pasado ya varios minutos, pero yo seguía sintiéndome muy a gusto. Era una sensación extrañamente cálida, acompañada por un zumbido que era más palpable que nunca. Lo sentía como si me estuviesen acariciando el cerebro a través del oído; era puro gozo. Aquella vibración parecía real; parecía tener *peso propio*.

Estuve en aquel estado unos diez minutos más, simplemente disfrutando. Había sido una de esas ocasiones en las que la experiencia resultaba placentera tanto dentro como fuera de mi mente; había un placer físico en toda ella. Me sentía francamente embriagado, mientras que aquella vibración parecía no acabar nunca.

Cuando terminé de volver en mí y abrí los ojos, pude ver lo que sucedía realmente. Por algún motivo, Emilio se había visto impulsado a subir por el sofá, y se había colocado sobre mi cabeza, apoyando su pecho sobre mi nuca. Mientras esto sucedía, yo no me había dado cuenta de nada, por supuesto. En ese momento, me abrazaba con sus patas delanteras y traseras, al tiempo que ronroneaba como pocas veces le había visto hacer. No sabía por qué motivo, pero Emilio había sentido el impulso de colocarse de aquella manera protectora. Una vez más, me costó creerme que aquello estuviese sucediendo justo en ese momento. ¿Qué probabilidades había de que mi gato viniese y se tumbase sobre mi cabeza ronroneando y sincronizándose con la vibración propia de mi *viaje*, hasta el punto de que ambas se fundiesen en mi percepción? ¿Es posible que él sintiese algo diferente en mí, y fuese aquello lo que le empujase a ponerse sobre mí?

Por todo aquello, la salida del viaje había sido especialmente cálida y placentera. Pensar que aquella vibración seguía dentro de mi cabeza me animaba a mantener los ojos cerrados y continuar en aquel estado de meditación. Sabiéndolo o no, mi gato había ejercido aquella noche de mantra; de cuenco tibetano para amplificar la sensación inmersiva de mi experiencia.

Sin embargo, aquella situación no sería más que una simple casualidad en caso de que nunca hubiera vuelto a repetirse. Pero, pasado el tiempo, volví a tener una experiencia parecida que alimentaría mi creencia de que realmente existe cierto instinto que relaciona a mi pequeño felino con mis salidas de mi cuerpo.

Fue hace relativamente poco cuando volvió a suceder una de esas casualidades improbables que se dan durante mis viajes, y que me dejó más seguro que nunca de que, de existir una realidad invisible y sagrada, ésta se encuentra dentro de todos los seres; y no sólo de nosotros los humanos. En verdad, empiezo a creer que los gatos son capaces de detectar estados y vibraciones en nosotros que, por lógica, pensaríamos que sólo están dentro de nuestras cabezas. Y probablemente no sean los únicos animales con esa capacidad.

En esta ocasión, el *viaje* llegó a ser bastante desagradable, pues apareció un zumbido que parecía venir del cielo; y éste era tan fuerte, que todo mi entorno se desintegraba en millones de partículas, incluyéndome a mí mismo. Fue una experiencia parecida a la de aquella tarde que se me ocurrió fumar DMT al llegar estresado del trabajo. Los dientes me rechinaban, y sentía como si se me fuesen a caer. Estaba volviendo a tener un mal viaje en toda regla; y como siempre en esas ocasiones, me arrepentía de haber consumido la planta, y me prometía que sería la última vez.

Me encontraba en la terraza, pero en cuanto vi que el cielo empezaba a oscurecerse con el aspecto de una fotografía ardiendo, me asusté y entré

corriendo en el salón. No era la primera vez que me pasaba; y en esas situaciones, tiendo a entrar corriendo en la casa y buscar a Alba para que me acompañe en la transición.

De algún modo, quizás por haberme puesto de pie súbitamente, aquel despegue se quedó a mitad de camino. El mundo no llegó a desaparecer a una oscuridad absoluta, sino que parecía disuelto a mi alrededor; como si cogiésemos un cuadro de óleo y le arrojásemos disolvente, para luego dar vueltas aleatorias con una brocha por toda la obra. No veía formas; sólo colores distorsionados.

Por supuesto, no era nada agradable; aunque ya no estaba tan aterrado como la primera vez que me pasaba algo así. De algún modo, entiendo que es una capa en la que me quedo atrapado durante algunos *viajes*, pero siempre luego acabo volviendo a la normalidad.

La experiencia era realmente fuerte, y pasados un par de minutos, no parecía disminuir en su potencia. Yo había entrado en el salón y me había dejado caer sobre el sofá. Pero todo era terriblemente surrealista, y al caer al propio sofá sentí que yo mismo me pulverizaba y caía sobre su superficie como lo haría una nube de polvo.

Aquella enorme fuerza que lo pulverizaba todo sonaba como una vibración brutalmente escandalosa. Era como tener un taladro metido dentro del cerebro, y que, por culpa de esas vibraciones, mi propio cerebro no fuese capaz de crear las imágenes correctamente. Al echarme en el sofá, me sentí tranquilo, porque sabía que sólo era cuestión de minutos que se me pasase ese *bad trip*. Entonces fue cuando sucedió algo realmente extraño; y una vez más, con mi buen gato Emilio como protagonista.

Mientras yo estaba sentado tratando de controlar el mal viaje, Emilio subió al sofá, y se puso sobre mis piernas. Me resultó extraño que lo hiciese justo en ese momento, porque no era típico de él; pero lo agradecí, porque necesitaba un mayor contacto con la realidad para poder volver de mi experiencia. Le miré a los ojos, y le vi increíblemente bello. Mi mayor percepción me permitía ver la dirección de los miles de pelos de su rostro, la profundidad de sus ojos, la perfección de sus facciones felinas... Emilio me devolvió la mirada y empezó a ronronear realmente fuerte. Esto sí que era extraño en él. Pero lo más extraño de todo, es que sus ronroneos se acompañaron en seguida con el zumbido de mi cabeza -igual que había sucedido en aquella otra ocasión-. Notaba las vibraciones de mi gato, y al mismo tiempo, el mundo empezaba a recrearse a mi alrededor; los colores volvían a su sitio, y también las formas. Y mientras, mi gato seguía ronroneando y mirándome directamente a los ojos. No me lo podía creer. Emilio había aparecido en el momento perfecto, y había hecho algo increíble para traerme de vuelta al mundo. Era como si hubiese sentido mi necesidad, y acudido a mi rescate. Aquello no había sido una percepción

mía, ni una alucinación, ni una idea alocada... aquello había sido real, y extremadamente raro. Lo que acababa de pasar no había sido aleatorio. Allí pasaba algo, y había sido muy palpable. No había otro modo de verlo.

Cuando terminó su *labor*, Emilio volvió a su actitud habitual, y se distrajo mirando hacia otro lado. Súbitamente, yo me encontraba perfecto. Notaba aún el efecto de la sustancia en mi organismo, pero el zumbido era ya muy leve y lejano. Cogí a mi gato y le di un beso en la cabeza. Llegué incluso a darle las gracias, convencido de que me estaba entendiendo. Mi querido amigo, te prometo que aquello no fue normal. Al fin y al cabo, es así como nos habla la Naturaleza: a través de todos sus seres.

Por último, y para ser justos, también debo contarte, aunque sea brevemente, lo que sucedió durante una visita que hice a un viejo amigo de toda la vida que se llama Luís. Él ya conocía el mundo del chamanismo desde mucho antes que yo, gracias a los famosos libros de Carlos Castaneda; pero nunca había tenido la oportunidad de experimentar con la planta. Así que, aquel día me acerqué a su hogar para facilitarle esta experiencia.

Su viaje fue bien, normal, arquetípico. Se vio a sí mismo bajando a las profundidades de su Ser, e hizo un pacto consigo mismo de cara al futuro. Todo aquello era habitual de escuchar, sobre todo en las primeras experiencias en las que nos sorprendemos al vernos a nosotros mismos por primera vez desde una tercera perspectiva.

Cuando Luís abrió los ojos, tardó un par de minutos en recuperarse y adaptarse a la realidad. Entonces, se acercó por allí su perra, intrigada en ver qué estábamos haciendo nosotros. Luís la llamó para que se acercase, pero ella le miró a los ojos desconfiada. Empezó a dar pasos para atrás, mientras mi amigo se extrañaba por su comportamiento. Después, Luís hizo el amago de levantarse, y su perra salió disparada huyendo, como si hubiese visto al mismísimo diablo de los perros. Entonces, Luís me aseguró una y otra vez que su perra jamás se comportaba de esa manera, y que definitivamente, algo debía estar notando en su amigo humano para reaccionar así. ¿Acaso realmente aquella pequeña perra podía detectar que algo diferente ocurría en el organismo, la química, o la energía de mi amigo?

Hoy estoy completamente seguro de que existe tal instinto en los animales -al menos, en nuestros gatos y perros-, que detectan cierta alteración química en nuestro organismo. Y, al igual que en otras numerosas ocasiones, tengo la sensación de que estos animales, aún sin saber poner palabras a lo que sucede, entienden nuestra realidad de manera muy diferente a como lo hacemos nosotros. Quién sabe si están más cerca que nosotros de conocer y saber interpretar la verdad sobre nuestra existencia; y si sólo hemos sido nosotros quienes nos hemos alejado de esa verdad.

Quizás sea verdad, y los animales sean capaces de leer en nosotros vibraciones que ni siquiera nosotros mismos somos capaces de percibir. Tal vez los egipcios tuviesen razón, y sea bueno tener cerca a los gatos para poder percibirnos mejor a nosotros mismos. Quizás haya algo sutil que realmente cambia en nosotros, y sean nuestros amigos animales los primeros en darse cuenta.

“Una mente finita no puede comprender una mente infinita.”
(Nicolás de Cusa)

26 MUNDO ONÍRICO

Una noche, no hace demasiado, fui a visitar a mis padres, que siguen viviendo en el mismo edificio donde me crie. Mientras hacía tiempo para cenar, subí a la azotea del edificio a fumar. Ésta es una costumbre que adopté cuando rozaba los veinte, ya que a mi madre no le gusta que en la casa huela a humo. Hace mucho que no fumo, pero aquella noche me apeteció conectar con mi pasado de esa manera.

Me encontraba recordando una de aquellas noches en las que había subido, y nada más abrir la puerta de la azotea, me había encontrado de frente con dos extrañas luces en el cielo. Yo siempre había sido un apasionado de los ovnis, y por primera vez me encontraba con algo mínimamente dudoso que pudiese contar a los demás. Por más que me afané por fotografiar aquellas dos luces, me fue imposible. Finalmente, aquel acontecimiento quedó como un vago recuerdo que nunca pude explicarme.

Estaba ensimismado pensando cuando apareció a mi lado Nacho, un antiguo vecino, y uno de los mejores amigos de mi infancia. Hacía años que no le veía, pues él también se independizó, y no solemos coincidir allí cuando voy a ver a mis padres.

Me alegré mucho de volver a verle, y compartimos un buen rato charlando juntos. Le conté todos los cambios que se habían producido en mi vida, y todas las cosas que creo estar descubriendo sobre la realidad y sobre nosotros. Nacho siempre ha sido una persona muy abierta, y de pequeños nos gustaba pasar las horas hablando de misterios.

Mientras le contaba con detalles mi nuevo modo de entender la vida, Nacho asentía tranquilamente. De vez en cuando, me hacía alguna pregunta, y ello servía para que yo siguiese desarrollando más y más mis

teorías. Me gustaba estar allí con mi buen amigo, abriendo para él mi nuevo mundo, y sin miedo a ser juzgado. Él y yo somos como hermanos.

Le expliqué entonces que la vida parece desarrollarse como un sueño que es proyectado desde una mente que está en un nivel de realidad superior al nuestro. Le dije que ésta es una relación que probablemente se da de manera infinita, existiendo mundos dentro de otros mundos, que están enlazados entre sí a través de las infinitas consciencias que los conforman. Todos formamos parte de lo mismo, todos estamos tan cerca entre nosotros como lo está un pensamiento del siguiente.

Mientras le contaba esto, ambos mirábamos al cielo, como esperando a que sucediese algo. Sin duda, seguimos siendo los mismos niños ilusionados que hace treinta años.

Era una noche estrellada, sin nubes. Entonces, un rayo de luz atravesó el cielo dejando una estela blanca que lo partió por la mitad. Desde ese momento, el cielo entero empezó a adquirir un tono rojizo. Era un rojo antinatural que nada tenía que ver con la climatología, y enseguida supe que estaba pasando algo muy raro. La franja que había creado el rayo se abría más y más, como si fuese una cremallera gigante, y de ella salían numerosas luces blancas en todas direcciones. Yo ya había tenido aquel sueño. Aquella era una pesadilla que había tenido otras veces. Por fin había llegado el día; era el final de todo.

Giré la cabeza hacia mi amigo, y él me devolvió una sonrisa cálida, como si ya esperase que aquello sucediese. En ese momento, no parecía él. ¿Por qué no le extrañaba lo que estaba sucediendo en el cielo? Para mí, aquello era muy perturbador; aunque yo tampoco me encontraba del todo nervioso. En el fondo, empezaba a intuir lo que realmente sucedía.

Nacho me dijo entonces que yo tenía razón, y que existe una realidad, o Conciencia, que se expande como un infinito árbol multidimensional, multiplicándose a sí misma en cada forma de vida que existe. Así hasta el infinito. Dentro de estas infinitas posibilidades, hay mundos y seres de todo tipo; animales simples como un insecto, o seres tan complejos que los humanos los confundiríamos con dioses.

Después de sus palabras, Nacho empezó a despedirse de mí. En ese momento, terminé de comprender la situación. La planta me había vuelto a engañar.

Fue él quien me explicó que pronto todo desaparecería. Lo que estábamos viviendo en aquel momento pasaría a ser un vago recuerdo para mí. Igual que cualquier sueño. Igual que mi propia vida. Supe que aquella conversación sólo había sucedido en mi mente, y que pronto sólo tendría sentido para mí. Daba igual si creyese vivir en aquel mundo, o los miles de recuerdos que tenía de él con mi amigo Nacho. Nada de aquello era más real que mi propia mente. Todo desaparecería, salvo yo mismo. En cierto

modo, era incluso triste.

El mundo terminó de partirse, y volví a verme solo. Estaba allí en la azotea, fumándome ese cigarro mientras miraba al cielo. ¡Guau! ¿Cómo había sucedido aquello? No me había llevado nada de la planta a casa de mis padres, ni se me hubiese ocurrido fumarla allí en la azotea comunitaria. ¿Qué me había pasado? Acababa de tener una alucinación muy real, sin necesidad de consumir nada.

“No... espera. Noto algo diferente. Éste tampoco es mi mundo. Yo ni siquiera fumo tabaco desde hace mucho. Yo no estoy aquí, no tiene ningún sentido.”

Abrí los ojos, y me encontraba en la cama. Era algo que ya sospechaba desde hacía un par de minutos. Todo había sido un sueño increíblemente lúcido. A mi lado tenía una bolsa del vaporizador a medio consumir. Debí quedarme dormido tras la primera calada, y ésta me llevó a una experiencia onírica increíblemente realista.

Después de volver completamente en mí, sentí cierta impotencia. Había sentimientos en aquella experiencia, y ahora era consciente de que sólo yo los había podido percibir. Al igual que sucede después de algunos sueños, quería volver atrás y reemprender la conversación con aquel amigo al que hace años que no veo. De hecho, días después contactaría con el propio Nacho en la vida real para ver qué tal le iba, y para sugerirle salir a tomar algo.

Poco tiempo después, tuve otra experiencia de naturaleza muy parecida a la anterior, pero aún más extraña, al tiempo que esclarecedora.

Aquel día, también había fumado DMT, y me encontraba tumbado en la cama. Al menos, allí estaba mi cuerpo. Durante la experiencia, yo no recordaba absolutamente nada de mi vida en este mundo, sino que me encontraba paseando por una enorme avenida. Yo era un hombre negro, con un buen bigote, y un peinado afro. Llevaba un traje de color marrón, con pantalones de campana. Puedo recordarlo como si lo estuviese viendo ahora mismo. De mi mano, iba la que era mi hija. Ambos nos encontrábamos de pie, frente a un escaparate lleno de televisores. Debían ser aproximadamente los años setenta de nuestra era, a juzgar por mi aspecto, por aquellos televisores, o por los coches que pasaban por la calle. Además, aquello era definitivamente alguna gran avenida de Nueva York o alguna otra gran metrópolis. Pero aquello no era lo más raro del *viaje*.

Desde que yo aparecí allí, la persona que te escribe ahora mismo dejó de existir. Aquel hombre negro, que era yo mismo, tenía sus propios

recuerdos, su propia historia; y todo se había generado allí espontáneamente, o al menos, así me había llegado a mí. No tenía la sensación de haber aparecido allí sin más, sino de llevar allí toda la vida. Tenía mis recuerdos, y además, sentía un enorme amor por aquella pequeña que iba de mi mano.

Lo que ocurrió entonces fue muy parecido a la historia que ya te he contado en este mismo capítulo. Fue la pequeña quien me explicó que ambos estábamos dentro de una mente superior a nosotros, y que esa mente era yo mismo. Ella sólo era una creación de mi mente, y pronto desaparecería.

Aquello me consternó, porque yo la amaba. No quería separarme de mi hija nunca. Pero, necesariamente, aquello acabó sucediendo. Y, entonces, ocurrió algo aún más raro.

Desperté en mi cama, y recordaba aquel episodio como un sueño. No podía creerme estar de nuevo en esta vida, y la sentía ajena a mí. La consciencia de aquel otro hombre no había desaparecido del todo. Entonces, volví a sufrir un flash, y volví a aparecer en aquel mundo. Pero, en esta ocasión, sí que recordaba mi vida real, aunque lo hacía como un lejano sueño, algo de lo que ya había despertado. Me sentí aliviado, pero aquello no duró mucho.

Cuando finalmente, volví a este cuerpo, y me di cuenta de que ya no habrían más saltos, tuve una sensación enormemente extraña. Tenía la sensación de estar viviendo dentro de un sueño, porque había podido ver este sueño desde fuera. Y, a diferencia de otras ocasiones, esta sensación no desapareció con el pasos de las horas, y me dejó traspuesto durante días. Incluso hoy mismo, no sería capaz de afirmar, sin temor a equivocarme, que el mundo desde el que te estoy hablando, sea real. Sueños dentro de otros sueños, y así hasta el infinito; todo ello enlazado por nuestra mente, y separado por el fino velo de la consciencia.

Es posible que también te haya pasado a ti. Durante algunos sueños, o durante mis experiencias con la planta, establezco lazos de amor o amistad con algunas personas, y cuando me despierto, siento frustración de que estas historias no fuesen reales. Aunque el sueño y la realidad sean mundos que se reproducen en planos diferentes, es posible trasladar los sentimientos de unos a otros. Los diferentes planos de realidad no están completamente separados. Es algo que me resulta muy curioso.

Extrapolando esto a nuestro futuro, cuánto me gustaría saber qué parte de nosotros sigue siendo real cuando despertamos *al otro lado de nuestra vida*. ¿Será parecido a recobrar la consciencia tras un sueño? Esto es, exactamente, lo que siento yo al despertar de mis experiencias, y dejar atrás mis recuerdos alucinatorios

Aunque sólo son torpes palabras para explicarlo, podemos entender el mundo como un sueño del que algún día despertaremos. Estoy prácticamente seguro de ello. Si pudiésemos demostrarlo, esto tendría enormes repercusiones sobre nuestra vida. ¿Acaso tú seguirías viviendo igual si supieses que tu vida sólo es un sueño? ¿O tal vez empezarías a comportarte de manera diferente?

Cuanto más observo que este mundo no representa ni de lejos todo lo que conoceré, soy más consciente de que debo disfrutarlo al máximo. Ahora sé que no he venido aquí a cumplir mis sueños; sino que éste es el sueño; y mi vida consiste, no sólo en disfrutarlo, sino en despertar.

“Que puedas, hijo mío, salir de ti mismo sin dormir, como durmiendo se es transportado al sueño.”

(Hermes Trismegisto, *Sermón secreto de la montaña*)

27 POR QUÉ SOÑAMOS

Es realmente difícil saber de dónde viene nuestra necesidad de soñar, y todo lo que podemos hacer al respecto es elaborar teorías. Soñar, además, no es una cualidad exclusiva de los humanos, sino que es algo que hacen también el resto de los seres -al menos, desde cierto nivel de consciencia-. En este momento, hay miles de millones de seres que están dormidos, y creando sus propios mundos, en miles de millones de niveles de realidad diferentes. ¿Te imaginas lo que sería poder ver todo eso?

Quizás, lo que sucede cuando dormimos sea un reflejo de la realidad sobre lo que somos. Puede que lo que debemos aprender de nuestros sueños sea precisamente que existe la posibilidad de experimentar mundos que no son el nuestro, desde nuestra propia mente, y vivir dentro de ellos sin tener consciencia de quiénes somos realmente. No somos nuestra consciencia, y tampoco somos la persona que encarnamos. Somos una mente en blanco capaz de mimetizarse con cualquier ser. Somos pura Conciencia. Pero probablemente, no sabremos lo que esto significa hasta el día de nuestra muerte.

¿Realmente vivimos dormidos? ¿Existe un mundo al que despertar cuando abandonamos éste, ya sea después de la vida, o durante la misma? ¿De verdad podemos despertar en nuestro Ser, y ver que éste se encuentra en un nivel de realidad superior al nuestro, desde el cual se proyecta nuestra vida? ¿Somos el sueño de una mente infinita?

Quizás nunca te hayas preguntado por qué sueñas; por qué necesitamos dormir. La respuesta más obvia que te darán es que necesitamos descansar. Pero esto es algo que podríamos hacer tumbados en la cama, sin la necesidad de desconectar con este mundo y sentir que salimos de nuestro cuerpo durante unas horas. Está claro que ese descanso que necesitamos no sólo tiene que ver con el aspecto físico.

La actividad de nuestro cerebro cambia mientras dormimos. Lejos de permanecer inactivo, éste realiza labores que son fundamentales para nuestra vida. Yo no soy un erudito, ni sé nada sobre este comportamiento; por lo que sólo puedo centrarme en aquello que puedo experimentar, y en el hecho de que tengo la necesidad biológica de dormir y de soñar cada noche. ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué necesitamos dormir para no morirnos?

Es como si cada día necesitásemos escapar de nuestro mundo y crear uno propio para no perder la cabeza; como si ésa fuese nuestra verdadera naturaleza, la creadora, y necesitásemos volver a ella cada noche después de un día repitiendo tareas, y con un nulo estímulo creativo.

Soñar es lo más parecido que podemos hacer a ser dioses, ya que nos pasamos toda la experiencia creando mundos de donde no hay nada. Quizás ésta sea una pista que nos deja la Naturaleza acerca de nosotros mismos. Mientras estamos despiertos, somos inconscientes de nuestra naturaleza real; al igual que al dormir, no recordamos nuestro anterior estado de vigilia. Cada plano constituye una realidad por sí mismo para las consciencias que habitan en él; mientras que los planos superiores desde donde esta realidad es proyectada resultan invisibles para sus seres. La mayoría de los humanos ni siquiera creen ser proyectados desde un nivel superior de la realidad, y dan por hecho que este mundo físico es el único que existe.

Dice la Biblia que Dios nos creó “a su imagen y semejanza”. Esto no quiere decir que exista un dios antropomorfo, ni que nuestro aspecto sea parecido al suyo. Esto se refiere a que nosotros somos seres conscientes y creadores; al igual que lo es la mente que nos ha creado a nosotros. Sólo la consciencia es capaz de crear consciencia; y nosotros somos un reflejo de esa realidad. Creamos sueños con sus propios recuerdos, auténticos mundos que después olvidamos como si no existieran, ya que para nosotros no tienen importancia.

La magia reside en que, durante los sueños, la experiencia es real para nosotros. Para ello, debemos olvidar nuestro origen; del mismo modo que ahora mismo no recordamos de dónde venimos. Vivimos en un sueño que carecerá de importancia al despertar; pero creemos que ésta será toda la realidad que podamos conocer. Ello nos aflige, nos hace tener miedo, y nos vuelve débiles ante los demás y ante la vida.

Por el contrario, tomar consciencia de que estamos siendo proyectados como el sueño de una mente infinita, nos debería conceder la fuerza y la confianza necesarias para comprender la vida como lo que realmente es, y poder seguir adelante siendo más felices. La vida es una experiencia donde la felicidad y el amor importan mucho más que pararse a pensar qué es real y qué no lo es. Sólo la experiencia importa, al igual que en los sueños; la

sensación de haber vivido algo que nos ha hecho sentir cosas reales.

Muchas personas afirman que después de la vida no existe nada, ya que es algo indemostrable. De hecho, no podemos probar que nadie haya vuelto de la muerte para decirnos qué hay al otro lado. Sin embargo, esto último tiene lógica bajo la perspectiva de que la vida es una creación mental, o algo parecido a un sueño.

Imagina, por ejemplo, que una noche sueñas que es el fin del mundo, el apocalipsis. Llueve fuego, los volcanes revientan, y todo cuanto puedes ver es a las personas huyendo aterrorizadas de un lugar a otro. Entonces, despiertas, y te encuentras en tu cama. Sientes un alivio enorme de que todo fuese un sueño. Minutos después, ¿volverías a dormirte para volver a aquel mundo y avisar a las personas de que todo era un sueño? Evidentemente no, ya que, para nosotros, aquel mundo ni siquiera era real. Por eso, no podemos esperar que nadie vuelva de la muerte, debido a que, al despertar, percibimos nuestro sueño como algo irreal y que carece de importancia. Las personas que vivían allí no eran reales, y han desaparecido al despertar yo. Aquella realidad sólo era válida durante mi experiencia, y ahora no veo necesidad alguna de volver allí para avisar de nada.

Hay un caso celeberrimo acerca de alguien que volvió de la muerte para demostrar la existencia de algo más allá, y para transmitir tranquilidad a los demás. Esta persona fue Jesús, y aunque no tenemos pruebas de su existencia real, su caso fue tan extraordinario, que dos mil años después seguimos hablando de él. Sin embargo, y en el supuesto caso de que fuese un personaje real, es posible que la resurrección de Jesús sólo fuese una exageración, o una leyenda para deificar su figura, y para que su palabra se perpetuase y llegase a más gente. Seguramente, lo que debemos hacer es interpretar este episodio como una metáfora que quiere decirnos que realmente existe vida después de la vida; y que, al abandonar el cuerpo, nada muere, y todo permanece. El de Jesús sólo es el ejemplo cristiano para que lo comprendamos. La existencia no termina con la vida; es lo más importante que nos quiere decir cualquier religión. Quizás sea el de la muerte el momento en el que comienza nuestra verdadera experiencia. La idea es tratar de desvelar la verdad durante la vida, y sin necesidad de que llegue nuestro momento fatídico.

Después de haber tenido tantas experiencias extracorpóreas, y después de haber soñado tanto, soy plenamente consciente de que mi mente puede crear infinitas situaciones en las que yo mismo olvido quién soy, y me tengo que adaptar a un nuevo mundo dándolo por real. Cuando te ha sucedido cientos de veces, se hace fuerte en ti la idea de que ninguno de esos mundos ni de esas personalidades que habías adoptado eran reales, incluyendo tu

propia vida; y que lo único real que existe es aquello que es común a todas las experiencias: tú mismo.

Para terminar este capítulo, quiero hacer referencia a una frase que escuché, también recientemente, mientras veía la famosa serie de televisión “Juego de Tronos”. En esta escena, un anciano se encuentra en los últimos instantes de su vida, rodeado por sus amigos. Justo antes de expirar, el anciano abre sus ojos mirando a la nada, y se remonta allá a su infancia para tener una conversación con su hermano, aún de niños. Entonces, justo antes de morir, y expresándose como un infante, le decía esta frase a su hermano: “He soñado que era viejo”. Y en ese justo instante, sonreía y fallecía.

Esta frase me marcó profundamente, pues expresaba en muy pocas palabras una realidad que yo mismo estoy descubriendo, y que no obedece a ninguna fantasía. Así, estoy convencido de que no soy el único que lo ve así. Quizás no soy el único que piensa que realmente despertaremos al morir, y podremos ver nuestra vida como un sueño pasado. Es posible que sea esto lo que hace la molécula con nosotros en el instante de nuestra muerte. Además, esto sería coherente con la teoría de que producimos DMT tanto al soñar como al morir. Esta coincidencia parece querer mostrarnos que existe una relación real entre ambos estados; y, por tanto, es posible que analizando lo que son nuestros sueños, podamos acercarnos a lo que somos nosotros mismos.

Me pregunto si ésta será nuestra última percepción, nuestro último pensamiento. Quizás todo se cuadre en nuestra mente en ese último instante fatídico, y seamos capaces de comprender nuestra vida como nunca antes, al poder observarla desde el desapego -igual que podemos observar nuestros sueños al despertar, y, por ejemplo, tranquilizarnos al saber que sólo teníamos una pesadilla-. Quizás sólo entonces nos demos cuenta de que todo era irreal, y de que no teníamos motivos para temer nada. Imagínate el gozo de llevar toda la vida pensando que eras un ser limitado y finito; y, de buenas a primeras, encontrarte con que te quedan una infinidad de posibilidades por experimentar.

Pero por más que viajemos con la DMT, esto es algo de lo que no tendremos certeza hasta el día de nuestra muerte. De momento, debemos conformarnos con la posibilidad que tenemos de vivir, experimentar, y aprender; utilizar nuestro tiempo para buscar la magia dentro de nosotros, y depositar sobre ella nuestra fe para ser felices. Al menos, estaremos creyendo en algo que podemos experimentar, y no en algo que nos están contando.

Quizás, el famoso concepto de despertar de la consciencia sea más literal de lo que creemos; y realmente este despertar consista en darnos

cuenta de que somos el sueño de una mente superior. Creo que la vida no consiste en cumplir sueños, sino en despertar de los mismos. Nosotros somos el sueño, y somos también el soñador. Tomar consciencia de ello nos ayuda a afrontar la vida sin miedos. Algún día, todos moriremos y volveremos a esa fuente creativa. Entonces, recordaremos nuestra vida como un sueño, y todo lo que habrá importado serán las cosas que nos hizo sentir nuestro sueño. Debemos prestar atención a estas experiencias, a las señales que recibimos tanto en el sueño como en la vigilia, y a lo que vemos durante nuestros viajes; pues éste es el único modo que nuestro Ser tiene para comunicarse con nosotros.

El hecho de que soñemos es el más evidente reflejo de lo que realmente somos. Algún día sabremos si este axioma es verdad. Mientras tanto, sólo podemos vivir la experiencia y tratar de ser felices. Pero estoy plenamente convencido: no morimos, despertamos.

Quizás la vida consista en aprender a atravesar las capas que separan todas estas realidades, para finalmente darnos cuenta de que no tenemos un arraigo real en ninguna de ellas. Quizás despertar consista en darnos cuenta de que aquello que nosotros somos es simplemente el experimentador común a todas estas realidades; y que este experimentador continuará adelante incluso cuando nuestra vida actual haya cerrado su capítulo propio.

Es posible que nuestra esencia no resida en nuestro cuerpo, y continúe más allá una vez que lo hayamos abandonado. Puede que los sueños sean la señal que necesitamos para darnos cuenta.

“Si uno fuera Dios y lo supiera todo y tuviera el control de todo, estaría mortalmente aburrido.”

(Allan Watts, Nueve meditaciones)

28 ¿ESTOY MUERTO?

El tema de la muerte es uno de los más recurrentes entre psiconautas. Por supuesto, una de las preguntas que cabe hacerse es por qué nuestro organismo libera DMT justo en el momento de nuestra muerte. En la Naturaleza, nada sucede porque sí. El hecho de que generemos una sustancia que libera nuestra mente, precisamente del propio cuerpo, es un hecho que tiene que hacernos pensar. Esta molécula nos ayuda a tener la sensación de que realmente estamos abandonando nuestro mundo, incluso antes de que esto suceda. ¿Por qué hace esto? ¿Cuál es el propósito de esta reacción? ¿Qué intenta decirnos la vida? Por otro lado, cuando consumimos esta sustancia de manera exógena, ¿podemos afirmar que tendremos experiencias parecidas a lo que veremos en el momento de nuestra muerte? ¿realmente estamos emulando algo parecido a morir?

Evidentemente, yo no puedo responder a estas preguntas, salvo con mis propias experiencias. Aun así, éstas no suponen ninguna prueba, ni siquiera para mí, y siempre serán insuficientes en comparación con ver las cosas por ti mismo.

He tardado bastante en hablarte de ello, porque quería dejar este tema para más adelante; pero los *viajes* relacionados con la muerte son bastante habituales con los enteógenos. Para ser más exacto, habría de decirte que prácticamente durante cualquier experiencia con dimetiltriptamina en la que haya salido de mi cuerpo, la muerte simplemente se convierte en un concepto intrascendente para mí, pues paso a ser algo que está por encima de mi estado vivo o muerto. Lo que yo soy trasciende a la propia vida.

La vida y la muerte son dos caras de una misma realidad, dos estados de tu Ser que no afectan a tu naturaleza. De pronto, desaparece tu cuerpo; abres los ojos, y tu mundo también ha desaparecido. Pero ahí estás tú, en un instante eterno entre experiencia y experiencia; sin personalidad y sin

consciencia, sólo tu Ser; pura Conciencia. Y sabes que ésa es tu verdadera esencia. Estás realmente despierto. Anamnesis.

Relacionada con el tema de la muerte, debo contarte ahora una de las experiencias más impactantes que he tenido con la dimetiltryptamina, y que supuso por sí misma una de esas ocasiones en las que siento que he atravesado un nuevo velo en mi exploración interior.

Todo comenzó la tarde de un domingo que fui a visitar a mis padres. Mientras mi madre hacía café, salí a la terraza a hablar por teléfono. Allí, mi padre tenía en una jaula una pareja de pájaros *agapornis*. Yo estaba distraído con la conversación, pero en un momento dado, me fijé en que uno de los pájaros tenía un comportamiento extraño; no paraba de temblar exageradamente. Yo también había tenido pájaros como aquellos, y enseguida detecté lo que pasaba. Un día, sin estar enfermos, estos pájaros sufrían un ataque al corazón, y simplemente morían de manera espontánea. No había mucho que se pudiese hacer al respecto una vez que comenzaba.

Avisé corriendo a mi padre, que sacó al pequeño pájaro de la jaula. Se sentó en su butaca del salón, con el pájaro en su regazo. Mi padre envolvía con las manos a su diminuto amigo, mientras le susurraba y le daba besitos en la cabeza para transmitirle tranquilidad. No fue una escena dramática, sólo triste y bonita.

Finalmente, la vida abandonó el cuerpo del pequeño pájaro. En ese momento, mis ojos se fijaron en las pequeñas patitas del animal, que habían quedado engarrotadas con los dedos hacia adentro. No fue una decisión afortunada depositar allí mi mirada, pues aquella imagen se me iba a quedar grabada. Quizás veo señales donde no las hay, pero empecé a tener la sensación de que no era casualidad que aquello hubiera sucedido justo durante mi visita. Creo que, en realidad, todo son guiños y mensajes; y que la vida consiste en vivir todo tipo de experiencias para aprender de ellas. El hecho de que llamemos *señales* a estas experiencias sólo es algo arbitrario. Todo es una gran señal.

Después de lo sucedido, cenamos. Aquella noche comí más de la cuenta, y me acosté nada más volver a casa. No volví a pensar en lo que había sucedido, al menos hasta la noche siguiente.

Al día siguiente fui a trabajar, y al llegar a casa, me sentía con muchas ganas de relajarme un rato y tratar de tener una experiencia con la planta.

Me tumbé en la cama, mirando al centro de la mándala, como me gusta hacer. Recuerdo que mis brazos estaban abiertos a lo ancho de la cama, en forma de cruz. En ocasiones, ésta es la posición que me gusta adoptar, con las palmas puestas hacia arriba.

Al expulsar el vapor, éste me pareció muy denso, y toda la mándala

cobró vida, como en otras ocasiones. Los diferentes círculos concéntricos empezaron a girar y a bailar al mismo ritmo, los elefantes caminaban de verdad, las flores se abrían y cerraban... al tiempo que la vibración en mi cabeza era tan aguda que se convertía en un pitido casi imperceptible. Todo parecía ir a las mil maravillas.

A los pocos segundos, sentí un escalofrío recorriendo mi espalda. Esto es relativamente normal, como ya te he contado alguna vez; por eso, siempre me arropo bastante antes de *despegar*. Pero esta vez, era un frío diferente, desagradable, que atravesaba toda mi espina dorsal de abajo a arriba. Aquello no era normal, era como si me hubiesen transferido sangre helada a las venas.

Tras la segunda calada, el efecto del frío se agudizó aún más; tanto que me sentí paralizado. Todo mi cuerpo estaba pegado al colchón, y no era capaz de moverme. Mis manos parecían estar clavadas, como si me hubiesen crucificado a la cama. Aunque mi corazón parecía estar tranquilo, tenía un frío infernal, y ni siquiera podía echarme otra manta por encima.

Entonces, giré la cabeza hacia la izquierda, y vi algo que me resultó muy perturbador: mi mano estaba completamente engarrotada, con los dedos contorsionados hacia adentro de manera horrible. Miré la otra mano, y le sucedía exactamente lo mismo. Era lo mismo que le había pasado a aquel pájaro la tarde anterior. Mi pensamiento fue inmediato: me estaba muriendo. El mensaje era muy claro. Ahora cobraba sentido lo que había visto en casa de mis padres; ahora entendía por qué había sucedido. En aquel momento, no pensaba que estuviese teniendo una alucinación. Sentía que estaba muriendo de verdad, y la escena del pájaro del día anterior había sido un macabro guiño para que ahora entendiese lo que estaba experimentando.

Casualmente, sonaba una canción triste con ciertos aires a despedida. Tuve una serie de recuerdos instantáneos, seguidos por un momento de máxima lucidez en el que comprendí que todos los sucesos de los últimos días estaban relacionados; y que tal sucesión de acontecimientos podía estirarse hasta el infinito si nos remontamos en el tiempo. Toda mi vida no era más que el camino que me llevara a aquella experiencia, como un gigantesco puzzle que acabase de completar. Curiosamente, el momento de mayor claridad mental de toda mi vida se daba en aquel instante, justo cuando estaba a punto de morir. ¿Por qué la vida se comportaba de aquella manera? ¿De qué me servía expandir mi consciencia si minutos después ya no existiría más?

Sentí terror durante un minuto o dos; pero entonces, todo se desvaneció. De pronto, simplemente yo ya no estaba allí; no podría explicarte a dónde había ido o en qué estado me encontraba. Estaba la habitación, el mundo seguía allí; pero yo ya no formaba parte de él. Fueron instantes de serenidad, de paz mental; no debía nada a nadie, no tenía nada

que hacer, ningún problema tenía importancia. De hecho, ni siquiera recordaba haber estado vivo instantes atrás, ni el sentido que tenía todo aquel entorno. Simplemente sentía mi existencia, desapegada de cualquier otra realidad; y me encantaba sentirme así.

Cuando quise darme cuenta, flotaba en un océano infinito de colores que, a diferencia de otras experiencias vertiginosas, ahora me acompañaba suavemente en mi viaje. Yo era un dato más allí, ridículamente pequeño. Sentía que podría quedarme en aquel estado para siempre. De hecho, sentía que llevo en ese estado desde siempre, y que cualquier otra realidad sólo es un espejismo, un chispazo. Podía intuir que estaba muerto, pero lo más raro es que sentía que estaba en mi estado natural. Aquello era la auténtica vida, y sin necesidad de encarnar a un ser físico; sin preocupaciones ni dolores, sin tener que alimentarme ni competir con los demás. La vida humana me parecía sin sentido, muerta, inerte, en comparación con aquel estado.

En cierto modo, allí el tiempo no era igual que aquí; parecía detenido, plástico, y manipulable, un parámetro más sobre el cual dibujar el mundo a placer. Comprendí, entonces, que no es necesario el tiempo para que existan las experiencias; sino que es la experiencia de la vida quien provocan la existencia del tiempo, como un factor necesario dentro de la misma. Por eso, cuando sales de tu experiencia vital, el tiempo deja de afectarte.

Para que me entiendas, es algo parecido a lo que sucede cuando, al soñar, generamos líneas temporales cada noche que son independientes entre sí. Cada vez que sueñas, generas un mundo con su propia línea temporal; pero ésta deja de tener sentido en el momento en que despiertas. Es posible que lo mismo suceda con nuestras diferentes vidas, sin que necesariamente exista una relación o continuidad entre ellas.

Así, me encontraba flotando y feliz, ajeno a la idea de tener que volver a mi cuerpo en algún momento. Minutos después, empecé a notar mi respiración; aunque muy a lo lejos, y muy pausada en el tiempo. Era como un lejano rumor, un sonido armónico que me era familiar, pero que no lograba identificar. Y, por algún motivo, sabía que aquel sonido presagiaba algo que no me iba a gustar. Yo no quería volver a la vida.

Aquella sospecha pronto se convirtió en realidad, y empecé a ser consciente de que aquello era mi respiración, y de que no estaba muerto. Muy poco a poco, fui recobrando la consciencia sobre mí mismo, al tiempo que todo se ralentizaba muchísimo conforme volvía al mundo físico, increíblemente denso. Era tan palpable como caer a una piscina después de saltar desde el trampolín.

Noté perfectamente cómo se activaba mi pensamiento desde el silencio absoluto, y cómo buscaba torpemente las primeras palabras para llegar a razonamientos que segundos atrás no necesitaba. El mundo humano, nuestro modo de pensar... todo me pareció increíblemente lento. No podía creer que volviese a estar atrapado en este cuerpo, de nuevo arrastrándome

por esta línea temporal. No sabía cuánto tiempo había pasado aquí, en el plano físico; pero tenía la sensación de llevar una eternidad allí. De pronto, todo se había densificado enormemente. Volvía a estar en este cuerpo, en este mundo, en este tiempo...

Aquel día no me sentí bien al volver en mí. Otras veces había sentido algo parecido, quizás una ligera ansiedad; pero aquel día sentí auténtica pena de tener que volver. Estaba sintiendo pena por mí mismo, una pena que parecía venir proyectada desde ese *otro yo* fuera de mí. Sentí tanta impotencia, que incluso se me saltaron las lágrimas.

No me gustó recordar que seguía atrapado en este mundo. Aunque estoy intentando no hablar de todos los problemas que tenía por entonces, cada vez me sentía más ahogado por ellos: los problemas en el trabajo, la incomprensión de mi familia en aquellos momentos, y mis crecientes sentimiento de falta de libertad...

Nada más volver a mi cuerpo y recordar todos mis problemas, sentí un fuerte pinchazo en el pecho. Fue todo muy palpable en aquella ocasión, un proceso realmente sencillo de comprender. Primero había aparecido mi infelicidad, y después, el dolor físico. Mente y cuerpo enviándome el mismo mensaje, justo después de aquella experiencia. Era tan sencillo de ver, que lo extraño es que nunca me hubiese dado cuenta antes.

Por primera vez, estaba siendo perfectamente consciente de que no era feliz con mi vida, y de que estaba mejor al otro lado. *Estaba mejor muerto*. Y eso no podía seguir siendo así, no podía seguir prolongándose. Esto no podía tener otro significado, salvo que no estaba haciendo bien las cosas en mi vida.

La experiencia había sido muy real. Había tenido la perfección al alcance de mis dedos; pero ahora se me escapaba, como si tratase de retener el aire con las manos. Era la primera vez que me encontraba llorando por una experiencia con la planta, y éstas eran lágrimas por ser consciente de mí mismo y de mi realidad. Quizás es esta sensación lo que tratan de evitar aquellos que se niegan a probar una experiencia con la planta, por más y mejor que hablo yo de ella.

Definitivamente, allí había un mensaje. Algo tenía que cambiar, la vida me estaba enviando señales evidentes. Tal vez ése fue el primer momento, cuando me dolió volver a mi cuerpo, en el que fui consciente de que yo no era feliz.

Para aprender a vivir, primero hay que morir. Ahora, esta frase adquiriría todo su sentido. La planta se iba a convertir, desde aquel momento, en mi baremo; un termómetro de la felicidad que me indica, sin duda, cómo me encuentro en cada momento. Empecé a fijarme mucho en lo que sentía cada vez que volvía a mi cuerpo después de haber estado fuera, y estas

experiencias se convirtieron en una guía para mí. Es una sensación a la que no se puede engañar; y después de la cual, tampoco pude volver a engañarme a mí mismo.

Y he aquí la enorme diferencia que hay entre nuestros pensamientos y nuestros sentimientos. Mientras que nuestros pensamientos son creaciones nuestras, y pueden estar equivocados; nuestros sentimientos son el modo en el que percibimos esos pensamientos, el modo en que nos afectan. Por tanto, mientras exportamos el pensamiento, el sentimiento nos viene como algo importado; y si bien los pensamientos pueden engañarnos, los sentimientos nunca nos engañan. Por eso, ahora que puedo aislar mis sentimientos de mis pensamientos, aunque sea durante la fracción de segundo en la que *vuelvo a la vida*, me resulta mucho más sencillo saber con objetividad en qué estado me encuentro, sin la interferencia de mis pensamientos. Si, al volver a mi cuerpo, me siento terriblemente mal, es que algo estoy haciendo de manera incorrecta con mi vida; y son mis pensamientos y mis creencias los que me han llevado a esa situación; por tanto, también son aquello que debo cambiar.

Es a nuestros sentimientos a quienes debemos hacer caso, y no a las creencias que nos han llevado a ellos. Si algo nos hace sentir mal, la clave podría estar en esa creencia, y no en el hecho objetivo que nos esté sucediendo. Por entonces, mi malestar era una evidencia, tanto en el plano físico como psicológico; y después de cada *viaje*, era mayor mi necesidad de tocar alguna tecla que lo cambiase todo.

Por tanto, desde aquella experiencia, la planta adoptó un nuevo rol para mí. Desde entonces, cada vez que volvía a entrar en mi cuerpo después de una experiencia, empecé a fijarme en qué era lo primero que sentía, más allá de los motivos. Y fue entonces cuando fui consciente de que había algo que no iba bien. Yo debería sentirme feliz de estar vivo y en este cuerpo, pero rara vez eso sucedía; al contrario, me sentía horriblemente atrapado, y me dolía el pecho. Y ese dolor estaba siempre ahí, desde hacía mucho tiempo; tanto, que había dejado de detectarlo. Pero ahora, por fin lo veía claro. La planta no me permitiría seguir adelante como si nada. Llegaba el momento de tomar decisiones importantes.

“Se preferirán las tinieblas a la luz, se encontrará la muerte mejor que la vida, y nadie mirará al cielo.”

(Hermes Trismegisto, *Poimandres*)

29 CARCASA

Hace algunos años, antes de mi primera visita a casa de Juan, falleció mi abuelo materno. Cuando mi madre me avisó, salí del trabajo, y me dirigí a la casa de mis abuelos, en la que tantos fines de semana había pasado en mi infancia. Después de saludar a todos, me dispuse a entrar en el salón, con la intención de sentarme en el sofá y descansar un rato.

Yo pensaba que el cuerpo de mi abuelo ya había sido retirado, pero al entrar en el salón, me topé de frente con lo que quedaba de él. Estaba tumbado en el sofá, mirando hacia arriba, como tantas otras veces le había visto echarse la siesta. Sin embargo, ahora parecía mucho más pequeño que como le recordaba.

Por algún motivo, me senté a su lado. Hacía horas que mi abuelo ya no estaba en aquel cuerpo, pero quise ponerme junto a él para despedirme. Ambos nos habíamos encontrado en aquella misma posición infinitas veces en el pasado.

Era la primera vez que me encontraba a solas junto a un cadáver. Al principio, me sentía conmovido por la situación. Le cogí la mano, y la noté increíblemente inerte. Su brazo entero estaba rígido como un palo. No fue agradable, y la solté rápidamente; hacer aquello no había sido una buena idea.

El cuerpo tenía la boca entreabierta, como haciendo una mueca. Ignorante de mí, quise cerrársela con la mano, pero aquello no se movió ni un ápice. La cara de mi abuelo estaba rígida como si fuera de madera. ¿Quién hubiera imaginado que semejante *muñeco* hubiese albergado realmente una vida horas atrás? Aquello no era mi abuelo. Era muy fácil sentir aquel cuerpo como un vehículo vacío, seco. Fuese lo que fuese mi abuelo, no había muerto; sino que había abandonado aquel cuerpo. Ya no estaba allí.

Por algún milagro, aquel cuerpo había estado lleno de energía, y había albergado la consciencia de mi abuelo; y por aquella misma magia, ahora era capaz de darme cuenta de que la muerte no consistía en un simple proceso de apagado; sino que lo que se había ido era mucho más real que lo que se había quedado. Lo que realmente fuese mi abuelo, forzosamente, tenía que estar en otro lugar.

Aquellos minutos al lado del cuerpo de mi abuelo fueron una terapia para afrontar aquellos días y transmitir a mis familiares la fuerza que necesitaban. Yo estaba tranquilo, convencido de haber comprendido algo nuevo acerca de la muerte, y entendiendo el fallecimiento de mi abuelo como una nueva oportunidad de aprendizaje.

Los humanos vivimos permanentemente preocupados por nuestra existencia después de la muerte, por nuestro miedo a desaparecer. Pensamos que la muerte es algo que no podemos experimentar, y creemos que hay personas más preparadas que nosotros para explicarnos lo que significa el hecho de vivir y de morir. El miedo a la muerte es el más primigenio de nuestros temores; y por ese miedo, nos hemos vuelto fácilmente manipulables.

Craso error es conceder a otro el inmenso poder de alimentar nuestras creencias. Te digo esto, amigo, porque realmente necesito que entiendas por qué hago lo que hago. La Naturaleza nos ha otorgado las herramientas necesarias para comprender el punto exacto de nuestra existencia en el que nos encontramos; y para poder intuir de dónde venimos, que es el mismo lugar que a donde vamos. Es muy importante interiorizar la idea de que nuestro cuerpo sólo es un vehículo, un instrumento temporal. Lo que yo no imaginaba es que resultaba tan fácil darse cuenta cuando uno ve de cerca el cuerpo de alguien a quien conocía bien, y comprende que eso no es lo que nosotros somos.

Ha pasado bastante tiempo desde aquella primera vez que me sentí muerto dentro de un viaje. Sin embargo, esto es algo que ha vuelto a sucederme otras veces.

Estos viajes no tienen por qué ser diferentes de los demás, y puedo estar viendo las mismas cosas, los mismos mundos... La diferencia es que, durante estas experiencias, siempre llega un momento en el que, de pronto, tengo la certeza de estar muerto. Aunque yo no utilizaría esta palabra para describirlo; más bien, debería ser un superlativo de *vivo*. Me siento libre, desapegado, intemporal, inmortal, infinito. Es un sentimiento indudable, como despertar por la mañana. Sí, estoy muerto; pero es lo mejor que me ha sucedido nunca.

Después de la primera vez que sentí estar muerto, clavado a mi propia

cama; todas las demás parecen ser un reflejo de aquella. Cada experiencia me recuerda que lo que estoy experimentando tiene algún tipo de relación con el hecho de estar muerto o estar vivo. Parece sugerirme que, en realidad, no hay diferencia entre ambos estados. Puedo sentirlo. Me encuentro vivo y muerto al mismo tiempo. Dormido o despierto; pero siempre soy.

Años atrás, antes de empezar con mis experiencias con la planta, tenía un miedo terrible a la muerte. Durante toda mi vida, he pensado que la muerte consistía en un vacío absoluto, la desaparición del Ser y de toda existencia. Es un pensamiento que me ha quitado el sueño durante años. Sin embargo, aunque al principio no lo advertí, ese miedo ha ido desapareciendo progresivamente; y probablemente, ésta es una de las mejores cosas que los enteógenos han hecho por mí.

Da igual si estoy equivocado o no, es algo que no puedo saber. Lo que importa es que estas experiencias me ayudan a afrontar el resto de mi vida con menos miedo; y eso es algo que realmente está sucediendo. El miedo a la muerte desaparece cuando uno comprende que, lo que uno es, no tiene forma; y sólo hace uso del cuerpo para vivir. La vida puede llegar a resultarte extraña; y aunque te sea imposible definir el Ser que realmente eres, sí que puedes detectar fácilmente aquello que no eres -éste es el camino que sigue, por ejemplo, la filosofía advaita, una corriente cercana al hinduismo-.

Cuando alguien fallece, la muerte sólo existe a los ojos de quienes permanecen en este mundo temporal, y ahora ven un cuerpo inerte donde antes hubo un ser vivo. Para algunos, puede resultar aterrador ver ese cuerpo; pensar que la existencia ha desaparecido con la persona, y que ése es el destino de todos nosotros. Pero esto sólo es un espejismo. El ser que una vez estuvo aquí, ahora se encuentra en otro estado; ajeno a su vida anterior, la cual percibe como un lejano eco sin importancia, como un sueño que está olvidando.

No debemos tener miedo a desaparecer, ni a perder nuestra identidad. No lo haremos. Sólo dejamos de sentir que somos la persona; pero nunca dejamos de sentir que somos nosotros, que somos el mismo Ser. No es algo triste. La muerte, como la vida, forma parte de nuestra existencia; es un cambio de estado en el que trascendemos a algo diferente e inexplicable para nosotros.

Tener miedo a morir nos hará vivir afligidos. Pero esto es algo a lo que no estamos condenados. Nuestra Naturaleza nos brinda la oportunidad de asomarnos al *otro lado* tantas veces como necesitemos para estar convencidos de que nuestra existencia va mucho más allá que nuestra vida. Una vez que lo hemos comprendido, cambiamos como persona, nos

volvemos difícilmente manipulables, pues nadie ha visto más allá que nosotros.

Quien ha tenido la suerte de ver más allá se siente un privilegiado para el resto de su vida; pues sabe que ha despertado, y se sabe infinito. Una vez que sabes esto, te vuelves prácticamente invulnerable.

*“Únicamente el hombre es doble: mortal por el cuerpo, e inmortal por su propia
esencia.”*

(Hermes Trismegisto; *Poimandres*)

30 LA FLOR HUMANA

Todas las religiones creen en algún tipo de existencia después de la muerte; y eso es lo que les da sentido. Un concepto muy asociado a esta idea es el de la reencarnación. Pero los humanos tenemos la tendencia a reducirlo todo a unas cuantas palabras, y ello nos acaba alejando de la realidad. Muchos piensan que el hecho de reencarnarse significa que nuestra alma es algo parecido a una energía que vive saltando de cuerpo en cuerpo a lo largo del tiempo mientras evoluciona en algún sentido. Esto sucedería en innumerables ocasiones hasta que el alma ha logrado purgarse de sus vicios, y es pura para acceder al siguiente estado, bien sea el Cielo, el Nirvana... A este proceso se le conoce como 'metempsicosis'; y si bien fue Platón quien acuñó el término, antes que él ya existía esta idea entre los hindúes y los celtas. "El cuerpo es la cárcel del alma inmortal", que decía el gran filósofo griego.

Sin embargo, esta forma de entender la vida después de la muerte me resulta demasiado simple. Por un lado, implica los conceptos de justicia divina, y la necesidad de portarnos bien para seguir evolucionando y no involucionar hacia una especie animal. Además, la reencarnación clásica implica una linealidad temporal en nuestras experiencias vitales, e implica que todas ellas se van a dar forzosamente en el mismo mundo. Y esto tampoco creo que suceda de esta manera. Sí, creo que volvemos a existir una y otra vez, pero estas experiencias no tienen por qué seguir una relación entre ellas más allá de que seamos el mismo Ser quien las está experimentando.

Creo que, cuando morimos, vamos a un estado donde el tiempo no tiene por qué existir del mismo modo que aquí. No tenemos por qué reencarnarnos en el futuro; sino en otro estado que no tiene por qué tener nada que ver con el modo actual que tenemos de concebir la vida, ni con

nuestro propio mundo. Gracias a la planta, he podido percibir modos de existencia increíblemente heterogéneos e inexplicables; modos de consciencia donde no debería haberla; o seres que existen y son conscientes, a pesar de carecer de cuerpo físico.

Además, no necesariamente aquello en lo que vayamos a convertirnos tiene que ver con los méritos que hayamos logrado en la vida anterior. Eso es un invento humano, un invento de las religiones. Algo me dice que esto no tiene nada que ver con la realidad, y que ésta es una creencia surgida por los intereses de alguien.

Efectivamente, creo en nuestra existencia después de la muerte; pero creo que no nos reencarnaremos en este mismo mundo, ya que el abanico de posibilidades es infinito, y las probabilidades de volver a acabar aquí son nulas; como lo son las posibilidades de dormir y volver al mismo sueño de la noche anterior. Cada experiencia es independiente de las anteriores. Lo único común y que permanece es la percepción de ser yo quien vive la experiencia, independientemente del ser al que esté encarnando, de su consciencia, y del mundo en el que me haya tocado vivir.

Lo que sí es posible, es que nuestra próxima experiencia vital sea algo así como un sueño que parte desde esta propia vida, desde nuestra consciencia al salir de nuestro cuerpo. Así, lo que hagamos durante nuestra vida, influirá en ese estado de consciencia final; existiendo, de este modo, algún tipo de linealidad o repercusión de una vida sobre la siguiente.

Créeme, existen mundos complejos e inexplicables en los que nuestra forma de entender la vida es increíblemente rudimentaria. No tenemos ni idea de qué es lo que nos espera, a cuál de esos infinitos mundos iremos a parar. Yo sólo puedo decirte que los he visto, y que estoy seguro de que nos esperan después de la vida.

Si creemos ser finitos, nuestro primer pensamiento siempre va a ser que no queremos dejar de existir. Por eso, vamos a vivir con miedo. Así, no debemos aferrarnos a la teoría de la reencarnación como un reflejo de nuestro ego.

No entendemos qué es lo que nos espera, y tampoco lo necesitamos. Basta con poder experimentar la existencia de ese algo más, y depositar nuestra fe en que no nos estamos equivocando. A partir de ahí, todo lo que nos queda es disfrutar de nuestra vida, y hacer de ella una historia bella, con amor, y con sentido.

Las primeras veces que logras *salir de tu cuerpo* de manera consciente, te quedas muy desconcertado. Pero cuando lo has hecho en docenas de ocasiones, empiezas a entender la realidad de manera muy diferente. Sé lo que es existir fuera de mi cuerpo, sé que esa existencia es posible. Incluso sé lo que es existir fuera de mi mundo, habiendo olvidado la persona que ahora soy. Y lo más extraño es que sé que eso puede suceder sin que pierda

mi identidad en ningún momento, siempre sigo siendo yo mismo. Sé que lo que soy no tiene nada que ver con esta persona que hoy te escribe, ni con sus recuerdos. Todo en la persona cambia; pero yo nunca lo hago. Es una liberación saber que no soy este cuerpo, ni soy esta persona; y que me espera algo *al otro lado*. Vida y muerte son dos estados que se solapan, ambos forman parte de una misma existencia y de un mismo Ser. Y, en ocasiones, puedo experimentar ambos estados a la vez.

Durante estos dos últimos años, he logrado convertir mi apatía en fe; y mi miedo a la muerte, en expectación. Tenga fundamento o no, me gusta pensar que, a la hora de mi muerte, no sólo estaré conectado a la Conciencia original que me da vida; sino que yo mismo me convertiré en esa misma fuente de conciencias. Volveré a esa mente infinita creadora de universos, capaz de reproducirse desde cada nueva forma de vida.

Liberado del cuerpo, no hay límites para mi capacidad de creación. Liberado de mi consciencia humana, vuelvo a ser una Conciencia universal; una fuente que jamás deja de crear. Aquello que me enseñaron como el Cielo, reside en el interior de mi propia mente; una mente soñadora e infinita a la que cada vez trato de acercarme más.

Por supuesto, al igual que yo, existen millones de personas e infinitos seres cuyas consciencias están en permanente evolución, danzando al unísono, soñando unas con otras, y dando lugar a nuestro mundo e infinitos mundos. Todos formamos parte de esa misma danza cósmica infinita. Pero, todo esto, ¿para qué? ¿De qué sirve tanta evolución si, al final, llega un día que perecemos y todo cuanto aprendimos queda en el olvido?

Para responder a esto, podemos aprender mucho de nosotros mismos observando a la Naturaleza. Vemos que el gusano se convierte en mariposa; o que las plantas crecen hasta que un día florecen. Nosotros no somos diferentes. Somos crisálidas con la capacidad de sufrir una metamorfosis; seres que vienen al mundo para florecer. Ése es nuestro objetivo, y el de cualquier ser que conozcas.

Pero los seres humanos no somos plantas ni gusanos; no formamos flores ni capullos. Nuestra principal característica como especie es nuestra inteligencia, así como nuestra capacidad de consciencia. Y es de este modo, y de ningún otro, como debemos entender nuestro florecimiento. Al igual que el gusano desaparece para dar lugar a la mariposa, cuando llegue el día de nuestra muerte, por fin comprenderemos el sentido que ha tenido nuestra vida. No debemos entender este momento como el de nuestra marchitez, sino como el de nuestro florecimiento. Toda nuestra vida está encaminada a este punto.

Todo lo que sabemos con certeza, es que algún día moriremos. Por eso,

tenemos toda la vida para prepararnos. Como flores, capullos, o crisálidas que somos, tenemos un cometido. Al abrirnos, no sólo alcanzamos nuestra máxima belleza y cumplimos con aquello para lo que estamos aquí; sino que, al hacerlo, soltamos nuestro polen, y colonizamos la tierra para que nazcan otros como nosotros. La consciencia siempre da lugar a más consciencia, mientras que la ignorancia de uno mismo siempre lleva a una vida de oscuridad. No pertenecemos a este mundo, pero ahora vivimos en él; y después de nosotros, otros lo harán. Tenemos una responsabilidad, un cometido real para con la Vida. El florecimiento de nuestra consciencia es un proceso que culmina en nuestra muerte, pero que debe darse desde el momento en que nacemos. Debemos expandir nuestra consciencia, nuestro conocimiento de nosotros mismos, y tratar de hacerlo llegar a los demás. Así, algún día, nuestro planeta será un gigantesco campo de flores de máxima belleza y armonía; y no el terreno seco y degradado, ausente de consciencia y lleno de cemento, en que lo hemos convertido hoy.

“Las almas iban a ser aprisionadas en los cuerpos. Algunas gemían y se lamentaban, como cuando los animales salvajes y libres son encadenados.”
(Macrobio, comentario sobre *El Sueño de Escipión*)

31 LAS MUERTES DE WANZA

Volvimos a hacer una reunión algunos de los de la ‘Tribu’, el grupo de psiconautas que formamos casi al principio. Ya ha pasado bastante tiempo desde la primera vez que nos vimos, y ha crecido mucho la confianza entre nosotros. Ya no somos un montón de desconocidos con una pasión común, sino que han surgido amistades muy sólidas.

Uno de los que vino a la reunión fue Wanza (Juan Salvador). Durante los últimos meses, le había visitado alguna vez en su casa del campo. Es un hombre bastante más joven que yo, y un tipo muy agradable en general. Además, siempre que voy a verle, vuelvo a casa con un montón de productos de su huerto, o con aceite de su molino.

El caso es que, en la reunión del otro día, Wanza nos contó algo que lleva sucediéndole prácticamente desde que empezó a experimentar con enteógenos, y que hace que algunos de sus viajes tengan un carácter muy diferente a los que tenemos los demás.

Mucho antes de conocernos, Wanza tuvo la mala suerte de encadenar varios accidentes de coche. En estos accidentes, pasó por situaciones tan desagradables como “verse atrapado sin poder moverse”, o “sentir los cristales fríos clavados en su piel”. Sin embargo, lo que nadie podría imaginar, es que estos accidentes volverían a manifestarse de alguna manera en su mente, cuando años después empezase a consumir enteógenos, especialmente aquellos de origen fúngico. Aunque resulta incómodo preguntarle sobre ello, él nos cuenta, una y otra vez, cómo le suceden estas experiencias.

Wanza nos contó que hay un patrón que suele repetirse durante estos *malos viajes*. Cuando se produce el *despegue*, siente un enorme frío, igual que

me sucede a mí en ocasiones. Pero entonces, Wanza no se ve transportado a mundos psicodélicos ni a estados abstractos, sino que suele aparecer espontáneamente en mitad de un accidente de tráfico, en la sala de urgencias de un hospital, o en mitad de una operación. Estas experiencias son muy detalladas y visuales; y puede incluso ver “a los otros pasajeros que iban en el coche, o a las personas que hay en las camillas cercanas en el hospital”. Todo sucede de una manera terriblemente realista.

Durante esos instantes, puede sentir a la perfección la inmovilidad de su cuerpo, el dolor de un hueso roto, o las heridas de los cortes. Puede sentir, incluso, cómo la vida le abandona poco a poco. No puede moverse; sólo ver, sentir, y escuchar. No lo siente como si fuese su propio cuerpo, pero lo puede experimentar. Es, según él, algo más parecido a la empatía que a una verdadera sustitución.

Mientras transcurre la situación, él es consciente de todo lo que sucede a su alrededor. Puede incluso sentir los dos mundos a la vez: aquel en el que está su cuerpo real, y el otro en el que se siente atrapado en un accidente o similar.

Siempre según sus palabras, al comienzo del viaje suele sentir miedo por la situación que está viviendo; por el accidente o el drama en el que acaba de aparecer. Pero después, muchas veces, dice sentir algo más. Aunque Wanza nunca llega a mimetizarse con la otra persona, puede notar cómo ésta abandona su cuerpo, para quedar en un estado de quietud y tranquilidad absolutos. Puede sentir su liberación, la enorme paz de abandonar el mundo. En ese momento, el sujeto parece comprender su estado, reconocerse a sí mismo, y volver a casa. Mientras tanto, Wanza es testigo de todo ello; sintiéndolo todo, aunque desde el más absoluto desapego.

Me llama la atención que Wanza suele decir que, cuando abandona su cuerpo, tiene una “enorme sensación de PAZ, en mayúsculas”. En ocasiones, se le llenan los ojos de lágrimas, y vuelve a su cuerpo muy agradecido de vivir. Cada experiencia de este tipo le ayuda a tener una mayor comprensión de lo que es la muerte, y de lo que es la vida. Al volver en sí, su primera reacción siempre es buscar a su mujer y besarla como si llevase años sin verla.

Como estas experiencias parecen tan reales, Wanza siempre acaba preguntándose si estos accidentes se han producido de verdad, o si son creaciones de su mente. Cuando no lo has experimentado, la respuesta parece evidente, y es más lógico pensar que sólo son alucinaciones. El problema es cuando te ha tocado a ti vivirlo, ya que la experiencia siempre te deja un poso de realidad difícilmente menospreciable.

Sea cual sea el origen de estas experiencias, parece evidente que mi

amigo Wanza ha desarrollado una mayor facilidad para atraerlas. A veces, el cerebro humano parece comportarse como un aparato de radio que recibe nuestra consciencia en una determinada frecuencia. Esto sería lo mismo que decir que nuestra consciencia no está en nuestro cerebro, sino en nuestras células, el éter, o algún otro lugar inimaginable. El caso es que, si nuestro cerebro actuase como una radio, estaría expuesto a ser trastocado y recibir en un momento dado una frecuencia que podría no ser la de nuestra consciencia. De este modo, nuestra mente -y nuestro Ser- podría ser testigo de una consciencia que no es la que corresponde al cuerpo; saltándonos de esta manera cualquier barrera espaciotemporal que pudiese existir entre dos diferentes seres.

La consciencia, al fin y al cabo, es información; y toda información se puede transformar en vibración. Todo consistiría en aprender a manipular nuestra *radio*; y aunque creo que es un modo burdo de explicarlo, quizás sea algo parecido a esto lo que estamos haciendo con los enteógenos. Es posible que estemos ampliando nuestro horizonte de captación, y que realmente tengamos un *tercer ojo* que nos permite contactar con niveles más profundo de nuestro Ser, con otros seres, el Cosmos, o la Naturaleza; depende de quién te lo cuente.

Quienes creen en la existencia de una gran Memoria que lo recoge todo -algún tipo de *registro akáshico*-, defienden la posibilidad de que todo lo experimentado por todos los seres que existen, queda reflejado en un infinito océano de información. Nosotros podríamos acceder a esa vasta red de experiencias a través de nuestra mente, conectando con ella de una manera que no podemos ni imaginar, a través de la práctica de la meditación; o del consumo de enteógenos, en nuestro caso.

Debemos aprender a sintonizar para poder experimentar aquello que no pueden darnos nuestros sentidos. Nuestro cuerpo vive en un mundo, y está limitado; pero nuestra mente está capacitada para salir de él, y enseñarnos todo lo que existe entre nosotros y el mismísimo infinito. Da igual si pensamos que estas experiencias han sucedido realmente o no, si estamos conectando con seres que existen en este mundo o no, pues no hay diferencia dentro de la mente infinita de la que todos formamos parte. Es allí a donde tenemos que viajar. Donde está la fuente de todas las experiencias es donde estamos nosotros. Descubrirlo sólo es una cuestión de voluntad. No hay en mi vida nada más importante que este proceso.

“Los pueblos llaman muerte a la transformación, porque el cuerpo se descompone y la vida deja de ser visible.”

(Hermes Trismegisto, *La Inteligencia a Hermes*)

32 EL TODO

Querido amigo. Es posible que éste sea el capítulo más difícil de los que me quedan por escribir, pues tengo que afrontar ahora un tema acerca del que todas las personas tenemos un punto de vista diferente. Creer o no creer en Dios es algo que todos elegimos, y donde no nos gusta que ningún otro trate de interferir o convencernos de sus creencias. Yo soy el primero que siempre me he negado a aceptar las ideas de otro al respecto de Dios. Lejos de ser un agnóstico, siempre me he considerado ateo; y negaba la existencia de ninguna divinidad simplemente porque no creía en la Iglesia. Ni siquiera me planteaba que pudiese haber algo de verdad en estas creencias. Casi todos los jóvenes de mi generación pensábamos de esta misma manera, y nos creíamos más listos que nuestros padres y abuelos, simplemente por nuestro negacionismo.

Sin embargo, negar algo porque no lo has visto es tan absurdo como creer en algo que no puedes ver.

Con todo lo que te he contado hasta ahora, podemos pensar que todo nuestro Universo es sólo una cuestión de azar; o bien intuir la existencia de una inteligencia que deja evidencias de sí misma en la Naturaleza. Esta inteligencia se plasma en la existencia de una voluntad presente en la energía que compone el mundo.

Sin embargo, hasta el momento, esa inteligencia se me ha presentado siempre como algo más parecido a un algoritmo de creación, o una simulación procedimental, todo ello sin ninguna calidad espiritual o de amor. Visto así, Dios no dejaría de ser una serie de leyes inteligentes que provocan que todo suceda siguiendo una determinada línea, y llevándonos a lo que hoy conocemos como *evolución*. Incluso aunque todo sucediese de una manera puramente azarosa, Dios sería el azar.

¿Pero cómo puede ser la Naturaleza tan inteligente? ¿Es lógico que el simple azar pueda llevar a la creación de estructuras inteligentes y conscientes partiendo de la nada? ¿Puede la consciencia nacer de la inconsciencia? ¿Puede existir un orden inteligente sin que exista inteligencia?

Tras sólo dos o tres *viajes* con la planta, fui consciente por primera vez de que todo parece obedecer a algo. Gracias a la planta, en ocasiones creo acceder a ese sistema operativo común, un océano de información donde todo resulta sencillo de entender, aunque imposible de expresar en un pensamiento o en palabras. Todo nuestro Cosmos parece comportarse como un único organismo; y desde mis estados alterados de consciencia, soy capaz de comprender el funcionamiento de este organismo al completo. Todo lo que existe parece danzar al unísono, partiendo de los niveles más elementales de la materia, y llegando hasta sus seres más evolucionados.

Así, podríamos pensar en Dios como en una calculadora infinita de probabilidades; mientras que nuestro mundo no es más que una de esas ínfimas opciones posibles. En el comportamiento del Cosmos hay inteligencia, y hay voluntad de crear. Pero, en principio, no encontraremos calidad emocional en este comportamiento; sólo Cosmos, y el desarrollo de los infinitos sucesos causales que componen nuestro mundo. Hasta aquí, incluso aquellos que no creen en Dios, podrían estar de acuerdo conmigo. De hecho, todo parece relativamente sencillo y natural.

La vida es muy fácil de entender si nos centramos en estudiar *cómo* suceden las cosas: qué sucesos llevan a qué otros sucesos. Ésta es la labor de la ciencia, que rara vez se equivoca. Pero todo se complica cuando nos olvidamos del *cómo*, y cambiamos la pregunta a *por qué* suceden las cosas de la manera en que suceden: por qué existe ese comportamiento inteligente en la Naturaleza; por qué estamos aquí; qué es el mundo en que vivimos, y cuál es nuestro papel aquí. Ésta es la labor de la filosofía.

Todos tenemos un concepto personal acerca de Dios, el cual depende de un montón de factores que no siempre hemos controlado, principalmente relacionados con la cultura dentro de la que hemos nacido. Por eso, si queremos llegar a una verdad común partiendo desde cero, debemos deshacernos de los prejuicios concebidos a lo largo de nuestra vida; ya que estos prejuicios nos alejan de los demás, y de llegar a una verdad común. Para conocer si realmente existe un Dios válido para todos, debemos deshacernos de nuestro concepto de dios particular.

Así, aunque en adelante me veré obligado a seguir utilizando la palabra *Dios*, debes entender que la afronto desde un punto de vista neutral y libre de cualquier creencia anterior, o religión existente. Es un dios metafísico y objetivo, que trato de descubrir por mí mismo, y sin la ayuda de nadie.

A lo largo de la historia, la palabra *Dios* se ha utilizado desde infinitas perspectivas, y todos pensamos en ella de una manera diferente. Es seguro que, cuando yo digo *Dios*, aquello que tú entiendes es diferente de lo que yo quiero expresar. Por eso, soy reticente a utilizar este término, que se puede acabar convirtiendo en un escollo insalvable entre tú y yo. Sin embargo, en ocasiones es inevitable tener que hacerlo.

Tampoco quiero que interpretes que mis palabras van orientadas hacia alguna religión en concreto. Yo no hablo del dios de ninguna religión, sino de una idea que brota de mis propias experiencias personales.

Para el título de este libro, he preferido las palabras ‘De la Mente al Todo’. Podría haber utilizado otras palabras, y llamarlo ‘De la Mente a Dios’, y hubiese significado exactamente lo mismo para mí. Sin embargo, esto podría haber llevado a la confusión acerca de su contenido, ya que todas las personas habrían pensado automáticamente en su dios particular, y habrían pensado que esto se trata de un libro de religión o teología. Por eso, me decidí por un término aséptico como ‘el Todo’, para tratar de describir esa *naturaleza superior* existente en nuestro mundo, pero partiendo desde un punto de vista neutral y libre de prejuicios.

En el próximo capítulo, trataré de explicarte de dónde viene esta palabra, y por qué se convirtió en tan importante para mí. Es el momento de que abras tu mente un poquito más, si cabe; y de que nunca olvides que todo lo que te estoy contando se refiere a mi propia experiencia. Todo esto lo he visto de verdad.

“El mundo es la manifestación visible de un dios invisible.”
(Hermes, *II libro de iniciación o Asclepios*)

33 HERMETISMO

Seguramente, te habrás fijado en que suelo cerrar cada capítulo de este libro con alguna frase de un personaje relevante, o con un axioma filosófico. La mayoría de estas frases me las he encontrado durante los últimos años, en los libros en los que me he inspirado para poder escribirte. Las he elegido, tanto para rendir homenaje a sus autores, como para demostrarte que aquello de lo que ellos hablan no estaba tan lejos de lo que yo mismo te estoy contando hoy.

Como habrás visto, gran parte de estos axiomas pertenecen al filósofo Hermes Trismegisto. La primera vez que escuché hablar de él, fue gracias a un podcast denominado “Camino de Consciencia”, el cual descubrí al poco tiempo de iniciarme con la planta, y que me ha sido de enorme utilidad para conocer a docenas de pensadores que se acercan mucho a mis propias ideas. Supuso toda una fuente de nuevos conocimientos para mí. Siempre estaré enormemente agradecido a esta fantástica publicación altruista, cuyo único objetivo es ayudar a despertar las consciencias de las personas.

Los libros atribuidos a Hermes Trismegisto provienen de la Grecia alejandrina, y son posteriores a la figura del propio Hermes -quien, de haber existido de verdad, lo hizo en el Antiguo Egipto-. Estas obras son todo lo que nos ha quedado de la increíble primera escuela filosófica del mundo. Estos documentos, cuyos orígenes son variados, también son conocidos como “*Corpus Hermeticum*”.

En sus primeras páginas, el propio Hermes -de quien se dice que es el dios Tot de los egipcios- nos habla de cómo un día, después de haberse estado haciendo preguntas sobre la vida, conectó en sueños a través de su mente con un ser superior a él, el cual se le presentó con el nombre de Poimandres. Y es este ser quien, mediante una serie de diálogos, instruye al

propio Hermes acerca de la realidad y de la vida.

Lo realmente extraño, es que gran parte de las cosas que empecé a leer en estos textos, yo mismo las había pensado poco antes. De hecho, estaba seguro de que yo había sentido esa misma conexión alguna vez. La sentía hasta el punto de que pareciese que esas palabras las hubiese escrito yo mismo. Llegué a sentir que esas palabras estaban ahí escritas para mí, y aún me sorprende que sean tan poco conocidas en nuestro mundo actual.

Como bien sabes, mis experiencias psicodélicas de los últimos años me han animado a buscar respuestas en multitud de libros, los cuales antes jamás hubiera comprendido. Entre todo el batiburrillo de filosofías y creencias con los que me he encontrado, sin duda son el gnosticismo, y las filosofías hermética y advaita, las corrientes que más se acercan a mi nuevo modo personal de entender el mundo. Si bien antiguamente se consideraba como gnósticos a aquellos que poseían un conocimiento o intuición de las cosas divinas; a lo que realmente yo me refiero es al uso de la gnosis de manera analítica para llegar a una serie de verdades objetivas y libres de sentimientos previos. Forzosamente, el conocimiento objetivo siempre será más acertado que aquel al que lleguemos de manera parcial o sesgada.

Debido a la falta de fuentes, es realmente complicado comprobar si este personaje realmente existió, o si su leyenda recoge las historias de varios diferentes personajes -los cuales serían todos ellos considerados como reencarnaciones del primer Hermes-. Lo que sí parece probado, es que los griegos tuvieron una enorme influencia de esta filosofía; y que, de ellos, llegaría posteriormente a los cristianos, pasando a formar parte de esta cultura hasta nuestros días.

Según estos primeros textos herméticos -escritos en estelas y obeliscos-, Hermes se consideraría a sí mismo un discípulo; mientras que su único maestro sería la propia Inteligencia -o Dios detrás de ella-.

Aunque es difícil comprobar la veracidad de todas las teorías que hay en torno a él, hay algunas de ellas realmente sorprendentes, y que merece la pena mencionar. De este mítico personaje se dijo, por ejemplo, que fue contemporáneo y maestro de Abraham, cuando este último pasó unos años instruyéndose en Egipto. Si esto fuese cierto, habría que aceptar que las religiones abrahámicas tienen su influencia directa en Hermes. De hecho, todas ellas tienen un lugar para este personaje, aunque en distintas formas. Además, Hermes fue deificado también, tanto por griegos como por romanos.

Curiosamente, además, la filosofía hermética tiene muchos puntos comunes con la filosofía advaita, que es una rama del hinduismo.

Conceptos como una mente/inteligencia común que crea el mundo, y que está presente en todo lo que existe, acercan tanto a religiones brahámicas como abrahámicas a un nexo común en el hermetismo del Antiguo Egipto. Sin embargo, yo no soy teólogo, y este tema requeriría un estudio profundo que podría tomarnos varias vidas e innumerables libros.

Una extendida corriente de pensamiento afirma que existe una serie de enseñanzas atribuidas a Hermes, las cuales han prevalecido hasta el presente gracias a unas pocas personas, a las que se ha considerado a lo largo del tiempo como ocultistas, esotéricos, o heréticos; y que transmitieron estos conocimientos de boca en boca, siempre de espaldas a la sociedad.

Durante siglos, estas personas corrían riesgo de ser juzgadas por sus creencias. Por eso, ésta es una corriente que ha vivido siempre oculta a la mayor parte de la población. Precisamente, de aquí vienen palabras como “ocultismo” o “hermetismo”.

Supe que existe una obra denominada ‘El Kybalión’, que fue escrita durante el siglo XIX por tres autores que lo hicieron bajo el pseudónimo de *Los Tres Iniciados*. Éste es un libro sencillo que pretende recoger las enseñanzas originales de Hermes; ésas que, según el propio libro afirma, han llegado a nuestros días gracias al boca a boca de los ocultistas.

El *Kybalión* es un libro fino que sintetiza en pocos capítulos los textos atribuidos a Hermes y transcritos por los griegos; reescritos de manera que los contemporáneos del siglo XIX pudiesen comprender mejor las palabras de aquellos lejanos y exóticos filósofos griegos y egipcios.

Como los grandes libros de la filosofía y las religiones, resulta una obra ampliamente dada a la interpretación. Sus argumentos son sencillos y resultan coherentes; inapelables, aunque indemostrables, como casi todo en filosofía.

Esta obra nos habla de siete principios básicos que son de cumplimiento universal. Pero lo más curioso, es que desde el primero de ellos, estos principios parecían tener relación con las cosas que yo mismo llevaba un tiempo escribiendo; y durante algunos tramos, llegué a sentir como si yo mismo hubiese podido escribir aquellas páginas. Por eso, ‘El Kybalión’ se acabó convirtiendo en mi libro de cabecera.

Aquel había sido mi primer contacto con el hermetismo, y me encantó que existiese una filosofía tan cercana a mi propio pensamiento. Finalmente, no estaba tan solo, ni tan loco.

Aunque éste no es el lugar para un desarrollo teórico de la filosofía hermética, ésta me ha marcado profundamente; por eso, desde que comencé este libro, he realizado menciones puntuales a algunos de sus principios, aunque sin llegar a especificártelo.

Es el momento de que te cuente lo básico, para que comprendas la enorme relación que tiene la filosofía de Hermes con todo lo que te he hablado hasta ahora en este libro.

El hermetismo ve nuestro mundo como una gigantesca creación mental, algo que yo mismo te he comentado en muchas ocasiones. Así, todo lo que existe forma parte de un sueño, el cual se desarrolla dentro de una mente infinita. A esta mente infinita es a lo que denominan 'El Todo'. Nada que tenga existencia puede escapar a ese axioma -y éste es el primero de los principios del hermetismo-.

Todo lo que existe en el mundo forma parte de lo mismo; todo forma parte del Todo. Todo es exactamente lo mismo, y forma parte de una gigantesca "vibración" universal, que se expande sin fin. Sí, el Kybalión habla específicamente de una naturaleza vibratoria del universo; algo que también tiene cierta relación con mis experiencias, y con ese zumbido que parece abarcarlo todo.

Es la frecuencia dentro de esta vibración lo que diferencia a unos seres de otros, y a unos tipos de existencia de otros. Además, una persona puede evolucionar a través de esa vibración a lo largo de su vida, y ascender desde los niveles más densos de su existencia, a otros más sutiles. Todo depende de la mente, pues el universo es de naturaleza mental. A ese proceso de evolución consciente hacia vibraciones más sutiles es a lo que el hermetismo llama "alquimia".

El Kybalión es, pues, un documento que merece un extenso estudio aparte; pero era obligado nombrártelo, por el simple hecho de lo importante que ha sido esta obra para mí a la hora de elegir las palabras adecuadas para escribir este libro. Más adelante, me hice con las obras completas atribuidas a Hermes, y pude cerrar el círculo entorno a este personaje y su pensamiento. Así, hoy en día existen escuelas herméticas, cuyos miembros pretenden enseñar su modo de comprender el hermetismo; pero yo no tengo nada que ver con ellos, ni sé si acercan a la verdad más o menos que yo. Mi modo de estudiar hermetismo ha sido completamente autodidacta.

Me gusta el concepto hermético de *El Todo*, porque trata de acercarse a algo superior a nosotros, pero desde un punto de vista metafísico y neutral. Es algo que lo engloba todo, que es omnipotente, una mente infinita que abarca toda la existencia; pero que no tiene que ver con ninguna de nuestras religiones; no trata de ganar adeptos, ni está dirigida a ningún segmento concreto de la población.

Tiempo atrás, yo mismo empecé a preguntarme si el mundo en el que vivo está dentro de una mente que es infinita. Pero hasta hace muy poco,

siempre había creído que esta mente era impersonal. Desde que empecé a viajar con la planta, identifico al Todo con su infinita labor creadora. He sentido esa capacidad de creación dentro de mí, y he sentido ser parte de algo que es mucho más importante que yo. He sentido, incluso, que mi propia mente es un reflejo de la mente infinita que crea este mundo. Pero nunca me había parado a preguntarme si esa fuerza tiene consciencia de sí misma, o si ello ocurre sólo cuando *nos encontramos* a nosotros mismos. ¿Es el Todo consciente de todo lo que pasa, o sólo actúa de manera mecánica? ¿Existe una gran Conciencia implícita a la existencia?

Por pura estadística, el azar tiene un alcance limitado. Sólo la consciencia puede dar lugar a más consciencia. Pensar que la consciencia surge sin más de la materia, es como si pensáramos que las pirámides de Egipto se construyeron solas. Por eso, mi razonamiento es que la energía que creó el mundo, y después me creó a mí, también debería de ser consciente de sí misma; si el comportamiento del Cosmos es inteligente y ordenado, eso sólo puede pasar si el Cosmos es, en sí mismo, inteligente y ordenado.

Aunque durante más de treinta años, he negado sistemáticamente la existencia de Dios, esto se debía principalmente a que hoy nadie cree en las instituciones religiosas. Vivo en un mundo en el que te tratan por tonto si afirmas creer en Dios; lo que se considera inteligente es el ateísmo, o el agnosticismo. Sin embargo, desde que vi la magia real que subyacía al mundo del chamanismo, abrí mi mente a que todo era posible. De pronto, vi que el mundo era mucho más mágico y maravilloso de lo que jamás hubiera imaginado; y no podría ser tan maravilloso sin una voluntad de que así fuera. La magia no existe sin un mago.

Estoy seguro de que los humanos cometemos un error de apreciación al mirarnos a nosotros mismos. Estamos acostumbrados a escuchar que somos diferentes por ser la primera especie que es consciente de sí misma. Pero apenas sabemos nada realmente sobre nosotros mismos, y sólo somos conscientes cuando nos comparamos con los animales y las plantas. Sí, somos conscientes de estar aquí, pero ni de lejos somos conscientes de lo que somos. En realidad, estamos muy lejos de saber lo que hay en el fondo de nuestra existencia; no sabemos qué es lo que nos da la vida, ni por qué estamos aquí.

Apenas tenemos capacidad para experimentar lo que realmente somos, y sólo unos pocos saben que esa experiencia existe. No somos conscientes de la verdadera realidad. Por naturaleza, lo material es finito y limitado, y sólo el Todo es plenamente consciente. Vivimos en una necesaria ignorancia acerca de nuestra naturaleza.

Puede que nuestra vida consista, precisamente, en caminar hacia esa plena consciencia o iluminación; una peregrinación que sólo terminará el día

de nuestra muerte, cuando por fin estemos cara a cara con nosotros mismos.

Quizás, ése sea el objetivo y el sentido que tiene todo: una vuelta al origen; el redescubrimiento del Todo sobre sí mismo, que se produce a través de nosotros.

“Todas las cosas dependen de la unidad, o derivan de ella; y como parecen distantes unas de otras, se cree que son muchas, pero en conjunto no forman más que un principio o dos.”

(Hermes Trismegisto, *Discurso de iniciación o Asclepios*)

34 ¿HAY ALGUIEN AHÍ?

Muchos años antes de que todo este proceso comenzase en mi vida, tuve una conversación con un amigo, la cual nunca pude olvidar, quizás por lo extraño de lo que él me contó. Me dijo que, estando de acampada, uno de sus amigos estaba liándose un porro, cuando de pronto empezó a gritar una y otra vez que acababa de ver a Dios en la llama del mechero. Al principio, todos se lo tomaron a broma, y pensaron que sólo les estaba tomando el pelo; o que había sido un desvarío del momento, quizás provocado por el alcohol y las drogas. Pero mi amigo me contó que aquella experiencia fue tan fuerte, que el otro había dejado instantáneamente el porro, y que no volvió a fumar. De hecho, desde entonces, había cambiado radicalmente su vida. Se había vuelto creyente, cuando antes de aquello era un ateo convencido; y ahora, casi no le veían el pelo en las fiestas y raves de las que antes no se perdía ni una.

Al escuchar aquella historia, automáticamente pensé que aquel chico había perdido la cabeza por culpa de las drogas. Yo no le conocía de nada, pero mi primera reacción fue emitir aquel prejuicio. Yo no negaba que hubiese visto algo, pero estaba seguro de que la solución final a todo aquello era pensar que este hombre se había vuelto loco. Y, aunque nunca olvidé aquella anécdota, mi veredicto fue siempre el mismo. Al menos, hasta hace relativamente poco.

Como sabes, casi desde el principio, ya había sentido que mis experiencias venían acompañadas por un halo de misticismo; un componente espiritual o divino que fácilmente se percibe cuando estás dentro de la experiencia. Resulta difícil de describir, pero soy plenamente consciente cuando estoy experimentando algo que no es de este mundo. Es una sensación en la que sabes que te encuentras ante algo real; algo real que ya conocías y sólo estás recordando. No es algo sobrenatural, sino todo lo contrario.

La tarde de la que quiero hablarte, hacía ya semanas que afrontaba las experiencias con la planta como algo sagrado. Tras muchas entradas y salidas de mi cuerpo, ya soy incapaz de ver mis viajes como una simple reacción química en mi cerebro. Sé que estoy siguiendo el rastro de una verdad, y que la tengo cerca; y eso es todo lo que me importa.

Una vez más, pues, preparé la bolsa de vapor, y me puse cómodo en la terraza. Aunque no hacía frío, el cielo estaba encapotado y llovía. Era muy agradable estar al exterior, bajo techo, y cubierto con una manta. Me encontraba profundamente relajado, y con muchas ganas de ver a dónde me llevaba la planta en aquella ocasión. No puse mucha cantidad; sólo quería pasar un rato agradable fundido con el entorno, pero sin dejar de estar consciente en ningún momento.

Llevaba ya tiempo dando vueltas al tema de 'El Todo', y por algún motivo, en aquel momento decidí concentrarme en lanzar una pregunta mientras comenzaba mi meditación con la planta. Podría parecer una locura, pero quizás aquello diera resultado.

Aquella fue la clásica pregunta que todos nos hacemos en algún momento de nuestra vida. ¿Alguien me está escuchando en este preciso instante? ¿Estoy en manos de una inteligencia superior, o todo depende del libre albedrío? ¿Hay alguien ahí? Mi *viaje* estaba comenzando, y yo estaba centrado en estudiar a aquella inteligencia que parecía *presidir* mis experiencias. Traté de invocarle. Sí, traté de invocar al Todo en mitad de mi *viaje* con la planta.

No hubo un despegue vertiginoso como en otras ocasiones, pero el entorno empezó a cambiar suavemente. Los colores se hicieron más oscuros, el cielo pareció cerrarse como una cúpula, y todo estaba envuelto por el sonido del viento y de la lluvia golpeando en los árboles. Todo parecía desarrollarse a cámara lenta, de una manera limpia y agradable. El color general de mi entorno era realmente acogedor. De nuevo, me encontraba dentro de una auténtica obra de arte viva. Sin visiones más allá del aumento de mi percepción, miraba a mi alrededor, y todo lo que percibía era belleza; en cada planta, en el olor a tierra mojada, en cada pájaro que atravesaba el cielo, en la forma de aquellas nubes densas...

El mundo es extremadamente bello, y es su belleza lo que le da sentido, pensé. Yo estoy aquí para percibir esto, para disfrutarlo. Es para eso para lo que vivo. Sin mí para valorarla, toda esta belleza no serviría de nada.

Fue flotando entre todo aquel escenario cuando supe que no necesito ver a un dios, ni que me hable, para darme cuenta de la magnificencia de su obra. Al comprender la belleza infinita de todo lo que me rodeaba, supe que el hecho de que yo estuviese allí, siendo consciente de toda aquella belleza, no podía ser azaroso. Todo estaba cumpliendo un propósito. El mundo existe para que los seres que lo habitamos podamos gozar de él. ¿De qué

serviría tanta belleza si no existiese un ojo capacitado para entenderla?

De pronto, tengo pruebas del Todo allá donde miro. El Todo está por todas partes, pero nos cegamos y no lo vemos. Está en un amanecer y un atardecer, en el rugir constante de las olas del mar, en una luna llena... No queremos verlo, porque ello significaría romper con nuestro concepto de realidad, de la cuál somos el epicentro.

Nuestra incapacidad para ver a Dios es la misma incapacidad que tenemos para ver la belleza que hay en todo lo que nos rodea; y su fuente es también la misma: estamos cegados por nosotros mismos. De hecho, nos avergonzamos de decir que creemos en algo sobrenatural, y nos importa mucho más lo que opinen los demás acerca de nuestras creencias, que el hecho de que estas creencias sean coherentes con lo que podemos experimentar o sentir a lo largo de nuestra vida.

Estaba disfrutando de todo aquello, sintiendo la magia del mundo. Recuerdo que incluso se me escapó una carcajada al pensar que, unos minutos atrás, estaba poniendo en duda la existencia de una voluntad detrás de toda aquella belleza. No eran visiones lo que estaba teniendo, sino que era mi propio mundo físico el que me abría los ojos. Era mi capacidad para comprender la realidad lo que había cambiado, y nada más. Qué fácil, y qué cerca estaba la respuesta. ¿Cómo era posible que no lo hubiera visto hasta entonces?

Transcurridos unos segundos, recordé mi propósito de minutos atrás. Volví a lanzar la misma pregunta, mientras apuraba las últimas caladas de vapor. ¿Hay alguien ahí? ¿Me estás escuchando ahora mismo?

En aquel momento -y esto no era una alucinación-, apareció volando un mirlo negro. Esto no es extraño, porque en mi ciudad hay muchos, especialmente en las zonas con mucha vegetación. La lluvia arreciaba, y aquel pájaro fue a resguardarse bajo la palmera que hay justo delante de mi terraza. Nunca había visto ese comportamiento, pero tampoco me pareció algo anormal; salvo que todo seguía en un estado de increíble paz, y cierta sensación de suceder muy lentamente.

Entonces, sucedió uno de esos momentos que, sin ser una alucinación, te hacen creer que estás viviendo algo realmente mágico. El mirlo me miró desde la palmera; sin lugar a duda, me estaba mirando a mí. Y un par de segundos después, emitió un sonido. Pero lo extraño fue que no desvió su mirada, sino que siguió mirándome y emitiendo el mismo sonido dos o tres veces más. Yo no podía creerme aquella imagen. Era como si el pájaro realmente estuviese tratando de comunicarse conmigo, y me dijese algo así como “no veas macho, la que está cayendo”.

En cuanto salí de mi asombro, me preguntaba si aquello era una señal, o una respuesta a las preguntas que yo había estado haciendo sólo unos

segundos atrás. De nuevo, me veía expuesto a una de esas extrañas casualidades improbables que suelen darse durante mis experiencias; una de esas situaciones que cuesta contar a los demás por lo difíciles de creer.

Pero había algo más; una sensación muy poderosa que poco a poco se apoderó de mí. En aquel instante en que nuestras miradas se cruzaron, me di cuenta de que desde dentro de aquel animal, me observaba un ser que no era aquel pájaro; del mismo modo que a él le observaba algo que tampoco es mi *yo humano*, pero que anida dentro de mí. Fue un momento de máxima comprensión. Ahí estaba lo que había estado buscando. La respuesta estaba ante mis ojos, aunque no exista modo de hacerla entender. Sí. Sí que hay algo más.

Todo aquello coincidió con un momento de *máxima vibración* en mi cabeza; es algo a lo que me he acostumbrado, y que casi puedo controlar - como quien agudiza la vista apretando los ojos-. El tiempo pareció detenerse entonces. El sonido era increíblemente limpio; el agua golpeando las hojas de la palmera, algunos gritos lejanos de niños... todo ello de una manera increíblemente envolvente. Pero notaba algo más en el ambiente; cierta magia, un zumbido que lo envolvía todo, y que me hacía sentir muy bien.

Mientras el tiempo permanecía casi parado, podía sentir que me encontraba ante algo superior a mí. Además, era evidente, palpable. En realidad, ya me había pasado otras veces, tenía cierta familiaridad con sentirme de aquella manera. Pero increíblemente, era un sentimiento que había olvidado una y otra vez. Esta vez no volvería a sucederme. Aquella inteligencia tenía voluntad propia, y se me estaba mostrando. Había acudido a mi llamada; y eso que era la primera vez que lo intentaba. Su presencia era tan fuerte, que daba un poco de miedo. Pero esta fuerza no estaba fuera de mí, sino dentro. De pronto, muchas cosas empezaban a tener sentido.

Llegué a dudar que aquello estuviese sucediendo de verdad, o si era un engaño de mi mente. El pájaro ya había echado a volar, y yo no sabía ni cuánto tiempo había pasado. Me quedé durante varios minutos con los ojos cerrados, disfrutando enormemente de todo el sonido ambiente, olvidándome completamente de mí mismo y de mis problemas. No hay mayor gozo que abandonar tu cuerpo y sentir cada detalle de tu entorno como si formara parte de ti mismo. Es el placer del desapego total. No hay mayor gozo que saber que tú eres el mundo, y que tú eres la vida.

Cuando volví en mí y pensé en todo lo que acababa de experimentar, me costó muchísimo asumirlo. Cualquier otra persona a la que le hubiese pasado, podría estar pensando que lo que acababa de sucederle era una epifanía. Fue una revelación, como las que dicen haber tenido los santos y los profetas; y también alguno más que ha perdido la cabeza.

Pero yo no había visto a ningún dios cara a cara, ni me había hablado desde encima de un árbol, ni desde fuera de mí en ningún sentido. Yo lo había sentido dentro de mí. Había sentido que Él era Yo. Y, además, había sentido que ésa era la única verdad, y que todo lo demás no importa.

Por más que trato de expresarlo a los demás, las palabras sólo me hacen alejarme más y más de lo que sentí en aquellos momentos. Es imposible que logre que nadie se haga a la idea de lo que trato de explicar. Es algo de otro mundo, y no se puede expresar con palabras de este mundo. Pero es una experiencia que, aun estando lejos de ser comprendida, responde a muchísimas preguntas sin necesidad de utilizar palabras.

Aquella fue la primera vez que sentí, sin ningún género de duda, que lo que estaba haciendo tenía realmente un carácter sagrado. Es algo tan evidente para mí, que ya no me importa reconocerlo. Desde entonces, empecé a ver mis *viajes* de manera muy diferente, y aún con más respeto y agradecimiento que antes.

Cada vez que empiezo una experiencia con la planta, dedico instantes para dar gracias, y para ponerme en manos de quienquiera que haya ahí al otro lado guiando mis viajes. Ahora sé que mis meditaciones tienen algo de *rezo*, y merecen un pequeño y respetuoso *ritual*. Mi *Yo Humano* siempre da gracias a mi *Yo Todo*. Aunque no siempre logro el mismo resultado, poder experimentar dentro de mí una divinidad que no ofrece dudas, es algo que ha disparado mi fe. Me siento especial, diferente. Ahora siento que estoy aquí para algo. Mi vida tiene sentido; siempre lo ha tenido, pero es ahora cuando empiezo a entenderlo.

En muy poco tiempo, me empecé a sentir enormemente diferente a la persona que era antes. Siento que antes no sabía nada, que estaba absolutamente cegado y perdido. Ni siquiera soy capaz de entrar en la cabeza de quien yo era antes, y recordar cómo veía el mundo. Apenas habían pasado un par de años, pero mi vida había completado una vuelta de campana.

Lo mejor de todo esto, es que nada me hace diferente de ti. Es de lógica pensar que yo no tengo un don, y que nunca lo he tenido. Nadie tiene el don de ver algo que todos deberían ver. Esta experiencia primordial no es algo que sólo pueda lograr yo. Es algo que llevan siglos diciéndonos, pero que nunca hemos creído: existe una experiencia Única, y ésta no depende de la persona, ni de un don mágico.

Además, yo ni siquiera he necesitado mucho esfuerzo para llegar a ella, ni años de preparación o estudio. Sólo he necesitado mi voluntad, mi rectitud, y una mente sin prejuicios. He buscado activamente algo que era importante para mí, y lo he encontrado.

Poder experimentar lo que realmente eres, aunque sólo sea por unos

segundos, es algo que te marca para el resto de tu vida. Una vez que prende esta llama, nunca vuelve a apagarse.

Lo más curioso es que en ningún momento sentí que la experiencia era algo nuevo. Sentía que sólo estaba recordando todo aquello; que aquel era mi estado natural. Yo ya había estado allí. De hecho, sé que sigo allí, incluso ahora mientras escribo estas líneas. Todo este mundo sólo es un espejismo, un parpadeo en mi existencia infinita. Ahora, sé que mi verdadero Ser observa detrás de mi persona, y ello me infiere seguridad a la hora de tomar mis decisiones. Haga lo que haga, todo estará bien.

Mi vida iba a cambiar para siempre desde aquel preciso momento. Ya nunca sería lo mismo. Por fin, había visto algo que no me imaginaba encontrar, algo que nadie más imaginaría que pudiese ver. Había traspasado la barrera más importante de todas, y había descubierto lo que me esperaba al otro lado; aquello que nos espera a todos. Ya no me cabía duda.

Antes podía caminar en cualquier dirección, y todo daba igual. Ahora sé perfectamente hacia dónde tengo que andar. Y ésa es una enorme diferencia.

Aquella experiencia no sucedió sólo aquella vez, y una vez superado aquel importante velo, volví a verme inmiscuido en aquella sensación sacra en otras muchas ocasiones. La experiencia holística del Todo se convirtió desde entonces en uno de mis *viajes* más recurrentes; y poco a poco, empezó a cambiarme profundamente por dentro, por sus enormes implicaciones. De pronto, podía ver algo que podría cambiar el mundo, pero que nadie se creería cuando se lo contase.

De cualquier manera, lo realmente importante que quiero que recuerdes es el motivo de por qué he acabado creyendo que existe un dios que es real, incluso después de toda la vida creyendo que no existía:

Si bien la existencia de un dios nos puede parecer absurda; más absurdo es ver a un dios sin que éste exista. Si no existe, ¿por qué lo veo? Ahora que sé que puedo experimentarlo cada vez que quiera, ¿cómo puedo negar su existencia?

Por favor, no entiendas a este dios como un concepto eclesiástico, sino como una entidad mucho más palpable y natural. El dios del que te hablo no tiene que ver con la teología, sino con la pura metafísica. Y no tiene que ver con las creencias, sino que se experimenta.

Debes entender que me arriesgo mucho al afirmar algo así, pero estoy seguro de lo que digo. Puedo afirmarte que, sea de verdad o no, a través de una planta puedo llegar a experimentar dentro de mí una idea tan compleja como la de una especie de dios-naturaleza. En ese momento, no tengo duda

de esa imagen, y sé perfectamente lo que estoy viendo. No es una creación de mi mente, sino algo que está allí cada vez que voy; y que sigue estando al alcance de todos. Sé lo que veo. No es algo increíble a lo que trato de buscar explicación; tampoco se trata de un razonamiento posterior, sino de algo que reconozco de manera instantánea cuando sucede.

Yo no afirmo ni desmiento nada, porque nada sé con seguridad; y nada puedo demostrar. Pero siendo sincero contigo, y después de las cosas que he visto, ¿Qué es más verosímil? ¿Quién introduce ese sentimiento dentro de mí para que yo lo sienta? ¿Puede una planta inventar a un dios-naturaleza que no existe? ¿O acaso puede hacerlo mi cerebro?

La última vez que hablé sobre este tema, la otra persona me dijo, muy segura de su argumento, que lo que a mí me sucede es que mi mente busca una solución a mi miedo a desaparecer después de la muerte, y que por eso busco una explicación a través de un dios. Pero yo no buscaba a ningún dios, ni sentía esa necesidad. Toda mi labor con la planta era puramente analítica, sólo quería asomarme a ver qué había de real en el mundo del chamanismo. Ver lo que he visto era inesperado; y ha sido un proceso donde las piezas iban encajando coherentemente como si siguiesen un guion. Seguramente, no me entenderás hasta que te suceda. Ojalá pudiese darte mi mente para que entrases en ella y lo comprendieses; pero esto es algo que debes hacer por ti mismo, si realmente te interesa.

Todo lo que puedo hacer es escribir este libro con total honestidad, y exponerme a que me tomes por un pirado. Es lo mismo que yo hubiera hecho hasta hace poco. Sin embargo, tengo la esperanza de que habrá, al menos, una persona a la que logre despertar con estas palabras. Ése es mi único objetivo.

Sólo tienes que asomarte; lo demás, sucederá por sí solo. Claro que hay alguien ahí adentro de ti. Dios existe, y eres tú. Tu única labor es comprobarlo.

“Dios no está desprovisto de sentimiento ni de pensamiento.”
(Hermes Trismegisto, *Sobre el pensamiento y la sensación*)

35 ESTÁ EN TI

Horas después aquella primera experiencia la cual yo percibí como *divina*, llamé por teléfono a Juan. Necesitaba contarle lo que había pasado. Por enésima vez, tenía la sensación de haber traspasado una nueva capa. Pero esta capa parecía insuperable, no podía existir un estado superior a lo que había experimentado. Aquel estado era lo máximo. Además, había podido experimentarlo durante varios minutos. Esta nueva capa de realidad era mucho más palpable que todas las anteriores; y mucho más identificable. Sabía perfectamente lo que estaba viendo.

No me anduve con rodeos cuando conté a Juan lo que había experimentado. No era necesario, tenía demasiada confianza en que lo que había visto era verdad. Juan siempre me decía que la planta nunca dejaría de sorprenderme, pero aquello había ido demasiado lejos. Me había sentido en el centro de todo, la fuente original de toda la existencia. Había sentido que yo era la Vida. Y cualquier persona que haya experimentado eso, no puede volver a ser la misma.

Quizás lo había logrado. Por fin había alcanzado aquello que llevaba tiempo buscando, la experiencia suprema de la que tanto había escuchado hablar; una experiencia única y común para todos. Es el único estado al que podríamos acceder todos los seres y sentir exactamente lo mismo. Todos somos Uno, y todos son Yo. Todo aquello había sucedido de manera natural, y gracias a una planta. ¿Qué probabilidades había de que esto sucediese? ¿Qué sentido tiene todo esto?

Al llamar a Juan, estaba convencido de haber descubierto algo increíble. Me sentía un pionero. Había abierto una puerta que muy pocas personas habían traspasado antes que yo. Pero Juan, en lugar de sorprenderse y acompañarme en mi algarabía, se mostraba igual de tranquilo que siempre. Es más, incluso se echó a reír al notar mi nerviosismo eufórico. Entonces,

comprendí que aquello que yo acababa de ver, era lo que él siempre había esperado que yo viese. Aquella experiencia no era algo exclusivo de mí. Aquella experiencia es el lugar a donde todos queremos llegar, aun cuando la mayoría ni siquiera lo saben. Ahora que había visto la verdad... ahora sí que estaba iniciado.

De algún modo, el Todo se encuentra presente en todas las cosas, dentro de todos nosotros. No necesita tener presencia física, ni mostrarse ante nadie; del mismo modo que nosotros podemos soñar sin estar físicamente en nuestro sueño. Yo creo haber encontrado el modo de conectar con Él, de experimentarlo y sentirlo a través de mi mente. Es posible que esta capacidad la tengamos todos los seres, y que se pueda lograr de muy distintas maneras, y no sólo a través de la planta. Pero es así como yo he encontrado esta realidad. Por eso, cuando consumo esta molécula, no puedo pensar que sea mala para mí. Creo que el Todo está al otro lado de estas experiencias, y que Él no me llamaría para hacerme daño.

Aquella primera experiencia con lo *divino* no fue como quizás esperaría cualquiera. No era una cuestión de misticismo, sino de certidumbre. No vi ángeles alados, ni se me apareció ninguna virgen. Tampoco estaban allí San Pedro, ni los clásicos extraterrestres grises. Sólo desaparecí de mí mismo para convertirme en todo lo que existe; y en ese estado, sentía el gozo de saberme inmortal. Me sentía acogido por una fuerza infinita que siempre está en mí, y supe que jamás tendría que temer a nada.

Además, sé que, liberados del cuerpo, todos somos ese mismo Espíritu, en su capacidad creadora infinita. Es decisión de cada uno dar el paso a encontrarlo y fundirse con Él; o seguir con su vida como si nada, simplemente tratando de ser feliz. Yo ya lo he visto, pero toda decisión es respetable.

En aquel estado, toda la existencia me parece armónica, ordenada, y bella. Todo es perfecto en sí mismo. Todo este mundo es mi hogar, como lo son mis sueños cada noche. Nada puedo desear, pues nada necesito, salvo a mí mismo. Este mundo es mi creación, y lo he creado con el único propósito de disfrutarlo. Hoy lo hago a través de este cuerpo, pero el Todo lo hace a través de cada persona y de cada ser que existe.

Meses atrás, había llegado a sentir el deseo de dejarlo todo, porque no le veía sentido a mi vida. Me sentía poco más que una aburrida tuerca dentro de un engranaje que me era ajeno. Pero ahora, estaba empezando a amar mi vida de manera diferente, y comprendía que el mejor modo de hacerle honor era tratar de conocer sus secretos de manera honesta. Ésa es mi naturaleza, y es lo que me ha traído hasta aquí.

Me he criado en un mundo donde lo normal es creer en lo que pueda demostrar la ciencia. Hay quien ama a Dios y no necesita conocerlo, pero yo nunca tuve esa capacidad. Yo amo el conocimiento, me gusta profundizar en las cosas para entender el funcionamiento del mundo. Estoy obsesionado por saber qué es lo que somos, y qué hacemos aquí. Ése es mi modo de amar la vida.

Consumir enteógenos es mi modo de hacer ciencia. Reflexionar sobre mis viajes es el modo en que hago filosofía. Siempre lo hice desde un punto de vista metafísico y no religioso. Pero, ahora, ¿cuál es el camino que debo tomar, si finalmente todos los campos llevan a una misma verdad? Yo no esperaba encontrar lo que he encontrado.

Experimento estas situaciones una y otra vez para comprender lo que me quieren decir. Busco respuestas objetivas, y no tengo prejuicios hacia cualquier actividad que me acerque a ellas. He eliminado esas barreras porque ahora comprendo que todo es posible.

Siempre me he sentido cerca del gnosticismo, he procurado que mi vida fluyese en esa dirección: si un dios existía, llegaría a él a través del conocimiento. Lo que de verdad no esperaba era lo que encontraría al final del camino. Aquella no era la respuesta esperada. No me encontré con un dios metafísico, ni con una computadora infinita. El Cosmos no había resultado ser simple información impersonal. Allí me encontré con una inteligencia que tiene voluntad propia, y que es capaz de sentir amor por su creación. Es una Conciencia capaz de disolverse en la materia, desaparecer, y vivir entre los seres finitos; pero tiene, a su vez, la permanente tendencia de conocerse a sí misma, a través de estos mismos seres. De hecho, nuestra vida está situada en mitad de ese camino.

Para mí, es incomprensible que nuestra especie lleve milenios viviendo de espaldas a esta realidad; especialmente cuando la llave para llegar a esta experiencia suprema ha estado siempre al alcance de nuestra mano. Es algo que todo el mundo debería saber. Realmente *hemos matado a Dios*, y lo hemos hecho olvidándonos de que podemos llegar a Él. Además, negamos la palabra de quienes dicen haber logrado algún acercamiento a lo sagrado; les desprestigiamos, y les tratamos como locos o mentirosos. Pero yo no estoy loco, y tampoco soy un mentiroso.

El Reino de Dios está en tí. Siempre he pensado que sólo eran palabras; pero no, realmente hay algún tipo de reino que anida dentro de nosotros. Siempre tuvimos la solución al alcance. Yo mismo soy culpable de haber tenido docenas de señales delante de mis narices, y no haberlas visto.

Como es lógico, aquellos días supusieron un nuevo giro en mi forma de entender la vida. Más, cuando estas manifestaciones empezaron a repetirse una y otra vez. Como sucede habitualmente con la planta, una vez

atravesada una capa, y alcanzado un nuevo nivel, podemos acceder a él en el futuro con mayor facilidad.

El Todo volvió a aparecerse en mis *viajes* una y otra vez, cada vez con mayor clarividencia y fuerza; y cada vez, con un mensaje más claro. Estos *viajes* me han hecho sentirme especial, como si el Todo cuidase personalmente de mí con una mayor atención; como si yo fuese su elegido, o su hijo predilecto. Es una sensación repetitiva durante mis *viajes*. Sólo mi coherencia es la que me hace pensar que no soy especial, y que esto mismo podría estar pasando a cualquiera. Si sólo fuese por mis experiencias, hace ya tiempo que habría perdido la cabeza. Ahora comprendo que eso es justo lo que la planta pretende: que te sientas especial, y que sepas que no tienes nada de qué preocuparte, porque el Todo está dentro de ti.

Son estas experiencias la principal fuente de energía que utilizo para escribir estas líneas, pues sé que estoy haciendo lo que realmente debo y deseo. Siento que estoy cumpliendo con mi cometido, y que lo único que estoy haciendo es prestar mis manos para que el Todo te hable a través de mí. Ésta es su llamada, pero el despertar es un proceso que sólo puede suceder dentro de ti si tú tienes la voluntad de que suceda. Lo que hay al otro lado, romperá todos tus esquemas. Por eso, no te pido que creas en Dios. Te pido que creas en ti.

“Aquel que reflexiona sobre sí mismo, va hacia Dios.”
(Hermes Trismegisto, *Poimandres*)

36 RELIGIÓN

Hablar de Dios es realmente complicado, y muy arriesgado. Es posible que sientas cierto rechazo a creer las cosas que te estoy contando, porque muchas de ellas parecen sencillamente imposibles. Todos hemos crecido dentro de una cultura que nos ha marcado en mayor o menor medida.

Yo nunca otorgué especial importancia a las creencias de mi entorno cultural, y quizás por eso todo este proceso me esté resultando tan sencillo y natural. Las personas de hoy lo tenemos más fácil que en el pasado, porque ahora se nos permite ser analíticos y dudar de todo. Por eso, yo no estoy aquí para imponer mis creencias sobre las tuyas, sino simplemente para invitarte a dudar de todo.

Mirando atrás, entiendo que no necesité demasiado tiempo para llegar a experimentar algo parecido a lo Supremo durante un *viaje*. Fue algo a lo que logré llegar casi con sólo desearlo. La religión siempre me había hecho pensar que, de existir ese estado, necesitaríamos años y años de meditación o rezos para lograr un resultado mínimamente satisfactorio. Ni en mis mejores expectativas hubiera imaginado que yo mismo me toparía con tal experiencia prácticamente a la primera ocasión en la que pusiese mi voluntad y mi fe en ello.

Quizás, la clave fue no tener expectativas, y no esperarlo. Las revelaciones existen, y están al alcance de todos; pero son ellas las que eligen cuándo y cómo llegar a nosotros. Yo no lo busqué. Ni siquiera era una persona religiosa; pero ese *algo divino* se fue abriendo paso poco a poco en mis experiencias hasta llegar a este estado.

Conceptos como el de infinito o dios están dentro de nosotros, son universales y accesibles para todas las personas a través de la mente. Esto no depende del nivel cultural, ni de nuestros avances científicos. El acceso a la divinidad es algo que siempre ha estado disponible para todos. Y si no

somos capaces de lograrlo por nosotros mismos, la propia Naturaleza nos ofrece las herramientas necesarias. Así ha sido desde que existe el Ser humano.

Ahora lo entiendo mejor que nunca. Los primeros humanos en experimentar esta divinidad fueron los antiguos chamanes. Seguramente, ellos no esperaban encontrar algo así cuando consumieron aquella mezcla de plantas; sino que simplemente, se dedicaban a probar todo lo que tenían a su alrededor. Su *despertar* era algo que forzosamente acabaría sucediendo, porque la Naturaleza así lo había dispuesto.

Las religiones que hoy conocemos aparecieron muchísimo tiempo después, como sucedáneas de aquellos conceptos originales. Así, aunque hoy las religiones pueden mentir en mucho de lo que nos dicen, todas ellas vienen de un fundamento que es verdad, y es la propia existencia de lo divino. Por eso tienen tanta fuerza, y sus mensajes resuenan en las personas; porque todos intuimos que hay algo que no podemos explicar, y las religiones nos ofrecen sus respuestas.

Sin embargo, la mayoría de las religiones han acabado sirviendo para crear jerarquías, y para llevar mensajes equivocados a las personas. Los líderes religiosos raramente han experimentado al dios del que hablan. Y lo que es peor: con la existencia de las religiones, las personas dejan de buscar respuestas por sí mismas, encomendando esta tarea a sus líderes religiosos. Así, las religiones han acabado suponiendo el final de una verdadera creencia en Dios, la cual se debería basar en un estudio sincero y personal.

La palabra *religión* viene de religar; es decir, de *religarse con Dios*. Pero si lo piensas bien, una vez que te has religado con Dios, ya no necesitas a la religión para nada. Las religiones quieren sobrevivir, porque tienen muchos intereses en nosotros; no son nada sin sus fieles. Por eso, nos han educado para que esté mal visto poner en tela de juicio a nuestras creencias, o lo que nos dicta la religión de nuestros padres. Es de locos buscar a Dios por tu cuenta; porque nadie cree que le vayas a encontrar. Al final, las religiones se han encargado de crear un dios tan absurdo que es imposible de encontrar, ni de creer en él. Por eso, cuando alguien le encuentra, los demás le tachan de loco. El status quo dice que debes fingir creer en Dios, pero no hacerlo demasiado. Eso es de fanáticos, y de tontos.

Crear en lo divino sin haberlo experimentado no es un sinsentido, pues todo albergamos dentro de nosotros la sensación de ser algo diferente. A mí me pasaba desde niño. Es como querer tener fe, pero no saber en qué. El problema es que, como no lo has experimentado, no sabes que hay un dios que está dentro de ti, y te pasas toda la vida buscándole afuera, que es como te han enseñado. No existe ningún dios externo a ti; por eso, no puedes

encontrarle, y tu fe acaba suponiendo una constante sensación de incompletitud.

El desconocimiento general que tenemos sobre nuestra verdadera naturaleza es algo que genera miedo entre las personas. Así, mientras éstas piensan que son seres limitados y mortales, resulta fácil hacerles creer que necesitan una fuerza salvadora. Les enseñan a buscar respuestas en las religiones, y jamás les dicen que estas fuerzas están dentro de ellos mismos. Creen tener fe, pero lo que tienen son creencias. La fe es un sentimiento honesto; las creencias sólo son un montón de palabras.

En mi caso, la verdadera fe fue la que nació de mi experimentación directa. Creo que la auténtica adoración no es la que nace del sometimiento, sino a través del reconocimiento objetivo de la verdad cuando se ve. No debes dejar que nadie venga a contarte algo que puedes experimentar por ti mismo; ni mucho menos poner en sus manos el enorme poder de tus creencias. Las jerarquías son inaceptables a la hora de conocer la Verdad. No busques un pastor. Tú no eres una oveja.

Nuestras creencias limitan nuestra realidad. Aunque un individuo tenga buena intención al acercarse a nosotros como religioso, no nos ayuda cuando nos hace creer ciegamente en un dios al que no podremos ver. Esta persona, sin quererlo, estará limitando tu realidad, así como tus posibilidades de experimentación. Si por creer en algo, estoy limitando mis posibilidades, entonces probablemente me estaré equivocando toda la vida. Nadie debería hablar a los demás de algo que no ha experimentado personalmente, pues esto sólo les ayuda a alejarse de su camino. No debes ser el rebaño pasivo de ninguna religión, sino el agente activo de la tuya propia. Es por esto que me he empezado a considerar a mí mismo una *secta de un solo hombre*; mejor eso que pertenecer a una religión de millones de borregos.

Por entonces, mi cabeza estaba cambiando a enorme velocidad, y ello acabaría teniendo consecuencias definitivas sobre mi vida. Sé que es realmente complicado de asimilar y creer todo lo que te estoy contando; y es aún más difícil pensar que tú mismo puedes llegar a las mismas experiencias y conclusiones que yo. Pero la verdad sólo tiene una dirección; y si realmente quisieras llegar a ella, los dos acabaríamos encontrándonos en el mismo punto. Ni lo dudes.

No busques al dios de ninguna religión, porque no tiene nada que ver con eso. Las religiones sólo son palabras y guías para que fluyamos dentro de nuestro propio camino; pero éste es, sobre todo, un camino absolutamente personal de aprendizaje y autoconocimiento. Es el momento de experimentar y buscar un sentido a las cosas por ti mismo. No debes dejar que nadie que no lo haya experimentado, venga y te cuente qué es un

dios, qué es el mundo, qué es tu vida, o qué eres tú mismo. Nadie puede saberlo mejor que tú. Nadie.

Lo que tú eres no es de este mundo; por eso, nadie de este mundo te lo puede explicar. Es algo que debes hacer por ti mismo.

“La humanidad ha hecho sus dioses a imagen propia.”
(Hermes Trismegisto, *Discurso de iniciación o Asclepios*)

37 PECADO E INFIERNO

Si hablamos de religión, tenemos que hacerlo también del *pecado*. Para mí, el pecado era un invento de la religión para asegurarse la fidelidad de su *rebaño*. De pequeño me decían que, si cometía pecados, acabaría yendo “al infierno”. Me imaginaba a Dios como un señor barbudo y malhumorado que siempre me miraba y juzgaba todo lo que yo hacía. Dios era alguien ajeno a mí, alguien que no me conocía bien, y que me acabaría castigando por cualquier cosa. Y yo le tenía más miedo que al demonio.

Conforme fui dejando de creer en la religión, también dejé de creer en Dios. Éste era el único pecado que forzosamente cometía, pues creer o no creer no dependía de mí, sino de mi razón. Muchas veces, sobre todo de niño, traté de forzarme a hacerlo, pero me resultaba imposible. Me daba miedo ir al infierno por no creer en Dios, pero era algo que no salía de mí. La idea de Dios era demasiado surrealista para mí, y quienes llevaban su palabra no gozaban de suficiente credibilidad. Ellos estaban tan perdidos como yo, ¿qué podían saber?

Las religiones nos dicen que el pecado es “aquello que te aleja de Dios” -por ejemplo, lo dijo el Papa Francisco-. Pero esto es independiente de la religión de la que estemos hablando. Esta definición de pecado nos da a entender que existe un camino, que va desde donde nos encontramos ahora mismo, hacia Dios; y por el cual podemos caminar en los dos sentidos, o incluso quedarnos estancados.

Pero ¿a qué debemos considerar el hecho de “acercarse a Dios”? En mi opinión, esto no tiene nada que ver con ser un ciego fiel de su palabra, sino en realmente tratar de acercarse a Él a través del conocimiento; es pura gnosis.

En el supuesto de que exista un Dios; cuando tomamos decisiones basadas en nuestro deseo honesto de conocer la verdad, sea cual sea ésta,

nos acercamos a ese dios. Por el contrario, cuando tomamos decisiones egoístas, éstas sólo nos encaminan hacia nosotros mismos como individuos, hacia los intereses de nuestra persona. Por eso, a los pensamientos y actos egoístas se les podría considerar como pecado, ya que éstos son los que nos distraen de nuestro cometido, y nos alejan de nuestro camino. Estas decisiones nos dirigirán a una vida aparentemente mejor. Pero una vida material no es infinita, y siempre acaba desembocando en lo que podríamos considerar como *el infierno*, que no es otra cosa que el miedo provocado por el desconocimiento de nosotros mismos, nuestro destino, y nuestro cometido. El infierno es la tormenta de malos pensamientos y sentimientos que vienen siempre asociados a nuestra creencia de ser sólo una persona, limitada y mortal.

Por supuesto, el infierno no es un lugar físico, como el descrito por Dante en su *Divina Comedia*. Nosotros somos seres puramente mentales, más allá del cuerpo que encarnamos. Si vivimos en un mundo cuya naturaleza es mental, es lógico pensar que el infierno también será un estado mental. Los estados mentales de una persona no pueden darse después de que ésta esté muerta; ya que cuando muere, el individuo deja de ser esa persona. Por eso, el infierno del que nos hablan es forzosamente un estado que sólo podemos alcanzar en vida. El infierno es aquí y ahora. Después, sólo hay Conciencia; y ésta no se ve afectada por los avatares de nuestra mente humana e individual.

Cuando yo empecé a experimentar y despertar, no buscaba a ningún dios; sólo buscaba un nuevo modo de conocimiento para responder a mis preguntas. Pero una vez que llegué a experimentar un estado supremo de mí mismo, supe que ése era el objetivo desde el principio. Vi cuál era el final del camino, y desde ese momento, he decidido dedicar mi vida a recorrerlo en el sentido correcto.

Durante mi día a día, soy un ser humano como cualquiera, y me equivoco como cualquiera. Sigo teniendo mil defectos, y dos mil vicios. Vivo permanentemente expuesto a tomar decisiones incorrectas; a anteponer el placer a corto plazo a una decisión más coherente con mis objetivos; o a dejarme llevar por un mal sentimiento, y cometer un error al juzgar a alguien. Me sigue molestando que me lleven la contraria, y un minuto después me doy cuenta de mi error, y de que sigo siendo el de siempre. Cada vez que cometo un fallo, siento que estoy perdiendo el tiempo, y se instalan en mi mente pensamientos negativos que interrumpen o dificultan esa conexión con *mi vibración más elevada*.

Nuestros fallos representan nuestro infierno personal: un sentimiento de envidia, la codicia del éxito, la falta de voluntad ante la pereza, el descontrol de la ira, el creerte mejor que los demás, la insatisfacción y la

necesidad de acumular bienes materiales, un hábito o una adicción que no podemos dejar, y no nos permite pensar en claro... Cuando estamos demasiado preocupados por nuestra vida, olvidamos nuestros objetivos fuera de ella; y esto es siempre un proceso mental que brota de nuestro mal enfoque acerca de quién o qué somos.

Yo nunca les di importancia a los pecados de los que siempre me hablaron mis mayores. Pero ahora entiendo que el hecho de que exista una lista -aparentemente arbitraria- como la de los *siete pecados capitales*, no es casual. De hecho, el propio Hermes también hablaba de siete modos de pecar, en su *Poimandres*, aunque afrontándolos desde un punto de vista más metafísico que religioso. Y creo que esto es acertado. Si los observamos desde un punto de vista analítico o gnóstico, y no religioso, estos pecados tienen que ver con estados mentales que nos hacen sentir mal, y que nos alejan de nuestro verdadero objetivo de autoconocimiento.

Realmente, hoy vivimos tan cegados por nuestras metas individuales, que hace siglos que ni siquiera recordamos que, en verdad, existía una misión dentro de cada uno de nosotros. Nos da igual cometer pecados si éstos nos acercan a nuestros objetivos mundanos, relacionados con el éxito, la acumulación, o la aceptación. La ira, la codicia, la envidia, la gula, la autocompasión, las adicciones... son categorías, etiquetas que ponemos para nombrar nuestras infinitas distracciones. Pecado es, en definitiva, cualquier distracción material que te aleje en demasía de tu camino hacia ti mismo; un camino que es mental, y para el que necesitamos nuestra mente con su plena atención.

Si quisiera, podría pararme a desglosar cuáles son esos siete pecados capitales, y veríamos que prácticamente todas nuestras decisiones egoístas y erróneas se pueden englobar en alguno de esos siete grados. Los siete pecados capitales no están elegidos al azar, sino con muchísimo tino; y no son siete, sino infinitos los errores que podemos cometer, pero que siempre podemos encuadrar dentro de estos siete grados. Sin embargo, es tanto lo que podría hablarte de ellos, y de cómo los he afrontado en mi vida, que esto nos daría para un nuevo libro.

Para que puedas llegar a ti de verdad, debes tener cierto grado de rectitud en tu vida; saber anteponer tu objetivo a largo plazo a los placeres inmediatos que te ofrece continuamente la vida.

Debes tener control sobre tu mente, pues tu mente es tu puerta hacia ti mismo y hacia la verdad. Por eso, de nada me sirve haber visto las *puertas del Cielo* si ahora no doy un paso adelante. Haber descubierto algún tipo de magia dentro de mí debe ser un impulso para cuidar de todos los detalles, y para inyectar en mi vida una mayor seriedad. Ahora sé que no estoy jugando. Tengo la certeza de que lo que estoy haciendo es realmente trascendental.

Queda claro, pues, que el infierno no es un lugar físico al que puedan condenarnos después de la vida. La principal cualidad de la realidad, es que nos encontramos en un universo mental. Por eso, el infierno debe entenderse como la experimentación prolongada de sentimientos y pensamientos negativos. Son éstos quienes provocan nuestro sufrimiento, pero no están en ningún lugar, salvo en nuestra mente.

El infierno no nos espera, ni está fuera de nosotros. El infierno está aquí, al igual que lo está el paraíso; todo depende de cómo aprendamos a observar el mundo, y a aplicarlo a nuestra vida. Si estamos mal, viviendo un auténtico castigo, los demás pueden aconsejarnos; pero sólo nosotros tenemos la capacidad de transmutar hacia otro estado. El cielo y el infierno están ambos en nuestra mente, y dependen mucho de nuestras creencias.

Cuando olvidas tu camino, te pasas la vida persiguiendo objetivos que, en realidad, nunca se pueden alcanzar. Sigues cumpliendo metas y recolectando la admiración de los demás, pero a largo plazo, te das cuenta de que estas metas no te llenan. Entonces, surge una nueva necesidad, y de nada te sirve todo lo que ya has logrado. Esto te sucede porque has olvidado algo muy importante: tu origen es infinito, y tú sólo puedes ser llenado por algo infinito. Nada de este mundo material es capaz de hacer algo así. Si quieres sentirte completo de verdad, debes buscar ese infinito dentro de ti. Te aseguro que lo puedes encontrar.

“...y el demonio vengador los empuja cada vez más al mal para agravar su castigo, e irrita sus pasiones con deseos insaciables.”
(Hermes Trismegisto, *Poimandres*)

38 EL EFECTO REBOTE

Habían pasado casi tres años desde la primera vez que fui a ver a Juan. Desde que rompí el último velo, entraba y salía de mis experiencias con la facilidad con la que el vapor entraba y salía de mis pulmones. Aprendí a alternar mi vida humana con mis eventuales experiencias holísticas y mis *viajes* extracorporales.

Durante mi día a día, ya no me es posible olvidar lo que se siente al estar en otras realidades, y he aprendido a trasladar a mi mundo la tranquilidad y seguridad en mí mismo que tengo cuando estoy *allí*.

Sin embargo, llegado un momento, empecé a sentir de nuevo un cierto estancamiento, y que me estaba volviendo a alejar de esa sensación de seguridad. Un enorme desasosiego me embargaba, y empecé a preguntarme si no me estaría equivocando y haciendo mal al alejarme tanto del resto de la gente.

Podría entender lo que me está sucediendo como un reflejo del *Principio del Ritmo* de la filosofía hermética. Este principio dice que, cuando una vibración llega a un grado muy elevado dentro de su frecuencia, es muy posible que suceda un rebote de la misma magnitud, pero en la dirección contraria. Es posible que, después de haber alcanzado estados de auténtica divinidad y conexión con mi Ser, posteriormente sufriese una recaída al tomar constancia de que sigo atrapado en este cuerpo humano, con sus necesidades y obligaciones. Pero ahora, con la diferencia de que estas obligaciones me resultan cada vez más antinaturales y desvinculadas de mis verdaderos objetivos.

Progresivamente, fue aumentando el tiempo que pasaba entre experiencia y experiencia. Quizás, esto fuese porque pensaba que ya no necesitaba investigar más a fondo. Ya no necesitaba traspasar nuevos velos, porque sabía bien a dónde quería llegar.

Seguía siendo un enorme gozo salir de este mundo y sentir esa libertad, pero muchas de esas ocasiones no me compensaban con lo que sentía al volver a mi cuerpo. No quería volverme loco, y acabar deseando estar muerto porque ya no aguantaba más mi vida. Me valía con hacer un viaje de vez en cuando para no olvidarme de mi naturaleza, pero empezaba a ser consciente de que mi campo de trabajo está aquí en el mundo físico, y no sólo en aquellos que puedo visitar con la planta.

Era el momento de centrarme y tomar decisiones importantes. Cuando todo sale bien, ello me hace sentirme realmente feliz y consciente de las cosas buenas que tengo; pero cuando caigo en mis *pecados* y me siento inoperante, los castigos mentales que me infrinjo son mucho mayores que antes. Si ahora no caminaba, no es porque no viese el camino; sino por pereza, y por no querer salir de mi zona de confort. Ya no puedo seguir adelante como si todo me diese igual, porque ya no me da igual.

Se repetían las experiencias tras las que me sentía mal en el momento de volver a mi cuerpo. Era como si, después de haber visto lo que soy realmente, ya no quisiese volver a estar en este mundo. Esto solía ocurrir principalmente cuando tenía problemas laborales, o cuando había discutido con alguien cercano. El hecho de tener que cumplir volúmenes imposibles de trabajo, trabajar más horas de las que me correspondían, o tener que aguantar la presión de mis superiores, eran detalles que cada vez me costaba más sobrellevar. Sentía como si mi cuerpo fuese acumulando más y más energía negativa, y estuviese a punto de estallar. Era un sentimiento endémico, y empezó a afectar a todos los aspectos de mi vida.

Además, siento que no sólo yo he cambiado en estos tres años. Ahora, todo parece ir increíblemente deprisa, también ahí en el mundo exterior. Conforme yo camino en una dirección, veo que los comportamientos de los demás están cada vez más alejados de los míos. Aunque soy yo quien ha cambiado, me siento como si viviese en un mundo en el que nunca había estado. Cada vez, me siento más desapegado de la sociedad, incluso de mi especie. En lugar de sentirme cada vez más apegado a *mis hermanos*, cada vez me veo más diferente del resto. Y lo peor es que creo que es una respuesta natural por mi parte, y que son los demás quienes viven ciegos.

Es fácil perder la noción de la realidad cuando estás viviendo experiencias para las que no tienes explicación. Pero, por otro lado, tampoco existe una sociedad a la que se pueda acudir a buscar respuestas. Es una paradoja que me veo incapaz de revertir. No soy yo quien debería acudir a ellos, sino que necesito que sean los demás quienes puedan ver las mismas cosas que yo. Necesito que me entiendan, o este cisma se volverá irreconciliable. Quizás, escribo este libro como respuesta a esa necesidad.

Desde el principio de todo este proceso, una de las preguntas que más

me han hecho mis amigos es en referencia cuáles son los contras o peligros de consumir la planta. No sé mucho de medicina, ni de química, pero yo decidí arriesgarme hace ya cientos de viajes, y nunca he tenido problemas en un sentido fisiológico. Tampoco me he hecho adicto, ni creo que esto le pueda suceder a nadie. Rotundamente, la DMT no es una sustancia adictiva.

Por otro lado, sí que es de justicia mencionar que el etnobotánico Terrence McKenna, de quien ya te he hablado otras veces, comentó en una de sus últimas entrevistas que sospechaba haber desarrollado el tumor cerebral que le mató, debido a la continua ingesta de psicodélicos. Pero hay que tener en cuenta que McKenna consumía un amplio abanico de éstos, y que no todos ellos eran enteógenos creados por la propia naturaleza.

Sí que he descubierto algo a lo largo de todo este tiempo, y creo que debes saberlo. Si consumir la planta entraña algún peligro, éste se debe, en todo caso, a los cambios que se producen en nuestro interior; y a que estos cambios pueden dificultar enormemente que podamos seguir con nuestra vida en sociedad como si no hubiera pasado nada.

La DMT no tiene por qué hacerte más feliz, ésa no es su función. Ya lo dijo Juan, “la DMT no te enseña lo que quieres ver, sino lo que necesitas ver”. Estas experiencias no son para divertirte, sino que te hacen ser más consciente de tu vida, y ahí es donde tienes que entrar tú.

Pero quizás, tu vida no sea algo de lo que quieres ser consciente. Y para estos casos, ya existen drogas y medicamentos que te ayudan a sobrellevarla; pero no la DMT. Además, podríamos malinterpretar el mensaje que nos está enviando la planta, y equivocarnos a la hora de aplicarlo a nuestra vida. Estamos obligados a vivir en sociedad, y estas experiencias no nos ayudan a la hora de seguir interpretando nuestro papel.

De algún modo, cuando esto sucede, las demás personas parecen darse cuenta, con sólo mirarnos, de que algo ha cambiado dentro de nosotros.

Sé que puede sonar a estupidez, pero en mi caso personal, cada vez me siento menos identificado con la especie humana. Comprendo que aquello que yo soy, no tiene que ver con mi forma, y que estar en este cuerpo sólo es circunstancial. Pero lo que realmente me hace sentir alejamiento, es ver que los demás no lo ven así, y siguen apegados a sus personas, y creyendo ser los papeles que interpretan. Comprobar que nadie ve la vida como yo, me hace sentirme muy lejos de todo, y me da ganas de desconectarme del mundo para siempre.

Es frustrante ir y venir de una realidad que no puedes demostrar a los demás; y aún más frustrante, que ellos no te crean, y no quieran verla por sí mismos. No sólo eso, sino que he podido comprobar que la mayoría de las personas, aunque me respetan, niegan educadamente lo que yo mismo estoy viendo con tanta facilidad. No les culpo; es cuando trato de ponerle

palabras, cuando me doy cuenta de qué locas suenan mis palabras, y de que yo estoy tan perdido como ellos. No sé más sobre la realidad que cualquier otro.

Progresivamente, he ido perdiendo el interés en los asuntos que suelen importar a los demás. Cada vez es mayor mi incapacidad para seguir siendo el mismo, y hoy me siento menos adaptado a la sociedad que antes. Pero, por otro lado, cada vez tengo menos deseos, expectativas, o necesidades; y cada vez tengo también menos miedos. Lo que tanto parece afectar a los demás, a mí ya no me afecta; mientras que las cosas que son importantes para mí, para los demás sólo son cuentos de magia y dioses.

Mi buen amigo, para mí ya no hay marcha atrás. Si te soy sincero, lo cierto es que no me arrepiento para nada de haber llegado hasta aquí. Pero por todo esto que te estoy contando, tienes que saber que el hecho de dar un paso como el de iniciarse en el mundo del chamanismo o los enteógenos, es una decisión muy importante y que debe ser tranquilamente meditada. Tomar la *pastilla roja* es algo que te cambia la vida para siempre. Yo nunca te aconsejaré que hagas una u otra cosa, ya que sólo tengo control sobre mi propia mente. No sé cómo podría afectarte a ti todo esto, aunque tengo la sensación de que el proceso, a largo plazo, siempre es beneficioso.

He llegado a sentir que ya no vibro como mi mundo. Vivo en una realidad que no ve nadie. A veces, el comportamiento humano me parece tan robótico y predecible, que pienso que yo debo ser otra cosa; siento que estoy metido en un simulador donde los demás actúan de manera mecánica persiguiendo objetivos mundanos y sencillos, y que yo ya no soy capaz de fingir y seguir haciendo eso. Es como cuando juegas *offline* a algún videojuego, y tú eres el único personaje real. Ellos creen vivir en su libre albedrío, pero todo lo que hacen está predeterminado. No existe libertad cuando las decisiones de uno están tomadas desde fuera.

“Gana dinero. Sé popular. Demuestra a los demás que eres feliz”. A mí todo eso ya me da igual. Yo fui así, fui como todos los demás. Me importaba mi popularidad, caer bien a todo el mundo. Hacía muchas cosas sólo por agradar. Me importaba lo que pensaba mi familia sobre mis estudios y mi trabajo. Me importaba tener la novia que todos deseaban, y gozaba de mi popularidad porque eso me hacía sentir mejor que los demás. Me importaba ganar mucho dinero para comprar cosas; y cuando las compraba, necesitaba más dinero para comprar más cosas.

Ahora todo ha cambiado. Todo objetivo me parece falaz en comparación con buscar la verdad sobre mí mismo. Y todo gozo es ridículo en comparación con encontrarla. Nada en este mundo físico me llena más que aquello que encuentro cuando estoy dentro de mí. El mundo en que vive mi cuerpo es ridículamente pequeño y limitado en comparación con los

lugares a los que puedo viajar, y continuamente desearía estar allí y poder olvidarme para siempre de los problemas que me persiguen constantemente.

Hoy entiendo a quienes deciden dejarlo todo para llevar una vida monástica en la que poder dedicar cada hora de la vida a meditar, rezar, y fundirse con su Ser. Ahora entiendo la vida del verdadero chaman; ése que se pierde en mitad de la selva durante veinte años para fundirse con su naturaleza. A veces, siento ese mismo deseo de ir a un lugar donde nunca tendrás que volver a dar explicaciones a nadie.

En ocasiones llegué a pensar que ya no me gustaba estar en este mundo. Eso era lo peor que me había hecho la planta. Pero ahora entiendo que era un mal necesario para que yo siguiese progresando.

Yo no soy humano. Nadie lo es, pero yo lo sé. No soy mi especie, ni mi etnia, ni mi género; ni siquiera mi persona. Yo soy la vida, y trasciendo a lo humano. No lo pienso, sino que lo siento. Ahora entiendo que cualquier etiqueta es limitante; y por eso, me siento atrapado cuando me identifican con un hombre. Yo no soy hombre, ni soy economista, ni contable, ni rapero, ni hijo, ni novio, ni cliente, ni amigo. Yo simplemente soy.

A veces siento que necesito salir de aquí, necesito irme. De hecho, creo que todos lo necesitamos; y que, por eso, lo hacemos cada noche cuando soñamos. Imagino la muerte como una liberación, la vuelta a mi estado natural. Sé que eso es la muerte, pero quizás no debí asomarme tanto. Ya no me conformo con este mundo imperfecto. He comido del *fruto prohibido*, y ahora llevo la penitencia en el propio pecado.

Pero si estoy aquí, debe ser por algún motivo. Y si no estoy bien, lo que debo hacer es adaptar mi persona a lo que realmente soy. Debo mantenerme tranquilo y seguir avanzando pacientemente en el mismo camino. Los problemas, por su propia naturaleza mental, irán desapareciendo en el tiempo.

Por mucho que he llegado a estar cansado de este mundo, ahora sé que existe otra realidad, y tengo ganas de seguir descubriéndola. Ésa es la fuente de toda mi ilusión hoy en día.

Pero antes de continuar, debía poner mi vida en orden, y evitar sentirme mal cada vez que volvía a mi cuerpo. Ése debía ser mi siguiente objetivo.

“El que beba del agua que le daré, no tendrá nunca sed; pues el agua que le daré se convertirá en él en una fuente de agua viva que brotará hasta la vida eterna.”

(Evangelio de San Juan)

39 TOCAR FONDO

Por diversos motivos, la situación en el trabajo empezó a empeorar. Aunque este libro no es el lugar para desarrollar la cantidad de problemas que sobrevinieron durante aquellos meses, trataré de resumirte la situación lo máximo posible; ya que sólo así podrás comprender cómo me encontraba en aquellos momentos.

Las empresas cambian, y la mía lo hizo muchísimo durante los últimos años. Hubo diversos cambios de gerencia y dirección; y los nuevos propietarios fueron cambiando progresivamente el personal, favoreciendo a aquellos a los que consideraban de su confianza. Por esa regla de tres, quienes formábamos parte del antiguo equipo, fuimos progresivamente relegados a tareas de segundo orden; mientras que los nuevos trabajadores, a quienes habían elegido personalmente nuestros nuevos jefes, eran quienes poco a poco se iban haciendo con nuestras antiguas ocupaciones. Esto es algo habitual, incluso comprensible; pero que no entiende de motivos humanos. De pronto, el trabajo que yo había realizado durante tantos años, ya no existía. Se respiraba un ambiente de desconfianza, y de enorme tristeza de quienes otrora habíamos puesto nuestras ilusiones en aquel proyecto. De un día para otro, no quedaba nada de aquello.

Este libro no es el lugar para expandirme sobre los problemas que pasé en aquella época. Simplemente, te diré que lo pasé muy mal. Por momentos, llegué a sentir que había tocado fondo, y realmente me costaba encontrarle sentido a mi vida. Tenía una enorme crisis de identidad, un bloqueo emocional que no me permitía pensar con claridad. Yo le daba infinitas vueltas, quería solucionarlo. Pero, si algo bueno tiene estar abajo del todo, es que, desde ese punto, ya sólo puedes empezar a ir a mejor.

A lo largo de unos seis meses, toda mi vida parecía haberse truncado. Mi salud física iba de mal en peor, y eso afectaba a mis ánimos. Para colmo, la vida sedentaria y la ansiedad no hacían más que ahondar el problema. A estas alturas de la película, yo no entendía nada; me sentía esclavizado y atrapado en un mundo que no me merecía. Ya no podía desarrollar mi trabajo con normalidad, me bloqueaba continuamente, e incluso las piernas parecían fallarme cuando iba de camino a mi puesto. No era capaz ni de las tareas más sencillas; mi mente se había roto, y mi cuerpo se estaba apagando. Me faltaban energías, y tenía fiebres constantes. Era de locos, estaba tocando fondo. No me identificaba con el resto de las personas, y nadie parecía entenderme.

Durante aquellos días, hacía muy pocas experiencias con la planta; y llegué a estar meses enteros sin *viajar*. Tampoco escribía. Me encontraba muy desanimado, y no me apetecía nada salir de mi cuerpo para luego tener que volver a generar desde cero todos aquellos recuerdos que me hacían daño. Tiempo atrás, la planta se había convertido en un baremo para medir cómo me sentía en cada momento; y en aquellos tiempos, mi *termómetro del bienestar* marcaba temperaturas bajo cero.

Yo había cambiado hacía tiempo, y tenía ideas en la cabeza que casi todo el mundo me desaconsejaba llevar a cabo. Estando de baja, pasaba mucho tiempo solo, y tenía muchas paranoias.

Empecé a creer que, si yo era buena persona, el mundo se portaría bien conmigo. Realmente, tenía confianza en aquel pensamiento. Tantas experiencias con la planta, y tanto sentirme especial, habían introducido en mi cabeza la idea de que, siendo sincero, y con una actitud conciliadora, yo sería capaz de conseguir cualquier cosa. Pensaba que mi honestidad sería visible, y eso facilitaría el diálogo. Así que, decidí sincerarme con la empresa, a pesar de que todo el mundo me decía que era muy mala idea.

Pensaba que mi superior directo no era una mala persona; y que, si trataba de hablar con él y era completamente sincero, quizás podríamos llegar a un acuerdo intermedio en el que ambas partes saliésemos beneficiadas. Sin embargo, de nada sirve la buena voluntad cuando te enfrentas a una empresa cuyos intereses son puramente cuantitativos. Da igual que tu jefe, o que el jefe de tu jefe, sean buenas personas; la empresa no es una persona, y no le mueven los motivos personales.

En casa, la vida no iba mucho mejor, porque mi mente no lograba desconectar de los problemas. En las pocas ocasiones en las que trataba de hacer un *viaje*, me pasaba siempre lo mismo. Desde que empezaba a expulsar el vapor, el *despegue* se veía interrumpido por los incesantes pensamientos entorno a todos los problemas que me abrumaban. Era como

si hubiese perdido la capacidad de concentrarme y meditar. Mi cabeza estaba tan perjudicada, que era capaz de anular los efectos de la planta; y es que, efectivamente, un estado de excesivo nerviosismo puede bloquear nuestros intentos de experimentar con enteógenos. Necesitamos tener nuestro cuerpo y nuestra mente en las mejores condiciones; y yo, en aquellos momentos, estaba hecho un desastre.

Estaba frustrado por sentirme así. De cada cinco intentos de *viajar* con la planta, cuatro eran fallidos; y sabía que el problema era la ansiedad que tenía por cambiar las cosas.

Sin embargo, que no *viajase* no quería decir que estuviese perdiendo el interés en los enteógenos, ni que hubiese dejado de creer en las cosas que había visto en otro momento. Jamás olvidaba -ni olvido- que todo aquello era real. Simplemente, dejé de experimentar a la planta, porque en aquellos momentos no era buena para mí; no me ayudaba a aclararme, sino a agobiarme más. La planta puede servirte para resolver algunos problemas o nudos mentales que tengas; pero si el problema no es mental, sino que está en tu puesto de trabajo, nada puede hacer ella por ti.

A pesar de que yo prefería no hacer *viajes*, durante aquellos meses vinieron muchas personas a mi casa para iniciarse con la planta. La inmensa mayoría eran amigos personales míos, o también amigos de amigos, que habían escuchado hablar de mí o de la DMT. Había muchas personas que llevaban tiempo pidiéndolo, y me acostumbé a recibir gente en casa cada dos o tres días. Siempre, con el único propósito de ayudarles en su camino; y por supuesto, sin cobrarles absolutamente nada.

Es increíble, y en parte cómico, ver las diferentes reacciones que tiene la gente cuando ve por primera vez lo que la planta quiere enseñarles. Me he dado cuenta de que, si bien yo les estoy ayudando a asomarse por primera vez a su interior de una forma diferente, en realidad son ellos los que vienen a mi vida a enriquecerla con nuevas experiencias que yo no podría tener. Cada mente es, literalmente, una ventana a infinitas experiencias.

Una de estas personas que empezaron a venir por casa era Antonio. Antes de que me llamase, yo nunca le había visto en persona. Un par de amigos comunes le hablaron de mí, y hacía tiempo que tenía ganas de conocerme. A mí también me hablaron de él; y por lo que parecía, era una persona de suficiente confianza como para abrirle las puertas de mi casa. Además, por norma general, todo el mundo que viene con la intención de conocer a la planta acaba proporcionándome historias interesantes de las que siempre puedo aprender algo. En esta ocasión, no sería diferente.

Antonio era abogado de profesión. De hecho, mis amigos me hablaron muy bien de él, pues les ayudó en un par de situaciones ciertamente delicadas. Todo el mundo afirmaba que era muy bueno en lo que hacía.

Cuando Antonio vino a verme por primera vez, yo no tenía ni idea del aspecto que tendría; pero le reconocí en el momento en que apareció por la calle. Una tupida barba negra y unas gafas de sol ocupaban la mayor parte de su rostro. Traía una larga y elegante gabardina. Era un tipo bastante grande de tamaño. Estaba aparcando la moto, cuando me reconoció de lejos y me sonrió.

Nos saludamos, y enseguida hicimos buenas migas. Hablamos durante mucho tiempo sobre nuestros amigos comunes, sobre la dimetiltriptamina, y sobre el trabajo. Le conté todos los problemas en los que me he visto inmerso durante el último año, y Antonio se ofreció a echarme una mano si llegara el caso de tener que enfrentarme a la empresa en un futuro. Me gustó saber que podía contar con su apoyo; y en cierto modo, también agradecí a la planta por aquel nuevo contacto.

No fue fácil hacer despegar a Antonio. El problema se debió, sobre todo, a que no me gusta introducir en el vaporizador una gran cantidad de la sustancia cuando es la primera vez que el sujeto va a hacer un viaje. Aunque estos visitantes tratan de simular muchas veces estar interactuando con la planta, sólo con mirarlos puedo saber si están realmente dentro de la experiencia. Con Antonio, no tuvimos éxito hasta el tercer intento.

Estábamos en el salón de casa. Yo lo preparaba todo sentado en una silla, mientras que él estaba recostado en el sofá. Inhaló la bolsa de vapor en tres grandes caladas, y se dejó caer hacia atrás. Desde ese momento, parecía haber una gran actividad en el interior de sus párpados cerrados.

A mí me resulta imposible saber qué pasa por las cabezas de mis visitantes mientras se zambullen en sus experiencias, pero en ocasiones es fácil comprobar que todo va bien. Ésta era una de esas ocasiones. Al minuto de comenzar su viaje, Antonio empezó a reír a carcajadas. Sin llegar a abrir los ojos en ningún momento, giraba el cuello hacia los lados, para finalmente inclinar su cabeza hacia arriba. De vez en cuando, abría la boca, pero nunca llegaba a decir nada. Más tarde, se relajó, y se quedó quieto con ambas manos cruzadas sobre su regazo.

Después de volver en sí, y tras dejar pasar unos minutos para la reflexión, Antonio me contó algunas de las cosas que había podido ver durante su experiencia. Ésta había durado mucho tiempo al final, y durante los últimos minutos, podía ver cómo a mi nuevo amigo no se le borró la sonrisa de la cara hasta que definitivamente volvió en sí.

Según me contó, se había visto a sí mismo en un lugar diferente, un sitio abierto y natural, algo así como un prado o una verde colina. Todo era maravilloso a su alrededor. Allí habitaban unos seres; unos gigantes, según me dijo. Estos gigantes le rodearon como si supieran quién era él, e incluso cuidaron de él con cierta devoción. Durante su *estancia* allí, aquellos gigantes

parecían alimentarle con conocimientos, dejándoselos caer desde arriba al interior de su boca. Quizás por eso, le había visto abrir los labios una y otra vez.

Después de su experiencia, de nuevo pasamos un largo rato hablando mientras disfrutábamos del aire fresco en la terraza. Yo estaba contento de que todo hubiese funcionado, y mi nuevo amigo no paraba de hablar de su experiencia y de las deducciones que poco a poco él iba sacando de la misma. Es lo más común del mundo: cuando vuelves de tu viaje, te afanas por comprenderlo. Es algo que necesitas hacer.

Como muchos otros, Antonio se despidió de mí con un enorme abrazo, que en otras circunstancias hubiese sido extraño dar a alguien a quien apenas conoces. Sin embargo, yo sabía que era sincero, pues yo había sentido lo mismo en mis primeras visitas a Juan. Desde aquel momento, hicimos muy buena amistad.

Un par de semanas después, Antonio volvió a visitarme. Su segunda experiencia con la planta fue increíblemente coherente con la primera, y aquellos seres que le rodeaban y alimentaban con nuevos conocimientos, volvieron a aparecer. Antonio me había comentado que hacía unos días que sentía un ligero dolor en el pecho. Al volver de su viaje, me contó que aquellos seres se habían acercado a él en esta ocasión con la intención de sanarle. Le preguntaron qué le dolía, y él se echó la mano al lado izquierdo de su pecho, diciéndoles que le dolía el corazón. Lo más gracioso, y a la vez inquietante, es que uno de estos seres le dijo que le sanarían, pero que “el corazón lo tienes más a la derecha. Si te duele ahí, debe ser el pulmón.”

Nos reímos a carcajadas con la anécdota. Era la primera vez que a él le sucedía algo así. Yo me alegraba de que hubiese alguien más a quien le ocurriese lo mismo que a mí: encontrarte con seres cuya consciencia parece completamente independiente de tu propia mente. Es la permanente sensación de que nosotros no creamos a estos seres, sino que contactamos con ellos de alguna manera.

Después de aquella experiencia, nos relajamos durante un par de horas en mi salón. Mientras hablábamos, me propuso elaborar una estrategia para afrontar mi problema en el trabajo, y aquello me animó bastante. Por fin llegaba algo de ayuda. Y era la planta quien me la enviaba. Pensé que aquella sincronización no podía ser fruto del azar, y empecé a creer realmente que todo aquello estaba sucediendo por algo.

La aparición de Antonio en mi vida fue muy importante. Desde aquellas primeras veces que vino a casa, no dejó de contactar conmigo y preguntarme qué tal iba todo por el trabajo. Constantemente, me aconsejaba qué es lo que debía hacer, y cómo debía actuar en situaciones en

las que llevaba tiempo perdido y sin saber cómo comportarme. Por primera vez, no me sentía solo en la durísima situación laboral en la que me encontraba; y ello me otorgó una enorme seguridad en mí mismo y en mi posición. Poco a poco, recuperé la sonrisa que había perdido meses atrás. Volví a sentirme fuerte, y volví a estar seguro de que estaba haciendo lo correcto.

‘Ahora sé qué es lo que debo hacer en cada momento, y nunca ha sido tan fácil saberlo. Si sigo siendo un hombre honesto, nada malo puede pasarme. Nada está mal si estoy bien conmigo mismo. Nada malo me puede pasar. La vida proveerá’.

“Tenemos un profundo sentimiento de culpa por nuestra existencia, porque sentimos que en realidad no pertenecemos a este mundo.”

(Alan Watts, *Nueve meditaciones*)

40 LIMBO

Es posible que el estado de ansiedad en el que me encontraba por entonces me llevase a cometer, uno de aquellos días, un error del que nunca me olvidaré. Normalmente, soy una persona despistada, pero lo que me ocurrió aquella noche fue uno de los episodios más terroríficos que he experimentado en toda mi vida.

El caso es que aquella noche, al llegar a casa, me veía suficientemente animado para intentar tener una experiencia con la planta. Habían pasado casi dos meses desde mi último *viaje*; todos los intentos posteriores habían sido un desastre. Sin embargo, el último día que había venido Antonio, habíamos vapeado algunas caladas juntos en la terraza, por el gusto de compartirlo; y aquel día había vuelto a sentir dentro de mí la lejana vibración que antes tanto me encandilaba. ¿Cómo podía haberme alejado tanto?

Me apetecía tener una pequeña experiencia después de mucho. Era el momento de volver a asomarme *al otro lado*. Tenía cierto temor de que, por sentirme triste durante los últimos tiempos, aquello fuese a provocar una experiencia negativa. Pero no tenía ni idea sobre de qué manera se manifestaría.

No sé qué fue lo que provocó mi error, quizás que tenía la mente demasiado ocupada. Cargué la cámara del vaporizador con la sustancia. Fui a la cocina a beber agua, y después fui a orinar. En ese transcurso de tiempo, olvidé que ya había cargado la cámara; y al entrar en el salón, volví a hacerlo. Yo no era consciente, pero el vaporizador tenía en ese momento el doble de dimetilriptamina de lo que yo hubiese consumido nunca.

En realidad, no corría ningún peligro. Se estima que la sobredosis de DMT está entorno a los 8 gramos, aunque depende de la constitución del

individuo. Lo que yo estaba a punto de consumir era cien veces menos que esa cantidad. Pero seguía siendo cuatro veces más que la dosis recomendada para tener visiones, y más del doble de lo que yo hubiese consumido nunca.

Salí a la terraza con aquella bolsa de vapor inusualmente denso. A mí me parecía muy blanco, pero lo interpreté como una buena señal. Yo no era consciente de lo que pasaba, y tampoco di demasiada importancia a la densidad de aquel vapor. Me coloqué en mi *nido de despegar*, tumbado mirando hacia arriba, y con la mirada puesta en la Luna llena. Aquel sería el entorno elegido; realizaría mi experiencia mirando al cielo totalmente despejado. La oportunidad parecía inigualable. El barrio dormía en silencio, a pesar de que no sería ni medianoche. Todo era perfecto; al menos, hasta que empezó el *despegue*.

Antes de empezar a vapear, tenía un sentimiento extraño dentro de mí; como de que algo no me cuadraba. Lo achaqué a que estaba pasando por un mal momento, y a que me encontraba algo deprimido aún; y pensé que quizás no era adecuado seguir experimentando en aquellas condiciones. Pero no era eso; en el fondo, yo sabía que pasaba algo más.

No tardé mucho en descubrirlo. Al dar la primera calada, el sabor fue increíblemente fuerte y denso. El vapor que salía de mí era tan blanco que parecía estar helado como el hielo. Los dientes me rechinaron casi instantáneamente, y todo se agitaba con enorme fuerza en sólo uno o dos segundos.

Entonces, recordé perfectamente mi error, y fui consciente de lo que estaba sucediendo. Me acordé de que había puesto el doble de la carga sin darme cuenta. Había sido un despiste muy gordo. Me agarré fuerte, pues sabía que se avecinaban curvas. Pasados diez o quince segundos, y ya supe que me acababa de lanzar al vacío, y sin paracaídas.

Un instante después, yo ya no me acordaba de nada. No recordaba qué hacía allí recostado, ni lo que sucedía. No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados, porque no veía nada. La Luna había desaparecido, y también las estrellas. Y el cielo. Y el mundo.

Había un ruido enorme, muy físico. No era la clásica vibración de siempre. Todo se agitaba de manera brutal. Era como si hubiese metido la cabeza en una campana, y alguien la hubiese golpeado con un martillo. Sonaba como si estuviesen cortando con una sierra una plancha metálica gigante, y que ésta ocupase toda la cúpula del cielo.

No sé por qué, pero aquel sonido me hacía pensar que el tiempo se estaba rompiendo. Era como si todo el mundo físico se estuviese quebrando, como si todo se hubiese *roto*. Aquel sonido no sólo estaba allí donde yo; sino que parecía abarcar absolutamente todo mi universo. Aquel ruido parecía estancado, como un disco rayado, y hacía un desagradable

“claclaclacla”. Parecía indicarme, sin duda alguna, que me estaba quedando atrapado entre dos instantes de tiempo; y que aquello afectaba a todo mi mundo. Era el sonido al romperse el propio tiempo; aunque esto sólo fuese dentro de mi mente. Lo que estaba pasando era muy claro. El mundo físico desaparecía ante mis ojos, como si se tratase del fondo de un videojuego estropeado, o papel de foto que se está quemando.

De pronto, todo cesó, y me quedé en un silencio absoluto. Era el silencio más sepulcral que había experimentado nunca; era extrañamente *limpio*. Para entonces, el mundo parecía haber desaparecido casi por completo. Era como si, de pronto, me encontrase atrapado en el espacio que hay entre dos fotogramas. Pero aquello no era una película ni un videojuego; aquello estaba pasando de verdad, y me estaba pasando a mí.

Había recuperado completamente la consciencia; era plenamente consciente de mi cuerpo. En realidad, creo que en ningún momento entré en trance o me olvidé de mí mismo como otras veces. Seguía siendo yo, el mismo que te escribe; pero no estaba en mi mundo. No estaba en ningún mundo. Entonces, sentí que allí donde estaba, nadie podría encontrarme jamás. Todo estaba completamente inmóvil, como si en aquel instante eterno, lo único vivo y consciente que existiese fuese yo mismo. Sentí el mayor desamparo de toda mi vida. Me acababa de meter en un enorme lío por mi desliz al descuidarme con la planta. Me arrepentí muchísimo, y llegué a decirme a mí mismo que, si lograba salir de allí, aquel habría sido mi último *viaje*.

Lo siguiente que recuerdo es ver un enorme foco blanco en el cielo. Yo sabía que aquello debía de ser la Luna, aunque no conservaba ninguna de sus características originales. Era una fuerte luz blanca, con aparente irradiación propia. Era exactamente lo mismo que mirar directamente a un foco de los que se utilizan en los conciertos. Ver la Luna de ese modo me inquietó automáticamente. Allí pasaba algo muy raro. Además, ¿dónde estaban todas las estrellas? Aparte de la Luna, el resto del cielo bien podría ser una gigantesca carpa pintada de negro. Allí no había absolutamente nada. Una cosa era experimentar otros mundos, pero aquello era diferente. Allí no había ningún mundo. Allí no había nada. El tiempo se había detenido, y el mundo había desaparecido ante mis ojos.

Me alarmé instantáneamente, y me puse de pie con enormes dificultades. Aunque mis latidos y mi respiración eran normales, no era plenamente capaz de manejar mi cuerpo. Aquello nunca me había pasado. Me encontraba absolutamente descoordinado, y mis movimientos eran muy torpes. Me di cuenta de que podía estar viviendo una situación realmente grave. Me había quedado realmente atrapado, como en un videojuego roto.

No veía nada a mi alrededor, salvo oscuridad y más oscuridad. Era como estar atrapado en una cápsula gigante y oscura, donde una única luz

está enfocada sobre ti mismo. Imagino que aquella oscuridad que me rodeaba a escasos centímetros debe ser parecida a la que ven los astronautas cuando están en mitad del espacio; una limpia oscuridad que no era carente de cierta belleza. Apenas podía ver mi entorno más cercano, y ni siquiera me atrevía a alargar los brazos hacia esa oscuridad tan densa. Si lo hacía, podía ver cómo mis dedos se estiraban como fideos hacia ese infinito; y casi podía sentir aquella energía o electricidad en la punta de éstos. Aquello daba realmente miedo.

El miedo fue creciendo conforme pasaban los minutos, y yo perdía la noción del tiempo. Llegó un momento en el que dudaba desde cuándo llevaba allí. ¿Acababa de llegar, o era aquel un estado en el que llevaba atrapado desde hacía varios días? Me agobiaba pensar que no era capaz ni de responder a aquella pregunta. A diferencia de otras experiencias, no se producían *saltos* de ningún tipo, y no me veía transportado de un mundo a otro. Estaba acostumbrado a mis *viajes* llenos de vida, pero aquel lugar estaba completamente vacío; allí no había ni un alma. Jamás me había enfrentado a una experiencia como aquella. Entonces, sí empecé a preocuparme de verdad. Quizás había abusado de la sustancia, y había caído en un estado del que no me recuperaría. Quizás había llegado a un lugar del que no podría volver. Quizás mi cuerpo se encontraba allí tirado, desmayado, o en coma, mientras que todo aquello estaba sucediendo sólo en mi cabeza. Quizás había muerto, y la muerte no era como yo esperaba.

Me preguntaba si me había matado sin querer, y si mi cuerpo real se habría quedado allí en mi mundo donde lo dejé. Temí que fuese Alba quien lo encontrase, frío y tieso, horas después cuando saliese a la terraza en mi búsqueda. Llegué a plantearme incluso que Alba no encontrase nada allí, y que realmente me hubiese teletransportado a otro lugar, otra dimensión; porque yo sentía mi cuerpo, y sentía que todo mi Ser al completo se había quedado atrapado en aquel limbo intemporal. No me gustaba ninguna de las respuestas a lo que me estaba pasando.

Mi pensamiento, entonces, fue que quizás aquella sería mi última experiencia, la que venía a demostrar mis teorías. Tal vez había estado jugando con un fruto realmente prohibido, algo que nunca debí hacer; y consecuencia de ello, había *roto* el mundo, y me había quedado atrapado en un lugar que no existía para nadie más. Yo tenía razón: el Universo es mental, existe la magia, el tiempo no es lineal dentro de la mente, coexisten múltiples dimensiones donde todo es posible... Pero yo no soy un dios, ni lo tengo todo bajo control; y ahora lo había estropeado todo. Quizás, ni el mismísimo dios en el que tanto había empezado a creer, podría venir a ayudarme. Me había quedado solo para siempre.

Empecé a ver ciertos contornos a mi alrededor, pero éstos no tenían sentido. El suelo, la pared... parecían estar *derretidos*. Las cosas que veía no pertenecían a formas físicas que estuviesen realmente ahí, sino a deformaciones y brechas de oscuridad que aparecían por aquí y por allá devorando mi entorno, desfigurándolo como lo haría una llama con un mundo de plástico. Mi mundo aparecía vagamente ante mí, para después ser devorado, una y otra vez; y aquel fuego invisible sólo se detuvo cuando llegaba casi a tocarme.

Fueron momentos de auténtico pánico entonces, y realmente pensé que podría morir. Jamás había vivido algo así. La realidad se había roto, el mundo físico se había fundido ante mis ojos. Mientras, yo era absolutamente consciente de mí mismo. No tenía ni idea de dónde estaba, pero quería salir de allí cuanto antes. Quería volver a mi vida, y no sabía si lo lograría.

Siguieron pasando los minutos. No creo que fuese sólo en mi cabeza; aquel *viaje* duró muchísimo tiempo. Afortunadamente, por fin empecé a ver cosas más coherentes con la existencia de un mundo físico a mi alrededor. Mi entorno empezó a aparecer progresivamente, aunque en una forma totalmente distorsionada. Era mi mundo, aunque las paredes y suelos tenían formas arlequinadas, y todo estaba increíblemente silencioso y oscuro. Todos los colores que podía ver eran tonos azulados y rojizos. Podía ver incluso el contorno del edificio que hay frente al mío. Si no hubiera estado tan asustado, me habría parado a disfrutar de todo aquello; por momentos, era realmente bonito. Pero aquel mundo estaba completamente vacío, y allí solamente estaba yo. Recuerdo que, aunque parezca estúpido, me sentí aliviado al pensar que, aunque me hubiese quedado solo para siempre, al menos ahora tendría un gigantesco mundo propio por explorar.

Mi entorno seguía apareciendo muy poco a poco. Parecía como si, después de haber desaparecido repentinamente, y tras haber caído a un lugar donde no había nada, se estuviese generando de nuevo mi mundo, aunque a un ritmo muy lento. Estaba atrapado entre dos instantes, pero el tiempo no se había detenido del todo; sino que, al parecer, cada instante tenía que reconstruirse desde la absoluta nada. Es como si el tiempo no fuese continuo, y existiesen auténticos espacios infinitos entre cada instante. Y yo estaba asistiendo a esa creación espontánea de un instante de mi mundo. Aquello era una locura.

Disfruté de aquellas extrañísimas vistas durante un par de minutos, asomado al balcón de la terraza. Si miraba hacia abajo, todo lo que veía era un vacío infinito. Frente a mí, las colinas y edificios apenas eran trazas de color morado, dibujados en aquella *nada* oscura.

Decidí entrar en casa, y ver qué me encontraba adentro. Cada vez era

más extraño que la experiencia durase tanto, y realmente me preocupaba haberme *frito* el cerebro. Fui palpando las paredes hasta llegar a la puerta de la terraza. Su aspecto era increíblemente diferente del real. Los marcos eran blancos y redondeados, y la ambientación en general me recordaban a las naves espaciales de la serie de televisión "V". Pero, a pesar de que era completamente diferente, sabía que me encontraba en mi casa; al menos, en la versión de mi casa de aquel extraño mundo límbico.

Palpé la puerta buscando el modo de entrar. Era como si nunca hubiera estado allí, y no comprendía cómo era el mecanismo para abrir. Todo me era muy extraño y futurista; pero por lógica, aquella era mi puerta de siempre; y era yo el que no era capaz de verla.

Cuando pude entrar en el salón, volví a dudar si me encontraba en mi casa realmente. Todo allí dentro era diferente; por no decir que, al fondo del salón, en lugar de una pared, volvía a haber un vacío infinito. Era como mirar a través de una profunda cueva. Tal vez, pensé, el filtro que separaba mi universo de otros mundos *paralelos* no era tan grueso como me imaginaba, ya que todos estos mundos son mentales, y coexisten solapados. Podría haber caído de uno de estos mundos a otro, por haber cometido un error tan fundamental como el que yo había cometido, al jugar con mi mente de una manera prohibida.

Cualquier explicación sonaba coherente en comparación con la auténtica locura que me estaba sucediendo. Era increíble que estuviese paseando por aquel universo, mucho más allá del mero hecho de proyectarlo mientras me encuentro inmóvil o en trance. Ni siquiera sabía si me encontraba vivo o muerto; no tenía sensaciones ni certezas. Aquella experiencia rompía con todas las anteriores. No tenía respuestas para ella.

Me preguntaba si de verdad podía existir un estado que escapase del alcance de nadie. Si no hay tiempo, pensaba, ni siquiera Dios puede ayudarte. ¿De verdad podía existir un fallo en la programación del Cosmos que dejase a un ser atrapado en el tiempo? Mi miedo se acrecentó. Quizás no existe dios alguno, ni está dentro de mí. Quizás el Cosmos era algo mecánico, la simple proyección de un algoritmo que yo acababa de romper; y dentro del cual me había quedado atrapado para siempre.

Sin embargo, había un detalle importantísimo; y es que yo sentía mi cuerpo, yo estaba allí de pie y respirando. No podía estar muerto. El tiempo estaba pasando; aunque al parecer, allí sólo pasaba para mí.

En el salón no había nada, salvo en el metro cuadrado que podía ver a mi alrededor. Volví a encontrarme envuelto por una oscuridad infinita que daba auténtico terror. Parecía que pudiese tropezar y caerme en cualquier dirección. Me agarraba a la puerta como si me encontrase asido a mi nave tratando de no acabar flotando en el espacio exterior.

Al entrar, traté de gritar para llamar a Alba, que debía estar acostada en

la cama; pero no salió voz alguna de mi garganta. Todo cuanto pude emitir fue un extraño sonido grave y gutural. El sonido seguía pegando pequeños saltos como en un disco rayado. Ni de lejos la experiencia parecía estar remitiendo, tal sólo evolucionando. No me podía creer que aquello me estuviese sucediendo a mí. Deseaba que sólo fuese un sueño. Ojalá no hubiese conocido nunca a la planta. Quería volver a mi mundo, pero era imposible. ¿Cómo podía haber estado tan equivocado? Yo me lo había buscado. Quizás mi castigo duraría para siempre.

Como te he dicho, había cierta belleza en las pocas formas que podía ver. Tropecé con una pequeña mesa, y no reconocí ninguno de los objetos que había sobre ella. Lo que veía a mi alrededor me recordaba a los cuadros de Dalí, en concreto ése en el que aparece un reloj derritiéndose. Parecía estar realmente metido en una increíble obra de arte. De cualquier manera, aquel pensamiento no aliviaba mi deseo de volver.

Entonces, sucedió algo que me resultó increíble en aquel momento; y que, por fin, iba a arrojar algo de esperanza dentro de aquella terrorífica experiencia: Una sombra blanca se adivinó moviéndose entre mis pies. Parecía una figura de porcelana, y se movía de manera elegante. Su color era tan blanco que parecía emitir luz propia. Era un gato; un gato sin pelo ni formas en su rostro. Pasó por debajo de una pequeña mesa, y después pasó cerca de mí, rozándome suavemente con la cola; para luego perderse de nuevo en la oscuridad. Tardé en reconocerlo, pero aquel debía de ser mi gato Emilio. Aunque físicamente no se le parecía en nada, no tenía sentido pensar que fuese otra cosa; mi gato había aparecido allí, aunque yo apenas era capaz de vislumbrar su contorno. Casualmente, había aparecido por allí en el mejor momento. Ahora me encontraba mucho más tranquilo, al saber que seguía estando en mi mundo; o en una extraña versión de éste.

Aún no era capaz de moverme con solvencia, por lo que el hecho de llegar a la habitación me parecía una auténtica odisea. Decidí seguir avanzando. Necesitaba llegar a la cama y ver a Alba; quizás ella estuviese preocupada por todo el tiempo que llevaba fuera. Necesitaba hablar con ella y cerciorarme de que, aunque aún no pudiese verlo con normalidad, me encontraba de nuevo en mi mundo y en mi vida.

Por fin, llegué a la habitación a duras penas, caminando de manera errante como el monstruo de Frankenstein. Entonces, encendí la luz, y desperté a Alba dando voces mientras le preguntaba una y otra vez si podía verme, y si me veía *normal*. Supongo que, para ella, aquel debió ser un espectáculo bastante dantesco; pero no podía ni imaginarse la pesadilla que yo acababa de vivir,

Sin embargo, la cosa no mejoró con la luz prendida. Donde estaba Alba, yo no veía un ser humano. Aquello era una aberración. Lo que allí había era una gigantesca bola de energía tan densa que se podía tocar. Era

carente de forma alguna, parecida a los rollos gigantes de carne de kebab; a diferencia de que toda su superficie se agitaba como si de un gigantesco tornado de energía de colores se tratase. Desgraciadamente, ver aquello en el lugar de mi pareja no me estaba ayudando a tranquilizarme. Le dije: “Me pasa algo. Creo que me pasa algo muy malo.”

Escuché su voz. Sonaba bastante alterada, porque yo la acababa de despertar con toda aquella intensidad. Me respondió que, por supuesto que podía verme, y que mi forma era completamente normal. Me tranquilizaba saber que mi cuerpo seguía en mi mundo, aunque mis ojos no fuesen capaces de verlo. Alba trataba de volver a dormirse, pero yo no la dejaba. Ella no podía imaginarse lo asustado que yo estaba. Sin embargo, el simple hecho de escuchar su voz me ayudó a tranquilizarme; al menos, no me encontraba solo. No me había quedado aislado para siempre.

Me dejé caer a su lado en la cama, mirando hacia el techo; y esperé a que todo pasara. Volví a ser consciente de la vibración, que estaba por todos lados y era escandalosa. Aquello empezó a parecerse más a las experiencias que ya conocía. Algunas figuras aparecieron cuando cerré los ojos, y estuve largo rato viéndolas bailar. Para entonces, calculo que la experiencia podría haber durado unos tres cuartos de hora en total. No insistí en explicarle a mi chica lo que acababa de ocurrir, porque era sencillamente imposible que me entendiese. Aquella había sido de largo la experiencia más real que nunca había tenido con la planta. Y aunque aquel primer *bad trip* había sido aterrador, probablemente todo aquello debía tener un significado, y acabaría siendo positivo a largo plazo.

Aquel limbo intemporal me hizo pensar y dudar sobre mis propias teorías. Aquello no había tenido relación con nada de lo que yo hubiera experimentado hasta ese momento, ni cuadraba con toda la filosofía incipiente en mi vida. No cuadraba con nada; al menos, con nada bueno. No tenía ni idea de cómo encajar aquella experiencia dentro de mi nuevo modo de pensar.

Hasta aquel día, estaba prácticamente convencido de que todo cuanto existe después de la vida debía de ser una explosión de sensaciones y experiencias infinitas donde todo es posible, y de la que nunca nos cansamos de disfrutar. Aunque mi personalidad humana deja de ser relevante; allí sigo siendo yo, el mismo ser que ahora te escribe. Para mí, la muerte era el estado en el que, por fin, me convertiría en la fuerza creadora que, en su momento, me dio la vida a mí mismo; y podría entonces elegir a placer cuál sería mi próxima experiencia vital. Y todo esto sucedería porque la Mente original y yo somos, en realidad, una misma cosa.

Pero aquella experiencia me había hecho dudar completamente; pues, estando allí, había sentido claramente el desamparo de encontrarme lejos de la mirada del mismísimo Dios. Aquello no me lo esperaba para nada. ¿Y si

es eso lo que nos espera? ¿Y si existe la posibilidad de caer en el limbo cuando nos morimos? Aquella experiencia me hacía dudar absolutamente de todo. Aquel lugar parecía real; y yo no quiero volver allí nunca más. Ahora me pregunto si es posible realmente acabar en un estado así cuando morimos. ¿Realmente existe el limbo? Me resulta aterrador pensar que ese lugar existe, y que pueda suceder algo que me condene a quedarme allí. Aquello era peor que el infierno; pues no hay nada peor que el absoluto aislamiento eterno de otros seres. Yo lo he sentido.

Entonces, quizás fuese aquello lo que debía aprender. De nada sirve creer en un dios creador de todo, si te encuentras solo en el infinito, y sin nadie con quien comunicarte o a quien amar. Muchas veces me he quejado de mi mundo y he deseado irme; pero ahora comprendo un poquito mejor que mi naturaleza es también la de estar aquí con los míos, dando sentido a mi experiencia vital. No necesito un universo infinito y vacío para mí; prefiero un mundo limitado, pero el cual puedo compartir con otros como yo. No quiero volver a experimentar lo que es ser el único ser de tu universo.

Aquella noche tuve una de las peores experiencias que nadie puede tener. Sentí el terror del aislamiento para siempre; de descubrir algo que no esperaba, y que ya era demasiado tarde para volver atrás. Comprendí que no hay nada tan horrible como tener que vivir en absoluta soledad; y que, quizás, es justo eso lo que debo aprender a valorar en mi vida. Llevo mucho tiempo quejándome de mi vida y de los demás, deseando que todos se alejen de mí para poder seguir progresando y dedicando al conocimiento cada minuto de mi vida. He llamado “lastre” al resto de los humanos por no comprender mis intenciones, y por entretenerme cuando necesito tiempo. He sido arrogante, y me he creído mejor que ellos. He pensado que mis objetivos eran más importantes que los de los demás, y que mi existencia estaba por encima de sus vidas. Ahora comprendo que mi existencia, sin los demás, sería un auténtico infierno. No quiero volver a estar solo. Nunca volveré a pedir algo así. Por primera vez, tuve miedo de lo que pueda haber después de la muerte; y tuve miedo de no estar haciendo lo correcto con mi propia vida.

Siempre nos ha aterrorizado pensar que no haya experiencia después de abandonar el cuerpo. Nos da miedo desaparecer, dejar de existir. Pero ahora entiendo que puede haber realidades aún peores.

Esta experiencia me enseñó lo que supondría estar dentro de una mente aislada para siempre. Ser un dios no sirve de nada sin la existencia de un mundo con cierto grado de inconsciencia. De nada sirve saber que eres un dios, porque lo realmente mágico es descubrirlo poco a poco.

Quizás, desde un punto de vista individual, el sentido de nuestra vida

radique precisamente en alimentar nuestra consciencia con experiencias que luego nos servirán para proyectar nuestra propia creación cuando nosotros mismos hayamos muerto. Tal vez no exista un dios, sino infinitos dioses, que somos todos nosotros; cada uno con sus infinitos mundos a placer. Quizás este mundo en que vivimos no sea más que el enésimo reflejo de un universo que se viene repitiendo desde siempre. Quizás todo consista en mundos generados de otros mundos, consciencias que son ramificaciones de consciencias anteriores; y todo forme parte de un gigantesco y único Árbol, que también somos nosotros mismos.

Finalmente, todo volvió a la normalidad, y me sentí profundamente agradecido. Tal vez éste sea el sentido de aquello que se dice de que “para volver a nacer, primero hay que morir”; aunque a mí ya no me hará falta morir más veces para aprender a valorar la vida que se me ofrece. Aquella noche recibí una lección que nunca olvidaría.

“Hay dos clases de alimentos para las dos partes del animal: para el alma, y para el cuerpo.”

(Hermes Trismegisto, *Discurso de iniciación o Asclepios*)

41 LA EVOLUCIÓN DE LA CONSCIENCIA

Allá donde hay un psiconauta, hay debates filosóficos sin parar. Es común que se relacionen las experiencias chamánicas con una verdadera expansión de la consciencia del individuo; y éste es uno de los temas sobre los que más solemos hablar. Yo no puedo asegurarte que, después de estos años, yo sea una persona más consciente de lo que sería de haber tomado otro camino. Lo que es seguro, es que soy diferente, y que he vivido experiencias que no podría haber vivido de otra manera. Que sean reales o no, o que sean buenas o malas para mí, es algo imposible de determinar.

Los seres humanos tenemos limitaciones siempre. A pesar de que yo crea haber avanzado mucho estos años, y aunque haya mejorado en muchos aspectos de mis relaciones personales, lo cierto es que en ningún momento he dejado de cometer algunos de los mismos errores que he cometido durante toda mi vida. No es lo mismo saber lo que tienes que hacer, que tener la fuerza de voluntad para hacerlo.

Gracias a la planta, es el modo en el que yo he descubierto la enorme importancia de vivir de manera consciente. Hasta hace poco, ni siquiera sabía lo que eso significaba. Tomaba cada decisión de manera individual, dependiendo de lo que deseaba en ese momento. Ahora, que vivo cada vez más libre de deseos o miedos, tomo decisiones más sencillas e intuitivas, y éstas acaban afectándome en el futuro. No entro en discusiones, escucho a los demás sin juzgarles, es difícil molestarme, y nunca me molesta la presencia de nadie. No me importa si me creen o no cuando les hablo, y escucho sus argumentos con la misma paciencia con la que trato de explicarme cuando yo hablo. No me veo amenazado por nadie, y eso hace que nadie me caiga mal. Eso se refleja en que a los demás también les gusta mi presencia.

Todo afecta a todo; y yo eso antes no lo veía. Tengo una seguridad en mí mismo y en mis actos que quizás nunca habría tenido de cualquier otra manera. He sido determinante cuando era necesario, y ahora trato de vivir coherentemente con lo que he aprendido. Creo abiertamente que la molécula ha afectado positivamente a mi evolución personal, pero esto es realmente complicado de afirmar de una manera tan categórica.

Hablo mucho de la consciencia, pero cada uno de nosotros la define de una manera diferente. Nuestra consciencia es una información viva en la que queda grabado todo lo que experimentamos. Esto quiere decir que mi consciencia se expande gracias a cada experiencia que tengo durante mi vida, y que cada una de ellas aporta algo nuevo.

Gracias a la planta, tengo experiencias que no podría tener de ninguna otra manera. Mis constantes viajes fuera de mi cuerpo me permiten tener un nuevo punto de vista acerca de la vida, y aportan nuevas informaciones a mi consciencia. Son ricos en variedad, cada vez diferentes, y en constante evolución; cada vez más profundos y *sagrados*. Si mis viajes se limitasen a la generación de mundos psicodélicos y fractales, no habría mucha filosofía que hacer con ellos. Pero mis viajes son profundos, y sitúan ante mí conceptos en los que nunca antes me había detenido. La DMT me ofrece experiencias que son reales para mí; y me ayuda, además, a percibir con mayor fuerza el mundo que me rodea.

Me siento un explorador. No sé a dónde me llevará cada nueva experiencia, pero siempre estoy dispuesto para aprender. Mis experiencias afectan a mi nivel de consciencia, y lo hacen de un modo más real de lo que ningún libro o maestro podría hacerlo. Esto se debe, por supuesto, a que la planta me permite experimentar las cosas por mí mismo. No me interesa ya aprender las cosas porque me las estén contando. Para mí eso ya no vale nada.

Hay experiencias chamánicas que te hacen sentir que estás experimentando algo más real que tu propia vida, y que ello tiene una enorme trascendencia. Una verdadera experiencia no es algo comparable a lo que podríamos encontrar en un libro o en un curso. Da igual cuánto traten de convencerme de lo contrario, sé perfectamente de lo que estoy hablando.

Pero amigo, el modo en el que esta molécula afecta a mi evolución personal va más allá que una mera proyección de experiencias sobre las que pensar. De algún modo, este neurotransmisor establece conexiones en mi cabeza que me permiten alcanzar conclusiones a las que no hubiera llegado de ninguna otra manera. Es como si, de pronto, pudiese comprender que numerosos acontecimientos de mi vida tienen una relación entre ellos en la que nunca había reparado; y que hacen que mi vida parezca un puzzle donde

cada pieza tiene sentido. Es un estado de total lucidez que sólo dura unos instantes, y que luego desaparece dejando su recuerdo. Es como mirar el puzle al completo para luego tener de nuevo las piezas por separado. Después, no vuelves a ver el puzle; pero ya comprendes que tu vida es una obra donde todas las piezas encajan de alguna manera. Y por supuesto, ya no la puedes ver igual; para ti todo tiene más sentido que para los demás.

Tenemos el problema de que nuestra consciencia suele estar orientada a lo que podemos experimentar en este mundo. Por ello, nuestro concepto de la realidad está muy limitado. Si en mi consciencia hay grabadas experiencias que la mayoría de las personas no han tenido, es normal que a largo plazo me sienta en un nivel de consciencia diferente del resto; no mejor, ni peor, sino diferente.

Si tengo razón, y de algún modo podemos romper una barrera y experimentar algo que no pertenece a nuestro mundo; entonces, estamos abriendo nuestra consciencia a una expansión diferente, y que llega mucho más allá de lo que nunca hubiéramos podido imaginar. No puedo asegurar que sea eso lo que estoy haciendo, ni tampoco negarlo. Mientras no salgas de la realidad en la que vives, no puedes intuir la existencia de otras realidades. Para percibir el sistema global, primero hay que salir del sistema particular. Y quizás yo haya encontrado el modo de asomarme a esas otras realidades; el modo definitivo de expandir mi consciencia. Si aceptamos la existencia de un universo infinito, ¿Por qué íbamos a estar limitados a la hora de conocerlo? ¿Por qué aceptar que no podemos hacerlo, si nosotros mismos tenemos esa naturaleza infinita? ¿No resulta un inmenso desperdicio la creación de un vasto universo si no podemos experimentarlo?

Quizás, el modo de conocer el Cosmos no se encuentre exclusivamente en los progresos tecnológicos o científicos; sino que el modo de recorrer nuestro Universo resida, precisamente, en nuestro interior. Nosotros, la profundidad de nuestra mente, la composición de nuestro cerebro, nuestra cadena de ADN... somos tan infinitos como nuestro Universo. Por eso, sus secretos son nuestros secretos. Conociéndonos a nosotros mismos es como tendremos todas las piezas del puzle para conocer nuestro Universo.

“La meditación es el ojo del alma.”
(Jacques Benigne Bossuet)

42 GÉNESIS

Por aquellos días, llegó a mis manos una vieja copia de la Biblia que estaba en la antigua casa de mis abuelos, y que me regaló mi padre. De nuevo, era una curiosa casualidad que apareciese en mi vida aquel bonito y antiguo ejemplar perteneciente a la familia. Por eso, aunque nunca había sido una persona religiosa, pensé que era una buena ocasión para echarle un vistazo.

Me detuve en el primero de sus libros, el Génesis. Evidentemente, éste es un libro que está ampliamente abierto a interpretación; y por entonces, yo estaba suficientemente sugestionado como para encontrar mensajes en todo. Desde que empecé a leerlo, tuve que ir línea por línea desglosando lo que realmente me querían decir aquel texto; y no lo que yo había escuchado siempre. Siempre me había encantado leer; pero recuerdo que hacer aquello fue una auténtica gozada.

Hay que entender que las personas que escribieron este libro no tenían nada que ver con nosotros. Su modo de entender la religión no era ni remotamente parecido al que podrían tener hoy en día, por ejemplo, los cristianos. No es sólo una cuestión teológica, sino cultural. Ellos vivían en un mundo diferente al nuestro, pero nos dejaron un mensaje que ellos consideraban importante. Por eso, debemos afrontar su lectura con objetividad, y tratar de leer entre líneas qué querían decirnos realmente aquellos antiguos hombres acerca del nacimiento de nuestro mundo y de nuestra especie; con objetividad, y no con los prejuicios propios de nuestra religión o cultura. Al menos, éste era mi pensamiento durante aquellos días.

Me encantaría centrarme en todos los detalles que fui encontrando y anotando. Cada párrafo que leía, me detenía a hablarlo con Alba, y me daba lugar a pequeñas conversaciones que iban surgiendo con el paso de los días. Como en otras ocasiones, me encontraba ante un tema que merece un

estudio profundo, y que daría para varios libros.

De momento, me centraré sólo en aquello que nos atañe en este libro. Fácilmente, verás que, en algunos segmentos del Génesis, podemos encontrar célebres palabras y parábolas que tienen una enorme relación con todo lo que te he contado hasta ahora en este cuaderno de bitácora psiconauta.

Lo primero que me sorprendió fue comprobar que la historia sobre Adán y Eva no era exactamente como yo la recordaba. Cuando, de pequeño, me explicaron el pasaje del Jardín del Edén, entendí un montón de mensajes que se me quedaron grabados hasta la edad adulta, y que siempre había dado por sentados.

Uno de ellos, por ejemplo, era el de la serpiente que instaba a Adán y Eva a comer del fruto prohibido. Según lo entendí en mi infancia, la serpiente era el demonio; y este fruto hizo que los humanos se creyesen mejores que Dios. Aquello era el *pecado original* y la reacción de la *ira de Dios*. Y por eso, todos estábamos condenados a no vivir en el Paraíso.

Leer el Génesis a mi edad adulta, me permitió interpretar estas palabras de una manera muy diferente, y crear en mi mente una teoría que quizás te parezca un poco loca. Al menos, no podrás decirme que es incoherente. Te la explico.

Aquel “fruto prohibido” venía de un árbol que el Génesis denomina “del Conocimiento del Bien y del Mal”. Éste es uno de los motivos por los que, quienes están en contra de la Iglesia, argumentan que la religión va contra la ciencia. Pero esto no debería tener ningún sentido; ya que, de haber una verdad, tanto religión como ciencia van detrás de ella. El conocimiento jamás es negativo, y una verdadera religión jamás diría lo contrario. Es imposible que el Génesis quisiera decir algo como que el conocimiento es malo.

Ahora comprendo que la palabra “Conocimiento” quizás no era la mejor elección a la hora de traducir el texto. Por supuesto, puedo equivocarme; pero creo que aquellos antiguos humanos, en lugar de referirse a un verdadero conocimiento de lo que es el bien y el mal, lo que realmente querían decirnos era “el Árbol de la Interpretación del Bien y del Mal”; es decir, lo que nosotros interpretamos como bueno o malo. Pero el conocimiento del bien y del mal es algo que no existe, aunque el Ser humano crea poseerlo. Creo que es eso lo que nos querían decir.

Al comer de aquel fruto, lo que ocurrió no fue que nos hiciésemos más inteligentes, y que por ello nos volviésemos tan arrogantes que nos creíamos mejores que Dios. No podía ser así, pues nuestra evolución es natural, y tener más conocimientos es siempre algo positivo. La Naturaleza no evoluciona para dañarse a sí misma. Y, si lo hace, sólo es de manera temporal hasta que todo vuelve a equilibrarse.

Así, el Génesis nos dice que el problema no era que tuviésemos un mayor conocimiento, sino el modo en el que le daríamos uso desde ese momento. Al comer de aquel fruto prohibido, desarrollamos por primera vez nuestra capacidad de enjuiciar qué es cada cosa, y formar creencias entorno a esos juicios. “El Bien y el Mal” no se refiere, en este caso, a qué cosas creemos que son buenas y cuáles son malas; sino qué pensamientos vamos a dar por buenos, y cuáles vamos a dar por malos. Crearemos creencias, y viviremos en torno a ellas, porque creemos saber qué es lo bueno y qué es lo malo.

Y, como cada persona enjuicia las cosas de manera diferente, así sobrevino el caos.

Ése es el verdadero pecado capital: Creer saber cosas que en realidad no sabemos, y vivir entorno a esas creencias. Ahí está la raíz de todos nuestros males.

Lo que no sabíamos entonces es que, en el momento en el que empezamos a emitir juicios, comenzamos a equivocarnos. Nos creemos especiales por tener consciencia; pero aquello de lo que creemos ser conscientes, a menudo está equivocado. Vivimos en un mundo donde no existen las verdades absolutas, pero en el que todos estamos seguros de las cosas que creemos.

Como nuestras creencias siempre están basadas en qué consideramos bueno o malo, forzosamente siempre están equivocadas. En la Naturaleza, no hay nada que sea esencialmente bueno o malo. Ésa sí es una verdad.

Hasta aquel momento, ningún ser del Jardín del Edén se preocupaba por sus creencias, ni por juzgar lo que hacían los demás seres; y esto era así porque nadie se veía a sí mismo como un ser separado del resto. “Si juzgo al otro, me estoy juzgando a mí”. El Jardín del Edén se nos presenta como una obra de arte viva, un auténtico paraíso.

Por tanto, una vez que Adán comió del fruto prohibido, comenzó a emitir juicios erróneos sobre la realidad y sobre sí mismo. Ése fue el pecado original.

El primer error que comete Adán salta a la vista cuando él se ve reflejado en el agua, y siente vergüenza por su desnudez. Hasta aquel momento, Adán nunca se había identificado con su cuerpo, con la carne. No sabemos si antes de esto se sabía un ser espiritual, pero sí sabemos lo que ocurrió después. Desde que come el fruto prohibido, Adán cree ser un ser humano, el cuerpo que encarna; y ya que la materia es siempre imperfecta e impura, siente por ello vergüenza de sí mismo -y de su desnudez, como nos dice el Génesis-.

La primera creencia del Ser humano tuvo como consecuencia el

surgimiento del ego; esto es, la identificación con el cuerpo. Y esto conlleva dos consecuencias principales: el *yo* diferenciado del otro, y el *yo* diferenciado del mundo.

El pecado original tuvo repercusiones para siempre; pero no porque Dios enviase a los humanos un castigo divino, sino porque en la propia naturaleza de este pecado original estaría la penitencia. El Ser humano vive sumido en un sufrimiento constante, y esto es siempre debido a nuestro error de identificación; a nuestro ego, que nos vuelve egoístas, miedosos, desconfiados, codiciosos, iracundos, envidiosos... Es el ego, así entendido, el centro de todos nuestros problemas.

Los humanos se identifican con sus cuerpos; y como consecuencia, se creen limitados, y pertenecientes al mundo que les rodea. El mundo físico es visto como lo único real, y se considera algo separado de uno mismo. El mundo deja de ser una creación nuestra; sino que nosotros somos una creación del mundo.

Dentro de este mundo, y habiendo olvidado nuestro origen, inventamos a un dios, porque necesitamos a un agente que sea el creador de todo. Queremos creer que somos inmortales, porque tenemos miedo de morir y desaparecer; y por eso, necesitamos la religión. Pero éste es un dios falso, porque lo creamos y lo creemos fuera de nosotros. Es un dios que nace de nuestro ego, que quiere ser inmortal. Y, efectivamente, ese dios no existe.

El pecado original nos lleva al desastre de olvidarnos de nuestra verdadera naturaleza. Ya que el mundo físico es lo único que podemos medir, y ya que no hay un dios al que se le pueda percibir por los sentidos, finalmente damos por hecho que no está ahí.

Si hay algo peor que la ignorancia, esto es la creencia en algo que es falso; y nosotros vivimos convencidos de ser algo que no somos, mientras que negamos ser lo que realmente somos.

Sin embargo, no todo está perdido; ya que, en ese caso, la vida no tendría sentido. En realidad, todo parece formar parte de un mismo plan. El pecado original está en cada uno de nosotros desde que nacemos. Tenemos la capacidad de razonar, y es precisamente la razón la que no nos permite creer en dioses ciegamente. Pero gracias a esa misma razón, y a nuestras experiencias, un día podemos descubrir una nueva verdad, y maravillarnos.

El pecado original se puede vencer. Es más, se debe vencer. Es el camino de vuelta.

Sólo puedo hablar por mí cuando afirmo que es eso a lo que vine a la vida. Conocerme a mí mismo es sobreponerme a la mentira del pecado original; la eliminación de mi ego, el desapego con el mundo, y el

descubrimiento de lo divino dentro de mí mismo. Ésa es mi labor más importante en la vida; y es la labor que la planta me ha ayudado a desarrollar.

Durante toda mi vida, he culpado al mundo de las cosas que me sucedían; como si el mundo fuera un elemento inmutable en el que nosotros no tenemos ningún papel relevante. Creemos que el mundo es injusto y cruel; pero el mundo sólo es lo que nosotros hacemos que sea, un reflejo de lo que hay dentro de nosotros. Seguimos viviendo en el Paraíso, pero hemos perdido la capacidad de darnos cuenta. Estamos demasiado cegados por nuestras creencias y nuestro ego. Por eso, nuestro *castigo divino* no es más que una consecuencia natural: vivir el resto de nuestros días en el mundo absurdo, egoísta, y cruel, que nosotros mismos hemos creado. Nosotros creamos nuestro castigo; no un dios.

Somos esclavos de unas creencias que nadie nos ha impuesto, salvo otros humanos. Y debido a que existen millones de creencias diferentes, y a que cada persona está segura de las suyas propias, nunca logramos ponernos de acuerdo. Llevamos siglos juzgándonos unos a otros, como si realmente tuviésemos la capacidad de hacerlo objetivamente. Y por ese motivo, nuestro mundo es un desastre, donde los seres humanos compiten y se matan entre sí como si no tuviesen un mismo origen, un mismo destino, y el mismo modo de encontrar la verdadera felicidad.

Muchas veces te he contado experiencias durante las cuales siento claramente que no soy humano; es algo sencillo cuando no estás dentro de tu cuerpo. Esta desidentificación no se limita a los viajes, sino que también empieza a darse en la vida real. Es lógico. Después de haber entrado y salido de mi cuerpo cientos de veces, me resulta imposible seguir pensando que lo que yo soy tiene algo que ver con él o con el mundo en el que fue creado. Es como decirle al agua, que pertenece a la botella en la que ha sido envasada.

Cuando uno comprende que el Ser que es trasciende lo humano, resulta sencillo darse cuenta de que aquello a lo que llamamos persona no es más que un rol que representamos en nuestro mundo. De hecho, la palabra "persona", que viene del griego, tiene su raíz etimológica en el concepto de "máscara". Así, este papel que cumplimos en sociedad está muy lejos de lo que realmente somos. Y, en la medida en la que creemos que somos la persona, nos volvemos vulnerables y manipulables; pues la persona está expuesta al juicio de los demás, a diferencia de nuestro verdadero Ser.

El ego consiste en creer que somos el cuerpo, la persona; que somos el sueño en lugar del soñador. Centramos la atención en el objeto dotado de vida; y olvidamos que nosotros mismos somos la vida. Creemos ser la

persona, y por ello, nuestro valor es limitado. Nos valoramos a nosotros mismos según los méritos que creemos haber alcanzado, y según nuestro lugar en la sociedad. Así, lo que debería de ser una experiencia entre iguales, un viaje del que disfrutar todos en conjunto, se convierte en un tormento por la tortura de los juicios, y por todas las injusticias que conlleva.

La identificación con el cuerpo -y con la persona- es el mayor de los obstáculos que nos encontraremos en nuestro autoconocimiento. La mayoría de los humanos llegarán al día de su muerte convencidos de la idea falsa de ser sólo personas, y atormentados por sus problemas y miedos. Afortunadamente, sus destinos no dependen de sus creencias; y todos despertarán, aunque sea en este fatídico momento. Lo mejor, creo, es hacerlo antes; y disfrutar de la existencia durante todo el tiempo que tenemos.

Es ley de vida que aparezcamos aquí sin saber nada sobre nuestra verdadera Naturaleza; pero creo igualmente, que es ley de vida que vengamos aquí para despertar, descubrir la verdad, y volver a encontrarnos a nosotros mismos.

“Había tinieblas sin límite sobre el abismo; y el agua, y un aliento sutil e inteligente contenido en el caos por la potencia divina. Entonces brotó la santa luz, y bajo la arena los elementos surgieron de la esencia húmeda, y todos los dioses desenmarañaron la naturaleza fecunda.”

(Hermes Trismegisto, el *Poimandres*)

43 EGO VS AUTOESTIMA

Pasados los dos años desde mi primera experiencia, llegué a mi máximo sentimiento de desarraigo con el Ser humano. Trataba de fundirme con el Todo, y estaba convencido de lo que veía. El resto de las personas no eran como yo, porque ellas no veían las mismas cosas que yo.

Sin embargo, al tercer año, cuando vi que ya había llegado a donde quería, me di cuenta de que ahora tenía toda la vida por delante. Siempre podía -y puedo- volver a mis viajes, para recordar lo real que es todo lo que estoy viviendo. Pero llegué a estar cansado de mi aislamiento voluntario, y ya tenía ganas de reemprender mis relaciones personales con mucha gente a la que llevaba tiempo perdiendo la pista. Necesitaba descansar y ver mi vida desde fuera durante un tiempo, y ahora era el momento de volver.

En este capítulo, quiero ahondar en lo importante de nuestra individualidad como seres, más allá de que en otro plano de nuestra existencia seamos todos una misma cosa.

Antes de seguir, debemos tener en cuenta las diferencias que hay entre dos conceptos que las personas suelen confundir como una misma cosa: el ego y la autoestima. A menudo, cuando una persona tiene una elevada autoestima, se suele decir de ella que tiene mucho ego. Pero es un error. Éstos son dos conceptos muy diferentes; y que en ocasiones operan el uno contra el otro.

Nuestra autoestima es el grado de valoración que tenemos de nosotros mismos y de nuestros actos. Esto no tiene que ver necesariamente con la persona, sino con el concepto que tengamos de nosotros mismos.

Por otro lado, el ego es el grado de identificación que tenemos con la persona que encarnamos. El ego parte de un sistema de creencias que surge desde nuestro nacimiento, y que se hace más complejo conforme más nos

adentramos en nuestro personaje y sus deseos. La mayoría de las personas viven sus vidas enteras encerradas en este laberinto.

La autoestima es un sentimiento honesto, no podemos engañarla. Pero debido a la existencia del ego, puede depender de un sistema de creencias que esté equivocado.

Si tenemos mucha identificación con nuestra persona -mucho ego-, nuestra autoestima dependerá de hasta qué punto hemos logrado alcanzar los objetivos que nos hemos autoimpuesto como personas, aunque éstos sean puramente materiales, relacionados con el éxito o la aceptación social. Cuanto mayor es nuestro ego, más ligada está nuestra autoestima a la consecución de estos objetivos que creemos importantes para la persona que encarnamos. Así, la autoestima pasa a llamarse *vanidad*. Por culpa de nuestro ego, nuestra autoestima acaba dependiendo de factores ajenos a nosotros y a nuestro control. Y hacer esto no tiene ningún sentido.

Verte liberado de tu ego no quiere decir que se te niegue cualquier posibilidad de autoestima. Al contrario. Cuando comprendes que aquello que eres trasciende a lo humano y a tu personalidad, entiendes que los factores materiales o sociales no tienen la menor trascendencia sobre la valoración que puedes hacer sobre ti mismo. Ahora eres portador de un conocimiento trascendental que, lejos de hacerte sentir mejor que los demás, te sitúa en una posición de absoluta humildad al ser consciente de tu ignorancia real. Ahora sabes lo que eres, y sabes lo que representa tu lado humano. Tomas tus decisiones desde la consciencia de lo que eres, y tu autoestima depende del modo en que eres capaz de actuar conforme a tu nueva consciencia; así como de lo capaz que te ves de llegar a ti, de conocerte mejor a ti mismo, y de hacer mejor el mundo que te rodea.

Hoy, mi autoestima viene delimitada por mis enormes ganas de avanzar en el camino correcto hacia el verdadero conocimiento; y por los méritos que logro hacer en este sentido; y también está limitada por todas esas ocasiones en las que no soy capaz de superar los deseos a corto plazo de mi persona, y éstos me alejan de mis propósitos más importantes. Estos últimos son méritos que sólo tienen valor para mí mismo; pequeños aprendizajes, sentimientos, experiencias, que suman más y más a mi alma, y que me completan. Si, por ejemplo, algún comentario ajeno me acaba afectando, comprendo que la culpa no es de los demás, sino mía. Entonces, entiendo que mi evolución aún no está completada; pues sigo sin saber actuar a algo que, en el fondo, ya conozco.

Hace años que mi cambio es visible, a mis ojos y a los de los demás. Cuando sabes que lo que haces es honesto, te gusta escuchar de las bocas de otros que ese cambio es real, y que no sólo está dentro de tu cabeza. Mis amigos a los que veo después de mucho tiempo mencionan que hay algo

diferente en mí; y dicen que les gusta verme tan feliz. Parezco más joven de lo que soy, y cada vez me acerco más a la vida que siempre he deseado. Forzosamente, es algo que puede verse desde fuera.

Hoy vivo muy lejos de sentir preocupaciones como las que antiguamente sentía. La mayoría de mis antiguos problemas hoy me parecen irrelevantes. Comprendo la falsedad de las creencias, y la falsedad de mi personaje. Nada de aquello era real. Nada puede afectarme. Cuando ahora miro a los ojos de otra persona, noto una conexión de la que antes no era consciente. Sé que, en lo más profundo de cada uno, me observa el mismo Ser que a mí me habita; y noto esa conexión a través de nuestras retinas. Esto me sucede incluso con los animales.

Si ahora tengo elevada autoestima, es porque ésta brota del conocimiento objetivo que tengo sobre mí mismo; así como de mi buena conciencia al elegir mis pasos, y al tratar a los demás. Mi autoestima está en mi capacidad para ver lo que realmente soy. Partiendo de este conocimiento, siento el verdadero amor propio. Y cuando te amas a ti mismo, nada te pueden hacer los demás.

Vivo en un cuerpo humano, con necesidades y deseos. Sería antinatural acabar desatendiéndolos. El secreto está en saber jugar con ello; saber disfrutar sin caer en el deseo o la necesidad. Debo acostumbrarme a vivir sin perder el control sobre lo que realmente soy, sin olvidarlo ni un momento. De la lucha entre consciencia y el ego obtengo algo maravilloso, que es la experiencia de mi vida.

La mayoría de las personas consumen sus vidas enteras sin llegar a preguntarse nada acerca de sus existencias. Viven de manera simple y robótica, inconscientes sobre si hay otra realidad más compleja. Les da igual. El ego mantiene la consciencia dormida, como en piloto automático. Y repitiendo patrones, no hay lugar para la evolución.

Sentir que yo era poco más que un robot y ver cómo se escapaba mi tiempo, era algo que había acabado por socavar la valoración que tenía sobre mí mismo desde hacía muchos años. Ahora era más consciente que nunca; y, por tanto, era mayor mi responsabilidad a la hora de tomar decisiones. Yo había creado mi jaula de oro; y dentro de mí estaba la llave para escapar de ella.

Quizás te estés preguntando qué tiene todo esto de la autoestima que ver con la planta. ¿Acaso han afectado estas experiencias a mi autoestima a largo plazo? ¿No es demasiado?

Después de ver que mis experiencias se repetían una y otra vez, y que éstas tenían sentido, fui adquiriendo una enorme seguridad en las cosas que sentía. Incluso cuando los demás pensaban que sólo estaba alucinando, yo

sabía que el proceso era real. Yo soy otro, soy diferente, y esto es algo que nadie puede negar. Mi Ser sigue siendo el mismo, pero algo ha cambiado en mi persona.

Definitivamente, yo soy otro diferente de quien empezó a experimentar con una planta hace pocos años. El cambio es real. Quizás nada más lo sea, pero el cambio es real.

En ocasiones, puede ser doloroso despertar y darnos cuenta de que vivimos una mentira en la que estamos atrapados. Por ese motivo, hay personas que incluso están orgullosas de vivir en su esclavitud mental; una esclavitud voluntaria basada en una falsa sensación de seguridad y control sobre la propia vida. Pero mientras cumplimos los objetivos de los demás, es imposible cumplir nuestros propios objetivos. Si estamos orgullosos de ser esclavos, es imposible escapar de la esclavitud.

Me duele comprobar que muchos de mis seres queridos tienen creencias impuestas y difusas que son una losa para su felicidad. Creer a ciegas en algo improbable es absurdo. Si yo creo en la magia, será porque he visto la magia; no porque me quieran convencer de ello, ni porque esté socialmente aceptado. Hay temas que son demasiado importantes como para concederlos a otros. Cuando abandonamos aquello para lo que realmente venimos, forzosamente ello acabará afectando a nuestra autoestima y nuestra felicidad.

Hoy sé que vivo en medio de una magia ilimitada. Soy un individuo temporal, al mismo tiempo que soy un ser infinito. Sé que existe una Conciencia que es incomprendible para mí, y que al mismo tiempo soy yo. Pero no creo en ello porque me lo hayan contado, ni porque lo haya leído en un libro sagrado y antiguo; sino porque lo he experimentado dentro de mí en innumerables ocasiones. Por eso, no me afecta lo que los demás digan sobre Dios o sobre las religiones, ni me molesta que los demás sean creyentes o ateos; yo sé lo que veo, y eso es para mí sagrado.

Todo lo que yo sé, lo sé por mi propia experiencia. Las opiniones de los demás pueden hacerme pensar, pero no suponen experiencias por sí mismas. Son mis experiencias las que trato de hacerles llegar yo a ellos.

No es una cuestión sobre la que se pueda dogmatizar, hacerlo es imposible. No puedo, ni quiero, hacer que los demás crean a ciegas todo lo que les cuento; del mismo modo que yo nunca he aceptado a ciegas las locuras de nadie. Pero sí que necesito hacerles ver que existe una realidad que no podríamos ni imaginarnos hasta el momento preciso que la experimentamos; y que esa posibilidad forma parte de nuestra naturaleza. No es algo que hay que evitar, ni de lo que hay que huir; es una verdad que nos atrae como la luz a las polillas. Eso sí es real, y necesito que lo sepas.

“La tragedia de la vida es que nos hacemos viejos demasiado pronto, y sabios demasiado tarde.”
(Benjamin Franklin)

44 EL AMOR

Imaginemos que es cierto el famoso axioma que dice que, realmente, todos formamos parte de una misma cosa. Estas teorías afirmarían algo así como que todos somos proyectados desde una misma fuente o mente original. Esto quiere decir que el mundo existe gracias a que ese Todo, esa mente infinita, se ha multiplicado al proyectarse en infinitud de mentes finitas. Cada ser que existe es un ser mental, y su mente es un reflejo de la fuente original que le da vida.

Aunque todos vivimos nuestras respectivas experiencias vitales como ramas independientes de la existencia, en el fondo todos formamos parte de un mismo árbol, todos nacimos de un origen común. En nuestra memoria colectiva, en nuestro ADN, o en cualquier otro lugar... existe dentro de nosotros la consciencia de que una vez fuimos una única cosa. Una vez fuimos un único Ser; y cuando morimos, volvemos a ese mismo Ser. Sólo durante la vida tenemos la capacidad de creer, como consciencias independientes, que los unos y los otros estamos separados y tenemos realidades distintas. Esto es solo un espejismo, el modo de permitir que la vida pueda suceder. Es la diversidad dentro de la unidad; y eso es lo más bonito que puede existir. Simplemente, no tenemos capacidad para entender lo que significa.

El hecho de que todos tengamos ese origen común -llámalo Dios, Todo, Conciencia, Cosmos...- nos da la verdadera definición de lo que es el amor. El amor es la tendencia natural a reunirse de lo que una vez fue una misma cosa.

Si bien el Cosmos se disgregó hace millones de años en infinitas partículas separadas entre ellas al nivel de la materia, el amor es el proceso universal que provoca que estas partículas vuelvan a unirse, de manera aparentemente aleatoria; pero que acaban dando lugar a seres que se acercan, de nuevo, a su fuente original.

Cuando das muchas vueltas a esta idea, te acabas dando cuenta de que finalmente no estás hablando de la materia, ni tampoco de los seres humanos; sino de la propia Conciencia universal que, a través de la ley a la que llamamos Amor, se busca a sí misma desde los niveles más básicos de la materia.

Existe una frase muy popular que dice que *el amor es el motivo de todo*. Generalmente, las personas pensamos en el amor en función a cómo nos haya ido en la vida. Por eso, hay quienes piensan que el amor es lo más importante, mientras que hay quienes afirman abiertamente no creer en el amor. Todos estamos condicionados por lo que la vida nos ha ofrecido; pero ésa es sólo nuestra realidad individual.

Si queremos hablar del amor como un concepto universal, no podemos afrontarlo refiriéndonos únicamente al amor en la pareja, en la familia, o cualquier otro en concreto. El amor del que yo quiero hablarte es un sentimiento que tiene que ser universal, y que va mucho más allá de razas, géneros o especies. Si el amor es el motivo de la existencia, tiene que haber amor en todos los niveles de ésta; y no puede haber barreras entre sus diferentes formas. El amor puede darse entre diferentes razas, entre personas de un mismo género; y por supuesto, entre diferentes especies.

El amor del que hablo no tiene que ver con el sexo, que sólo es una manifestación, una forma de *hacer amor*. Por ejemplo, yo amo a tres seres que resultan ser mis gatos, y sé que ellos me aman a mí; lo veo fácilmente en sus comportamientos. Por si fuera poco, veo que mis gatos, sin necesidad de ser seres que razonan, se aman entre ellos. Y cuando eso sucede, el amor se me contagia a mí mismo, como un virus que pudiese atravesar el aire.

El amor es un sentimiento que me hace sentir que los demás y yo somos parte de una misma cosa. Sobran palabras para entenderlo cuando se ha experimentado esa unidad.

Si a mí me hubiesen explicado hace años que hoy estaría escribiendo un libro hablando sobre el amor, pensaría que alguien ha perdido la cabeza. Pero ahora entiendo que hay una relación indiscutible entre la consciencia y el amor.

Desde hace algunos años, me he convertido en una persona mucho más capacitada para amar. El desapego de mi ego me permite no desear aquello que no tengo, y centrarme en conocer y disfrutar aquello de lo que realmente dispongo. Afortunadamente, ahora soy más consciente de que la vida sólo es un montón de tiempo; y por ello, he aprendido a valorar el tiempo del que dispongo para pasar con mis seres queridos. Miro especialmente a mis padres, y agradezco haber madurado a tiempo como para poder disfrutar de los años que nos quedan juntos.

Hasta hace poco, todo eran juicios y pequeñas disputas entre nosotros. Nunca, hasta la llegada de la planta, tuve una relación especialmente cariñosa con mi padre. Ha sido la propia Naturaleza la que ha venido a darme un empujón para que despierte. Y aunque seguramente él no está de acuerdo con muchas de las cosas que hago, en el fondo estoy convencido de que agradece que todo se haya desarrollado así. Hasta hace relativamente poco, ni siquiera recuerdo la última vez que nos dijimos “te quiero”, y ahora es así como nos despedimos cada vez que hablamos. Después de esto, y aunque sólo fuese por la sugestión, ¿cómo podría pensar alguien que la planta es mala para mí?

He profundizado y leído mucho acerca del concepto del amor universal. Estoy convencido de que éste es real, y de que mueve nuestro mundo. A pesar de que el ser humano no hace más que tapanlo con sus comportamientos, no podemos evitar el hecho de que el Amor es el epicentro de nuestra existencia; incluso cuando este amor está orientado hacia una imagen distorsionada de nosotros mismos. Y ahora que sé que existe el Amor por doquier, así como el Todo está en todo lo que existe, me resulta mucho más fácil localizarlo y experimentarlo.

Existe dentro de todos los seres una luz que nos es común, y que es el motivo real de que estemos aquí. Y cuanto más cerca estamos de esa luz, más felices somos nosotros; y más unidos nos sentimos a los demás. No es cuestión de creerte este montón de palabras, sino de buscarlo de verdad dentro de tí, y comprobar que no existe mayor felicidad que la que sentimos cuando realmente estamos dando algo por el otro. Esa luz es el amor.

Es el amor lo que le da sentido a todo. Toda la existencia, desde las piedras hasta los más complejos modos de vida, fluye hacia el amor en un proceso evolutivo que es infinito. Cuando nos hayamos quitado la máscara del ego, y cuando no tengamos prejuicios ni miedo a dejarnos llevar, es cuando nuestra especie estará preparada para dar el siguiente paso de su evolución.

Si la evolución tiene que ver con la consciencia, y el amor es un reflejo de la consciencia; forzosamente nuestra evolución está ligada a nuestra capacidad para amar. Es el amor universal lo que debemos aprender a localizar dentro de nosotros, y ello sólo será posible cuando hayamos logrado contener a nuestro ego. El amor universal no es un mito ni una leyenda urbana, y tampoco son las palabras vacías de ninguna religión; sino que es algo real y palpable que cualquiera puede experimentar.

Una vez más, vemos que es el conocimiento lo que nos lleva a amar; mientras que es la ignorancia lo que nos empuja a tener miedo. El camino de la felicidad y de Dios no es más que la propia gnosis -el conocimiento

verdadero de uno mismo y de la realidad-, mientras que el sufrimiento siempre viene del desconocimiento sobre uno mismo.

Conforme avance tu vida y expandas tu nivel de consciencia, forzosamente ello se reflejará en el amor que sientes y muestras a los demás; y automáticamente, habrás ayudado a tener un mundo mejor. El amor forma parte de nuestra propia evolución, es una característica que somos capaces de ver fácilmente, y que nos identifica. Hablar de consciencia es hablar de la comprensión de lo que es el amor, y de la capacidad para amar. Todo va en un mismo paquete, porque todo es lo mismo en el fondo. No hay mucho más secreto en todo esto.

“Los que se contentan con la mediocridad humana, permanecen formando parte del género humano.”

(Hermes Trismegisto, Discurso de iniciación o Asclepios)

45 LA FÓRMULA DE DIOS

Uno de los *viajes* que más se me han repetido, incluso desde aquella primera vez en casa de Juan, es el que consiste en un plano que aparece en principio vacío; para, posteriormente, irse llenando de simples figuras geométricas, y una especie de serpiente o río que las recorre. Todo aquello fluye a una enorme velocidad, y suele coincidir con el comienzo de la experiencia. Aquel dibujo se va haciendo cada vez más denso, hasta parecer una enorme plastilina de colores. Todo aquello sigue vivo y evolucionando, y parece tener consciencia propia. Cuando vuelvo en mí, tengo el recuerdo de que aquella figura tan compleja era “el mundo”.

Nunca he sabido bien qué quería decir todo esto. Sin embargo, mientras escribía el anterior capítulo, me di cuenta de que ya reunía las claves básicas para explicar, de la manera que lo entendería un niño, en qué tipo de realidad me encuentro.

A menudo, podemos encontrar a científicos teorizar acerca de Dios. Por ejemplo, el astrofísico Stephen Hawkins trataba de albergar todo lo que existe en una única fórmula. Otro ejemplo lo tenemos en la física cuántica, y el bosón de Higgs, denominado también “la partícula de Dios”. Pero hemos llegado a un punto de observación en el que ni siquiera tenemos la capacidad de comprender qué es lo que estamos viendo. Además, la ciencia sólo es capaz de medir y observar aquello que sucede en nuestro mundo; pero entonces, ¿qué sucede si existe algo que está fuera de él? Imagino que para eso existe nuestra mente; y la Filosofía.

Para comprender qué es nuestro mundo, y para saber si existe un dios, primero tenemos que saber qué es ese dios. En principio, no tenemos esa respuesta.

A lo largo de este libro, te he hablado de cómo se comporta la materia en nuestro Universo. Partiendo de las formas más elementales de la misma,

ésta empieza a mezclarse una y otra vez a lo largo del tiempo, y va creando formaciones cada vez más complejas, hasta llegar a la vida. Aunque no podemos demostrarlo aún, viendo lo que sucede en la Tierra, podemos imaginar que la vida brota por doquier en el Universo. Ahora sabemos que el suceso de la vida no es tan difícil cuando se dan las condiciones necesarias; con que haya moléculas de carbono y agua, es bastante posible que un planeta pueda albergar vida, tarde o temprano.

Es como si la vida fuese implícita a la propia materia, y ésta sólo necesitase del tiempo para desarrollarse. Por tanto, este axioma parece ser una ley universal:

$$\text{Energía/Materia} \times \text{Tiempo} = \text{Vida}$$

También en este libro, hemos visto que, una vez que aparece la vida, ésta va acompañada de la consciencia. No quiere decir esto que un microbio tenga una consciencia como la de un humano. Pero si pudiésemos expresar la consciencia en grados porcentuales, veríamos que ese microbio tiene una enorme consciencia en comparación con el barro y el agua del que nació millones de años atrás. Es una explicación muy torpe, pero supongo que me entiendes.

Pasado el tiempo, la vida forzosamente acaba generando la consciencia, porque ésta es necesaria para sobrevivir. La evolución de las especies conlleva una expansión de la consciencia. Por tanto, podemos decir que la expansión de la consciencia es también implícita a la propia vida:

$$\text{Vida} \times \text{Tiempo} = \text{Consciencia}$$

Por último, hemos visto que, junto a la consciencia, hay un sentimiento común a todas las especies, y que se manifiesta especialmente desde la aparición de los mamíferos en la Tierra: el amor.

No sabemos mucho de las plantas, ni de lo que son capaces de sentir; pero si analizamos la evolución de las especies en nuestro planeta, vemos que la inteligencia y la consciencia no son los únicos rasgos visibles que parecen haber evolucionado. Los peces, por ejemplo, apenas tienen cerebro para ser unos estómagos flotantes, muy ingeniosos en ocasiones a la hora de cazar o esconderse. Los anfibios y reptiles apenas muestran cierto amor a la hora de cuidar de sus huevos; pero cuando nacen las crías, generalmente están a su suerte. Pero con las aves, ya podemos encontrar mayores muestras de afectividad de las madres por sus crías, o incluso aves que conservan la misma pareja toda la vida. Aquí ya podríamos estar hablando de algún tipo de amor.

Los últimos en aparecer fuimos los mamíferos, en los que el amor ya no es el reflejo de algún extraño sentimiento, sino que forma parte del día a día en la mayoría de las especies. El vínculo familiar es mucho mayor, y resulta necesario para la supervivencia. El amor aparece como algo necesario, pues, pero ninguno de nosotros nos paramos a pensar si este hecho no obedece a una planificación previa. Repítetelo: Vivimos en un mundo donde el amor es necesario para sobrevivir. ¿De verdad no te parece extraño? ¿Quién crearía un mundo de amor, sino el propio Amor?

Ahora, en pleno siglo XXI, cuanto más sabemos de los animales - especialmente, los mamíferos-, más nos damos cuenta de lo que se parecen a nosotros; y de las increíbles maneras que tienen de demostrar el afecto que sienten entre ellos, o que nos tienen a nosotros.

Así, el amor es necesario en la evolución, y el mismo amor evoluciona con el tiempo. Con tiempo, siempre que hay vida y consciencia, acaba apareciendo el amor:

$$\text{Vida} \times \text{Tiempo} = \text{Amor}$$

$$\text{Todo} = \text{Energía/Materia} \times \text{Tiempo} = \text{Vida} = \text{Consciencia} = \text{Amor}$$

Y ahora, es cuando se pone la cosa más interesante. No sabemos si existe un dios; pero podemos razonar que, si existiese un dios, nuestro universo tendría un propósito. Por otro lado, de no existir dios alguno, nuestro universo no obedecería a ningún propósito.

Mira a tu alrededor. Piensa en todo lo que te he contado, y respondamos a si el universo que conocemos parece obedecer a este propósito, o si todo es aleatorio. Después de millones de intentos, la naturaleza consigue siempre crear nuevas especies, cada vez más inteligentes, más conscientes; y, como un efecto colateral, también más capacitadas y necesitadas de amar. Finalmente, estamos nosotros, la primera especie capacitada para razonar sobre nuestra propia consciencia, y sobre el propio amor.

Así, aunque parezca un razonamiento sacado de un cuento de princesas, podríamos pensar que, en cierto modo, la materia y el tiempo se combinan hasta el infinito, dando como resultado necesariamente la aparición del amor. Como si el amor fuese, en verdad, el propósito final del Universo.

$$\text{Todo} = \text{Amor}$$

Y si el amor es el propósito final de Universo, será porque fue el amor quien creó el Universo. La ecuación está resuelta. El Amor es el creador de todo lo que existe, el comienzo y el final de todo. El Todo es el Amor.

Sé que ésta parece una teoría infantil y estúpida, pero me temo que es aplastantemente cierta. Nadie nos ha dicho que las respuestas para conocer nuestra existencia tengan que ser complejas e inexplicables. A lo mejor la solución está en lo más sencillo y comprensible, algo que incluso los animales entenderían.

“El mundo ha sido preparado por Dios para recibir todas las formas concretas. Realizando estas formas a través de la Naturaleza, ha llevado el mundo hasta el cielo por medio de los cuatro elementos.”
(Hermes Trismegisto, *Discurso de iniciación o Asclepios*)

46 BESAR CON EL ALMA

A estas alturas, ya es posible que pienses que he perdido la cabeza. Y eso que aún no sabes lo que voy a contarte ahora. Pero así es como me sucedió, y así es como te lo tengo que contar.

Necesito contarte ahora una nueva anécdota que me sucedió con uno de nuestros tres gatos. De ellos, es Tous quien tiene una mayor afinidad conmigo. Es curioso cómo son ellos, los gatos, quienes parecen elegirte a ti como su humano favorito.

Desde que vivo con Alba, ya hemos rescatado a varios gatos de la calle; y hemos encontrado familias para todos, salvo para los tres nuestros. Es maravilloso el proceso que viven mis gatos siempre: primero, desconfiando y gruñendo a los nuevos gatitos que acabamos de rescatar. Y un mes después, tumbándose todos juntos en una enorme piña, dándose cariños unos a otros, y durmiendo durante horas. Veo cuánto se quieren, que no es un amor interesado como siempre se dice, y me doy cuenta de que ellos entienden del amor igual o más que nosotros.

El pequeño suceso que quiero contarte fue sólo medio año antes de terminar este libro. Alba y yo nos habíamos cambiado temporalmente de casa, buscando un lugar más tranquilo. Eran las vacaciones de Semana Santa, un día bastante temprano por la mañana. Aquella casa era muy pequeña, pero tenía un bonito ventanal en la habitación, por el que entraba mucha luz. Me pareció buena idea ayunar durante la mañana, meditar hasta mediodía; y entonces, hacer una experiencia con la planta. Hacía mucho que no *vijaba*, de hecho.

Seguí meditando al tiempo que se calentaba el vaporizador, mientras miraba al centro de la mándala que había puesto enfrente de la cama en

aquella ocasión. Mi gato Tous estaba conmigo, como siempre, también tumbado en la cama. Él quedaba a la altura de mi cabeza, a mi lado izquierdo.

Puse música de fondo, de un listado que me he hecho durante todo este tiempo. Son canciones que no me fallan, pues me evocan fácilmente a experiencias anteriores, y hace que todo parezca tener aún más sentido y linealidad. La música, los palosantos, los minutos previos de meditación, el control de las respiraciones... todo el ritual suma a la experiencia. Cuantos más estímulos positivos tengas a tu alrededor, posiblemente, mejor será la atmósfera de tu experiencia.

Tuve una experiencia bonita, de esas que son más difíciles de explicar. Una experiencia de comprensión, de desapego, de amor... pude pasar unos minutos sintiendo aquella magia dentro de mí, y la presencia de ese *algo más* presente en mi naturaleza y que guía mis *viajes*.

Sin duda, es un nuevo nivel después de la última capa difícil que tuve que atravesar; aquella del limbo, y los mundos que se *rompían*. Como me siento ahora, no me he sentido nunca. No necesito *viajar* tanto como antes, pero me resulta mucho más fácil interiorizar la realidad que vivo al otro lado de mis experiencias. En un sello que va siempre conmigo. Mis *viajes* son ya sencillos, porque siempre sé a dónde quiero llegar. Todo ahora es muy diferente de hace tres años.

Durante las salidas de estas experiencias, siempre me quedo con una sensación de vacío, que consiste en no poder demostrar a los demás que aquello que estoy viviendo sea real. Ni siquiera sé si lo es para mí, y tengo que conformarme con la fe que deposito en ello posteriormente, una fe que es la que me tiene aquí sentado ahora. Estas experiencias, muchas veces, consisten en proyecciones o sueños en los que soy yo mismo viviendo otra vida en otro lugar totalmente diferente; unas veces más explicables que otras. Son experiencias que comienzan y terminan casi instantáneamente, pero que me hacen tener un montón de recuerdos generados en ese único instante. Desafortunadamente, olvido la mayor parte de esta información, como igualmente nos sucede después de los sueños.

Lo que sí que recuerdo siempre, quizás porque ya estoy volviendo en mí, son los instantes en los que entro progresivamente en mi cuerpo y voy siendo poco a poco consciente de quién soy. Lo realmente importante de esos momentos no es el proceso de volver en mí, y recuperar mis recuerdos -viendo cómo estos se *cargan* poco a poco-; sino fijar mi atención en el estado del que estoy volviendo. ¿Qué es? ¿Dónde estoy realmente? Incluso aquí, mientras te escribo, ¿Realmente estoy al mismo tiempo en aquel estado, aunque no pueda darme cuenta? ¿Es la vida una ilusión? Tengo la sensación evidente y permanente de que soy más de aquel estado, que de

esta vida. Pero estoy aquí por algo, y poco a poco lo estoy desvelando.

Muchas veces, aunque comienzo las experiencias con los ojos abiertos, acabo cerrándolos sin querer al entrar en *trance*. Entonces, corro el riesgo de quedarme dormido. Aunque éste no fue este caso. Abrí los ojos cuando todavía sentía la vibración dentro de mi cabeza. Aún había movimiento en los dibujos de la mándala, por lo que deduje que seguía estando *dentro* del viaje. Creo que nadie busca placer cuando consume dimetiltriptamina, pero lo cierto es que las salidas de los viajes te dejan el cuerpo y la mente calmados y extrañamente *limpios*.

El resto de la habitación me parecía immaculada, más blanca de lo habitual. El sol irradiaba, y el cielo estaba azul. La habitación estaba llena de luz. “Qué maravilla de día”, pensé.

Me giré, y vi al pequeño Tous, dormido con la cabeza apoyada sobre sus patas delanteras. Yo aun sentía los efectos de la sustancia dentro de mí, la vibración seguía siendo muy audible, y mi visión aún estaba alterada. Es increíble cómo aumenta mi percepción en esos momentos a la hora. Al mirar a mi pequeño gato, todo se veía al máximo detalle, como si realmente mi cerebro estuviese acostumbrado a percibir sólo una determinada información; y de pronto, aumentase exponencialmente mi *memoria RAM*, permitiéndome gestionar muchas más megas simultáneamente. Entonces, soy consciente de cada color, cada detalle, la dirección de cada pelo, cada forma en su pelaje, cada rasgo de su cara...

Y cuanto más bello lo veía, y cuanto más entendía lo frágil que es; más lo quería, y más ganas tenía de cuidar de él. Fueron unos momentos preciosos, de los que estaba disfrutando al máximo.

Salvo mi gato y yo, todo parecía fundido. Era como si se hubiese aplicado una capa de denso barniz brillante a toda la habitación, sin distinguir paredes de muebles. Además de la luz blanca que lo iluminaba todo, era como si las superficies de la cama y de las paredes estuviesen recubiertas por una *energía líquida* en movimiento; siendo ésta de diferentes colores, dominando el verde, el gris, y el azul claro.

Esta capa es algo muy común durante algunas experiencias, y existe muchísimo arte gráfico en referencia a esto mismo. No soy el único que puede ver así durante sus experiencias; cientos de artistas ya han estado allí antes que yo.

La imagen era puro arte en movimiento, una de esas experiencias de las que siempre te sientes agradecido, y de las que ya nunca te olvidas. Además, en ese momento eres consciente de que todo aquello tiene sentido, aunque no serías capaz de explicar por qué.

Sentí un amor enorme por Tous. ¿Cómo explicártelo para que me entiendas? Era un amor que brotaba de mi comprensión de aquel momento concreto. Querría despertarle y decírselo, hacerle entender el amor que siento por él, y por nuestra pequeña familia. Me gustaría explicarle lo felices que somos, y darle las gracias por venir a nuestras vidas. Es un sentimiento agri dulce, porque no sé cómo llegar a él.

Luego pensé que él no necesita que yo le explique qué es el amor, porque él también lo siente. El amor es universal, y no depende de un montón de palabras humanas. El amor nos une a todo lo demás, porque está en todas partes.

¿Pero hasta qué punto esta afirmación es literal? ¿Acaso nuestro mundo es mágico, como una película de Disney? ¿Quién podría creer algo así?

Entonces, ocurrió algo excepcional. Fue uno de esos chispazos difíciles de creer, incluso cuando eres un psiconauta, y ya has experimentado antes muchas cosas raras.

Durante algunas experiencias, es posible que se den momentos en los que la vibración en mi cabeza parece acelerarse muchísimo, haciéndome sentir en una profundidad del *viaje* aún mayor. Hace pocos capítulos, te mencioné que últimamente tengo la sensación de haber aprendido a afectar a esa vibración con mi propio comportamiento en alguna ocasión. Es realmente complicado decirte cómo lo hago. Es como apretar los ojos para fijar la atención, sólo que no es con los ojos; es *como si apretase los músculos del cerebro*; y entonces, la vibración parece agudizarse, así como la experiencia. Si ya tienes experiencia con la planta, es posible que sepas de lo que te estoy hablando.

Durante esos segundos, siento que cualquier cosa es posible, y que todo está al alcance de mi mano. No hay límites entre lo que puedes hacer y la propia realidad.

Todo esto sucedió en muy pocos segundos. Yo tenía la cabeza girada hacia Tous, y observaba la capa viva de energía que cubría la sábana y llegaba hasta él. Eran un montón de líneas semitransparentes y brillantes, que fluían suavemente como ríos.

Entonces, no sé si lo hice yo, ni si lo hice a propósito; pero aquella energía líquida se desprendió de la sábana, y se levantó, pasando por encima de mi pequeño gato. Fue cuestión de un solo segundo. Tous estaba rodeado por aquella energía semitransparente. La imagen era tan espectacular y bonita, que sentí un increíble amor por mi pequeño gato. Fue en una fracción de segundo, en lo más alto de la experiencia. Hice algo raro entonces, fue un pensamiento que soy incapaz de describir con una palabra.

La capa de energía pareció agitarse, como si estuviese acariciando a mi gato. Estaba sorprendiéndome, porque aquella energía parecía haber

respondido a mi pensamiento; pero entonces, Tous se estiró hacia atrás, exactamente igual que si hubiese recibido una caricia real que le hubiese despertado. Era como si realmente hubiese percibido aquel contacto. ¡Venga ya! Esto sí que no me lo creo. Ya estaba bien de casualidades imposibles. Sonreí para mis adentros, porque sabía que la planta volvía a burlarse de mí.

Tous bostezó, para luego volver a acomodarse. Era como si realmente hubiera podido percibir algo, sólo que aquello que había percibido era completamente intangible, y no debía tener la capacidad de afectar a la materia. Que yo sepa, nunca nadie ha podido tocar a otra persona con la mente; ni tampoco con el amor. No somos caballeros Jedi.

A estas alturas, me he acostumbrado a este tipo de sincronicidades durante mis *viajes*; aunque la mayoría de las veces prefiero no contarlas por precaución, o incluso las acabo olvidando. Creo que, si se las contase todas seguidas a cualquiera, seguro que pensaría que me he vuelto loco. Es un momento en el que sucede una casualidad que no supone un imposible, pero sí un improbable que convierte el escenario en mágico, y que hace que te sientas parte de una preciosa obra. Es increíble que te acabes acostumbrando a algo así, y que estas situaciones dejen de sorprenderte.

No caeré en el error de tratar de teorizar para justificar que el amor -o la mente- puede afectar a la materia. Quedaría como un imbécil, y además es algo que ni siquiera yo mismo creo. La única posibilidad de que esto suceda, es que podamos entender de una manera metafórica el axioma hermético que dice que “todo es mente”. En ese caso, viviríamos en un universo que es mental, literalmente; y dentro de un universo mental, todo es manipulable a través de la mente. Pero claro, es mente que todo puede manipularlo es la mente del Todo; y nosotros no somos el Todo. Es éste el gran sueño del psiconauta, ser capaz de afectar a la materia, o de ver el futuro; sensaciones que parecen cercanas durante las experiencias, pero absolutamente irreales cuando vuelves en ti. En verdad, no sabemos nada. La fe mueve montañas, dicen.

Hay que reconocer que esto es realmente complicado de imaginar hoy en día; sobre todo, porque no somos capaces de razonar de qué forma operaría el Cosmos para que todo esto se cumpliera. Nuestra mente es científica, y esta posibilidad se nos escapa.

Probablemente, mi gato Tous no sintió mi caricia invisible a través del espacio en aquel momento. Es probable que ese tipo de fuerzas no existan, y yo no estoy tan loco para afirmarlo. Pero si estoy haciendo estos viajes desde hace tiempo, esto es porque realmente creo que quieren decirme algo. Por lógica, tenía que pensar en ello. Lo que acababa de ver, su reacción,

había sido tan palpable como si le hubiese acariciado con mi propia mano. Lo que sí que había vuelto a suceder, una vez más, era una extraña sincronicidad en los acontecimientos, la cual me hizo sentir que todo estaba siguiendo un guion. Una vez más, aquello había sido muy raro, y dejaba en mí aquel poso de surrealismo en el que constantemente me encuentro.

Más allá de la literalidad con la que pudiésemos hablar de la consciencia o el amor afectando sobre la materia, lo que sí debemos comprender todos es que, a largo plazo, esa relación es necesaria e ineludible. Si bien no somos capaces de mover una montaña con la mente o con nuestro amor; eso sólo sucede porque la montaña se mueve muy lentamente, y nunca veremos los resultados durante nuestra vida. Lo que quiero decir, es que todos formamos parte de un mismo mundo, donde nuestros actos tienen repercusiones hasta el infinito; y cuanto más amor pongamos a esos actos, mejor será para el mundo físico, tanto en el presente, como en el futuro. Por supuesto, es el amor la más eficaz herramienta que tenemos para moldear el mundo.

“Lo esencial es invisible a los ojos.”
(Antoine de Saint-Exupéry, *El Principito*)

47 LIBERTAD

Querido amigo, nos acercamos a la hora de despedirnos. Lo que queda de libro hará referencia a los últimos seis meses de mi vida. Durante este tiempo, todo ha cambiado tan de golpe, y tantas cosas me han sucedido, que estoy obligado a pensar que, efectivamente, la planta vino a mi vida para cambiarla. Sin ella, hoy todo sería completamente diferente. Ya me resulta imposible mirar a otro lado e ignorar que realmente existe cierta magia en el devenir de los acontecimientos.

Voy a tratar de explicarte todo lo que me ha pasado sin dejarme ningún detalle. Podrás juzgar por ti mismo que, finalmente, toda esta historia que te estoy contando, y que comenzó hace años, parece llevar a algún buen puerto.

Me tomé las vacaciones de verano como una oportunidad para recargar energías y volver al trabajo con un espíritu renovado. Hacía tiempo que no guardaba rencor a la empresa; ni a mis superiores, ni a mis compañeros. Entendía que ellos vivían en una realidad que yo ya había abandonado, y que no podían comprender en qué punto de mi vida me encontraba en aquel momento. Por otro lado, muchos de ellos habían trabajado durante todo el verano, sacrificando sus vacaciones; y eso era algo a lo que yo me había negado en rotundo. Aquello no me ayudó a sumar muchos puntos. Pero qué quieres que le haga. A estas alturas de la película, no había modo de hacerme pasar allí ni un minuto más de lo que estipulase mi contrato. Simplemente, aquel mundo y el mío no tenían nada que ver.

Es justo reconocer que yo no era antes la persona que soy ahora. Por entonces, cometí muchísimos errores que mis compañeros de trabajo no olvidaban: era un gruñón, a veces daba malas respuestas... Hay quienes siempre me tendrán cierta animadversión, y me siento plenamente responsable de ello. Entendía que algunos de mis compañeros ya no me

querían allí, y no se preocupaban por ocultarlo. Pero la guerra había terminado. Al menos, había terminado por mi parte. Yo sé que ellos, a día de hoy, siguen teniendo aquel rancio recuerdo de mí. Qué le vamos a hacer.

No entraré en detalles sobre cómo fueron las semanas posteriores. Sólo puedo decirte que lo pasé realmente mal, y que mi cuerpo estaba a punto de reventar. Aquello afectaba a mi salud, y no estaba dispuesto a llegar más lejos. El médico me ofreció la baja; y no era la primera vez, ni la segunda; pero la rechacé. Yo ya no era el mismo de antes. No quería más prórrogas. Quería terminar con esto ya, afrontarlo hasta que desenlazara en algo diferente.

Así, después de aquellas semanas durísimas, una mañana me encontraba en la oficina cuando Antonio me llamó por teléfono, y me contó que tras mucho negociar, la empresa por fin había accedido a llegar a un acuerdo para mi despido en el que yo no salía perjudicado. Eso era todo lo que yo hubiese querido desde el principio de esta crisis.

No podía creerlo, lo había conseguido. Por fin, estaba todo hecho. Se había terminado. Jamás tendría que volver allí. Era una extrañísima sensación de libertad. De pronto, podía irme y hacer con mi vida lo que yo quisiera. Me sentía como un pájaro al que le hubiese abierto la jaula después de toda su vida, y ahora disfrutase de los instantes antes de salir a volar.

Siempre había pensado que Antonio había aparecido en mi vida para algo importante. Sin él, yo no podría haber salido airoso de allí; nadie me ayudaba realmente, sólo me daban consejos que no podía realizar. Fue Antonio -y en última instancia, la planta-, quienes acudieron para salvarme la vida. Y ahora que han pasado unos meses, estoy aún más seguro de que todo esto obedece a una generosa sincronicidad que mi vida tenía guardada para mí.

Al día siguiente sólo tuve que ir a la oficina para recoger mis cosas y firmar mi despido. Algunos de mis compañeros derramaron lágrimas por mí, y supuestamente yo debería de sentirme triste también. Pero, al contrario, me sentía pletórico. No quería volver allí para nada. Yo ya había pasado mi penitencia, no me quedaba más sufrimiento que pasar por aquella empresa. Ya no sentía ningún vínculo con aquel trabajo, y estaba deseando ver qué me traía la vida desde ese momento. Es más, me despedí de mis jefes y compañeros con un abrazo, lo cual les sorprendió. Pero eran abrazos sinceros; para mí, ya estaba todo olvidado y perdonado. Nuestras vidas, simplemente, se habían cruzado de aquellas maneras. No le guardo ningún rencor a nadie, y espero que ellos sientan lo mismo hacia mí.

Siempre estaré agradecido a Antonio por haberme apoyado entonces. Si no hubiera sido por él, no sé cómo hubiera terminado todo. Es

reconfortante pensar que fue la propia planta, y mi voluntad de difundir su existencia, lo que me llevó a cerrar una de las peores etapas de mi vida.

Así, ahora llevo algunos meses sin trabajar. Necesitaba parar a descansar, y decidí tomarme un tiempo para descansar. Pasados unos meses, empezaría a estudiar algo nuevo que me gustase; algo que me permita ser creativo, y orientar mi futuro modo de ganarme la vida a las cosas que realmente me interesan.

Muchas personas se preocupan por mí ahora, porque me he quedado sin empleo. Piensan que podría tener problemas en el futuro. De momento, dispongo de tiempo de sobra para rehacer mi vida. Tenía una enorme necesidad de empezar desde cero.

He abandonado totalmente el sueño de los ascensos laborales y el éxito empresarial; nada de eso es ya importante para mí. He acabado cansado de la presión y la codicia, de la competitividad mal entendida, y de las personas que sólo se mueven por dinero. Yo nunca he sido así, pero ya ni siquiera puedo fingirlo. Nunca volveré a ese mundo. Sólo haré trabajos en los que me sienta feliz, y en los que haya lugar para mi creatividad. Es todo lo que tengo claro.

Ahora que lo miro en perspectiva, lo veo más fácil que nunca. Pasé los últimos diez años de mi vida sin apenas disfrutar de los días, viendo los ciclos del Sol desde dentro de la oficina, y rodeado por personas que yo no había elegido para compartir mi vida. No es que tengan nada malo, pero yo no los elegí. Y todo lo hacía para pagar un techo y comida, y nada más. Nunca tenía dinero suficiente para ahorrar, y nunca podía irme de viaje. Toda una vida trabajando por techo, luz, agua, y comida. Eso no me hacía sentir muy diferente de un esclavo. Aunque al principio no lo veía, la planta me abrió los ojos para mostrarme que se me estaban escapando mis mejores años... para nada.

Pero, por fin, todo había acabado. Apenas podía creérmelo: ya nunca más tendría que volver por allí. Era demasiado bonito para ser verdad. ¿Qué demonios había estado haciendo con mi vida? Entonces, fueron horas mágicas.

Después de firmar mi despido, fui al edificio donde trabajaban la mayoría de mis antiguos compañeros, y me despedí de ellos con calurosos abrazos. A muchos de ellos les echaría -y les echo- de menos. La mayoría seguían sin entender mi felicidad, y maldecían a la empresa por forzarme a irme; y por todo lo que había sucedido con los otros compañeros despedidos. Pero a mí todo aquello ya me daba igual. Yo me sentía bendecido.

Bajé al centro de la ciudad a ver a Antonio, y aproveché para hacer un par de compras. Apenas había pasado tiempo, pero ya me notaba diferente, simplemente en mi forma de andar. Sentía el aire fresco en mi cara, y una increíble sensación de libertad. Estaba tan feliz, que me costaba no echarme a reír en mitad de la calle como un pirado.

Decidí ir a comer a casa de mis padres, y contarles todo lo que había pasado. Para llegar allí, tenía que ir con el coche costeando por el paseo marítimo. El Sol brillaba en el cielo azul, y la imagen de la ciudad era preciosa; mientras docenas de turistas de avanzada edad cruzaban desde el puerto, con sus pieles rosáceas, y sus gorros para protegerse. Todo lo que veía me gustaba, todas las personas me caían bien... Toda la vida parecía sonreírme. Hay ocasiones en las que siento estar completamente seguro de mis pasos; y ésta era una de esas ocasiones.

Tuve que parar en un semáforo. Sonreía mientras veía a la gente cruzar, al tiempo que estaba disfrutando de la música *trip-hop* de mi coche. Las calles bullían de actividad. Me sentía pleno, feliz, libre...

Entonces, un movimiento en el cielo me llamó la atención. Miré hacia arriba, y una extraordinaria bandada de unos cien o doscientos pájaros hacía una fabulosa danza delante de mis ojos, justo en mi perpendicular. Era como si estuviesen puestos allí estratégicamente, para entretener a los conductores mientras esperaban al verde.

Alguna otra vez había visto algo parecido, pero en aquella ocasión era especial. La imagen era de una extraordinaria belleza que escapaba a lo habitual. Aquellos pájaros cruzaban sus vuelos una y otra vez, creando preciosas figuras que aparecían y desaparecían, teniéndome a mí como agradecidísimo testigo. Curiosamente, aquellas figuras me recordaban a algunas que yo mismo he visto durante mis viajes, dando lugar de aquella misma manera a diferentes formaciones que se sustituían a cada segundo. El danzar de aquellos pájaros parecía un verdadero viaje psicodélico.

Qué enormemente bello era ver aquello. Sentí que la vida me estaba volviendo a mandar una señal. Todo seguiría yendo bien en el futuro. Podía estar tranquilo; todo estaría bien. Realmente sentí que el mundo celebraba mi buena ventura. Ahora estaba completamente seguro; había hecho lo correcto.

Cuando llegué a casa de mis padres, fue cuando pude ser realmente consciente de cuál había sido mi situación durante mucho tiempo, y cómo ésta se había convertido en una enfermedad para mí. Mis padres siempre fueron estrictos conmigo a la hora de estudiar, y se sentían orgullosos de mi evolución profesional y de mi trabajo. Pero ya hacía mucho tiempo que notaban que su hijo no era el mismo, y que algo malo sucedía en su vida.

Mis padres se alegraron por mí, a pesar de mi despido, y se ofrecieron a ayudarme mientras tuviese que estudiar y formarme para hacer otra cosa. Escucha aquello me dio una enorme tranquilidad; no porque tuviese miedo de caer sin red, sino porque ellos mismos parecían conscientes de cuánto necesitaba yo este cambio. Ahora que ha pasado algo de tiempo, miro atrás y soy consciente de que yo estaba realmente enfermo; estaba pasando una auténtica depresión, y no sé cómo hubiera acabado todo aquello si mi dios, el cosmos, o la Naturaleza, no me hubiesen enviado a este nuevo amigo para echarme una mano.

Al final, el círculo se había cerrado: Mis amigos me habían ayudado, la empresa por fin me había comprendido, y mi entorno aceptaba mis decisiones. Sentía una enorme dicha de encontrarme en mi posición, y un gigantesco agradecimiento. Era el momento de volver a empezar; pero ya no volvería a soltar las riendas de mi vida.

“El hombre es mortal, y la humanidad es inmortal.”
(Hermes Trismegisto, *Discurso de iniciación o Asclepios*)

48 COMUNIÓN

Los primeros meses después de mi despido de la empresa fueron tan productivos como los últimos cinco años en su totalidad. En pocos días, me di cuenta de que acababa de abandonar una situación que realmente era grave para mí.

Ahora que lo miro en perspectiva, soy realmente consciente de lo mal que llegué a estar. Ya me encontraba mal hacía años, antes de aquella primera visita a casa de Juan. De hecho, era aquel malestar lo que me impulsó a buscarle. Pero después de conocer a la planta, toda la situación dejó de tener sentido progresivamente.

Primero, dejaron de funcionar mis métodos para aguantar la realidad: medicamentos, alcohol, televisión, videojuegos, marihuana... Mi consciencia iba despertando, y cada vez me resultaba más difícil seguir con una vida que no me hacía feliz, por más bálsamos de los que dispusiera. No quería dormir y aguantar; quería despertar y escapar.

No puedo decirte que haya sido fácil, porque realmente ha sido muy duro. Tenía que romper con todos mis hábitos, y con mi modo de entender el mundo. Pero finalmente, todo ha merecido la pena, y ahora me encuentro con la libertad de elegir qué quiero hacer con mi vida a partir de este momento. Quizás, todo este proceso no ha sido como yo lo esperaba. Pero como bien dice Juan: “La DMT no te da lo que crees necesitar, sino lo que realmente necesitas”. Y en mi caso, así fue, sin ninguna duda.

Al poco tiempo de dejar de trabajar y abandonar aquella vida ansiosa, los dolores físicos y los problemas para dormir desaparecieron. Dos meses después, mi médico me retiró la medicación; y todo mi organismo parecía funcionar correctamente. Incluso me sentía más joven, y con unas renovadas ganas de hacer ejercicio y de cuidarme. Mis problemas fisiológicos eran puramente psicosomáticos; eliminada la situación de

ansiedad, mi cuerpo volvía a estar bien. Ya no me encontraba en *permanente alerta*, y eso había cambiado mis biorritmos para mejor.

Al principio, la inercia hacía que mi mente buscara preocupaciones, como si aún me encontrara rodeado por todos aquellos problemas. Era como si mi cuerpo se hubiese acostumbrado a estar mal, y ahora me resultase poco natural el hecho de poder vivir tranquilo. Vivir ahogado en preocupaciones era lo normal para mí.

Cuando miro atrás, me doy cuenta de que realmente me encontraba muy enfermo: los pinchazos que sentía en el pecho, los problemas para respirar hondo, las repercusiones en mi sistema digestivo, las fisuras y hemorragias internas, vivir en un estado de tristeza permanente... todo aquello podría haber acabado mucho peor para mí.

Ahora soy incluso más consciente que antes de lo mal que estaba; porque ahora puedo analizarlo desde fuera. Sin embargo, era un sentimiento que poco a poco se fue diluyendo, conforme me di cuenta de que, por primera vez en muchos años, volvía a ser dueño y señor de mi destino. Cada vez más, todo mi malestar y mi enfermedad se fueron perdiendo en el tiempo.

Durante los primeros uno o dos meses, mi ocupación principal fue reunir las docenas de textos y apuntes sueltos que había ido recopilando desde que conocí lo que era la DMT; y darles forma en esta obra, para que tengan un mínimo de coherencia entre sí.

Ahora que tengo tiempo, voy a visitar a mis padres más a menudo que antes. Mi relación con ellos ya mejoró hace tiempo. No es algo que hayamos forzado, sino que ha surgido de manera natural; simplemente, es mucho más fácil llevarse bien con quien soy ahora.

Si he sido egoísta e injusto en otras épocas de mi vida, lo he sido especialmente con mis padres; aunque eso es algo que cuesta muchísimo reconocer. La respuesta de mis padres a mi cambio de actitud fue instantánea, y ahora estamos mejor que nunca. Pasamos horas debatiendo sobre cualquier tema. Yo he dejado de enfadarme cuando ellos creen tener la razón, y ellos han empezado a escucharme sin prejuicios. Ojalá hubiera sido así durante toda la vida. Tenerles como apoyo es muy importante para mí en este momento.

Por las tardes, me dedico a estudiar sendos cursos de informática o traducción; leer algo de filosofía o de historia; o a seguir escribiendo en este libro o en algunos de mis blogs. Cuando Alba vuelve, nos damos un paseo, hacemos la compra, quedamos con amigos, o recibo alguna visita relacionada con la planta...en realidad, cada día es diferente. Pero cada día está lleno de nuevas experiencias; no es el bucle repetitivo que era antes. Lo que tengo ahora es una verdadera vida.

Por la noche, cenamos y descansamos un rato; y cuando Alba duerme, salgo a la terraza y vuelvo a meditar, ahora bajo las estrellas; siempre que el frío me lo permita.

Desde que me alejé de mis problemas mundanos, todas las consecuencias psicológicas desaparecieron de golpe. Ahora vuelvo a tener la mente centrada y deseosa de nuevas experiencias. No he vuelto a sentirme mal en ningún aspecto al volver a entrar en mi cuerpo, y ya no deseo quedarme en mis experiencias en lugar de volver a mi mundo. Mis experiencias y el mundo real son ya una misma cosa. Esta vida se ha convertido en mi terreno para disfrutar, para amar, y para aprender; mucho más ahora, que no tengo miedo prácticamente a nada.

Ahora que mi cuerpo y mi mente vuelven a encontrarse en plenitud, he logrado traspasar una nueva capa dentro de mis experiencias con la planta. Pero la capa en la que estoy ahora es tan imposible de creer como de describir. Ahora, muchas de las veces en las que realizo un *viaje*, me veo instantáneamente trasladado a un estado que parece estar adherido a nuestra realidad normal, como si fuera una dimensión solapada a la nuestra. Ya no hay despegues vertiginosos, ni saltos bruscos de un mundo a otro. En ese estado, puedo ver nuestro mundo en una versión alterada de sí mismo, con incesantes fuentes de energía por todos lados, y una comprensión de la vida que casi me permite ver respirar a nuestro planeta. Nada está parado en realidad, todo está en constante agitación. Todo vibra, y yo puedo verlo; porque yo soy esa vibración.

En ese estado, uno comprende que está en el centro de todo, que es así como realmente deberíamos ver el mundo; y que, si no lo hacemos, es porque hemos capado nuestras capacidades. En tal estado de belleza y comprensión, me siento muy cerca de la fuente original de todo.

Entonces, la vibración se agudiza hasta desaparecer, las energías de mi alrededor parecen ascender hacia el cielo; y siento que yo mismo estoy ascendiendo. A veces creo que casi podría levitar. Es en ese estado cuando sucede lo mágico, lo imposible. Sin temor a equivocarme, sé que es el Todo lo que experimento entonces. Sólo dura un instante, pero es una percepción que te deja huella, y no puedes ignorar su poso de realidad. Antes lo dudaba, pero ya no. Si Dios existe, y si existe un estado Supremo, ése es sin duda el lugar al que yo voy.

Puedo sentir que, estando allí, existe una Inteligencia que me habla de alguna manera, aunque sin palabras. Siento su existencia dentro de mí, y me siento automáticamente reconfortado, y bajo su cuidado. Sé que da exactamente igual lo que pueda sucederme en este mundo, porque todo es irrelevante. Todo está bien. El Todo está dentro de mí, y sé que puedo llegar a Él siempre que lo necesite. Siempre que corra el riesgo de olvidarlo,

o de empezar a dudar de mi fe, puedo acudir a esa misma experiencia, y recordar por qué estoy aquí. Siempre puedo volver y experimentarlo; y ésa es una realidad que nadie puede cambiar.

Durante estas experiencias en la *última capa*, todo se detiene súbitamente. Es algo parecido a cuando “rompí el mundo”, y sentía que me quedaba atrapado entre dos instantes. Pero ahora, el mundo no desaparece, sino que simplemente parece suspenderse mientras todas esas energías se desprenden hacia el cielo, en movimientos parecidos a los que hacen las plantas marinas con la corriente.

Entonces, es cuando puede suceder algo insólito; como cuando apareció aquel mirlo negro -esto, aunque parezca una locura, volvió a suceder varias veces-. Es un momento de magia absoluta. Sincronicidad tras sincronicidad, llega un momento en que dejas de sorprenderte, y estás totalmente seguro de lo que tienes delante.

Hay más en estas experiencias, pero quizás no sea capaz de explicarte lo que sucede después. Temo que no me entiendas, y temo que no me creas. Estas son las experiencias más elevadas que he tenido nunca, y en las que creo estar en absoluta comunión con mi verdadero Ser. Es una conexión directa y natural, como si estuviésemos unidos por algún tipo de cordón umbilical invisible. Lo que sucede, lo que me transmite, y lo que yo le transmito, es algo que guardaré para mi intimidad; las experiencias más elevadas de mi vida quedan entre el Todo y yo. Son algo imposible de explicar, y que todo el mundo debería ver por sí mismo, en lugar de esperar a que nadie se lo cuente.

Ya no *viajo* con la planta con tanta regularidad como lo hacía antes; quizás, una vez al mes. Nunca pensé que llegaría a decir algo así, pero siento que es algo que ya no necesito. Es como si, de pronto, tuviese unas enormes ganas de vivir; y después de la experiencia, no quiero quedarme tumbado en la cama, sino salir disparado a experimentar cosas.

Por ejemplo, hay ocasiones en las que, al vapear, y tras pocos minutos de experiencia, me asaltan unas ganas enormes de ponerme en pie y salir a hacer deporte, o de sentarme aquí a escribir este libro. Ya no necesito desconectar de esta realidad para ir a un lugar mejor; ahora entiendo que el mundo es el mejor lugar posible. La planta ha hecho todo lo que podía hacer por mí, y me ha brindado en bandeja una vida mucho mejor de la que tenía. Y ahora es la propia planta la que parece decirme que no necesito seguir acudiendo a ella, salvo para recordar lo que ya sé; y que vuelva a mi vida para disfrutar.

Después de estos años, ya puedo afirmar que las experiencias con la planta no son algo a lo que te habitúas, no es algo a lo que te puedas acostumbrar. Nunca he corrido ese peligro, ni me he creado una costumbre

que ahora tenga que dejar. No es un tema que me haya preocupado nunca. Sé que el Todo está ahí, siempre presente; y que puedo llegar a experimentarlo de vez en cuando. Esto es motivo suficiente para ver mis experiencias, no ya como un proceso de aprendizaje, sino como un gesto de respeto y comunión mía con mi verdadero Ser. Mis *viajes* con la planta son el modo en el que he aprendido a rezar, y a no olvidar cuál es mi verdadero lugar en el mundo; igual que hay personas que acuden a misa una vez a la semana porque sienten ese mismo respeto. Ahora que sé que estas experiencias son sagradas. Lo estúpido sería ignorarlas como si nunca las hubiera visto. Sería impío rechazarlas.

Mientras te escribo, recuerdo la época en la que hice mi primera comunión siendo un niño. Antes de que llegase la fecha, todos los niños teníamos que acudir a una catequesis, donde nos explicaban la trascendencia que tenía para nuestra vida el hecho de “recibir a Dios”. Recuerdo que, cuando llegó el gran día, no podía encontrarme más sugestionado. Pero, a la hora de tomar la ostia y retirarme a rezar, no sentí absolutamente nada. Al preguntar a mis compañeros, a ellos les había ocurrido exactamente lo mismo. Todos fingíamos sentir a Dios durante nuestra primera comunión, porque era lo que se esperaba de nosotros. Pero aquel día, estábamos mucho más centrados en nuestros regalos, que en realmente comprender lo que significaba la palabra “comunión”.

Ahora, en mi edad adulta, es cuando entiendo su verdadero significado. He tenido que esperar mucho para comprender lo que es el hecho de que nuestro *yo humano* pueda llegar a fundirse con su verdadero Ser -o con el Todo-. Esto es algo que no le puedes explicar a un niño con facilidad, y que difícilmente pueden comprender los adultos.

Y, ahora que sé lo que realmente significa, me pregunto si el rito sagrado de la comunión que hoy conocemos no tendrá su origen en uno muy anterior y pagano, por el que los individuos eran invitados a ver a su dios a través de alguna sustancia que nos hubiese otorgado ese propio dios.

Al fin y al cabo, es probable que todas nuestras religiones vengan de las experiencias de los primeros chamanes, allá en la prehistoria. Por eso, no es una locura pensar que, lo que hoy sería nuestra *primera comunión*, en aquellos pueblos primitivos fuese un rito que se celebrase, por ejemplo, mientras estaban todos ellos sentados entorno al fuego, tocando ritmos de percusión, y llevando a cabo diferentes danzas y ritos para ayudar a esta experiencia de Unidad. Es probable que esto sucediese así, y que estos pueblos supiesen lo que es Dios o la Naturaleza mucho mejor que nosotros mismos. Seguramente, ellos comprendían mucho mejor que nosotros el concepto de *comunión*. Es algo que hay que experimentar para comprender.

No tengo problemas en afirmar que ésa es la naturaleza de mis experiencias, y que realmente creo estar cada día más cerca del Todo. Ya no me importa demasiado que me tomen por loco. Sólo me importa vivir tranquilo, tratar de conocerlo todo mejor, y estar cada vez más preparado para cuando llegue el momento de mi partida.

Si el objetivo era ser feliz, lo estoy logrando. Si el objetivo era dejar de tener miedo, ya lo logré hace tiempo.

“Y la virtud del alma es la gnosis; quien llega a ella es bueno, piadoso, y ya divino”.
(Hermes Trismegisto, *La Clave*)

49 MADRE

En esta vida, no hay muchos temas sobre los que yo pueda dar lecciones o consejos a los demás. Es más, es algo que creo que debemos evitar en la mayoría de las ocasiones, sobre todo en aquellas en las que no se nos ha pedido opinión. Es un fallo muy común entre la mayoría de nosotros, y es muy difícil de corregir.

Sin embargo, después de haber realizado tantos *viajes* con la planta, sí que me veo en disposición de aconsejarte algunas pautas a seguir; siempre en caso de que ya hayas decidido dar el paso que yo mismo di hace unos años. Por favor, no entiendas esto como una invitación o insistencia a hacer algo que quizás pienses que no es bueno para ti. Estas pequeñas directrices de las que te voy a hablar sólo sintetizan aquello que yo mismo he tratado de mejorar en mi vida, con el objetivo de lograr la máxima satisfacción y profundidad en mis *viajes*. Son directrices que yo mismo me he creado, después de innumerables pruebas, aciertos, y errores. Además, todos estos hábitos no sólo están orientados a tener experiencias más profundas, sino a mejorar en general tu calidad de vida.

Cuando traté de convertir estas directrices en palabras, busqué unas siglas que resultasen fáciles de recordar; por lo que no ha sido una casualidad que el resultado final sea la palabra 'madre'. Así, con estas cinco siglas, trataré de resumirte cuáles son los puntos fundamentales que yo mismo trato de seguir en mi vida, especialmente desde que logré separarme de todo lo que me ataba. Sin lugar a duda, hoy puedo decir que me encuentro mucho mejor, en todos los aspectos, que hace unos cinco años; y en gran parte, es gracias a mi cambio de actitud y de rutinas.

Meditación

Da igual como quieras llamarlo: salir de nuestro cuerpo, soñar, conectar con nuestro Ser, hacer viajes al astral, conectar con el registro akáshiko... Todas estas experiencias son, en realidad, ejercicios o estados mentales. La capacidad que tendremos para fluir por estas experiencias depende, en gran parte, de lo mucho que seamos capaces de mantener la concentración, la mente en blanco, el pensamiento en silencio... Los viajes con la planta no tienen una naturaleza muy lejana a la de la propia práctica de la meditación, en cualquiera de sus modalidades.

Por todo esto, consumamos la planta o no, es óptimo que las personas aprendan a tomarse un tiempo diario para sí mismas, y se paren a meditar; pero a meditar de verdad, que es algo que no tiene nada que ver con sentarte a pensar en tus problemas. Lo más sencillo para alguien que no tiene ninguna práctica, son los ejercicios de respiraciones -bien hechos-, junto al uso de mantras, o música para meditar. Si nunca lo has probado, te aconsejo que antes de empezar, busques a alguien que te enseñe.

Dentro de este campo, colocaría también la importancia de mantener nuestros problemas a raya; no concederles más importancia de la que tienen, y no dejar que invadan la mayor proporción de nuestro pensamiento. Debemos alejarnos de los defectos y vicios provenientes de nuestro ego, y buscar la calma y el silencio mental necesarios para nuestro desarrollo.

Alimentación

Nuestro cuerpo debe estar en perfectas condiciones para que toda la energía fluya correctamente; y esto incluye, por supuesto, a nuestro cerebro. Los días que vayamos a realizar un viaje con la planta -e incluso los días anteriores-, es recomendable no alimentarnos en exceso, o incluso ayunar levemente. Por el contrario, es aconsejable beber abundante agua; es como si ésta ayudase, precisamente, a que todo fluya mejor.

Lo menos recomendado es, por supuesto, la ingesta de carne; no ya por los motivos éticos que pueda acarrear -que también-, sino por su dificultad de digestión. Es algo que sucede también con la ayahuasca; el ayuno es recomendado siempre, especialmente de carne. Las digestiones pesadas siempre irán en contra de nuestro *despegue*. En mi caso, cuando estaba comenzando con la DMT, yo era incapaz de viajar después de haber comido carne, sobre todo de ternera o cerdo. Más recientemente, dejé de comer carne definitivamente, y noté un cambio muy positivo en todo mi organismo. Ésa es la realidad. Sin embargo, siento que yo no soy nadie para decirte a ti lo que debes comer.

Por otro lado, más allá de la alimentación, cualquier consumo de sustancias adormecedoras, como el alcohol, la marihuana, o medicamentos como antidepresivos o ansiolíticos, van a afectar definitivamente al rendimiento de nuestro cerebro. Esto no quiere decir que no vayamos a tener ningún tipo de experiencia; pero créeme: cuanto más lúcido te encuentres, mejor irá todo; nuestras neuronas tienen que estar en su máximo rendimiento, y no cegadas o adormecidas. La marihuana tiene, además, el hándicap de que no nos ayudará a recordar mejor la experiencia, sino todo lo contrario, ya que perjudicará a nuestra memoria. Así, aunque siempre he sido un defensor a ultranza de la hierba, mi deber es reconocer que la marihuana y la DMT son sustancias ligeramente incompatibles; y que estar fumado de marihuana siempre será un lastre a la hora de *despegar*.

No haré referencia a otras drogas, aquellas creadas por el hombre; ya que éstas nunca me han interesado, y no dispongo de experiencia alguna para dar consejos sobre ellas.

Por otro lado, me queda por mencionar los llamados ‘hongos alucinógenos’, que pueden dar lugar a experiencias de naturaleza parecida a las de la DMT. Además, el previo consumo de una pequeña cantidad de algunos tipos de hongos puede ayudarnos a preparar el cuerpo para nuestra experiencia con la planta, estimulando y alargando nuestro *viaje*. Esto lo sé por experiencia propia, y te aseguro que son dos terrenos plenamente compatibles; aunque no es algo que hago habitualmente, ya que estamos hablando de una experiencia mucho más fuerte y prolongada; y puede que no sea eso lo que yo estoy buscando en ese momento.

Descanso

Por los mismos motivos que los puntos anteriores. Necesitamos que todo nuestro organismo se encuentre en plenitud; y para ello, tenemos que descansar el número de horas adecuadas. Dormir pocas horas no sólo afectará a nuestro estado de humor, sino que nos perjudicará incluso a la hora de comprender las cosas más básicas. Por tanto, resulta innecesario resaltar la importancia de dormir cada noche las horas recomendadas, pues durmiendo no sólo estamos reseteando nuestra mente para afrontar un nuevo día; sino que nuestro cuerpo se acostumbra a vivir en un estado que es muy cercano al que también buscamos durante nuestras experiencias.

Es lógico pensar que, si mientras dormimos, producimos DMT; entonces, cuanto más acostumbrados estemos a respetar nuestras horas de sueño, más habituado estará nuestro organismo a la molécula de que nos aporta la planta.

Por otro lado, los sueños han pasado a ser importantísimos para mí; pero para poder recordarlos y disfrutarlos mejor, necesito aprovechar esas horas al despertar, las cuales antes perdía por el hecho de sentirme ansioso.

No sólo son las horas efectivas de sueño, sino que puedas despertar poco a poco al volver en ti; y no sumergiéndote de golpe en un mar de problemas.

Rectitud

La vida no sólo consiste en aprender las cosas, sino en aplicarlas, y en ser constantes en su aplicación. La persistencia es fundamental, y no debemos dejar nuestro propósito de autoconocimiento como una actividad más a la que dedicamos un par de horas a la semana. Esto es algo muy habitual hoy en día, y hay personas que buscan la espiritualidad realizando actividades programadas y mecánicas, como quien va al gimnasio a bailar *zumba*. Esto no tiene ningún recorrido. Nuestro crecimiento interior no es algo a lo que debemos dedicarnos en nuestro tiempo libre; sino que debe ser una actividad principal en nuestra vida. Nada es más importante que el autodescubrimiento.

La tentación y los miedos siempre acechan; y debemos ser enormemente fuertes ante ellos. Incluso cuando crees haber cambiado y mejorado en muchos aspectos, siempre corres el riesgo de acomodarte, volver a crear una zona de confort, y caer en la pereza y el olvido de tu cometido. Hay que persistir en nuestro trabajo, ser conscientes de nuestros errores, y tratar de analizarlos objetivamente para poder deshacernos de ellos. Cuanto más rectos seamos, y cuantos menos errores cometamos; más libre y ligera estará nuestra mente; y menos obstáculos encontraremos entre nosotros y nuestro objetivo.

Generalmente, estamos tan ocupados en nuestra vida mundana, que relegamos a un último lugar todas estas actividades orientadas hacia nosotros mismos. Hay que tener rectitud a la hora de plantarnos y saber dónde queremos poner los límites. Nuestra vida y sus situaciones nunca pueden ser más importantes que nosotros. Debemos respetar siempre ese tiempo para nosotros mismos. No debemos estancarnos y pensar que ya hemos llegado a donde queríamos; nunca debemos dejar de aprender, de leer, de buscar, de preguntar, de intercambiar ideas... Es fundamental afrontar este objetivo con seriedad, porque realmente no hay nada más importante en la vida.

Por último, debemos ser rectos también en nuestro pensamiento, y tener confianza en que estamos haciendo lo correcto. No debemos tener miedo, ni las palabras de otros deben hacernos dudar. Sólo estás tú con tu experiencia, y sólo eso importa. Debes creer fuertemente en ti mismo, para que nadie más pueda entrar dentro de tu cabeza. La felicidad es también un ejercicio de fe, y cuanto más creamos en nosotros y nuestras experiencias, menos expuestos estaremos a que nos afecte el juicio de los demás.

Ejercicio

No soy médico precisamente, pero tengo más que comprobado que hacer ejercicio es tremendamente positivo, no sólo para mi cuerpo, sino para mi propia mente. La sangre debe fluir, tenemos que expulsar toxinas, y necesitamos oxigenar nuestro cuerpo. No somos más que inmensas bolas de energía; y necesitamos toda esa energía fluyendo correctamente para llegar a nuestro potencial. Todo esto, no hay que ser un genio para saberlo.

En mi caso personal, me gusta salir a correr o hacer bicicleta los días que pretendo hacer una experiencia con la planta. De este modo, consigo dos cosas fundamentales para que mis *viajes* sean más agradables: Por un lado, mi cuerpo está más caliente en general gracias al ejercicio, y tengo menos tendencia a sufrir un ataque de frío durante el *despegue*. Por otro lado, siento mis piernas cansadas, y un enorme placer al estirarlas y ponerlas en alto al tumbarme. Este momento tan placentero me anima a relajarme aún más, y ayuda a que mis experiencias sean más largas; llegando en ocasiones a quedarme dormido poco después.

De cualquier manera, cada persona es un universo por sí misma, y tendrá sus propias pautas que le sean propicias. El objetivo último de todo esto, al menos por mi parte, va mucho más allá que el mero hecho de disfrutar de mejores experiencias con la planta. Por algún motivo, lo que es bueno para estos *viajes*, lo es también para mí a largo plazo, afectando a mi salud y mi bienestar. Y es que, desde cualquier ángulo desde el que lo mire, no hago más que convencerme de que la planta vino a hacer un bien a mi vida. Ahora soy más consciente de cada decisión que tomo y de sus repercusiones; y eso no es bueno sólo para mí, sino también para mi mundo.

“Este tipo de ideas, tan sublimes y divinas, tan elevadas por encima de la inteligencia del hombre, exigen una atención concentrada.”

(Hermes Trismegisto, *Discurso de iniciación o Asclepios*)

50 FELICIDAD

Todos somos susceptibles de vivir estados de alegría transitoria durante nuestras vidas, que pueden durar desde unos momentos, a incluso años. Podemos estar alegres por haber encontrado el amor, por habernos comprado el coche que deseábamos, por tener una bonita casa... pero en todos los casos en los que depositamos nuestra alegría en factores que están en nuestro mundo -y no dentro de nosotros-, corremos el peligro de que esta alegría se desmorone de un día para otro sin que podamos hacer nada. Por ese motivo, no quiero utilizar la palabra *felicidad* para estos casos; pues ésta es, en realidad, un concepto mucho más profundo y difícil de alcanzar. Sin embargo, una vez que se alcanza, queda dentro de nosotros para siempre, y ya nunca más olvidamos en qué consiste.

Crecemos creyendo que la felicidad es algo que debemos buscar de manera activa, y que sólo podemos llegar a ella a través del esfuerzo y del trabajo; creemos que podemos comprarla con el dinero que ganemos. Pero eso no tiene ningún sentido. La felicidad es un concepto universal, y esto quiere decir que se debe poder aplicar a todos los seres que existen. Cualquier animal, o cualquier humano de cualquier época, debe ser capaz de alcanzar la felicidad; independientemente de las formas, o de las circunstancias en las que haya nacido. Ninguna vida tendría sentido de no poder alcanzar este estado de felicidad común para todos, aunque para nosotros resulte algo incomprensible.

Que la felicidad no se compra con dinero, es algo que sabemos todos. Pero ¿cómo se alcanza la felicidad? Yo no tengo la respuesta a esta pregunta, porque cada uno tiene su propio camino. Yo sólo tengo mi ejemplo, y el modo en que creo haberme acercado a ella, aunque sea mínimamente.

La felicidad no ha llegado a mi vida gracias a un trabajo, ni gracias a la

bonanza económica. Al contrario; cuantas más cosas tenía, más cosas necesitaba mantener; y más cosas quería conseguir. Fue en el proceso contrario, cuando empecé a desprenderme de deseos y obligaciones, cuando realmente empecé a sentirme tranquilo, en calma, y finalmente feliz.

La felicidad es saber que aquello que yo soy es algo que ni siquiera puedo definir con palabras. Felicidad es saber que nada ni nadie puede estropear esa realidad, y que no necesito nada de este mundo físico para obtener una supuesta salvación.

Felicidad es saber que ya soy libre, y que siempre he sido libre; y que mi antigua esclavitud sólo era una cuestión de malas creencias, las cuales se habían convertido en una enfermedad para mí.

Felicidad es saber que, esa línea que me separa de mi verdadero Ser, es fina como el papel de fumar; y puedo traspasarla cuando quiera.

La felicidad es pensar que el tiempo que dedico al estudio de la etnobotánica o la filosofía, no sólo es bueno para mí; sino también para los demás. Saber que paso mi tiempo creando cosas útiles, en lugar de introduciendo datos financieros en una máquina; eso es también la felicidad. Felicidad es levantarme cada mañana sabiendo que ese día haré realmente lo que me plazca, y que trabajaré en aquellas cosas que realmente me importan.

Felicidad es también tener fe en que todo va a salir bien, y que estoy preparado para aceptar cualquier futuro.

Felicidad es no tener más miedo a la muerte; nunca más. Por supuesto, tengo miedo al sufrimiento de mis seres queridos; y también tengo miedo de ver morir a mis familiares y amigos, y tener que seguir en este mundo sin ellos. Pero todo lo que venga será aceptado, porque ahora entiendo cuál es mi naturaleza; y que, terminado el cuento, volveré a mi Ser sin que nada pueda evitarlo. Felicidad es saberme intocable, inmutable, e inmortal. Felicidad es despertar y descubrir que yo soy dios, y que tú eres dios; y empezar a vivir de nuevo desde ese día. Felicidad es poder experimentarlo cada vez que lo necesite, o si alguna vez dejo de creer.

Mis últimos meses han sido tan maravillosos, que mucha gente que me conoce comenta que incluso tengo mejor aspecto. Mi vida aún no es perfecta. Pero ahora, en lugar de tener problemas laborales, lo que trato es de mejorarme a mí mismo, y que la persona que los demás ven en mí sea alguien coherente con quien te he presentado en este libro. Aún debo librarme de mis viejos vicios, y de algunos aspectos de mi personalidad que no me gustan o no tengo aún bajo control. No resulta nada fácil ser humano; y es más difícil cuanto más elevado tengas el listón sobre ti mismo. Me gustaría ser perfecto, pero eso es imposible.

No puedo engañarte. Yo estaba viviendo una depresión que era fruto de una situación que escapaba a mi control. La planta me ayudó a ver la situación desde fuera, y a darme cuenta de que el mundo no acababa allí. Sin embargo, esto no soluciona el problema de que, en el futuro, quizás tenga que volver a vivir situaciones parecidas; y no sé cómo reaccionaré entonces. Éste no es el mejor mundo en el que me podría haber tocado vivir.

Lo mejor de todo esto es que, desde que decidí ser valiente y tomar mis propias decisiones, todo ha empezado a irme mucho mejor. Cuando salí de aquel trabajo, ya estaba feliz por haber abandonado una vida que no me gustaba.

Pero no todo quedó ahí, y las sincronicidades se iban a seguir sucediendo. La vida me iba a seguir trayendo buenas noticias.

Al poco tiempo de dejar de trabajar, nos hicieron una oferta inesperada a Alba y a mí. La tía de Alba nos ofreció una enorme casa de campo que tenía para alquilar desde hace años; a una hora y pico de distancia de mi ciudad. Era una casa que Alba había frecuentado en su infancia, pero que su familia dejó de utilizar, para ponerla en alquiler. Años después, cansada de alquilar la casa a desconocidos, nos la ha ofrecido a nosotros a un precio que no podríamos ni soñar en la capital. Nosotros, que ya no teníamos nada que nos atase a la ciudad, decidimos aceptar la oferta. De ese modo, ahorraríamos algo de dinero. Además, yo estaba como loco por irme a un sitio más tranquilo, en el que poder meditar y disfrutar de la naturaleza; y aquello sonaba maravilloso. Era justo lo que necesitaba, precisamente, para sentarme a escribir este libro en un ambiente que me acompañase. Hemos tenido una enorme suerte; y es desde esa preciosa casa desde donde te escribo estas últimas páginas.

La mudanza fue rapidísima, pues aprovechamos para deshacernos de un montón de cosas. Al principio fue complicado, porque la casa necesitaba muchos arreglos. Pero, con mucho trabajo, y mucha ayuda, finalmente logramos arrancar; y ahora tenemos un bonito sitio donde vivir. Alba encontró trabajo rápidamente, y yo estoy empezando a estudiar lo que siempre me gustó pero nunca hice; además de que, por fin, estoy terminando este libro. Vivo ilusionado con el futuro.

No llevo mucho aquí, pero ya he hecho muchos amigos en la zona. Casi todos mis vecinos tienen huertos, y a menudo nos regalan partes de sus cosechas. Aquí, la gente se comporta de manera diferente a la ciudad; todo el mundo se conoce, y tienes la sensación de pertenecer a una gran familia.

Tenemos terreno para montar un huerto en la casa, y pronto lo pondremos en funcionamiento. De momento, ya he plantado algunos árboles frutales, y los he sumado a otros muchos que ya había. Siempre había tenido el deseo de poder hacer algo así, pero nunca pensé que llegaría a verme haciéndolo. Cuando abro la puerta por la mañana y los rayos de sol me dan en la cara, pienso que esto es como vivir un sueño.

Todos los días salgo a la terraza a alguna hora a disfrutar del ambiente, las nubes, los árboles, los pájaros... éstas eran las situaciones perfectas en las que anteriormente vapeaba algo de la planta, y me dejaba llevar. Pero tantas veces lo he hecho ya, que literalmente siento que ya no lo necesito para saber a qué estado quiero llegar. La planta me enseñó la luz, y yo he aprendido a llegar a ella. Quizás, incluso haya algo de fisiológico en todo esto, y mi cuerpo haya aprendido a reaccionar de alguna manera cuando sabe lo que me propongo.

A los pocos días de llegar a la nueva casa, quise hacer un viaje con la planta para estrenar la terraza. Me tumbé en la hamaca, debajo de un níspero, y mirando hacia las higueras. Estaba ciertamente nervioso, porque hacía mucho que no *vijaba*. Al inhalar la sustancia, sentí cómo yo mismo me elevaba hacia el cielo nublado, y disfrutaba entremezclándome con aquellas nubes blancas y grises. No llegué en ningún momento a perder la conciencia; aquello era un simple ejercicio de arte y belleza infinitas.

Entonces, todo se suspendió en un estado de máxima quietud, y silencio. Un par de segundo después apareció volando un mirlo negro. Sonreí para mis adentros. No podía ser verdad; una vez más, un mirlo negro. Y, de nuevo, como ocurrió aquella vez en la otra casa, se posó sobre un árbol frente a mí, y emitió un par de graznidos.

Me hizo gracia, y reí a carcajadas. Son situaciones tan absurdas, que tu lado más racional sólo puede encogerse de hombros y disfrutar del espectáculo. Uno más de tantos. Al final, me doy cuenta de cuánto me han hecho pensar las docenas de casualidades improbables a las que he asistido durante estos años.

Si no hubiera sido por la planta, quizás yo nunca hubiera podido escapar de mi trabajo, pues aún tendría aquella mentalidad de esclavo, haciendo un trabajo repetitivo de contable que no me llevaba a ninguna parte. Aún viviría encerrado en aquel piso, que tanto me recuerda a mis años sin libertad. Sin la planta, jamás habría tenido el valor de dejarlo todo, y de irme a buscar lo que realmente deseaba. Sinceramente, creo que sin la planta hubiera sido siempre un infeliz. Pero, gracias a que fui valiente, logré escapar de aquello. Y, ahora que he hecho lo que todos me desaconsejaban, he llegado a un momento de mi vida en el que me gustaría que nunca cambiase nada. He cambiado la oficina por el campo. Ahora tengo menos

dinero, pero no siento que sea el esclavo de nadie, ni de mi propia vida. Soy libre, puedo elegir mis pasos, y eso es todo lo que me importa.

Ya casi he terminado este libro, y ahora que vuelvo a disponer de todo mi tiempo, me hace ilusión estudiar, y buscar un trabajo compatible con mi nueva manera de ver la vida. Ahora puedo centrarme en terminar este humilde cuaderno de bitácora, para que llegue al mayor número posible de personas.

Los días pasan increíblemente rápidos cuando uno se siente bien. Las semanas vuelan aquí. Siento que mi mente está en paz, y no necesito estar todo el día buscando excusas para conseguir cosas, ni para molestar a los demás. Ahora, me gusta más escuchar que hablar; y me gusta más entender a los demás, que tratar de que ellos me entiendan. Es difícil que nadie me caiga mal, porque trato de entender a todo el mundo; y porque tengo demasiada fe en lo que sé. Nadie puede afectar mi pensamiento; es como si alguien que no ve, tratase de convencerme de que no existe la luz. Lo único realmente importante es el respeto mutuo.

Mis actuales preocupaciones pasan por cuidar mi cuerpo y mi mente. Hago ejercicio a diario, y llevo una alimentación sana y consciente. Estoy leyendo muchísimo, más que nunca; y he retomado mis antiguos blogs, en los que escribo a diario. Si quiero pasar diez horas seguidas leyendo o escribiendo, las paso. Mi única exigencia es sentirme productivo, y nunca olvidarme ni de mi cometido, ni de mi naturaleza.

Han vuelto las ganas de trabajar, de documentarme, de escribir... mi mente pasa las horas filosofando, experimentando, leyendo, y difundiendo lo que cree saber. Todo lo que hago me enriquece, y enriquece a los demás; y quiero poder hacer esto durante toda mi vida.

Una o dos veces al mes, organizo alguna reunión en casa. Este mes han venido muchísimos amigos a verme, y todos han acabado encantados con mi nuevo hogar. No es sólo porque la casa sea bonita, ni por el aire del campo; es algo que también está en mí. Algo iba muy mal dentro de mi cabeza, y eso se reflejaba en mi rostro. Incluso había perdido el contacto con muchos de mis mejores amigos, porque simplemente ya no tenía ganas de salir. Ahora, vuelvo a tener unas ganas enormes de compartir mi tiempo, y compartirme a mí mismo; en eso consiste la vida.

Hemos montado auténticas fiestas que duraban de sol a sol. Mis amigos vienen con sus parejas y sus hijos, y ahora somos tres veces más gente de los que éramos antes. Aunque a nadie le gusta cumplir años a partir de determinada edad, me he dado cuenta de lo bella que es la madurez cuando lo que hay detrás es una buena persona.

Me siento a la sombra a observar a mis amigos o mis familiares mientras se divierten, y comprendo la grandeza del amor. Nada me hace más feliz que estar con estos seres queridos, y darles todo lo que tengo para que vuelvan a sus casas con un montón de nuevas experiencias, las cuales ayudan a que estemos más unidos. Ahora soy mucho más cariñoso; todos los somos. Hemos sabido utilizar el tiempo en nuestro favor, porque nos mueven sentimientos nobles.

Yo sería igualmente feliz viviendo en cualquier otro lugar; pero es mejor si la vida me sonrío. Siempre tengo mi espacio para cerrar los ojos y volver a mí mismo en cualquier momento. Esa conexión es instantánea, y me da tranquilidad saber que nadie puede entrar ahí. Ahora, lo que quiero es ser la persona que visualizo desde esas experiencias, convertirme en el humano que sé que puedo llegar a ser: un buen humano, y un buen ser; alguien cuya presencia, y cuya existencia sea buena para los demás.

No me importan nada el éxito, ni el dinero, ni la aceptación; sino la voz de mi conciencia, y saber que estoy bien conmigo mismo. Sé que es importante, aunque no puedo explicar por qué. A cualquiera que hubiese visto las mismas cosas que yo, le sucedería lo mismo. Ya sólo me hace feliz vivir en coherencia con lo que soy.

“Donde hay un ser humano, hay lugar para la bondad.”
(Séneca)

51 UN AMIGO DE UN AMIGO

Hace unos días, mientras me encontraba releendo por última vez estas páginas antes de llevarlas a imprimir, la abuela de Alba nos invitó a cenar en su casa. A la cena irían, además, otras tres personas. Una de ellas era un amigo de la tía de Alba, una persona de mundo, que se declaraba abiertamente escéptico ante la religión o la existencia de un dios.

La conversación fue exquisita, como la mayoría de las veces que visito aquella casa. Mientras que la abuela de Alba aludía a la Biblia para demostrar la existencia “del Señor”, su invitado le explicaba que aquellos textos eran muy posteriores, y bien podrían haber sido manipulados al gusto de la religión. Aunque aquel hombre hablaba con mucha educación, las cosas que decía bien podrían ser interpretadas como una blasfemia por alguien educado en una sociedad católica. Lo curioso fue que la abuela de Alba me cogía del brazo para que intercediera en su favor, pues ella sabe que yo apoyo la teoría de que existe ese dios. Es algo que he hablado muchas veces con ella; aunque ella lo hace en sus términos, y yo en los míos.

Entonces, hubo un momento de la conversación que me pareció la clave de por qué es tan importante este libro -o, mejor dicho, aquello de lo que habla-. Y es por eso, que merece mucho la pena dialogar con aquellos que no piensan como nosotros, pues en estas conversaciones están las claves que necesitamos para pulir nuestro pensamiento.

Aquel invitado dijo entonces que las religiones estaban basadas en algo que nadie podía demostrar, un boca a boca perpetuado a través del tiempo, por el único motivo de que había personas a las que interesaba que así fuese. Dijo que él no conocía a nadie que hubiese visto a la virgen, a un ángel, o a Dios. Ésas eran historias que siempre sucedían “a un amigo de un amigo”, pero que nunca te contaba nadie de primera mano.

Entonces, preguntó a un par de invitados si ellos conocían a algún caso directamente, a lo que ellos dijeron que no. Siguiendo el orden, me hizo la misma pregunta a mí. Y yo puedo estar loco, pero no soy ningún mentiroso; así que le dije la verdad: le dije a aquel desconocido, delante de la familia de mi novia, que yo había visto a Dios unas quince o veinte veces. Quizás aquel no era el dios que habría esperado ver cualquiera, pero yo lo había podido experimentar cada vez que lo había buscado de verdad. Y es algo que puedo seguir haciendo.

Todos los asistentes a la cena me miraron como a un loco. Aquello duró un par de segundos, hasta que alguien desvió la conversación a otra cosa. Sin embargo, minutos después tuve la oportunidad de expresar mejor lo que había querido decir.

Delante de la familia de mi pareja, hablé abiertamente de los enteógenos, del chamanismo, y de que creo que estas experiencias están en el epicentro de todas las religiones. Explicué cómo se puede llegar a la idea de dios experimentando una planta de manera analítica, y no por la necesidad de sentir que estás salvado. Mi única necesidad, desde pequeño, ha sido la de conocer la verdad.

Querido amigo lector, que me has acompañado durante todo este tiempo. Fácilmente puedes saber quién soy. Te afirmo abiertamente que todo cuanto te he contado es verdad; no es una artimaña para tratar de vender libros. Estoy seguro de haber encontrado la llave más importante de mi vida, la que responde a todas las preguntas; y esa llave es también tuya.

No soy un desconocido, ni te estoy mintiendo para nada. Soy alguien que te habla directamente, y nada más me importa salvo que me prestes real atención.

No te estoy hablando de antiguos escritos, ni de lo que le pasó a un amigo de un amigo. Te estoy regalando mi vida, mi reputación, y mi nombre; porque sé que lo que he visto es verdad. Y porque tú también deberías saberlo. Te estoy haciendo el mejor regalo que he hecho en mi vida.

Pero este capítulo no podía quedarse en esta anécdota sin más. La vida es un viaje lleno de contrastes, y sólo un par de días después tuve una cita absolutamente diferente, y que me demuestra por qué hago realmente esto.

Alba invitó a casa uno de sus nuevos compañeros de trabajo, Nino. Es un chico bastante despierto, de unos veinticinco, y Alba le había hablado bastante sobre mí, sobre este libro, y sobre la DMT. No es lo más habitual, pero de vez en cuando alguien escucha hablar de todo esto, y se le despierta un interés que pasa por encima de cualquier temor. Exactamente igual que me pasó a mí. Entonces, la puerta de mi casa siempre está abierta para ellos.

Cuando Antonio llegó a mi casa y le conocí, me di cuenta de que ya traía gran parte de la lección aprendida desde casa. Se había informado lo suficiente acerca de la planta y sus experiencias, y parecía muy convencido de querer tener su primera experiencia. Además, había hecho ayuno, y parecía venir muy mentalizado.

Desde que Alba y yo nos cambiamos de ciudad, yo no había vuelto a *iniciar* a nadie, así que me tomé mi tiempo para preparar el escenario lo mejor posible. Un par de días antes había cocinado la molécula con especial mimo. La mañana que vino, tomamos un café, prendí el palosanto, elegí cuidadosamente la música, limpié todos los filtros del vaporizador, y le puse una nueva bolsa. No quería que nada fallase, como sí que me había pasado en ocasiones anteriores, en las que estaba un poco cansado de combinar esta vida con el pesado trabajo que tanta energía me consumía.

No puedo decirte qué fue lo que Antonio vio durante su experiencia, porque él mismo no fue capaz de ponerle palabras. Sólo puedo decirte lo gratificante que fue mirarle durante aquellos minutos, mientras él no dejaba de sonreír, girando la cabeza y gesticulando con los ojos cerrados. Ver que él estaba dentro, y que estaba comprendiendo las mismas cosas que yo; eso era lo que realmente importaba. Todo había merecido la pena; una vez más.

Cuando volvió en sí, y sin dejar de sonreír, me dijo de manera rotunda: “Es lo que me imaginaba. Aquí hay algo. Aquí hay algo real. Se ve mejor que con los ojos. Los ojos no sirven de nada comparado con esto.”

Un par de semanas después de aquello, Nino volvió a visitarme, en esta ocasión junto a otro compañero de trabajo, Santi. En aquella segunda ocasión, pasamos una tarde fenomenal, con una riquísima conversación acerca de la espiritualidad y la alimentación. Nino y Santi son bastante jóvenes, pero hablan de manera muy consciente. Y no son los únicos a los que me he encontrado así. Aunque llevo algunos años separado del mundo, últimamente tengo la sensación de que no sólo soy yo quien ha evolucionado mucho en los últimos tiempos; realmente parece existir un despertar de la consciencia global, que empieza a afectar a una proporción de gente suficiente como para que sea una realidad estable. Es algo que me da esperanzas y me alegra. Realmente nos estamos contagiando de algo muy bueno, y tenemos que seguir expandiéndonos. *La masa crítica.*

Aquella noche, después de toda la tarde juntos, decidimos hacer una experiencia con el vaporizador. Antonio y yo estábamos deseando empezar, pero era la primera vez que Santi probaría la planta, y merecía una atención especial por mi parte. Por eso, lo primero fue intentar *iniciar* a Santi. Sin embargo, no quise poner mucha cantidad de la sustancia, por lo que, salvo unos leves efectos visuales, Santi no logró despegar en esa primera ocasión. Pudo suceder por muchos motivos, es algo habitual. Esperaríamos unos minutos, y probaríamos una estrategia diferente.

Pasado un rato, preparé una carga suficiente para tres personas, y nos sentamos tranquilamente en el salón. Como siempre, puse mi listado de canciones para meditar, y prendí un palosanto. Nos sentamos todos en el salón de casa, y nos pasamos la bolsa de vapor en silencio, después de dar profundas caladas.

Pasé mucho frío durante el despegue, y tuve que acercarme de un salto a la estufa. Con el rabillo del ojo podía ver a Santi, pero a él se le veía muy bien y sonriente. Esta vez había despegado de verdad. Una vez que estuve sentado cerca de la estufa, mi experiencia fue maravillosa; de esas difíciles de describir, pero que te hacen sentirte lleno de amor y de unidad. Durante cuatro o cinco minutos estuve en auténtico trance, extasiado; y estaba feliz porque podía imaginarme que mis amigos se encontrarían en la misma situación.

Al volver en mí, levanté la mirada. Santi me miraba y asentía con la cabeza, como diciendo “ahora sí”. Me levanté, y aunque apenas le había conocido unas horas atrás, le di un abrazo fuerte. Me sentía lleno de amor, y a él le pasaba lo mismo. Me besó en la cara, al tiempo que Nino se levantó y se unió a nuestro abrazo. Fue un momento de indescriptible magia. Recordé una tarde, hacía años, en la que Juan nos había abrazado de esa misma manera a los que estábamos en su casa aquel día, justo después de una experiencia con la planta. Ahora entendía a la perfección lo que mi viejo amigo sintió.

Acabábamos de abrazarnos, y nos mirábamos sonriendo. Mi cabeza aún zumbaba, y seguía teniendo leves visiones; aun estábamos *dentro*. Entonces, en ese momento entró Alba en el salón. Entre la cocina y el salón, debía haber una gran diferencia de temperatura, presión, y otras cosas que difícilmente podríamos describir. El caso es que, dos segundos después de entrar, a Alba se le saltaron las lágrimas y vino a abrazarnos. Ella no podía explicarlo, pero al entrar allí, se había visto invadida o atrapada por el sentimiento que nosotros “habíamos creado” allí dentro. La energía que habíamos creado -aquella energía de amor- era real, y podía tener un efecto real sobre las personas. Una vez más, pensé que, sólo tal vez, sea verdad aquello de que “el amor se transmite”.

Sé que muy pocas de las personas que me lean decidirán dar el paso definitivo a convertirse en testigo de primera mano de aquello que nos espera al otro lado de nuestra existencia. De hecho, ni siquiera es necesario que todo el mundo lo haga; aunque eso sería lo óptimo. Lo que sí es importante, es que podamos divulgar la existencia de la poderosa herramienta que tenemos para llegar a la verdad -no la planta, sino nuestro cerebro; y los modos que tenemos de activar esta herramienta para llegar a donde nunca imaginamos.

Es importante que, quienes hagan esta labor, lo hagan de primera mano; y no aludiendo a historias escuchadas a cualquiera, a leyendas urbanas, o a mitos culturales. Debemos asumir la responsabilidad, si realmente creemos haber descubierto algo importante para la evolución de nuestra consciencia -y de nuestra especie-.

El fuego se prende con el fuego. Y yo quiero que seamos el fuego que haga arder nuestro mundo para transformarlo en otra cosa.

*“Los que comprenden las palabras divinas, tienen fe; los que no comprenden, son
incrédulos.”*

(Hermes Trismegisto, Sobre el pensamiento y la sensación)

52 EL ÚLTIMO VIAJE

No encuentro mejor modo de despedirme de ti, que contándote cómo fue mi última experiencia con la planta, sólo unos días antes de cerrar definitivamente este libro. Además, es buena idea, porque la naturaleza de este último viaje representa a la perfección las experiencias que suelo tener en el último año cuando me decido a *hablar* con la planta.

Pasé aquella mañana limpiando malas hierbas en el huerto, con mi azada. Desde que estoy aquí, he ganado mucha resistencia física trabajando en la tierra; e incluso algunos amigos míos me llaman de vez en cuando para que les ayude con sus campos. Es un trabajo que me encanta hacer, y sonrío mientras recuerdo a aquel señor que entró un día a barrer la oficina, y al que nadie comprendió excepto yo mismo.

Suelo trabajar turnos de tres o cuatro horas seguidas, arando, sembrando, limpiando, cortando plantas, o recogiendo frutos. Después de eso, me encuentro físicamente agotado, lo cual me resulta bastante placentero. Cuando mi cuerpo no puede más, me tumbo tal cual en la hamaca, y me quedo traspuesto.

Ese día me sentía muy bien físicamente, aunque aún arrastraba cierto dolor en el pecho, por la pérdida de un buen amigo pocos días atrás. Otras veces que he perdido gente en los últimos años, he sentido que el cuerpo entraba en algún estado químico -o vibratorio- en el que me siento extrañamente calmado, mientras mi cuerpo procesa la pena. Esos días me siento despierto, con ganas de vivir. Y, por algún motivo, me apetece experimentar con la planta, como si ello me ayudase a conectar con el mundo a donde acaba de viajar este ser querido. Es como si necesitase volver a verlo, para volver a creer. Como ya te he dicho, muchas veces el dolor eclipsa a la fe.

Preparé una carga de la planta en el vaporizador Volcano, y me duché rápidamente mientras se calentaba. Después, salí a la terraza, y me tumbé sobre la hamaca, dejando el Sol a mi derecha.

Consumí el vapor mientras miraba al frente, donde se encuentran las higueras. Por el frío, ahora no tienen frutos ni hojas, y sólo conservan sus troncos con sus docenas de ramas orientadas al cielo. Estas ramas empezaron a elevarse hacia arriba, llegando hasta al cielo, como en el famoso cuento la habichuela mágica. Era una bella imagen, acompañada por el verde general del entorno. Pero no era más que eso, simples efectos visuales. En realidad, la carga había sido suficiente para tener un *despegue* más fuerte, pero quizás mi cerebro no se encontraba tan descansado como yo pensaba.

Cerré los ojos, y disfruté del sonido ambiente, así como de la típica vibración. No puedo negar que son momentos placenteros. A pesar de tener los ojos cerrados, no terminaba de tener visiones; pero me daba igual, me conformaba con unos minutos de meditación profunda.

Sentí el calor del Sol en la parte derecha de mi rostro, y decidí girarme por completo para que me diese de frente. Fue algo que hice simplemente por gusto y comodidad. Sin embargo, y una vez más, ocurrió algo inesperado; después de lo cual, no dejo de pensar que, si yo quisiera, podría escribir este libro hasta el infinito sin que ambos dejásemos de encontrarnos con nuevos episodios cada vez más inimaginables.

Al girarme hacia el Sol y volver a acomodarme, me ocurrió algo que nunca me había ocurrido antes; y empecé a tener un *despegue* que resultaba muy tardío respecto al momento en que había vapeado la sustancia. Habían pasado no menos de cinco minutos, y ya no tenía sentido esperar que sucediese nada. Sin embargo, al mirar hacia el Sol con los ojos cerrados, y utilizando el color naranja de mis párpados como lienzo, comenzó a proyectarse algo. Apareció una nube blanca en forma espiral, que se abrió delante de mí como si alguien hubiese soplado desde el otro lado. Al desaparecer aquello, apareció una pirámide, simplemente en su forma lineal; como dibujada con una regla y un rotulador. Sus paredes eran transparentes, y los contornos, de color blanco amarillento.

De la cúspide de esta pirámide salía una línea blanca hacia el cielo, que se abría allí arriba para dividirse en otras tres. Cada una de estas líneas terminaba en una estrella; y estas tres estrellas eran las más características de nuestro cielo: el cinturón de Orión. Por supuesto, yo ya había escuchado muchas veces hablar de la relación de estas tres estrellas con las propias pirámides de Egipto, por lo que tampoco era tan extraño ver aquello.

En ese momento, la vibración alcanzó su máxima agitación, y yo sentía

que casi podría levitar. No sentía la lengua, ni los dientes; sino que me sentía desvanecerme junto al aire que salía a través de mi boca como si mi cuerpo me fuera ajeno y pudiese abandonarlo a placer.

Pasados un par de minutos en ese estado de trance o éxtasis, volví ligeramente en mí, y empecé a *aterrizar* en mi cuerpo, deslizándome como una pluma.

En el momento en el que se activó mi pensamiento, comenzó un diálogo dentro de mi cabeza; una vez más, con la sensación de encontrarme ante algo o alguien que no soy exactamente yo, y es capaz de comprender cosas que yo generalmente no puedo. Puede que todo ello sólo responda a que mis neuronas se alinean correctamente por un instante, permitiéndome ver las cosas con mayor claridad; pero es así como se me representa.

Me sorprendía que todo aquello se hubiese activado con tanto retraso, y que hubiese coincidido con el momento en el que me giraba hacia el Sol. Me preguntaba si aquello podría haber tenido algo que ver; el hecho de que estuviese dirigiendo mi mirada hacia él. ¿Acaso podía reaccionar mi experiencia al sol, como si de una planta haciendo la fotosíntesis se tratase? Probablemente, en términos científicos, esto suene a estupidez; pero así es como sucedió.

Al *despegar* mirando al Sol, pensé en la civilización egipcia, y su adoración a este astro. ¿Y si a los antiguos egipcios les pasaba como a mí, y hacían sus experiencias mirando al Sol porque así les funcionaba mejor? ¿Y si era ése el origen de su adoración?

Me encontraba elucubrando, cuando apareció dentro de mi cabeza una voz que, claramente, se me presentaba como ajena a mí mismo. Es más, podía situar esa voz arriba en el cielo; como si realmente alguien me hablase desde allí arriba. No es algo literal, pero es el modo más cercano que tengo de explicarlo.

Esta voz me explicó que yo estaba equivocado. Si los egipcios adoraban al Sol, me dijo, no era porque pensasen que el astro rey fuese realmente una deidad. Los egipcios no eran ningunos idiotas. Esta Inteligencia -que no deja de ser la mía- me explicó que los egipcios ya eran conscientes de la doble naturaleza de la materia; y de que, en el fondo, todo era pura energía. Aquello que podemos ver o tocar, no era lo real; sino la energía que daba vida a todo. Esa energía, inteligente para los egipcios, era su concepto de Dios. Por eso, cuando los egipcios miraban al Sol, lo que veían era una gigantesca bola de energía; de esa misma energía que daba vida a la materia para provocar el milagro de la vida. Por eso, escenificaban su adoración a Dios como adoración al Sol; es algo que yo había malinterpretado hasta hoy.

Al igual que ha sucedido en muchos capítulos de este libro, ahora es cuando llega el momento en el que yo te digo que, entonces, sucedió algo que no te creerás. Incluso hasta este último día ha tenido que ocurrir.

Aquel diálogo apareció de manera instantánea, pero parecía real y ajeno a mí. Me habló de los egipcios en primera persona, y nos acusaba a los occidentales de no saber nada, o de no habernos preocupado por querer saber. Probablemente, él estaba en lo cierto.

Cuando apareció todo este diálogo en mi mente, y ya que te hablo tantas veces de este personaje, llegué a preguntar -quizás en voz alta- si él era Hermes. “¿Eres tú, Hermes, quien me habla? ¿Eres tú quien está siempre detrás de todo?”

Por supuesto, no hubo respuesta a mi pregunta, y progresivamente fui saliendo del viaje, feliz mientras ponía todos esos nuevos pensamientos en orden. Por lo que a mí respectaba, había vuelto a contactar con algo o alguien que no soy yo, y que realmente está ahí esperando a ser descubierto. Me encontraba encantado, y entusiasmado.

Entré en la casa, y estuve hablando con Alba sobre mi *viaje*. Soy consciente de que a veces sueno como un loco, y nunca cuento estas historias a casi nadie -no hasta este libro, claro-. Pero Alba nunca me juzga por mis desvaríos, y me encanta poder explicárselo todo con detalles. Al final, le dije que creía que era Hermes a quien había escuchado, aunque probablemente ése sólo es el nombre que yo he querido darle a este Ser.

Y ahora es cuando viene lo realmente extraño.

A la mañana siguiente, salí a la terraza a primera hora para abrir la bomba de agua. Al pasar por la hamaca donde había hecho mi *viaje* el día anterior, había tumbado y dormido un enorme gato blanco y gris. Se despertó ligeramente al escuchar mis pasos, pero no se alertó demasiado; al menos, hasta que intenté acercarme a él. Desde luego, era un gato precioso.

Entré en la casa para ducharme, y se lo comenté a Alba. Un rato después, mientras desayunaba, me puse a mirar mis redes sociales. Por supuesto, sigo las publicaciones del grupo público que hay en el pueblo donde vivo. Y fue en este grupo cuando vi algo increíblemente improbable: Una chica buscaba a su gato perdido, y adjuntaba una foto. El gato era grande y gris, y automáticamente pensé en el que yo acababa de ver. Pero lo más raro de todo, era que el gato respondía al nombre de Hermes.

Y así, tengo la sensación de que podría seguir contándote anécdotas y sincronicidades, hasta que finalmente acabases convencido de que estoy loco, o te estoy mintiendo. Pero es así como debo contártelo, porque así ha sido.

*“Un hombre que se mueve con la tierra, experimentará necesariamente días y noches.
Aquel que está con el Sol, no conocerá la oscuridad.”*
(Sri Nisergadatta Maharaj, *Yo Soy Eso*)

53 ADIÓS, AMIGO

Querido amigo.

Esta mañana, me encontraba sentado en el porche de la casa, con la intención de dedicarte estas últimas palabras a modo de despedida. Sin embargo, incluso hoy mismo, ha tenido que ocurrir una de esas sincronicidades imposibles; como si la propia Naturaleza celebrase conmigo que, por fin, está terminada esta obra que tanto me ha costado escribir.

A primera hora de la mañana, salí a limpiar la piscina con la red -ésta que tiene pinta de cazamariposas-. Hoy venían mis padres de visita, y quería dejarlo todo perfecto para recibirles. Mientras paseaba por el borde, pensaba en la frivolidad del momento. De niño me encantaban las piscinas, pero no teníamos tanto dinero como para eso. Desde que vivo en esta casa, Alba y yo nos repetimos constantemente que no debemos acomodarnos a algo tan bueno, ya que no es nuestro. Para ser sincero, hace mucho tiempo que no tengo ningún apego por las cosas materiales. Bromeo a medias cuando digo que sería igual de feliz viviendo en una tienda de campaña en la playa. Mi felicidad está en mí.

Fue en ese momento cuando algo me llamó la atención. Sobre la superficie del agua, flotaba una de las mariposas más grandes y bonitas que nunca he visto en mi vida. La tomé con sumo cuidado, aunque ya parecía estar muerta. Me la puse en la palma de la mano, la cual abarcaba en su totalidad con las alas abiertas. Era increíblemente bella, de color violeta -o vete a saber, porque soy daltónico-, y con los bordes de las alas en negro. Así, con la mariposa en la mano, entré corriendo en la casa para enseñársela a Alba.

Puse aquella mariposa encima de una mesa que hay en la terraza, que es

donde estoy escribiendo las últimas páginas de este libro. Me hice un café, y me senté a escribir. El sol de mediodía golpeaba directamente en la mitad de la mesa donde estaba la mariposa, mientras que yo ocupaba la mitad que estaba a la sombra. No sabía cómo podría conservarla, no soy taxidermista; pero lo intentaría. No todos los días se veía un espécimen como aquel.

Me puse a escribir, y a pensar cuáles serían estas últimas palabras que te dedicaría. Entonces, pasaron unos diez minutos, cuando sucedió algo increíble: la mariposa pareció recobrar la vida, y empezó a moverse torpemente. No estaba muerta, sólo había estado aturdida. La ayudé quitándola del sol directo, y seguí mirándola mientras, poco a poco, se iba despezando. Dos minutos después, parecía completamente recuperada. Emprendió el vuelo, y salió por encima de la tapia de la casa, en una bonita danza de agradecimiento, la cual disfruté muchísimo. Aunque aquella mariposa no duraría mucho más que uno o dos días; yo estaba encantado de lo que acababa de procurar. Salvando a aquel ser de morir ahogado, había creado aquellos instantes de belleza.

Me sentí bendecido en ese momento. Ver a aquella mariposa alejarse así, me hacía sentir que aquella era la imagen con la que terminaba esta historia que te he estado contando durante tanto tiempo; una imagen tan bonita como si se tratase del final de una película. El final perfecto para esta película.

Una vez más, creía estar viviendo dentro de un mundo que es mágico. Eso ha sido hoy mismo. Parece mentira, pero ha sido así como realmente ha sucedido. Y, dicho esto, ahora sí que llega el momento de decirnos adiós.

Te agradezco sinceramente que hayas llegado hasta el final. A partir de ahora, nuestros caminos se separan, y ambos volveremos a distanciarnos. Es posible que tú y yo nunca volvamos a coincidir, pero me conformo con haber depositado en tu vida una pequeña semilla de esperanza, que te haga sentir que vives en un mundo mucho más mágico y milagroso de lo que nunca te hubieras planteado. Yo no lo hubiera creído jamás de no haberlo visto con mis ojos, pero mira dónde me encuentro ahora: convencido de mis locuras, hasta tal punto que éstas han tomado las riendas de mi vida.

Si tienes preguntas, nunca olvides buscar las respuestas por ti mismo; nunca olvides buscarlas dentro de ti. Es el único modo verdadero de encontrarlas. Busca la manera más apropiada de hacerlo, y lánzate a la aventura sin miedo. ¡En eso consiste la vida!

A mí me basta con que sepas que existe otra verdad aparte de la que te han contado. Existe una realidad auténtica que todos podemos experimentar. La verdad, cuando se percibe, tiene su propia fuerza de atracción. El mero hecho de que la busques te llevará a ella, porque nuestra vida es el continuo descubrimiento de esa verdad. La verdad sobre ti mismo

es algo que no se puede manipular; algo que no se puede estudiar en un libro, y que tampoco te pueden contar.

Lo único que podemos hacer con lo real es experimentarlo. Es la experiencia de la Unidad, la experiencia del Todo, la experiencia del Amor. El conocimiento sincero de uno mismo -la gnosis- es la verdadera Iluminación. Tú puedes llegar a ella, y ésta es tu única responsabilidad. ¿Y sabes lo mejor? Que no hay ninguna distancia entre tú y esa respuesta, porque tú eres la respuesta. Debes experimentar qué significa eso.

Seguramente, antes de terminar estas líneas, quieres que te dé mi opinión definitiva acerca de qué son estas experiencias con la planta, y por qué han sido tan importantes para mí.

Por supuesto, yo no sé la verdad; pero creo que esos mundos, y seres que vemos durante los viajes, existen en algún lugar inimaginablemente remoto en términos físicos; pero a un chasquido de nuestra mente. Me temo que la realidad en la que vivimos es mucho más compleja de lo que podemos imaginar, y que existen infinitos mundos, todos ellos conectados de una forma más parecida a una mente que a otra cosa que conozcamos. Todo lo que existe en este mundo, y en otros mundos, está a nula distancia de nosotros. Con sólo cerrar los ojos y volver a abrirlos, podemos asistir a cualquier rincón de la existencia desde nuestra mente humana. Es una auténtica locura, pero es real; y algo tan complejo, que resulta imposible de describir.

Pero lo más importante no han sido mis experiencias en sí, ni *viajar* por todos esos mundos probables que se me iban apareciendo; todos con sus características e historias; y todos ellos con nuevos recuerdos para mí. Lo importante fue lo que vino después, cuando traté de conocer qué era esa mente infinita, y por qué mi propia mente podía experimentarla.

Desde la primera vez que la planta logró dirigirme al centro de mí mismo, y experimentar a mi Ser; vi que Él podía devolverme la mirada. Aquella mente infinita tenía consciencia de sí misma, y tenía consciencia de mí.

Tras experimentarlo en innumerables ocasiones, comprendí que detrás de todo lo que existe, lo que hay es una Conciencia infinita. Es posible experimentarla desde dentro de nosotros, y siempre la percibimos en primera persona. Está en nuestra naturaleza llegar a experimentarla durante nuestra vida. Yo lo logré a mi manera, y supe que era real. Por momentos, me sentí el centro del Universo, y estaba seguro de que no andaba lejos de la verdad. Ahora, en mi día a día, no necesito estar continuamente asomándome para cerciorarme de esa realidad, porque es algo que he interiorizado, y que ya jamás olvido.

Nuestra naturaleza nos ha otorgado una herramienta para contactar con este Ser; y no me refiero ya a la planta, sino a nuestro cerebro. Es ahí donde está la clave; es nuestro cerebro quien nos puede acercar a la realidad, de una manera que no podemos ni imaginar. Al menos, hasta que nos sucede.

Existen multitud de maneras de estimular a nuestro cerebro -y nuestra mente-, y sólo hay que buscar la mejor forma para nosotros. Mi camino no tiene por qué ser el que tú elijas, ni tiene por qué ser bueno para ti; nunca consumes nada de lo que no estás seguro. La verdad no está en una droga; la verdad está en tu mente. Si le prestas atención real, algún día me darás la razón. Estoy totalmente seguro de ello.

Mi buen amigo; nunca dejes de pensar, ni de dudar de todo. Ten paciencia, y espera a tu momento si crees que éste aún no ha llegado. Igual que yo lo supe, tú lo sabrás. El hecho de que me hayas acompañado durante todo este camino es la prueba de que ya has empezado a buscarte a ti mismo. Cuando te encuentres, será para siempre.

Ahora, ha llegado el momento de separarnos. Aquí te dejo mi semilla, para que hagas con ella lo que sea mejor para ti. Estoy muy feliz de que nos hayamos conocido, y espero sinceramente haberte aportado algo bueno para ti. Desde este momento, te corresponde a ti comprobar cuánto hay de cierto en todo lo que te acabo de contar.

Hace mucho tiempo que tengo ganas de terminar con este viaje, ya que escribir este libro es una tarea que se ha alargado más de lo que esperaba. Ahora me apetece volver a la vida; volver a ser humano. Para mí, ya nada será como antes. He aprendido a observar mi vida de manera diferente, y he aprendido a gestionar mis emociones, de una manera que antes jamás hubiera imaginado. Pero queda mucho camino por recorrer. Debo despedirme de ti, y tratar de seguir mejorando. Aún estoy muy lejos de mi objetivo, porque sigo fallando en muchísimos aspectos. Espero haberte sido de ayuda, pero ahora debo centrarme en mi vida.

Aprovecha tu tiempo. Tienes todo un mundo por explorar ahí adentro. No olvides que nuestro viaje sólo acaba de comenzar. Es la hora de soñar despiertos, y disfrutar la vida como merecemos. Que nadie trate de convencerte de lo contrario. Tú eres lo más importante que existe. Tú eres la Vida.

Para mí, ha sido un honor que me acompañes hasta aquí. Te doy las gracias por llegar hasta el final. Estoy seguro de que volveremos a vernos. Hasta entonces, sólo puedo desearte de corazón que seas feliz.

Tu amigo sincero,

SOBRE EL AUTOR

Keyo Trabini es mi pseudónimo. Mi nombre es Juan Manuel Sánchez Izquierdo, y soy el autor de esta obra. Nací en 1978 en la ciudad de Málaga, en España. No dispongo de una carrera literaria anterior a la que hacer mención, ni hay mucho que decir sobre mí, salvo que siempre he sido una persona corriente y normal, y he tenido una vida como la de cualquiera.

Fui estudiante de Economía, y compaginé mis estudios universitarios con una modesta carrera musical dentro de la cultura del hip-hop. Posteriormente, trabajé como contable en una cadena de colegios privados durante casi una década; y fue al final de esta época cuando se desataron los acontecimientos que acabarían dando lugar a este libro.

En la actualidad, vivo a las afueras de la ciudad de Granada, con mi novia Alba y nuestros tres gatos. No he vuelto a trabajar como economista, ni dentro de una oficina. Mi último trabajo fue en el campo, donde siempre necesitan gente. Combino temporadas de trabajo duro con otras de descanso y reflexión. Y así, con la mente en paz, rodeado del amor de los míos, y sin nunca olvidar lo que aprendí, es como vivo plenamente feliz.

Gracias por colaborar.